

Alfonso Solís



EL SUSURRO DEL REY LOBO



EL SUSURRO DEL REY LOBO

Alfonso Solís

¡GRACIAS POR LEER MI LIBRO!

Copyright © Alfonso Solís

Twitter: @AlfonsoSolism

Mail: alfonsosolisescriptor@gmail.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Libros de Alfonso Solís



Encuéntralos en

[Amazon](#)

Dedicado a mi amigo Antonio Montoya y a su mujer Pity.
Los senderos de la literatura nos conducen a descubrir muy buenos amigos.

Moratalla, Murcia, septiembre de 1147

El alcázar de Moratalla se elevaba imponente sobre una colina salpicada de olivos, pinos y encinas. De la fortaleza sobresalía la torre del homenaje, un enorme torreón almenado de planta cuadrada. La fortaleza estaba rodeada por altas murallas que serpenteaban siguiendo la orografía de la abrupta colina. Desde las almenas, los soldados rebeldes contemplaban con temor y expectación al ejército de Muhammad ibn Mardanis, quien hacía poco más de un mes había sido proclamado emir del Sharq al-Ándalus y, por lo tanto, dueño y señor del castillo.

—Aún me pregunto por qué lo hiciste.

Mardanis hablaba sin apartar la mirada de la última fortaleza por someter, después de que su primo Yusuf ibn Hilal se levantara en armas en contra de su proclamación como sucesor del emir Ibn Iyad.

—Me juraste lealtad y obediencia delante de nuestro tío Ibn Iyad, ¿lo recuerdas? Y poco después armaste un ejército y me arrebataste Matamix, al-Sajayray, al-Sajra, Santabitur y Moratalla —prosiguió Mardanis, fijando la vista en una mujer que lo contemplaba desde la muralla—. Tuviste la osadía de nombrarte emir de Murcia y Valencia, de mi reino.

El emir del Sharq al-Ándalus hablaba con serenidad, con templanza, con decepción. Negaba constantemente con la cabeza sin perder de vista a Fátima, la arrogante y codiciosa mujer de Yusuf Ibn Hilal, que lo observaba desafiante y orgullosa desde los muros que protegían Moratalla. Vestía una saya negra y cubría su rostro y cabellos con un *litam*^[1] del mismo color.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó el emir de Murcia desviando la vista hacia su primo Yusuf ibn Hilal.

El rebelde gimoteaba aterrorizado. Dos soldados andalusíes lo sujetaban de los brazos. Apenas podía sostenerse. Mardanis lo derrotó en al-Basit^[2]. Su ejército fue masacrado sin piedad. Yusuf ibn Hilal intentó escapar, pero fue capturado. Mardanis ordenó que lo apalearan con saña delante de los prisioneros. Sería el primer castigo de los muchos que su fatal destino le tenía reservado. El emir lo contempló con desprecio y rabia. Tenía el rostro tumefacto, un ojo cerrado por un moretón sanguinolento, el labio inferior hinchado y la barba sucia de polvo y sangre. Su horrible castigo cumplió su propósito y las ciudades rebeldes se rindieron en cuanto tuvieron noticia de su derrota en al-Basit y del tormento al que había sido sometido. Solo Moratalla persistía en la desobediencia. Allí comenzó la sublevación y allí concluiría, en el alcázar que Mardanis había entregado a Yusuf ibn Hilal para que lo gobernara en su nombre.

—¿Fue por ella? —preguntó Mardanis, mirándolo fijamente con sus intensos ojos marrones, casi verdes. El emir de Murcia tenía veintitrés años. Era un joven alto y apuesto de tez clara y nariz recta sobre unos labios carnosos y bien perfilados. Sus cabellos eran largos y castaños, casi rubios, al igual que la barba, bien recortada en un mentón anguloso. Vestía almófar y loriga de anillas de metal que protegía de los ardientes rayos del sol con una túnica blanca de lino. Su apariencia y sus ropajes lo delataban como muladí, un musulmán de origen cristiano.

Yusuf ibn Hilal asintió.

—Yaciste con ella... —musitó con voz vibrante por el dolor—. ¡Yaciste con ella! —exclamó, mirándolo lleno de una incontrolable furia—. ¡Somos primos, Mardanis! ¡Y yaciste

con ella!

Yusuf ibn Hilal rompió en lágrimas de tristeza y desengaño. Quería a Mardanis como a un hermano. De niños jugaron juntos por las callejuelas de Peñíscola y ya de adolescentes compartieron las primeras aventuras amorosas asaltando gineceos mal vigilados en Valencia. Siempre habían estado muy unidos.

—Somos primos —susurró, desviando la vista hacia el suelo, sin dejar un instante de negar con la cabeza. No podía comprender por qué Mardanis fue capaz de traicionarlo, de seducir a su amada esposa.

—Soy hombre y Fátima consintió —repuso el emir de Murcia con frialdad.

—Tú... tú tienes a tus concubinas, pero yo solo tengo a Fátima. Es mi esposa. Y la amo. La amo con locura —alzó la vista y lo miró con unos ojos anegados de lágrimas—. Tú me traicionaste. Ahora soy yo quien te pregunta por qué lo hiciste. Confiaba en ti, te quería, te consideraba mi hermano. Me rompiste el corazón.

Yusuf comenzó a llorar desconsolado. Mardanis lo contemplaba con gesto serio y brazos cruzados. No se sentía orgulloso de haber yacido con la mujer de su primo, pero ella se ofreció y era extremadamente bella, irresistible y ambiciosa... Sus escarceos comenzaron cuando Mardanis fue designado por su tío, el emir del Sharq al-Ándalus, Ibn Iyad, su sucesor. Para entonces, ella ya estaba casada con Yusuf. El emir Ibn Iyad había decidido quién lo sucedería en el Sharq tras su muerte y este no era precisamente su marido. Nada más alzarse con el trono, Mardanis lo nombró gobernador de Moratalla, pero para Fátima no fue suficiente. Ella aspiraba a más. Mucho más. Lo quería todo. Su marido era un simple gobernador, en cambio, Mardanis, el apuesto y joven sucesor de Ibn Iyad, estaba destinado a reinar sobre todos los andalusíes de oriente. Fátima no dudó un instante cuando se presentó la oportunidad de seducirlo. Derramó sobre él todos sus encantos de mujer con un único propósito; cada noche, en el lecho, cuando el futuro emir de Murcia estaba exhausto y colmado de placer, le susurraba al oído que obligara a Yusuf a divorciarse de ella y la hiciera su esposa, la futura reina del Sharq al-Ándalus. Y Mardanis callaba. Le ardían las entrañas de remordimientos después de vaciarse en sus entrañas, pero luego la contemplaba desnuda, con su reluciente cuerpo bañado por la luz de las estrellas y el deseo se inflamaba de nuevo en su interior. Entonces, la desazón y el arrepentimiento se hundían en el profundo océano de la pasión desmedida.

—¿Te sublevaste por despecho? —preguntó sorprendido el emir de Murcia—. ¿Por una mujer?

—La amo —repitió Yusuf sin levantar la mirada del suelo—. Me dijo que tú la harías reina del Sharq. Se lo habías prometido.

—Eso es falso —refutó Mardanis.

—No podía permitir que me abandonara —prosiguió Yusuf ignorando a Mardanis. Necesitaba purgar toda la rabia que sentía en su interior—. Si era un reino lo que ella deseaba, yo se lo daría —alzó la cabeza y lo miró con los ojos rojos de furia—. Yo debí ser el elegido del tío Ibn Iyad y no tú. ¡Me arrebataste mi reino y pretendías robarme también a Fátima!

—Nunca quise...

—¡No podía consentirlo! ¡Ella me ama! —exclamó en un arrebató de furia.

Los soldados andalusíes lo sujetaron con fuerza. Un oficial se acercó a él con la intención de hacerlo callar a golpes, pero Mardanis lo detuvo.

—Entre tú y yo solo hay una diferencia; tú eres emir y yo no. —Yusuf hablaba intentando zafarse de los soldados—. Si la revuelta hubiera tenido éxito, el Sharq sería mío y Fátima, también.

—Fátima es una zorra codiciosa —el tono de Mardanis era de burla y desprecio.

—¡No hables así de ella! ¡No te atrevas! —Yusuf se revolvió furioso. Los soldados lo agarraron con fuerza—. ¡No eres digno de pronunciar su nombre!

—Aseguras que te quiere —dijo Mardanis—. Bien, ahora lo comprobaremos. Seguidme.

El emir de Murcia ascendió hacia la muralla de Moratalla seguido por los soldados que custodiaban a Yusuf y por una escolta de veinte soldados. Se detuvo a una distancia prudencial para evitar ser alcanzado por las flechas de los sitiados. Mardanis respiró hondo y miró a su primo. Podría haberle dicho que Fátima lo despreciaba. Que se casó con él porque estaba convencida de que Ibn Iyad lo nombraría su sucesor. Pero sus ambiciones se derrumbaron cuando fue otro el elegido. Entonces dejó de interesarle y se entregó a los brazos del heredero de Ibn Iyad, del futuro emir del Sharq al-Ándalus. Él sí que podría satisfacer todas sus ambiciones y deseos. Yusuf ibn Hilal quedó relegado al desprecio y a la constante humillación. Fátima lo tenía por débil y mediocre. Un cobarde carente de toda ambición. Así se lo había confesado en más de una ocasión a Mardanis en uno de sus habituales encuentros. Sí, se lo podría haber dicho, pero a él no lo creería. Sería mucho mejor que lo viera con el ojo que aún le quedaba sano. Mardanis desvió la vista hacia las murallas de Moratalla. Allí estaba Fátima, contemplándolo con sus hechizantes ojos negros.

—¡Fátima, entrégame el alcázar y vivirás! ¡Todos viviréis! ¡Vuestras vidas serán respetadas como lo han sido las de los rebeldes que se han rendido a mi autoridad! —comenzó a gritar Mardanis, omitiendo que solo el caído de cada alcázar sometido fue ejecutado como ejemplo a otros gobernadores y caídos que estuvieran explorando la posibilidad de rebelarse—. ¡Persiste en tu desobediencia y ordenaré que le arranquen un ojo a Yusuf!

Fátima contemplaba la escena desde la muralla. Su corazón latía con violencia en su pecho. ¿Sería capaz Mardanis de arrancarle un ojo a su primo? Lo dudaba. Quizá lo ejecutase. Sí, era lo más probable. La muerte era el castigo apropiado para alborotadores y rebeldes. El muy imbécil lo merecía por haberse dejado capturar, pero Mardanis jamás lo sometería a tormento. Yusuf era miembro de su familia. Sonríe. El emir de Murcia pretendía engañarla. Hacía tiempo que había dejado de ser una inocente y crédula chiquilla. No era tan estúpida como para caer en una trampa tan burda. Permaneció con el mentón levantado y la mirada desafiante, sin mover un solo músculo.

—Llama a Ali —ordenó Mardanis a un soldado, que inclinó la cabeza y partió con celeridad a cumplir el mandato.

Al poco llegó Ali ibn Obaid.

—Mi señor.

Ali ibn Obaid era primo de Mardanis. Lo nombró arráez poco después de ser proclamado emir del Sharq al-Ándalus. Era un joven de tez morena, cabellos negros y lacios, y barba recortada. Era sobrino de Ibn Iyad, y al igual que Yusuf Ibn Hilal, o que el propio Mardanis, podría haber sido designado su sucesor. Pero Obaid era prudente y asumió con serenidad el lugar que Alá le tenía reservado entre los andalusíes. Y ahora se encontraba junto al emir del Sharq al-Ándalus, frente a las murallas de Moratalla, alternando la vista entre Fátima y su otro primo, Yusuf ibn Hilal. Muhammad ibn Mardanis confiaba en él, pero también confiaba en Yusuf y este lo había traicionado. Había llegado el momento de revelar lealtades.

—Sácale un ojo —ordenó Mardanis a Ali ibn Obaid sin apartar la vista de Yusuf.

—¿Cómo? —preguntó Yusuf ibn Hilal con labios temblorosos y mirada aterrada.

—¿Qué ojo? ¿El sano o el otro? —preguntó Ali ibn Obaid.

Mardanis se encogió de hombros.

—Elige tú.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Yusuf con el gesto contraído por una mueca espantosa de puro miedo.

Obaid no lo dudó. Con extraordinaria rapidez y habilidad, desenfundó su daga y le arrancó el ojo tumefacto a su primo.

—¡Agghh! —gritó Yusuf sumergido en un mar de dolor. Un chorro de sangre se deslizó por la mejilla—. ¿Qué has hecho? ¡Agghh! —El sufrimiento era insoportable. Los soldados lo soltaron y se llevó las manos al rostro. Agotado, dolorido y terriblemente asustado, cayó de rodillas al suelo entre sollozos incontenibles.

Mardanis asintió satisfecho. Las órdenes ni se cuestionan ni se interpretan, solo se cumplen. Y a ser posible con rapidez y diligencia, como bien había hecho Obaid. Auguró a su primo un prometedor futuro entre los miembros de su círculo más cercano. El emir de Murcia volvió a dirigir la vista hacia las murallas de Moratalla.

—¡No bromeo! —vociferó a Fátima—. Entrega el alcázar.... —hizo una pausa y miró a su primo—... entrégalo o le sacaré el otro ojo.

—¡No, no, por favor, no! —Suplicaba Yusuf entre espasmos provocados por el pánico. Su corazón golpeaba con fuerza las paredes de su pecho, luchando por abandonar aquel cuerpo condenado a un horrendo martirio—. ¡Fátima entrega el alcázar, te lo suplico! ¡No permitas que me deje ciego! ¡Por Alá! ¡Ten consideración de mí! ¡No me abandones!

Fátima tragaba saliva mientras escuchaba las angustiosas súplicas de su esposo. Pero permaneció imperturbable como una estatua que observa indiferente el caminar del tiempo.

—El otro ojo.

Mardanis habló en voz baja con ese tono que acompaña a las instrucciones más sombrías e implacables.

—No, no, no...

Yusuf se revolvió inquieto intentando evitar lo que ya era inevitable. Un soldado le sujetó la cabeza y Obaid le arrancó el ojo con precisión.

—¡Agggghh!

En las murallas de Moratalla resonaron los desgarrados alaridos de dolor de Yusuf. Los soldados lo liberaron y cayó al suelo. Ocultó con sus manos un rostro dolorido y empapado en sangre. Mardanis lo contempló. Eran amigos desde la infancia, compañeros de juventud. Eran familia. Ordenar a Obaid que lo cegara era cruel, pero necesario. Los traidores no pueden disfrutar del privilegio de la compasión. No lo merecen. Mardanis acababa de ser proclamado emir y su primo se había rebelado contra su poder. O sometía con firmeza la rebelión o esta se propagaría por todo el reino como el fuego por un pajar. El terrible castigo a Yusuf ibn Hilal serviría de ejemplo de lo que les aguardaba a traidores y sediciosos. Su mensaje había sido contundente y preciso.

—Has pagado un precio muy alto por entender que Fátima solo se quiere así misma —le dijo a su primo.

Yusuf, roto de miedo, dolor y desesperanza, se había hecho un ovillo en el suelo y gemía desconsolado sin apartar las manos de su rostro. El amor que sentía por Fátima lo había llevado al sufrimiento, la ruina y la ceguera. Fue incapaz de entender las nefastas consecuencias de sus decisiones. Hay gente que no aprende de sus errores hasta que es demasiado tarde. Mardanis sintió lástima por él, pero de ningún modo podría permitirse perdonar su traición. La clemencia no era una alternativa, pues podría ser interpretada como debilidad. Y un rey débil es un rey derrocado. Mardanis apartó la mirada del guiñapo sanguinolento en el que se había convertido su

primo y la desvió hacia las murallas.

—¡Entrega el alcázar, Fátima! ¡Entrégalo! —exclamó. Sus palabras estaban cargadas de rabia y rencor. La culpaba de haber arrastrado a su primo a la rebelión y de obligarlo a él a torturarlo y cegarlo—. ¡Abre las puertas, Fátima! —prosiguió—. Abre las puertas y solo tú morirás —hizo una pausa para que los soldados que se encontraban en las murallas de Moratalla aguzaran bien los oídos. Era muy importante lo que se disponía a anunciar—. Sí, Fátima, solo tú morirás. Serás ejecutada por tu traición. Escuchadme bien, pueblo de Moratalla, todos seréis perdonados. Todos. Nada tengo en contra de vosotros —hizo una nueva pausa y señaló a Fátima con el dedo—. Mi ira solo será derramada sobre esa mujer.

A Fátima se le heló la sangre en las venas. Mardanis había pronunciado su sentencia de muerte. Y no quería morir. Amaba demasiado la vida. La buena vida. Pero no había vuelta atrás. Su marido se retorció entre terribles tormentos con las cuencas de los ojos vacías. ¿Lo ejecutaría? Así lo deseó. Sería lo mejor para él. La muerte lo liberaría de su sufrimiento y agonía. En cambio, ella era joven y bella. Llena de vida, de proyectos. No, no quería morir. No abriría las puertas.

—¡Fátima, no permitas que nadie más muera por tu ambición! —insistió Mardanis con los brazos cruzados y labios apretados. Anticipaba sus intenciones.

Fátima permanecía inmóvil, petrificada por la angustia y el miedo. Miró a su alrededor buscando un lugar por donde escapar, pero solo advirtió soldados que la miraban con aviesas intenciones. Pero ella era la señora de Moratalla, ¿se atreverían si quiera a tocarla? En sus ojos advirtió que estaban tan asustados como ella. Y el miedo conduce a tomar decisiones extrañas.

—Sea —musitó para sí mismo—. ¡Hombres de Moratalla! —comenzó a exclamar—. Ya os lo he dicho. No tengo nada en contra de vosotros. Sois víctimas de la enfermiza ambición de vuestra señora. Ella ha permitido que su esposo sea cegado —hizo una pausa y señaló a su primo, que seguía hecho un ovillo en el suelo, maldiciendo su suerte y el día que Fátima entró en su vida—. Y ahora consiente que corráis el mismo destino. Desprendeos de su páfida influencia, abridme las puertas de la muralla y os perdonaré la vida. Persistid en vuestra rebeldía y os arrancaré los ojos —se detuvo para que los vecinos de Moratalla fueran asimilando el cruel destino que los aguardaba si no se plegaban a su voluntad—. A los hombres os dejaré para el final —prosiguió—. Quiero que seáis testigos de cómo arranco los ojos a vuestras mujeres e hijos. Luego os llegará el turno a vosotros. Y cuando me aburra de escuchar vuestros quejidos y lamentos os mataré y arrojaré vuestros restos al río para que sirvan de alimento a las ratas. Esto, pueblo de Moratalla, es lo que os espera. Vuestra es la decisión.

Los soldados que se encontraban en el adarve intercambiaron una mirada de temor. El ejército del emir era muy numeroso y ellos estaban comandados por... ¿una mujer? Era absurdo. Mardanis les había ofrecido la oportunidad de sobrevivir al asedio, de salvar a sus mujeres e hijos. Se preguntaban si merecía la pena arriesgarse a morir por defender a una mujer que había permitido que el gobernador de Moratalla, su marido, fuera cegado. No tardaron en hallar la respuesta. Los soldados desviaron la mirada hacia Fátima. Confiaban en que, en un último arrebató de dignidad, aceptara la propuesta del emir del Sharq y sacrificara su vida a cambio de salvar Moratalla. Pero ella seguía inmóvil, con la mirada perdida en las tropas de Mardanis. La paciencia de un emir es limitada. Y los soldados que vigilaban los muros de Moratalla lo sabían.

El emir de Murcia contempló cómo un grupo de soldados se aproximaba a Fátima. Andaban despacio, pero con decisión, como el gato que descubre un ratón y lo acecha sigilosamente para evitar ser descubierto y que la ansiada presa escape. Llegaron hasta ella y uno de los soldados la tomó con brusquedad del brazo. A oídos de Mardanis llegó un vocerío ininteligible. Se produjo

un breve forcejeo antes de que Fátima fuera arrojada por las murallas. Un golpe seco contra el suelo acabó con su vida. Al momento, las puertas de Moratalla se abrieron al emir del Sharq al-Ándalus.

Almería, octubre de 1147

La caída del condado cruzado de Edesa ante los sarracenos causó una enorme conmoción en los reinos cristianos. El papa Eugenio III convocó una cruzada tanto en oriente como en occidente, pues advirtió que tan temibles eran las hordas musulmanas de Bagdad como las de Marrakech. En 1146, el emperador Alfonso de León recibió la visita de legados pisanos y genoveses que le conminaron a tomar Almería, un nido de piratas musulmanes que perjudicaba el comercio en el Mediterráneo occidental. Al emperador el proyecto le fascinó y aprovechó el llamamiento del papa Eugenio III, para convocar a miles de soldados ávidos de disfrutar de los mismos privilegios e indulgencias que los cruzados de Tierra Santa, pero sin necesidad de desplazarse a lugares tan lejanos. El emperador pactó la participación en la campaña con los genoveses, que le solicitaron un tercio del botín y diez mil maravedíes como anticipo para la compra de suministros y armamento. Al reclamo del emperador acudieron el rey de Pamplona, García Ramírez; el conde de Barcelona, Ramón Berenguer; el conde Guillermo de Montpelier y el conde Armengol de Urgel. Los principales magnates leoneses tan poco quisieron perderse empresa tan destacada y, acompañando al emperador, acudieron a la cita con las armas, las figuras más notables del reino como el conde Manrique Pérez de Lara, el alférez Ramiro Froilaz, el conde Ponce de Cabrera y el mayordomo mayor Gutierre Fernández de Castro entre otros muchos notables leoneses y castellanos. Las primeras naves genovesas llegaron a las costas almerienses en mayo, pero no fue hasta agosto, con la llegada del emperador y de sus huestes, cuando se intensificaron los combates. Cuarenta mil soldados y doscientas cincuenta naves sitiaron Almería durante tres meses, hasta que su gobernador, Muhammad ibn al-Ramimi, incapaz de romper el cerco y con la población desesperada, atemorizada y hambrienta, inició las negociaciones de rendición que concluyeron con la entrega de la ciudad el 17 de octubre de 1147.

El emperador Alfonso de León se encontraba en el *maylís* del alcázar de Almería. Se trataba de una amplia sala de paredes decoradas con yeserías y azulejos que mostraban versículos del Corán. El techo era de madera y dibujaba intrincadas y bellas figuras geométricas. El suelo, de mármol, estaba cubierto por alfombras con patrones florales de vivos colores. Alrededor de la estancia había cojines de seda y terciopelo dispuestos para la relajación y el descanso. Por las celosías que cubrían las ventanas se colaban los tonos cálidos del atardecer. El olor a sándalo invitaba a la contemplación tranquila y al deleite de los sentidos. Con el emperador se encontraban los infantes Sancho y Fernando, el rey de Pamplona García Ramírez, Manrique Pérez de Lara, Ponce de Cabrera, Ramiro Froilaz y Álvar Rodríguez. El conde de Barcelona y el conde de Urgel regresaron a Aragón cargados de oro y riquezas con la flota genovesa al poco de tomar Almería. La relación entre el conde de Barcelona y el rey de Pamplona no era ni mucho menos cordial, de hecho, el emperador tuvo que forzar una reunión entre ambos en noviembre para que limaran asperezas y centraran sus energías en la guerra contra el moro. Cuanto menos tiempo compartieran el mismo espacio, mucho mejor. El emperador y los notables estaban de pie, en torno a una mesa donde había desplegado un mapa que abarcaba el sur de Hispania y el norte de África. Alfonso de León lo contemplaba con atención. La conquista de Almería había

sido un gran éxito. Habían neutralizado una importante base pirata, extendido el cristianismo por la Península y anexionado al imperio una rica e importante ciudad musulmana. Pero el emperador no parecía satisfecho. Su mente se encontraba más allá de Hispania. Su mirada se desplazó por el mapa hasta fijarla en el norte de África. Hacía algo más de un año, los almohades desembarcaron en Hispania llamados por reyezuelos andalusíes que pretendían desprenderse de la tiranía de los almorávides. Tres ejércitos africanos desembarcaron en al-Ándalus y conquistaron Jerez, Niebla, Mértola, Silves, Beja y Badajoz. El emperador sospechaba que el califa almohade Abd al-Mumin no se conformaría con dominar una parte de al-Ándalus cuando había advertido la debilidad de los reyezuelos andalusíes y la de los últimos gobernadores almorávides. Un inmenso y rico territorio se habría ante él al otro lado del Estrecho. Sería un necio si lo despreciaba. Y Abd al-Mumin, el príncipe de los creyentes, no era precisamente un necio.

—¿Qué sabemos de esos almohades? —preguntó el emperador sin apartar la mirada del mapa. Alfonso de León era un hombre alto y corpulento de algo más de cuarenta años, de ojos castaños y vivaces, y mentón cubierto por una barba espesa y oscura.

—Han tomado Fez, Mequinenza, Salé y en marzo se hicieron con Marrakech, la capital almorávide —comenzó a explicar el conde Ponce de Cabrera, señalando el mapa con el dedo. El conde no había llegado a los cincuenta años. Era un hombre fornido, de mirada intensa, gesto serio y profusa barba de la que apenas clareaban algunas hebras plateadas. De origen catalán, se trataba de uno de los nobles más poderosos de León—. El último emir, Isharq ibn Ali, fue ejecutado y toda la familia real fue pasada a cuchillo —alzó la vista y la dirigió hacia el emperador—. El califa almohade Abd al-Mumin se ha hecho con casi todo el Magreb. Solo se resisten algunas tribus aisladas. Los almorávides, mi señor, son historia.

—Almohades... —musitó Alfonso de León. Un extraño estremecimiento recorrió su cuerpo al escuchar ese nombre de su propia voz—.... Si no los detenemos... —se detuvo. Temía expresar sus más profundos temores. Alzó la mirada y la desvió hacia el conde de Lara—. ¿Cuál es la situación de los almorávides en la Península?

—Vuestro aliado y vasallo Yahya Ibn Ganiya gobierna en Córdoba y Granada, y su hermano Muhammad ibn Ganiya en Mallorca. Estos son los últimos vestigios en Hispania del otrora poderoso imperio almorávide—respondió el conde con descarnada precisión—. El resto de al-Ándalus está en manos de reyezuelos andalusíes o de los almohades.

—¿Qué ciudades andalusíes controlan los almohades? —preguntó Alfonso de León.

—Tarifa, Algeciras, Ronda, Jerez, Mértola, Badajoz y Sevilla entre otras —respondió el conde Ponce de Cabrera.

—Son muchas y las han conquistado en muy poco tiempo —apostilló el emperador.

—Los reyes andalusíes no podrán contener a los almohades una vez que Abd al-Mumin conquiste el Magreb —explicó Álvaro Rodríguez, conde de Sarria. Era un hombre alto y fornido de mentón anguloso y brazos musculados. Su cabeza rasurada y su mirada fiera de aguerrido soldado le conferían un aspecto amenazador. Era nieto por parte de madre de Álvaro Fáñez, el fiel compañero de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid.

—No creo que los andalusíes estén en condiciones de ofrecer mucha resistencia a los almohades —objetó García Ramírez acariciándose la barba. El rey de Pamplona tenía algo menos de cincuenta años. Era menudo, algo entrado en carnes, de rostro ovalado y mirada serena.

La debilidad de los andalusíes podía ser aprovechada tanto por los almohades como por los cristianos. Almería era buen ejemplo de ello. El emperador miraba atento el mapa con los brazos

cruzados. Su mirada se fijó en Murcia. Habían pasado apenas unos meses desde la muerte del emir Ibn Iyad, con quien Alfonso de León había tenido serias desavenencias hasta que el andalusí entendió que, si pretendía sobrevivir, no tenía más alternativa que rendirle vasallaje.

—¿Cómo está la situación en Murcia tras la muerte de Ibn Iyad? —preguntó el emperador señalando con el dedo el este de al-Ándalus.

—En Murcia y Valencia ahora gobierna un sobrino de Ibn Iyad llamado Muhammad ibn Mardanis. Fue su lugarteniente en Valencia —respondió Manrique de Lara. El conde tenía algo menos de treinta años. Era un hombre de porte alto y brazos musculados. Los cabellos los tenía largos y negros. La barba, también oscura y espesa, cubría un rostro anguloso y un mentón varonil. Los ojos eran verdes y profundos. Su padre, el conde Pedro González de Lara, origen de la estirpe de los Lara, fue amante de la reina Urraca, madre del emperador, con quien tuvo dos hijos; Elvira Pérez de Lara y Fernando Pérez Furtado.

—¿Respetará los pactos firmados con su tío? —preguntó el emperador.

—Sin duda, le viene bien que hayamos tomado Almería. Sus fronteras ahora están protegidas de los almohades —respondió el conde de Lara—. No le conviene enemistarse con el emperador.

Alfonso de León asintió con los labios apretados y dijo:

—Es posible, pero necesitamos confirmar si ese Muhammad ibn Mardanis será un firme aliado o un peligroso enemigo. Es el emir de un extenso territorio al oeste de al-Ándalus. No podemos permitirnos que se arrodille ante los almohades.

—Es un andalusí con carácter —intervino Álar Rodríguez—. Según tengo entendido, ha sometido con dureza una sublevación liderada por un familiar... —el conde de Sarria hizo memoria—... creo que era su primo. Sí, era su primo, se llamaba Yusuf o algo así. Ordenó que le arrancaran los ojos como castigo por la negativa de su esposa a entregarle una fortaleza rebelde.

—Eso confirma que conviene tenerlo como amigo y no como enemigo. Si es capaz de cegar a un familiar por conservar el trono, se revolverá como un gato rabioso contra el califa africano —miró al conde de Lara y le dijo—: Que venga aquí, a Almería, quiero conocerlo.

Murcia, noviembre de 1147

Muhammad ibn Mardanis bebió un trago de vino mientras disfrutaba de un espectáculo de danza. En el centro del *maylís*, una docena de bailarinas ligeras de ropa ejecutaban una danza sensual. El emir de Murcia había sofocado la rebelión de su primo Yusuf ibn Hilal y en el Sharq al-Ándalus reinaban el orden y la paz. Yusuf ibn Hilal fue encerrado en las mazmorras del alcázar, donde murió a los pocos días abrumado por la ceguera, la muerte de su amada esposa y la desesperanza. Mardanis no lamentó su muerte, pues ponía fin a una vida inútil y martirizada. El justo destino para los traidores. Sentado sobre unos mullidos cojines, bebía y reía divertido compartiendo chanzas y risas con su primo Ali ibn Obaid. Las bailarinas se movían con habilidad y presteza al ritmo de laudes, flautas y timbales. Ulemas, cadíes, alfaquíes, secretarios, militares y otros altos funcionarios llenaban el amplio salón. Los ulemas y alfaquíes intercambiaban susurros y miradas de reprobación. La música, las bailarinas y, sobre todo, el consumo de vino, estaban muy alejados de la estricta observancia del Corán. Que Mardanis vistiera con ropajes cristianos tampoco lo ayudaba a ganarse las simpatías de los expertos en la tradición islámica. Pero a Mardanis no parecía importarle en exceso la opinión de los religiosos. Era un *tagrí*, un guerrero de frontera. Su destino estaba en manos de Alá. Los *tagríes* vivían cada instante con intensidad, como si fuera el último, pues su vida solía ser turbulenta y breve. Por tal motivo se entregaban con deleite a los placeres que Alá les regalaba con su infinita generosidad.

—El emperador Alfonso de León y sus aliados han tomado Almería —le comentó Obaid en un momento de la velada.

Mardanis bebió un largo trago de vino.

—Es preferible tener al rey cristiano como vecino que a los incómodos almohades.

El arráez asintió y dijo:

—Espero que Alfonso se conforme con Almería...

Mardanis negó con la cabeza.

—Si te preocupa que pretenda invadir Murcia aprovechando las tropas acantonadas en Almería, puedes estar tranquilo. El emperador respetará los pactos firmados con mi tío Ibn Iyad. Otra cosa serán los territorios almorávides del este. Ellos sí que deben preocuparse, tanto de los cristianos, como de los almohades... —una sonrisa astuta asomó en sus labios—... como quizá, también de nosotros.

—¿Planeas extender el Sharq al-Ándalus a costa de los almorávides?

Mardanis fijó la vista en el sensual contoneo de dos bailarinas. Se trataba de dos hermosas esclavas sirias de cabellos largos y negros, ojos verdes y labios rojos y carnosos. Las hermanas gemelas eran como dos gotas de agua. Ellas lo miraban con ojos ardientes, insinuantes. Se llamaban Laila y Amira. Sus esclavas favoritas. Decidió que esa noche compartirían su lecho. Mardanis las sonrió con picardía. Ellas le devolvieron una sonrisa traviesa, adivinando las intenciones de su amo y señor.

—Los almorávides de al-Ándalus serán aniquilados —aseguró Mardanis regresando a la conversación—. La duda es saber si serán sometidos por los cristianos, por los gobernadores andalusíes, por los almohades o...

—¿O...?

—O por nosotros.

Ali ibn Obaid lo escrutó con mirada indagadora.

—El imperio almorávide es como un animal moribundo que se resiste a exhalar su último aliento. Mientras agoniza, lo contemplan desde los cielos los buitres, ávidos por hacerse con sus restos. Los cristianos lo saben y los almohades, también. Tan pronto el califa Abd al-Mumin resuelva sus asuntos en África, fijará su atención en las tierras que se encuentran al otro lado del Estrecho. No se conformará con las ciudades que ya ha conquistado. Querrá hacerse con todo al-Ándalus, incluido, lógicamente el Sharq. Si lo consigue, avanzará hacia el norte, hacia los reinos cristianos. Pero nosotros no podemos permitirlo ¿verdad?

—¡De ningún modo! —exclamó Ali ibn Obaid.

Mardanis sonrió, bebió un trago de vino y luego observó su copa. La movió ligeramente y olió el líquido rojo. Solía beber vino en una copa de vidrio transparente. Le permitía descubrir todos sus matices.

—El Sharq al-Ándalus es la puerta de entrada de los almohades a la Península —observó Mardanis—. Si nuestro reino cae en manos de Abd al-Mumin, los reinos cristianos serán los siguientes en sucumbir. Confío en que los reyes cristianos no sean tan necios como para no entender algo tan simple.

—¿Crees que nos dejarán solos ante los almohades?

—No solo eso. Mucho me temo que habrá quien se aproveche de nuestras guerras en el sur para atacarnos por el norte —el gesto de Mardanis se torció por la preocupación.

—¿Te refieres al conde Ramón Berenguer? —preguntó Ali ibn Obaid.

El emir de Murcia asintió.

—El conde de Barcelona nos generará problemas en la frontera norte. No tengo la menor duda —chasqueó la lengua en señal de desagrado. Luego cabeceó, intentando desprender de su mente los negros augurios—. Pero olvidemos las preocupaciones, aunque sea por un instante. No hace falta que las invoquemos, pues vendrán ellas solas —miró a su primo y señalando a las bailarinas con un gesto de cabeza le preguntó—: ¿Quién te gusta?

Ali ibn Obaid sonrió y señaló con la barbilla a una bailarina pelirroja de ojos verdes y piel blanca como la nieve.

Mardanis rompió en carcajadas y exclamó:

—¡Tienes buen gusto, primo!

Los músicos dejaron de tocar los instrumentos y las bailarinas se retiraron de la sala con movimientos sensuales y gráciles, dejando un aroma de azahar a su paso. En ese momento entró en el *maylís* Ibrahim ibn Hamusk, señor de Segura. Era un hombre de algo menos de cuarenta años, de rostro arrugado, ojos marrones de mirada astuta y labios finos ocultos en una barba castaña. Al igual que Mardanis, solía vestir ropajes cristianos y hablaba romance con fluidez. De origen muladí, sirvió a los almorávides hasta que concluyó que, con el emperador Alfonso de León, tendría más opciones de medrar. Pero sus ambiciones no debieron ser satisfechas y cuando Yahya ibn Ganiya, último gobernador almorávide de al-Ándalus, se hizo con el poder en Córdoba, regresó a su servicio. Pero Hamusk no era necio y sabía que el tiempo de los almorávides en al-Ándalus se acababa. Aprovechó entonces su manifiesta debilidad para tomar Hisn Saqubus^[3] y la Sierra de Segura, de la que se intituló como señor. Temiendo ser hostigado por los reyes cristianos y por los almohades, buscó la protección del emir Ibn Iyad, a quien rindió homenaje. A Hamusk lo acompañaba una bella joven de ojos azules, cabellos rubios, y labios carnosos en un rostro blanco como la nieve. Cubría la cabeza con un *miqná*^[4] y vestía una ceñida

túnica de lino blanco.

—Mi señor, Muhammad ibn Mardanis —saludó Hamusk con una exagerada inclinación de cabeza.

—Mi buen amigo, Ibrahim ibn Hamusk, señor de Segura. —Mardanis se incorporó de los cojines y lo abrazó con afecto—. Tú debes ser...

—Mi hija, Zobayda, mi señor —terminó de decir Hamusk.

—Zobayda... —musitó Mardanis entre asentimientos sin dejar de mirar a la joven—. La última vez que te vi eras apenas una niña y ahora eres...

—Toda una mujer —volvió a intervenir Hamusk terriblemente satisfecho por la reacción que Zobayda había causado en el rey del Sharq.

—Mi señor —saludó la joven, agachando tímida la cabeza.

—Venid y tomad asiento a mi lado. Llegáis en buena hora. El banquete no ha hecho más que comenzar —dijo Mardanis, acompañando sus palabras con un gesto con la mano.

Hamusk saludó a Ali ibn Obaid y tomó asiento a la izquierda del rey de Murcia. Zobayda se sentó junto a su padre.

—Discúlpame, mi señor, por no haber venido antes a Murcia para presentarte mis respetos —dijo Hamusk, al tiempo que tomaba de una bandeja un trozo de cordero especiado con hierbas aromáticas y miel—. Los cristianos andan un tanto revueltos por el sur y no quería abandonar mis tierras hasta que la batalla por Almería hubiera quedado resuelta.

—Lo siento por Muhammad ibn al-Ramimi, pero creo que el desenlace ha sido el más beneficioso para nosotros. No quiero a los almohades cerca de mis fronteras —apostilló Mardanis.

Hamusk asintió no muy convencido. No guardaba buen recuerdo del tiempo que estuvo al servicio del emperador Alfonso de León. Los cristianos lo llamaban entre risas *el Chamusco* o *el Chamuscado*, haciendo un juego de palabras con su nombre. El rencor hacia los adoradores de la Cruz fue asentándose en su interior convirtiéndolo en una enfermedad incurable. Pero Hamusk sabía desenvolverse bien ante la adversidad. Era un superviviente. Luchó con los cristianos y con los almorávides hasta que dejó de resultarle interesante. Sobrevivir y enriquecerse eran los principios que guiaban su existencia.

—¡Traed más vino y comida! —ordenó Mardanis algo achispado por la ingesta de vino—. ¿Dónde está la música? —preguntó mirando en rededor—. ¿Y las bailarinas? —desplazó la mirada a Hamusk, dijo—: Pensarás que soy un pésimo anfitrión.

El señor de Segura estalló en una impostada carcajada.

—De eso nada, mi señor. Suculentos manjares colman la mesa y las jarras están llenas del mejor vino. Eres un anfitrión excelente, insuperable.

Al momento los músicos comentaron a tocar sus instrumentos y las bailarinas llenar la sala con frenéticos y sensuales bailes. Ali ibn Obaid permanecía muy callado, sin perder de vista a la bailarina pelirroja. Mardanis se dio cuenta y le hizo un gesto. La pelirroja obediente y disciplinada se acercó al arráez y lo tomó de la mano.

—Vete y disfruta de su compañía —le dijo el emir de Murcia, golpeándole el hombro en un gesto de complicidad.

Ali ibn Obaid se incorporó sin pensárselo dos veces. Se despidió de Mardanis con una breve inclinación de cabeza y se perdió por entre las estancias del alcázar. Ahora fue cuando Hamusk hizo un gesto a su hija para que ocupara el lugar que Obaid había dejado vacante. Zobayda se incorporó y se sentó a la derecha del emir. Mardanis sonrió sin apartar un instante la mirada de sus enigmáticos y cristalinos ojos azules.

—Mi señor, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites —comenzó a decir Hamusk—. Serví con lealtad a tu tío el emir Ibn Iyad y con la misma lealtad deseo servirte a ti.

—Te lo agradezco Ibrahim —dijo Mardanis—. Se avecinan tiempos difíciles, si es que alguna vez han sido fáciles en esta tierra condenada a la división, la ambición y la guerra, y necesitaré de leales soldados a mi lado.

—No encontrarás en todo el Sharq mejor soldado que mi padre —aseguró Zobayda con una voz suave, dulce, embriagadora.

Mardanis asintió hechizado.

—Tengo grandes proyectos para mi reino y me tranquiliza saber que puedo contar con tu padre.

—Por supuesto, mi señor, por supuesto ¿y puedo saber de qué planes se trata? —preguntó interesado Hamusk.

—A su debido tiempo, querido amigo. Ahora disfrutemos de la música y de estas hermosas bailarinas. Vivamos el instante, ya habrá tiempo para preocuparnos por el futuro.

Hamusk hizo un leve gesto a Zobayda y esta se incorporó.

—Mi señor, debo retirarme.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —preguntó Mardanis sin poder enmascarar la contrariedad que le producía tener que prescindir de su compañía.

—El viaje desde Segura ha sido largo y estoy cansada. Te ruego me disculpes —se justificó la hermosa joven.

—Perdónala, mi señor. Aún es muy niña y no está acostumbrada a participar de estos banquetes y mucho menos a trasnochar —intervino Hamusk.

Mardanis hizo una mueca de disgusto.

—Bien, si es tu deseo. Vete y descansa —aceptó. Su voz reflejaba una resignada decepción.

Zobayda se despidió con una leve inclinación de cabeza y cruzó el *maylís* con la gracilidad de una gacela, atrayendo a su paso las miradas de los allí presentes, el emir del Sharq al-Ándalus, incluido.

—Mi señor, me gustaría pedirte permiso para saquear las comarcas de Córdoba y Sevilla —dijo Hamusk.

Mardanis seguía contemplando con mirada ausente cómo se marchaba Zobayda, sin prestar atención al señor de Segura.

—Se podría obtener un buen botín y al mismo tiempo evaluar la capacidad de respuesta de Yahya ibn Ganiya y de los almohades —insistió Hamusk.

Mardanis regresó a la conversación cuando Zobayda abandonó el *maylís* y negó con la cabeza.

—Olvidalo. En Sevilla gobierna el gran jeque almohade Yusuf ibn Sulayman —observó el emir de Murcia—. No quiero que te acerques a sus tierras. Dejemos a los africanos tranquilos. Cuando la bestia duerme, no conviene despertarla —leyó con claridad la decepción que reflejaban los ojos de Hamusk. Hacerle esa petición había sido uno de los motivos que lo habían llevado a Murcia—. Pero el ejercicio fortalece a los soldados y la promesa de un buen botín elevará su moral —lo tomó del hombro y añadió—: Bien, te autorizo a preparar algaras por tierras de Córdoba y Jaén. Yahya ibn Ganiya está solo y tiene demasiados frentes de los que ocuparse.

—Compartiré el botín contigo, naturalmente —dijo satisfecho Hamusk.

—Qué Alá te bendiga con una campaña llena de victorias y riquezas. —El emir de Murcia alzó su copa y brindó con el señor de Segura.

Durante más de dos horas el emir y Hamusk estuvieron conversando. Fue una charla trivial y divertida, donde el señor de Segura le compartía anécdotas y experiencias de sus tiempos al servicio de los cristianos. Por supuesto, en todo momento omitió que lo llamaban *el Chamusco* o *el Chamuscado*, aunque entre risas y chanzas, el emir de Murcia leyó que, por algún motivo que se le escapaba, guardaba cierto resquemor hacia los cristianos. La noche avanzaba y Mardanis, que de vez en cuando lanzaba miradas furtivas a las bailarinas sirias, sintió apetencia por retirarse a su cámara.

—Ahora debo ser yo quien te deje, Hamusk —anunció el emir—. Pero tú quédate si te place y disfruta del banquete y de la música. Eres mi invitado.

—Gracias, mi señor, me quedaré un rato más si no te importa.

Mardanis se encogió indiferente de hombros, se incorporó y salió del *maylís* camino a sus aposentos no sin antes hacer un gesto que las sirias supieron muy bien cómo interpretar. Una vez en su cámara, se desprendió de la túnica, los zaragüelles y los calzones y se tumbó en el lecho completamente desnudo. No podía desprenderse de la imagen de Zobayda. Recordó sus ojos, sus labios, sus insinuantes pechos y sus curvas ceñidas a la túnica. A pesar del vino sintió como su miembro se hinchaba. Se preguntaba dónde estaban Laila y Amira. Las necesitaba para aliviar su ardor. ¿No habían interpretado correctamente su señal al salir del *maylís*? Imposible. Ellas lo conocían muy bien. Pero Mardanis no entendía el retraso. Entonces, de entre las sombras surgió una figura femenina iluminada por la exigua luz de las estrellas. ¿Sólo una? ¿Sería Laila o Amira? Quizá alguna de las dos se había encontrado indispuesta. Bueno, daba igual, ambas eran extremadamente bellas y hábiles en asuntos de alcoba. Cualquiera de las dos sabría saciar su sed de lujuria.

—Pensé que nunca acudirías al lecho. Las horas se me han hecho eternas.

Mardanis se sobresaltó. No esperaba oír esa voz. Una tenue luz plateada iluminó a Zobayda. Vestía una túnica de gasa semitransparente que intuía un cuerpo completamente desnudo.

—¡Ah! ¿Tus esclavas? —preguntó Zobayda ante el gesto de sorpresa del emir de Murcia—. Sí, seguro que te preguntas por ellas. Hoy no te acompañarán. Espero que no te importe —explicaba mientras se acercaba al lecho con sensualidad felina.

—¿Cómo...?

—Ha sido muy fácil, mi señor. —Zobayda se encaramó al lecho y se subió a horcajadas sobre el miembro erecto del rey—. Simplemente les he dicho que esta noche el emir de Murcia desea... otra compañía.

—¿Y no protestaron? —preguntó Mardanis, mordiéndose los labios mientras se movía rítmicamente.

—Ellas son esclavas y yo la hija del señor de Segura. ¿Qué otra cosa podían hacer salvo obedecerme? —Zobayda dejó escapar un suave gemido de placer.

Mardanis no dijo nada. No había nada más que decir. Cerró los ojos y se entregó a devorar todo el placer que Zobayda estuviera dispuesta a ofrecerle.

Murcia, noviembre de 1147

La mañana siguiente, Mardanis y Zobayda pasearon por el patio ajardinado del alcázar. El emir de Murcia vestía saya, *burnús*^[5] de lana con capucha y zaragüelles, y Zobayda un manto de lana y cubría la cabeza con un *miqná*. El suave sol del otoño murciano caldeaba una mañana clara y fresca. Tomaron asiento en un banco frente a una alberca rodeada por parterres en la que confluían cuatro estrechos canales de agua cristalina.

—Estos canales representan los cuatro ríos del *Yanna Adan* —comenzó a explicar Mardanis ante la atenta mirada de Zobayda—, el jardín de Adán, y que como bien sabes, dieron origen a los ríos que fluyen por la tierra. Ese es el Nilo —señaló uno de los canales—, el río de miel. Sus aguas discurren por el este. Aquel es el Éufrates, río de leche que fluye por el oeste. El Tigris es de agua y se encuentra por el norte y aquel es el Yayhun, el río que discurre por el sur y por cuyo caudal fluye un torrente de vino puro. ¿No te llama la atención que en el *Yanna* nos espere un río de vino? —preguntó de forma retórica.

Zobayda se encogió de hombros con una sonrisa. Nunca se había hecho esa pregunta. Como mujer y musulmana no le estaba permitido el consumo de vino como otras muchas cosas y jamás se había cuestionado los motivos. Ibrahim ibn Hamusk, a falta de un hijo varón, la había educado para otros menesteres.

—Está escrito en el Corán —prosiguió Mardanis:

*Quienes obedezcan a Alá y a Su Enviado,
Él les introducirá en Jardines
regados por aguas vivas,
en los que morarán eternamente.*

—Los alfaquíes me reprueban que sirva vino a mis invitados en mis banquetes y que yo mismo disfrute de él —continuó—, pero uno de los cuatro ríos del paraíso, el que fluye hacia el sur, es de vino. Y discurre con un caudal desbordante del que disfrutaremos por toda la eternidad —se incorporó y señaló la alberca—. Todos estos ríos tienen un propósito en el *Yanna*: La leche saciará nuestra hambre, el agua calmará nuestra sed, la miel endulzará nuestro corazón, pero el vino... —se arrodilló ante la joven y la tomó de la mano—... el vino alegrará nuestro espíritu.

—Yo aún no lo he probado —reconoció Zobayda.

—Eso tiene fácil solución. En nuestro próximo banquete, lo beberás de mis propios labios. —Mardanis se acercó y la besó. Luego prosiguió—. No tiene sentido que los ulemas, alfaquíes y otros sabios del Corán nos prohíban en vida, lo que Alá ha dispuesto que nos aguarde en la muerte. ¿Por qué no disfrutar ahora del sagrado néctar? Bebo vino no solo por placer, sino para rebelarme contra las perversas doctrinas que tanto daño están haciendo al Islam. Fanáticos como esos malditos almohades, ¿sabes cómo nos llaman a los musulmanes que no reconocemos el tawhid?

Zobayda negó con la cabeza.

—Hipócritas y falsos musulmanes —respondió el emir—. Afirman que nos hemos apartado de la estricta observancia del Corán. Ellos se denominan *al-muwahhidun*, los que reconocen la

unidad de Dios, los unitarios. Son unos extremistas que han pervertido las enseñanzas del Profeta amoldándolas a sus propios intereses. Ibn Tumart, un fanático que nació en el Atlas, fue quien inició el movimiento almohade. He de admitir que su historia es muy interesante. Alzó a las tribus bereberes del Atlas contra los almorávides, porque consideraba que se habían entregado en cuerpo y espíritu a los placeres del vino y de la carne. Los acusaban de adorar el lujo y las comodidades, y de abandonar las enseñanzas del Profeta por el descanso y la holgazanería. Ibn Tumart, a quien los almohades llamaban *el Mahdi*, el guiado, se escandalizó cuando visitó Marrakech en una de sus largas peregrinaciones donde extendía el tawhid, la doctrina almohade, y vio que los almorávides ocultaban el rostro con un *litam*, mientras que las mujeres lo llevaban descubierto. En la medina exclamó: *Dios castigará al pueblo cuyas mujeres se comportan como hombres y cuyos hombres visten como mujeres*. Y comenzó a arremeter contra las mujeres que llevaban el rostro descubierto y a arrancar con violencia el *litam* a los hombres que lo llevaban oculto. Una de las mujeres era la hermana del emir almorávide, que paseaba por la medina montada a caballo. Ibn Tumart, furioso y sin reparar en la nobleza y dignidad de la mujer, la insultó y la agarró con violencia haciéndola caer de su montura. La mujer acudió entre lágrimas al alcázar y refirió todo el alboroto a su hermano el emir Ali ibn Yusuf, pero este, mal aconsejado e ignorante de la terrible amenaza que se cernía sobre su imperio, se limitó a ordenar su destierro. Fue un grave error de consecuencias catastróficas. Pero disculpa, te estoy aburriendo...

Zobayda negó con la cabeza e iluminó su rostro con una sonrisa de dientes blancos como el marfil. Conocía muy bien los orígenes de Ibn Tumart y del movimiento almohade que había aniquilado a los almorávides de África y que ahora amenazaba con extenderse por al-Ándalus. Era una joven hermosa, inteligente e instruida, virtudes que podrían intimidar al más poderoso de los emires andalusíes. A veces, es más conveniente fingir ignorancia que revelar sabiduría.

—Realmente ese Ibn Tumart, a quien los almohades llaman *¿el Mahdi?* —preguntó con gesto arrugado, simulando desconocimiento. Mardanis asintió con una sonrisa condescendiente—. Debió ser un hombre excepcional si logró levantar a su pueblo contra los poderosos almorávides.

Mardanis negó con la cabeza.

—Fue un fanático, un vulgar y sucio cabrero de las montañas que supo regalar los oídos de los bereberes con falsedades y palabras complacientes. Aunque en él he de reconocer dos importantes virtudes; perseverancia y una capacidad asombrosa para el engaño. Pero los imperios que nacen de la mentira se sustentan sobre columnas de barro. Su fin está próximo.

Hamusk escuchaba la conversación desde la distancia, oculto entre las sombras del pórtico que rodeaba el patio. Sonrió. Mardanis había omitido oportunamente que el vino que discurría por el Yayhun no embriagaba y que Ibn Tumart no era un sucio cabrero, sino el hijo de un jeque masmuda de la cabila de los hargha, y que fue instruido por los filósofos y sabios más reconocidos en el mundo islámico como al-Hadrami en Siria, al-Turtusi en Egipto y al-Ghazali en Bagdad. Hamusk conocía muy bien al *Mahdi* y a los almohades y sus conocimientos fueron transmitidos con detalle a Zobayda. No conviene menospreciar al enemigo y mucho menos cuando ha derrotado a un poderoso imperio como el almorávide. Guardó en su memoria la manifiesta ingenuidad de Mardanis. Quizá le fuera útil en el futuro. Salió de entre las sombras y se aproximó a la pareja.

—Saludos, mi señor. Espero que hayas pasado una buena noche —dijo Hamusk.

Mardanis y Zobayda intercambiaron una mirada de complicidad y sonrieron.

—Ha sido realmente fabulosa —respondió.

—Me alegro. —Hamusk dio un beso en la frente a su hija—. Ayer el vino fluyó con

generosidad por el *maylís* y me pregunto si aún recuerdas nuestra conversación...

—Por supuesto que la recuerdo —interrumpió Mardanis con un movimiento de mano—. Y me ratifico en lo que te dije; puedes depredar Córdoba y Jaén, pero olvídate de pisar el territorio de los unitarios y elude el combate si te cruzas con ellos. No quiero concederles motivo alguno que justifique un posible ataque.

—Los almohades no necesitan ninguna excusa para atacarnos, mi señor —repuso el señor de Segura con una media sonrisa—. Ambos sabemos que algún día el califa en persona cruzará el Estrecho con su ejército. Y lo primero que hará será invadir el Sharq al-Ándalus.

—Es posible —reconoció Mardanis encogiéndose indiferente de hombros. La invasión almohade sonaba lejana en sus oídos—, pero de momento mantente alejado de ellos.

—Como ordenes, mi señor —aceptó obediente Hamusk con una leve inclinación de cabeza.

En ese instante llegó un oficial con pasos apresurados y un documento en la mano.

—Mi señor, un mensaje del emperador Alfonso de León —anunció, ofreciéndole un pergamino.

Mardanis lo tomó y lo leyó con interés. Torció el gesto preocupado.

—¿Malas noticias, mi señor?

—El emperador me emplaza a un encuentro en Almería.

—Tu tío Ibn Iyad le rindió vasallaje. Ahora tú eres el nuevo emir del Sharq. Entiendo que el emperador cristiano querrá ratificar contigo los acuerdos firmados en su día con tu tío.

—Debo preparar el viaje. —Mardanis estaba más preocupado en afianzar sus alianzas con los reinos cristianos que de una posible invasión almohade.

El imperio almorávide se había descompuesto en decenas de pequeños reinos gobernados por reyezuelos andalusíes o gobernadores almorávides, como era el caso de Córdoba, Jaén, Granada y Mallorca. Ante los reyes cristianos se abría una magnífica oportunidad de expandir sus territorios a costa de lo que en su día fue la suntuosa y floreciente al-Ándalus. Había dado comienzo una suerte de competición entre los reyes hispanos para hacerse con el pedazo más grande y jugoso. Y los cristianos eran tan necios que no lograban discernir entre andalusíes, almorávides o almohades. Para ellos, todos los musulmanes eran infieles expuestos a ser conquistados y sometidos. Y el Sharq al-Ándalus no era distinto. A pesar de ser un reino vasallo del emperador y pagarle generosos tributos por su protección y amistad, no estaba exento de sufrir su codicia o la de otros reyes cristianos. Alfonso de León había tomado Almería apoyado por una potente alianza de reinos cristianos alentada por el papa Eugenio III. Su ambicioso cuñado, el conde Ramón Berenguer, estaba entre ellos. Mardanis tenía motivos para estar preocupado. El futuro del Sharq dependía en gran medida del resultado de la reunión con el emperador.

—Mi señor, si te parece bien, me gustaría acompañarte a Almería —se ofreció Hamusk.

El emir de Murcia dudó. Había pensado acudir a la reunión con el emperador acompañado por su primo Ali ibn Obaid y los habituales miembros de su Corte.

—Mi hija aguardará mi regreso en el alcázar, si no tienes inconveniente, claro —se apresuró a añadir Hamusk, leyendo la indecisión en los ojos del emir del Sharq.

Mardanis desplazó la mirada hacia Zobayda, quien iluminó su rostro con una bella sonrisa. Sintió cómo el corazón se aceleraba en su pecho.

—Bien, acompáñame si es tu deseo —aceptó el emir de Murcia, cediendo ante la apetecible promesa de yacer de nuevo con Zobayda.

—Será un honor —dijo Hamusk con una leve inclinación de cabeza.

—Ahora disculpadme. —Mardanis tomó la mano de Zobayda y la besó con dulzura. Luego

la miró a los ojos durante un instante. Quería almacenar en su memoria esos ojos brillantes y azules como el vasto cielo de un claro día de verano. Su recuerdo lo acompañaría durante el viaje, haciéndolo mucho más placentero.

—Mi señor —dijo Zobayda.

—Mi señor —se despidió el señor de Segura.

Hamusk y Zobayda contemplaron cómo Mardanis se marchaba, perdiéndose entre las sombras del pórtico que circundaba el patio ajardinado.

—¿Y bien? —preguntó Hamusk sin apartar la vista del emir.

—Anoche prefirió yacer conmigo que con las esclavas.

Hamusk desvió la mirada hacia su hija y cabeceó satisfecho.

—Excelente, hija mía. Es una buena noticia.

Zobayda asintió en silencio. El señor de Segura la tomó de las manos y mirándola a los ojos le dijo:

—Para dominar su voluntad, antes debes conquistar su corazón. No lo olvides. Pronto se cumplirán nuestros deseos. Pronto, hija mía, serás la reina del Sharq al-Ándalus.

Almería, noviembre de 1147

Muhammad ibn Mardanis, acompañado por Ibrahim ibn Hamusk, Ali ibn Obaid y un reducido séquito de consejeros y secretarios, entró con pasos largos y decididos en el *maylís* del alcázar de Almería. Los cojines de seda habían sido sustituidos por incómodas sillas y aparatosas mesas de madera. De las paredes colgaban reposteros, pendones y tapices ocultando las elaboradas yeserías y los coloridos azulejos. El salón era ahora un lugar más sombrío, adusto y frío. El emperador le esperaba sentado en un trono elevado sobre un escaño. Lo acompañaban el conde Manrique Pérez de Lara, el mayordomo mayor Gutierre Fernández de Castro, Álvar Rodríguez, el conde Ponce de Cabrera y el genovés Otto Bonvillano, a quien los genoveses habían encargado el cometido de supervisar el correcto cumplimiento de los acuerdos firmados con el emperador.

—Mi señor —saludó Mardanis con una inclinación de cabeza.

Hamusk y Obaid le flanqueaban. El resto del séquito andalusí se mantuvo a varios pasos de distancia.

—Saludos, Muhammad ibn Mardanis, emir del Sharq al-Ándalus. —Alfonso de León escrutó con la mirada al joven emir que había sucedido a su vasallo y aliado Ibn Iyad.

Mardanis vestía túnica sobre almófar y loriga, portaba en el brazo un yelmo con protección nasal y del talabarte colgaba una espada recta de doble filo. Sus rasgos y sus cabellos castaños le conferían un aspecto más de cristiano que de musulmán, evidenciando sus orígenes muladíes. Era alto, fuerte y apuesto. Un joven lleno de vida, energía y ambición. Virtudes muy útiles si se sabían administrar con sabiduría y prudencia. ¿Sería el andalusí de fiar? ¿Cumpliría los pactos firmados con Ibn Iyad? ¿Se plegaría a los almohades o se rebelaría contra su tiranía? Las preguntas se agolpaban en la mente de Alfonso de León. Entonces reparó en la presencia de Ibrahim ibn Hamusk y su semblante se ensombreció.

—Hamusk... —Pronunció su nombre en voz baja, con los ojos entornados—... no sé nada de ti desde años —se quedó pensativo, haciendo memoria—. Sí, creo que no he vuelto a tener noticias tuyas desde que nos abandonaste para regresar al servicio de Ganiya —su tono reverberó en el gran salón cargado de reproche—. Advierto fascinado que has vuelto a abandonarlo para servir a otro señor más... ¿conveniente?

Mardanis miró de soslayo al señor de Segura. Se cuestionaba si permitir que lo acompañara al encuentro con el emperador había sido una buena idea.

—Os saludo, mi señor —dijo Hamusk inclinando la cabeza—. Yo también me alegro de veros —el emperador sonrió ante el evidente sarcasmo que impregnaba las palabras del andalusí—. Entre los notables cristianos no es infrecuente desnaturalizarse para servir a otro señor. ¿Por qué debía ser distinto entre los musulmanes?

—Es cierto —hubo de reconocer Alfonso de León—, desafortunadamente la lealtad es un bien cada vez más escaso en estos tiempos. ¿No es así, *Chamusco*?

Ibrahim ibn Hamusk apretó los labios e intentó contener la ira que ascendía por su cuerpo y se detenía en su rostro enrojecido. ¿Cuánto tiempo hacía que no lo llamaban *Chamusco*? Ya casi lo había olvidado, pero allí estaba el emperador para recordárselo. ¡Cómo odiaba a aquellos perros cristianos! Alfonso de León fijó en él una mirada burlona, desafiante. No era correcto

ofender al miembro de la embajada de un reino amigo durante una recepción, pero guardaba demasiado rencor al señor de Segura como para dejarlo pasar. Tantos cambios de bando lo hacían dudar de su lealtad. Y si Hamusk traicionaba a Mardanis, también lo traicionaría a él. Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil y la inconstante lealtad de Hamusk era el eslabón más frágil en ese reino musulmán llamado el Sharq al-Ándalus. Al humillarlo delante de su señor, pronunciando el apodo que tanto le fastidiaba escuchar, Alfonso de León se tomaba su pequeña venganza.

—El emperador siempre se expresa con sabiduría —dijo Hamusk con un tono de ironía que no le pasó desapercibido a ninguno de los allí presentes—. Él sabrá muy bien de quién se rodea.

Álvar Rodríguez, conde de Sarria, echó mano de la empuñadura de su espada. Manrique Pérez de Lara lo tomó del brazo. El conde de Sarria bufaba como un toro furioso con la vista clavada en Hamusk. Mardanis fulminó con la mirada al señor de Segura, quien parecía divertido con la situación.

—Mi señor, quizá sería conveniente que conversemos en el patio —intervino el emir de Murcia con un tono apaciguador—. En esta sala hay... digamos que demasiada gente —miró a Hamusk y este se encogió de hombros, como si no tuviera nada que ver en la tensión que se había generado en el *maylís*.

El emperador entornó los ojos y asintió despacio. La presencia de Hamusk lo crispaba. Si pretendía que el encuentro fuera satisfactorio, debía alejarse del rechoncho musulmán de mirada mezquina y traicionera.

—Bien, creo que es lo mejor —aceptó, se incorporó del sitio y encaminó sus pasos a la salida del *maylís* sin molestarse en mirar al señor de Segura.

Mardanis soltó un largo suspiro y lo siguió. El emperador de León y el emir del Sharq al-Ándalus salieron al patio del alcázar. El sol se encontraba en lo más alto, pero soplaba un viento fresco y cargado de humedad.

—Os pido disculpas, mi señor. El señor de Segura no ha estado muy afortunado con su observación —dijo sincero Mardanis.

El emperador arrugó los labios y negó con la cabeza.

—Olvídalo, no perdamos un solo minuto de nuestro tiempo en Hamusk.

Caminaron por un jardín flanqueado por parterres que confluía en una fuente de la que manaba un chorro de agua cristalina. Durante unos instantes ambos reyes anduvieron en silencio, como intentando encontrar el modo de introducir el asunto que más los apremiaba.

—Discúlpame, amigo Mardanis, soy un pésimo anfitrión —el emperador se detuvo y miró al andalusí—. No te he dado el pésame por la muerte de tu tío, mi buen amigo, Ibn Iyad, ni te he felicitado por tu proclamación como emir del Sharq al-Ándalus. A veces, nos perdemos en minucias y nos olvidamos de lo que es realmente importante.

—Os lo agradezco, mi señor.

Retomaron el paso de nuevo en silencio.

—También estoy al corriente de que sometiste con firmeza una sublevación liderada por un familiar tuyo ¿tu primo?

—Así es, mi señor, mi primo Yusuf ibn Hilal —respondió el emir con cierto tono de tristeza.

—¿Es cierto que lo cegaste?

Mardanis asintió con los labios apretados.

—Realmente lo cegó su ambición y la persistente negativa de su esposa a devolverme Moratalla.

Alfonso de León sonrió.

—¿Qué ha sido de él?

—Lo encerré en un calabozo, donde murió poco después.

—Fuiste generoso al permitir que viviera en lugar de ejecutarlo, castigo más apropiado para los traidores.

—Sus ojos fueron arrancados y fue encerrado en una fría mazmorra condenado a pudrirse lentamente hasta el fin de sus días —comenzó a explicar al emir—. La mujer que amaba permitió que fuera sometido a tormento y murió al ser arrojada desde las murallas de Moratalla por sus propios soldados. Sus sueños de grandeza se disolvieron como la bruma de la mañana. Sinceramente, mi señor, no creo que ser ejecutado hubiera sido peor castigo.

Alfonso de León recorrió con la mirada aquel joven e implacable emir. En él advirtió un valioso aliado, pero también un terrible enemigo. Y más si se unía a los almohades.

—Hiciste lo correcto. Un rey debe ser respetado, pero también temido. Hay una línea muy fina entre la generosidad y la debilidad, que jamás conviene rebasar. El poder es como un animal agonizante que vaga perdido por el bosque. Desde las sombras, es observado por decenas de depredadores, que esperan ocultos entre la maleza el momento oportuno para lanzarse sobre él. Una de las mayores virtudes que debe tener un rey es saber reconocer a sus enemigos de entre los que se hacen llamar sus amigos. Nuestras peores amenazas nacen en nuestro círculo más cercano; consejeros, amigos, familiares...

—La promesa de gloria, poder y riqueza une a los aliados más extraños —observó Mardanis.

—Por tal motivo es importante encontrar buenos y fiables aliados, como para mí lo fueron Zafadola y tu tío Ibn Iyad, quien siempre me fue leal a pesar de la masacre de al-Luyy^[6].

—Al-Luyy... —musitó Mardanis.

—Allí murió Sayf al-Dawla^[7], a quien nosotros los cristianos llamamos Zafadola, el predecesor de tu tío en el emirato del Sharq.

—En al-Luyy también murió mi tío Abd Allah —recordó el emir de Murcia.

—Es cierto —reconoció con pesar el emperador.

—Mi señor ¿qué pasó en aquella batalla? ¿Por qué se enfrentaron vuestras tropas con las del emir Sayf al-Dawla cuando eráis aliados? Mi tío Ibn Iyad me contó la historia, pero os agradecería que vos me relatarais los hechos, pues todavía me son extraños y confusos.

—Y es que fueron extraños y confusos, querido amigo —repitió el emperador, tomándolo del hombro. Carraspeó un par de veces y prosiguió—: Cuando tu tío depuso a Abd al-Aziz como gobernador de Valencia, rindió vasallaje a Zafadola, quien fue nombrado emir del Sharq al-Ándalus. Para mí, fue una gran noticia, pues Zafadola era vasallo mío y un fiel aliado. Ambos soñábamos con un al-Ándalus bajo un gobierno totalmente andalusí, libre de la presencia de los almorávides. Pero Baeza, Úbeda y Jaén no reconocieron su autoridad y se sublevaron. Zafadola armó un ejército para someter a los rebeldes y me pidió ayuda. Yo lógicamente se la presté, pero no le facilité los soldados apropiados.

—¿Qué queréis decir?

—Le envié a varios condes de mi máxima confianza y al gobernador de Cuenca, un aliado musulmán llamado al-Tagrí —chascó los labios—. Este al-Tagrí era un enconado enemigo de Zafadola. Por desgracia, de esto tuve noticia más tarde.

—Continuad, por favor.

—Ante la inminente llegada a Úbeda del ejército de Zafadola, los rebeldes le enviaron mensajeros jurándole lealtad y sometimiento. Pero los condes y el gobernador de Cuenca no aceptaron su rendición. Habían hecho un viaje muy largo para regresar a sus castillos sin haber presentado batalla y, lo que era aún más molesto; con las alforjas vacías de botín.

—Entiendo —«la codicia siempre prevalece sobre el sentido común y desprecia la vida de los hombres», pensó Mardanis.

—Se encontraban acampados en al-Luyy. Zafadola licenció a los ejércitos y ordenó a los condes y a al-Tagrí que regresaran a sus castillos, pero estos se negaron y marcharon hacia Úbeda. Zafadola no lo podía permitir. Baeza, Úbeda y Jaén se habían sometido, le habían aceptado como emir. Era su obligación proteger a sus súbditos.

—Entonces se libró la batalla.

El emperador Alfonso de León asintió.

—Fue una masacre. Las tropas de Zafadola fueron aniquiladas. El emir y tu tío Abd Allah fueron hechos prisioneros. Por suerte, Ibn Iyad logró escapar.

—¿Qué pasó con el emir y con mi tío?

—Fueron capturados por las milicias concejiles —el emperador negaba constantemente con la cabeza, como si le produjera un terrible dolor recordar aquel absurdo y dramático desatino—. Las milicias podrían haber pedido un cuantioso rescate por su liberación, pero al-Tagrí les ofreció una ingente cantidad de dinero por sus cabezas. Y así hicieron, los milicianos asesinaron a Zafadola y a tu tío Abd Allah instados por al-Tagrí, pues pretendía hacerse con el control del Sharq.

—Pero mi tío Ibn Iyad se lo impidió.

—Al-Tagrí fue gobernador de Murcia durante unos meses, creo recordar que por 1145, pero fue depuesto y huyó a Cuenca, donde logró hacerse con el gobierno. No quise entrometerme, pues se trataba de un asunto entre musulmanes y al-Tagrí no tardó en rendirme homenaje, que era realmente lo que me importaba. Este fue mi error. Al-Tagrí deseaba regresar a Murcia y recuperar el poder. Si se deshacía de tu tío Abd Allah, también controlaría Valencia. Reinaría sobre un extenso territorio, pues al Sharq habría que añadirle sus dominios en Cuenca. Pero no calculó que Ibn Iyad escaparía de la masacre. Pocas semanas después de la batalla de al-Luyy, al-Tagrí entraba en Murcia victorioso y con deseos de hacerse con el poder, pero cayó en una emboscada preparada por Ibn Iyad. Al-Tagrí fue capturado y encerrado en un calabozo, donde murió días después tras sufrir horribles tormentos. Según tengo entendido, tu tío se empleó con él con esmerada saña.

—La muerte no es suficiente castigo para un traidor, si esta no viene acompañada por unas generosas raciones de sufrimiento —apostilló Mardanis con dureza.

Alfonso de León asintió y dijo:

—Hay gente que solo aprende de sus errores cuando le arrancan los ojos o les cortan en pedazos ¿verdad? —Mardanis asintió con una malévola sonrisa—. Cuando estalla una sublevación, lo que está en juego es la cabeza del rey, pues si los rebeldes tienen éxito será lo primero que claven en una lanza. El temor a sufrir un doloroso calvario conduce a los descontentos a reflexionar cuidadosamente sobre la conveniencia de levantarse en armas contra su señor.

—La mejor sublevación es aquella que nunca llega a ocurrir.

—Así es, querido amigo. El miedo, cuando se administra con habilidad e inteligencia, se convierte en la herramienta más eficaz y económica de la que un rey puede disponer.

Mardanis asintió varias veces ante lo oportuno de las palabras de Alfonso de León. Si la sublevación de su primo Yusuf ibn Hilal hubiera tenido éxito, posiblemente habría sufrido su mismo destino. Su castigo disuadiría a los nobles molestos a alzarse en armas. La crueldad es un modo eficaz de hacer política.

—Con Zafadola y al-Tagrí muertos —prosiguió retomando el origen de la conversación—, tu

tío Ibn Iyad no tuvo dificultad en ser elegido por los generales y alfaquíes andalusíes como emir de Valencia y Murcia.

—Advierto por vuestras palabras que sentíais un afecto sincero por Sayf al-Dawla —dijo Mardanis.

—Con Zafadola perdimos la ocasión de unificar todo al-Ándalus bajo el reinado de un emir andalusí, un aliado de León, poniendo así fin a enfrentamientos, guerras y desconfianzas que tanto daño nos han hecho.

Mardanis dudaba de que, si Zafadola estuviera vivo, entre los musulmanes y cristianos reinase la paz, pues no era sencillo para los habitantes de Hispania deshacerse de su arraigada costumbre de matarse entre ellos. Pero prefirió no expresar sus pensamientos en voz alta. El pasado no se puede cambiar y especular sobre lo que podría haber sucedido en el futuro era un ejercicio tan absurdo como estéril.

El emperador Alfonso de León se detuvo, tomó a Mardanis de los hombros y mirándolo a los ojos le dijo:

—Necesito que en el Sharq al-Ándalus gobierne un nuevo Zafadola, un amigo de León.

—Un vasallo de León, querréis decir —replicó Mardanis.

—Un amigo, querido Mardanis —aseveró el emperador—. Un amigo con el que combatir la amenaza que nos acecha desde África.

Mardanis entornó los ojos y asintió levemente. Le agradó que el emperador fuera consciente del peligro que suponían los almohades para ambos reinos.

—¿Respetarás los pactos firmados con Ibn Iyad? —prosiguió Alfonso—. ¿Serás tú ese aliado que necesito en el Sharq al-Ándalus?

Mardanis estaba persuadido de que el emperador no hacía una pregunta, sino que le dictaba una orden. Si se negaba, las tropas que había visto acantonadas extramuros de Almería se lanzarían contra Murcia. La bula del papa Eugenio III aún estaba en vigor. Los miles de cruzados cristianos que vagaban sin rumbo fijo por la Península conducirían sus monturas hacia su reino, azuzados por la promesa del perdón de sus pecados, la salvación de su alma y, sobre todo, la certeza de obtener un cuantioso botín. Ante este escenario la respuesta solo podía ser una.

—Ratificaré los pactos firmados por mí tío Ibn Iyad con el emperador Alfonso de León.

—Excelente —los labios del emperador esbozaron una gran sonrisa.

—Y os prometo que jamás me arrodillaré ante el tawhid. Mientras yo viva, el Sharq al-Ándalus no se rendirá a los almohades. —Los ojos de Mardanis brillaban de fría determinación. El emperador estaba convencido de que el joven emir andalusí cumpliría su palabra—. El Sharq al-Ándalus es el muro de contención a las hordas unitarias —prosiguió—. Si el Sharq cae, lo hará el resto de Hispania

Alfonso de León asintió. Era de la misma opinión.

—Mientras yo sea rey, León jamás abandonará al Sharq. Jamás. Combatiremos juntos a los africanos. Por siempre, hasta la última gota de nuestra sangre.

Mardanis apretó los labios. Él era musulmán y los cristianos despreciaban a los musulmanes. Tanto o más como los musulmanes desconfiaban de los cristianos. Esta era la tozuda realidad. Recordó la batalla de al-Luyy en la que murieron su tío Abd Allah y el emir Sayf al-Dawla. Lucharon contra las tropas castellanas del emperador Alfonso de León. Contra sus propios aliados. Era cierto que los hechos eran un tanto confusos, y que la traición de al-Tagrí fue determinante en los asesinatos de su tío y del emir a manos de las mesnadas concejiles, pero, aun así, ambos ejércitos acudieron juntos para combatir al enemigo y terminaron matándose entre ellos; cristianos contra musulmanes. Como siempre había sido desde que los primeros africanos

cruzaron el Estrecho en el año 711. ¿Ocurriría lo mismo con los almohades? ¿Sería el emperador capaz de aliarse con ellos para contenerlos o para arrebatarse el Sharq? ¿Podría fiarse de él? La dudas impregnaban su ánimo. Inspiró con intensidad y sin pensar, lanzó al aire una pregunta que le ardía en la garganta y que luchaba por salir de su boca.

—¿Tengo vuestra palabra?

Alfonso de León entornó los ojos sorprendido. ¿Acaso el andalusí dudaba de su palabra? ¿De la palabra de un emperador? Sin duda se trataba de un joven osado y desvergonzado, pero también audaz y valiente. Sus labios dibujaron una sonrisa. Necesitaba alguien fuerte, con valor y carácter en el gobierno del Sharq, defendiendo las puertas de Hispania. Necesitaba a Muhammad ibn Mardanis.

—La tienes, querido amigo. Te lo aseguro —dijo con firmeza el emperador—. Lo más valioso que tiene un rey es la palabra. La antepongo incluso al honor. Pues el honor se puede restaurar con actos o con sangre si es preciso, pero la palabra dada jamás se recupera. Una vez que se entrega, pertenece al otro, quien se hace dueño y señor de ella. Tú, amigo Mardanis, ahora eres el dueño de mi palabra.

El emir de Murcia soltó un suspiro de alivio. Temió haber sobrepasado la confianza de Alfonso de León.

—Gracias, mi señor.

—Pero soy un hombre de hechos, no solo de palabras —dijo el emperador retomando el paseo—. Álvaro Rodríguez, conde de Sarria, estará a tu servicio.

—¿Álvar Rodríguez? —preguntó Mardanis, sin saber a quién se refería.

—El gigantón calvo y de carácter irascible a quien ofendieron las palabras de *Chamusco* —se explicó el emperador.

Mardanis asintió.

—Parece un guerrero formidable.

—Lo es. Tuvo un papel muy destacado en la conquista de Almería. Él y sus tropas te serán de gran ayuda en la defensa de tu reino.

Mardanis no era necio. El emperador enviaba al gigante calvo para tenerlo vigilado y controlado. Una misión enmascarada como ayuda. Pero el emir de Murcia no tenía nada que temer, pues no tenía nada que ocultar. Su determinación frente a los almohades era sincera, así como su lealtad al emperador de León, siempre y cuando este actuara del mismo modo.

—Os doy las gracias, mi señor.

Alfonso de León asintió y dijo:

—Bien, entonces estamos de acuerdo.

—Totalmente, mi señor.

El emperador se acercó a Mardanis y le dio un fuerte abrazo. Así permanecieron un instante los dos reyes, cerrando con un abrazo una alianza que los uniría frente a un enemigo común; los almohades.

—Regresemos al alcázar antes de que *Chamusco* ofenda a alguno de mis nobles —propuso el emperador con una sonrisa, tomando de los hombros a Mardanis.

Caminaron de vuelta al alcázar. El cielo, que había amanecido despejado, comenzó a cubrirse de nubes grises y el viento arreció con fuerza. Se avecinaba tormenta. Se disponían a entrar en el alcázar cuando el emperador se detuvo y mirando a Mardanis a los ojos le dijo:

—Cuídate de Hamusk.

Y sin añadir palabra, entró en el alcázar dejando tras de sí un halo de desconfianza y sospecha en el corazón del emir de Murcia.

Camino de Murcia, noviembre de 1147

El séquito del emir del Shaq al-Ándalus cabalgaba de regreso a Murcia por un serpenteante camino flanqueado por olivos. La noche anterior había llovido copiosamente y el suelo estaba enfangado. Soplaban el viento de levante y hacía fresco. A lo lejos, se proyectaba por el horizonte la silueta de las murallas de Murcia. Mardanis y Hamusk encabezaban la marcha, a pocos pasos los seguía Obaid y Álvar *el Calvo*, quienes habían estado charlando animadamente durante buena parte del viaje. Durante el camino, Muhammad ibn Mardanis recriminó a Ibrahim ibn Hamusk su actitud durante la audiencia con el emperador Alfonso de León, advirtiéndolo de que no toleraría otro comportamiento similar. El señor de Segura pidió disculpas con gesto compungido, pero en su interior disfrutaba enormemente por haber irritado al emperador de los cristianos. Mardanis lo miraba con el ceño fruncido, persuadido de que sus disculpas estaban muy lejos de ser sinceras.

—Me gustaría preguntarte, mi señor...

Hamusk se detuvo intentando despertar la curiosidad del emir de Murcia. Cabalgaba a su diestra en un caballo negro como la noche. Mardanis permanecía en silencio, esperando a que el señor de Segura terminara la frase, pero como no lo hacía, preguntó:

—¿Qué quieres preguntarme?

—Verás, mi señor... —Hamusk balbuceaba como si no encontrara las palabras precisas—... corrígeme si me equivoco, pero creo que entre mi hija y tú ha surgido... digamos... ¿una buena amistad?

Mardanis sonrió al recordar a la bella Zobayda.

—Algo más diría yo.

—Bien, me alegro. Alá me negó la dicha de tener un hijo varón y Zobayda es mi única hija. La quiero con locura. Mi único anhelo es que sea feliz.

—Es tu obligación como padre.

—Lo es, lo es —confirmó el señor de Segura—. Me he dado cuenta de que sus ojos le brillan de forma especial cuando está contigo. Está más alegre, risueña, feliz.

Mardanis guardó silencio, pero en su interior su corazón saltaba lleno de júbilo.

—Verás, mi señor, Zobayda tiene dieciséis años. Está en edad casadera, y como podrás imaginar, son decenas los pretendientes que han llamado a mi puerta.

—¿Insinúas que tu hija ya está comprometida? —preguntó Mardanis.

—No, mi señor, no lo está... aún —respondió con aire interrogante.

Mardanis desvió la mirada hacia Hamusk.

—Hay un rico comerciante en Segura... —prosiguió—...andalusí naturalmente, jamás comprometería a mi hija con un almorávide y mucho menos con un almohade. La cuestión es que se trata de un anciano sin hijos. Es muy rico y colmará a Zobayda de caprichos y antojos. No le faltará de nada. Sabrá cuidar muy bien de ella hasta que Alá lo reclame a su presencia.

Hamusk se detuvo y miró de soslayo al emir. Intentaba escrutar el impacto que habían causado sus palabras en su ánimo. Apretó los labios conteniendo una sonrisa victoriosa.

—¿Ella... ella conoce la existencia de ese pretendiente? —preguntó Mardanis con tono apagado y dubitativo.

—Como la de otros muchos.

—¿Dices amar a tu hija y piensas entregarla a un viejo? —El emir le lanzó una mirada cargada de reproche.

—Es su única falta —se justificó—, pues se trata de un hombre respetado por la comunidad, generoso, amable y un piadoso creyente.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo ese asunto? —preguntó Mardanis fingiendo indiferencia.

—Pues verás, mi señor, estoy indeciso. Sé que el comerciante será bueno y la tratará con el respeto y la consideración que merece, pero no sé si Zobayda será feliz a su lado. Como tú y ella habéis labrado una buena amistad, me atrevería a preguntarte tu opinión.

—¿Mi opinión? —arrugó las cejas confuso—. ¿Sobre qué?

—Sobre este enlace, mi señor. Si crees que debería casar a mi hija con el comerciante o buscar otro pretendiente más apropiado. Lo cierto es que los años pasan y no me gustaría que la niña llegara al matrimonio desflorada...

Mardanis lo miró y sonrió. Los recuerdos que guardaba en su memoria de la noche que yació con Zobayda no revelaban que fuera precisamente una primeriza en las artes amatorias, pero tampoco era cuestión de confesar a Hamusk su opinión sobre el excelente desempeño de su hija en el lecho.

—¿Cuándo sería la boda? —preguntó cambiando de tema.

—En unas semanas. Tan pronto regresemos a Segura firmaremos el compromiso e iniciaremos los preparativos del enlace. No habrá vuelta atrás.

El emir de Murcia se quedó pensativo durante unos instantes. Zobayda le había causado una grata impresión. Le gustaba estar con ella. Recordó su cuerpo desnudo bañado con la luz de la luna y sus risas y sus juegos. Pero había algo más. Mucho más. Al día siguiente compartieron un agradable paseo por los jardines del alcázar. Aún recordaba su olor a agua de rosas y la mirada intensa de sus ojos azules ribeteados con kohl. Era hermosa y complaciente. El comerciante de Segura tendría que bendecir el nombre de Alá y hacer generosas donaciones por el inmerecido regalo que se disponía a recibir. Los pocos años que le quedasen de existencia serían dulces como la miel. Lo sentía por Zobayda. Confiaba en que supiera eludir sus obligaciones en el lecho.

—Lo apropiado o no de esa boda lo tendrás que decidir tú —le espetó—. Zobayda, como buena musulmana, tendrá que aceptar el criterio de su padre. No soy quién para inmiscuirme en asuntos familiares. En poco más te puedo ayudar, Hamusk.

Mardanis espoleó su montura y se alejó del señor de Segura, dando la conversación por terminada. Hamusk tragó saliva. No estaba en sus planes la indiferencia con la que el emir había recibido la noticia de la boda de su hija. Se acercó a uno de sus jinetes y le susurró unas palabras al oído. Este asintió confirmando que había entendido el mensaje y espoleó con firmeza su montura dirigiéndola hacia Murcia.

Almería, noviembre de 1147

El emperador Alfonso de León paseaba por la playa acompañado por el rey de Pamplona, García Ramírez. Respiró el aire fresco impregnado con el aroma salino del mar. El cielo estaba cubierto por nubes grises, pero no anunciaba lluvia. La conversación que mantuvo con Muhammad ibn Mardanis lo había tranquilizado. El emir era un joven fuerte, valiente y resuelto. Mantener al Sharq al-Ándalus alejado de los almohades era de una importancia vital para la supervivencia del imperio. Confiaba en que el apuesto emir andalusí cumpliera con su palabra. Sus ojos revelaban una determinación y fuerza que en muy pocos nobles cristianos había advertido. Podría confiar en él, pero Ibrahim ibn Hamusk era harina de otro costal. La lealtad del señor de Segura era voluble, inconstante, quebradiza. Solo se dejaba guiar por sus propios intereses. Apoyaría a Mardanis mientras obtuviera buenos beneficios, pero no dudaría en abandonarlo en cuanto se enfrentara a serias dificultades. El emperador contemplaba cómo los soldados cargaban en las últimas naves aragonesas los tesoros arrebatados a los musulmanes de Almería. Los genoveses y el conde de Barcelona se habían llevado una buena parte del botín, pero las riquezas que atesoraba Almería eran tan colosales, que aún dispondría de miles de maravedíes con los que alimentar las arcas del imperio. Un dinero que bien administrado le sería muy útil para armar ejércitos y fortificar castillos fronterizos. Era necesario estar prevenido para la terrible guerra que se avecinaba. En África, el califa Abd al-Mumin aniquilaba a sus enemigos con una facilidad espantosa, expandiendo el imperio unitario como una terrible plaga de langosta; devastándolo todo a su paso. En pocos años los unitarios se extendieron por el Magreb, cruzaron el Estrecho y enraizaron sus creencias en tierras de Hispania con inquietante vigor. Los almohades pretendían retomar el sueño musulmán de recuperar la Hispania que los cristianos les habían arrebatado, llegando incluso a Compostela, como ya hiciera el osado de Almanzor, Dios lo condene al más profundo y ardiente de los infiernos. Los almorávides lo intentaron y fracasaron. Habían sido exterminados de África y pronto lo serían de la Península. Y los almohades se erigían ahora como sus sucesores para emprender tan colosal empresa. El al-Ándalus se descomponía. Era como un árbol de raíces poco profundas y podridas consumido por la carcoma. Que sucumbiera era cuestión de tiempo. Suponía una gran oportunidad de expandir el imperio, aunque también una peligrosa amenaza. Los almohades no eran necios. Ya se habían asentado en la Península y observaban con codicioso interés todo lo que sucedía en al-Ándalus. El califa estaba al corriente de la debilidad de los reyezuelos andalusíes y de los últimos gobernadores almorávides. Era astuto y disponía de un ejército conformado por miles de soldados africanos. Un ejército que se percibía como invencible, dispuesto a extender el nombre de Alá por los reinos cristianos de Hispania.

—Mi señor, Almería es leonesa —dijo el rey de Pamplona, despertándolo de sus reflexiones.

Alfonso de León desvió la vista hacia las recias murallas que casi besaban las arenas blancas de la playa.

—Ahora son tierras consagradas a la fe de Jesucristo. Suya es la gloria, suya ha sido la victoria.

—Dios se ha servido de miles de espadas y lanzas cristianas para que se cumpla su voluntad

—afirmó García Ramírez.

—El Señor agradece que lo ayudemos en la infatigable tarea de propalar sus enseñanzas por estas tierras plagadas de infieles. Y disponer de un ejército superior al de nuestros enemigos siempre ayuda.

El rey de Pamplona asintió con una sonrisa.

—Y ahora que Almería ha sido tomada para mayor gloria de Dios y del emperador de León, ¿cuáles son vuestros siguientes planes?

Alfonso de León meditó con tiento la respuesta. Su afán conquistador le impulsaba a aventurarse a tomar Córdoba, Granada o incluso Sevilla, ciudad en manos de los almohades. Sí, Sevilla podría ser una magnífica recompensa. Lo colmaría de gloria y prestigio, al tiempo que amedrentaría a los unitarios africanos. ¿O quizá los enfurecería? Alfonso de León frunció el ceño. Tal vez fuera demasiado pronto para azuzar los ánimos combativos de los almohades. Esas tribus feroces de fanáticos musulmanes impresionaban incluso al más audaz de los soldados. Mejor dejarlos tranquilos. Al menos, de momento.

—Debemos asentar los territorios conquistados antes de emprender nuevas empresas —respondió el emperador.

—Es una propuesta prudente, pero no deberíais relajarnos en exceso. Vuestro primo el rey Alfonso de Portugal se ha apoderado de Santarém y de Lisboa este mismo año y mira con especial interés el Garb al-Ándalus^[8]. Si os descuidáis, podría hacerse con la Extremadura leonesa.

—Mi primo nunca tiene suficiente —replicó con cierto aire de fastidio—. Avanza sin medida hacia el sur, arrebatando con ambición desmedida las tierras de los reyezuelos andalusíes. Su imprudencia le causará serios disgustos cuando sus ambiciones se encuentren frente a las afiladas lanzas de los almohades.

—Habláis como si desearais que fuera derrotado por los africanos.

Alfonso de León apretó los labios.

—Jamás desearé que un rey cristiano sucumba ante un musulmán. Jamás —espetó con rotundidad—, pero una derrota a tiempo puede evitar males mayores en el futuro. Si la prudencia no pone límite a su codicia, tendrán que hacerlo los unitarios o me veré obligado a enviar a mis tropas a la Extremadura leonesa, para recordarle que las tierras musulmanas al sur del Tajo me pertenecen por derecho de conquista. No me agrada combatir a otros reyes cristianos teniendo a tantos musulmanes acechando nuestras fronteras, pero no permitiré más insolencias por parte de Alfonso de Portugal.

—A veces estamos tan cegados con el enemigo que tenemos delante que descuidamos al que nos acecha por la espalda, que habitualmente suele ser más mortífero y peligroso —observó con acierto el rey pamplonés.

Alfonso de León asintió. Recordó cómo Alfonso de Portugal le juró vasallaje cuando se alzó con el condado portugués tras la muerte de su madre Teresa de León, hija ilegítima del emperador Alfonso VI. Pero su lealtad era tan bastarda como sus orígenes, y no dudó en aliarse con sus más feroces enemigos para hacerle la guerra y forzarlo a negociar una paz que permitió la definitiva emancipación de su condado, ya convertido en reino, del imperio leonés. En 1143, en Zamora, el emperador lo reconoció como rey de Portugal y le entregó Astorga a cambio de su lealtad y vasallaje. Alfonso de Portugal aceptó y le juró como señor, pero desde entonces no solo no obedeció ninguno de sus mandatos, sino que hostigaba con saña las fronteras gallegas cada vez que se presentaba ocasión, al tiempo que negociaba con Roma su reconocimiento como rey de Portugal y ofrecía su vasallaje al papa, desligándose así de su juramento al emperador.

Alfonso de León se sentía engañado y traicionado por su primo, a quien consideraba tan peligroso como los africanos que acababan de desembarcar en Hispania.

—Por tal motivo, no puedo iniciar nuevas campañas contra los musulmanes —dijo el emperador—. Me preocupa que mientras aumento mis posesiones por el sur, mi primo me las arrebató por el norte. Debo afianzar mis conquistas y vigilar los movimientos de Alfonso de Portugal antes de aventurarme en emprender ambiciosas empresas. Un rey debe conducirse por la prudencia, no por la ambición.

—¿Y en cuanto a los almohades? —preguntó el rey de Pamplona—. ¿Qué tenéis pensado hacer con ellos?

Alfonso de León permaneció pensativo unos instantes antes de responder. Sus labios sonrieron cuando la imagen de un musulmán de cabellos castaños vestido con almófar y yelmo cristiano afloró en su mente.

—Dejaremos que Muhammad ibn Mardanis se ocupe de ellos.

Murcia, noviembre de 1147

Zobayda esperó a Mardanis en la puerta del alcázar. Vestía un *yilbab*^[9] de lino blanco y cubría la cabeza con un pañuelo de seda azul. Hamusk se alegró de que el mensajero hubiera llegado a tiempo. Aún tenía una última oportunidad. El emir de Murcia descabalgó y se acercó a la muchacha. Estaba sucio de sudor y polvo del camino.

—Saludos, mi señor Muhammad ibn Mardanis. Confío en que el viaje a Almería haya sido provechoso —dijo Zobayda con ojos brillantes y sonrientes.

—Saludos, Zobayda. Así ha sido. Hemos llegado a acuerdos que beneficiarán tanto al imperio de León como al Sharq al-Ándalus. Hoy nuestras fronteras son más seguras.

—Cuánto me alegro, mi señor.

El emir aspiró el embriagador aroma a almizcle que emanaba la muchacha, muy distinto al suyo después del viaje.

—Voy a asearme. ¿Te veré esta noche durante la cena?

—Lamento decirte que no será posible. Quizá mañana, pero tampoco lo puedo asegurar.

Zobayda inclinó la cabeza, se giró y encaminó sus pasos hacia el alcázar. El emir de Murcia se quedó quieto, mirando cómo la bella hija de Hamusk se perdía en el interior de la fortaleza.

—¡Por Dios Santo! ¡Qué mujer! —exclamó Álgar Rodríguez. Llegando a la altura de Mardanis.

—Es muy bella —confirmó Ali ibn Obaid.

Desde su montura, Hamusk observaba la impresión que Zobayda había causado en el emir. Aproximó su montura y le preguntó:

—¿Todo bien, mi señor?

—¿Qué asuntos ocupan a tu hija que no tiene tiempo para cenar con el emir? —preguntó molesto.

—Quién sabe, mi señor. Zobayda tiene mucho carácter y evito meterme en sus cosas.

Mardanis le podría haber ordenado que obligara a su hija a que asistiera a la cena, pero no era un tirano. Sus vasallos debían obedecerlo por convicción no por temor. Si esa noche no cenaban juntos, conversarían al día siguiente. Debía moderar su impaciencia y más cuando estaba a punto de cerrarse el compromiso de la muchacha con el viejo mercader de Segura. El emir arrugó el gesto cuando en su mente brotó este pensamiento. Negó con la cabeza contrariado y entró en el alcázar. Necesitaba un baño urgente.

Las bailarinas danzaban al ritmo de cítaras, laudes y panderetas. Sus cuerpos, untados con afeites perfumados, brillaban a la luz de los hachones que colgaban de las paredes del *maylís*, embalsamándolo con el olor a agua de rosas en cada salto, giro y voltereta. Vestían faldas hasta los tobillos y cubrían su rostro con un velo semitransparente que insinuaba unos labios carnosos

y sugerentes. Adornaban sus muñecas y tobillos con pulseras con cascabeles que movían siguiendo el ritmo de los timbales. Mardanis, sentado sobre almohadones y cojines, bebía vino sin perder detalle del espectáculo. Sentado a su lado se encontraban Álvar Rodríguez, a quien llamaban *el Calvo*, el arráez Ali ibn Obaid y Hamusk. Degustaban exquisitos platos de cabrito asado con castañas, cordero con albaricoques secos, y guisos de paloma y perdiz. El emir de Murcia contemplaba el movimiento rítmico de caderas y las miradas insinuantes de sus esclavas favoritas; Laila y Amira. Intentaba apartar de su mente a Zobayda, pero le costaba horrores. La muchacha había penetrado de forma obsesiva en su cabeza. Negó con la cabeza y vació su copa de cristal de un solo trago. Un sirviente acudió presto a rellenárselo.

—Debo darle las gracias al emperador por ponerme a tu servicio —prorrumpió Álvar con su voz atronadora, tomando de una bandeja un pedazo de cordero. Vestía como un guerrero presto para la batalla, con la espada a su lado por si tenía que hacer uso de ella.

—Supongo que vigilar a un aliado nunca fue tan placentero —repuso Mardanis con una irónica sonrisa.

Álvar se chupó la grasa de los dedos.

—Debes entender al emperador —observó el conde de Sarria mirando al emir. Era absurdo e incluso ofensivo negar lo que era evidente—. Son tiempos complicados donde las alianzas son escasas y las traiciones abundantes.

—¿El emperador desconfía de mí?

—Un rey debe desconfiar de todo el mundo, amigo mío —replicó el gigantón calvo—. Y tú deberías saberlo —bebió un trago de vino—. Confiaste en tu primo Yusuf y te traicionó. No seamos necios. Apenas os conocéis y la confianza, mi señor, hay que ganársela. El emperador es un hombre prudente al que no le agrada dejar su destino en manos de otros.

—¿Por qué entonces debería yo confiar en el emperador? —preguntó Mardanis—. ¿Por qué debería dejar el destino del Sharq al-Ándalus en sus manos?

Álvar alzó los largos y fornidos brazos y respondió:

—Si el emperador te traiciona, yo mismo pondré mi cuello sobre el tocón de madera para facilitar la labor del verdugo. Tal es la confianza que tengo en mi señor —el tono de Álvar Rodríguez revelaba que no bromeaba.

—Confiemos en que no sea necesario —rezongó Mardanis con una sonrisa.

—Por mi propio bien, mi señor, espero que no.

El Calvo estalló en una sonora carcajada que retumbó en aquel gran salón. A un gesto de Mardanis, una de las bailarinas abandonó el baile, se acercó al cristiano, se sentó en su regazo y, para su sorpresa y gozo, comenzó a besarlo. Luego otra más se aproximó a Hamusk. La pelirroja acudió solícita a los brazos de Obaid y Mardanis quedó pronto envuelto en las caricias de Amira y Laila. Las bailarinas, hábiles en su oficio, se desnudaron y le ayudaron a desvestirse. Álvar intercambió una confusa mirada con Obaid. Aquella velada estaba siendo una agradable sorpresa.

—Los lunes y los jueves nuestro señor nos agasaja con fabulosos banquetes y la agradable compañía de hermosas mujeres —explicó el arráez, dejándose acariciar y besar por la pelirroja.

—¡Gracias a Dios hoy es jueves! —exclamó entusiasmado el cristiano, dando infinitas gracias al emperador Alfonso de León por haberle encomendado tan grata misión. Soltó otra carcajada y con sus manos grandes como palas comenzó a manosear los enormes pechos de la bailarina que el emir de Murcia había puesto a su entera disposición y disfrute.

Murcia, noviembre de 1147

Al día siguiente, Zobayda no acudió a la llamada del emir del Sharq al-Ándalus. Durante tres días no abandonó su cámara. Argumentó que se encontraba indispuesta. Mardanis le envió sus médicos personales y estos informaron al emir que Zobayda disfrutaba de una salud excelente, propia de su juventud y lozanía. Era evidente que lo estaba eludiendo. A Mardanis esta actitud le resultó totalmente desconcertante e insólita. Hizo llamar a Hamusk quien acudió a su cámara privada, donde solía reunirse con embajadores y con sus consejeros de máxima confianza para tratar los asuntos más urgentes y delicados. El señor de Segura se disponía a entrar en la estancia cuando salieron cuatro hombres. Le saludaron en un romance cargado de acento extranjero y continuaron su camino, charlando en su idioma. Hamusk se los quedó mirando. Eran cristianos de vestimentas exóticas y lenguas extrañas. No entendía de que hablaban, pero sus risas revelaban que estaban tremendamente satisfechos. Hamusk entró en la cámara y saludó al emir de Murcia.

—Saludos, mi señor.

—Ah, Hamusk, que bien que ya estés aquí —dijo Mardanis sin levantar la vista de un documento.

—¿Quiénes eran esos hombres? —se atrevió a preguntar el señor de Segura, tomando asiento frente al emir en unos mullidos almohadones.

La cámara era pequeña y estaba iluminada por la luz que entraba por unos amplios ventanales de yesería con forma de arco de herradura. El suelo estaba cubierto por alfombras y esterillas. Una amplia librería llena de rollos, legajos y pergaminos, una mesa pequeña de madera de cedro y un pebetero donde ardían incandescentes brasas que caldeaba el espacio conformaban el sobrio mobiliario.

—Son comerciantes pisanos —respondió Mardanis desviando la vista hacia Hamusk—. He firmado varios acuerdos comerciales con ellos. Y no serán los únicos.

—¿Mi señor? —preguntó Hamusk sin entender.

—En unos días me reuniré con embajadores de Venecia y con comerciantes genoveses. Permitiré que instalen sus comercios en Arrixaca y en otros lugares de la medina tanto aquí, en Murcia, como en Valencia. También les autorizaré el libre acceso a nuestros puertos, a cambio, claro, del pago de unos impuestos razonables. Pero hay más. Mucho más.

—¿Más, mi señor?

—Abre esa caja y mira lo que hay dentro.

Hamusk se levantó y se dirigió hacia la mesa. Abrió una pequeña caja, miró el contenido y preguntó a Mardanis.

—¿Qué es esto?

El rey de Murcia sonrió.

—Capullos de gusano de seda.

—¿Seda? —preguntó Hamusk aún sin entender.

—Construiré dos fábricas de seda, una en Murcia y otra en Orihuela. Y venderemos el hilo y los tejidos ya confeccionados a los comerciantes itálicos.

Hamusk tomó un par de capullos y los sopesó en la mano. Eran livianos y suaves. Asintió y

arrugó los labios. Los tejidos fabricados en seda eran extremadamente caros. Según tenía entendido, llegaban al puerto de Valencia en barcos procedentes de oriente, del reino de Jerusalén y Antioquía. Pero la seda se producía en un lugar mucho más apartado y remoto, casi mítico, llamado China.

—Mira lo que hay al lado de la caja —dijo Mardanis.

Hamusk desvió la mirada hacia unas finas láminas de color blanco. Tomó una y la examinó con detalle. Eran suaves y agradables al tacto.

—Es papel —explicó el emir.

—¿Papel?

Mardanis se incorporó, tomó un cálamo, introdujo la punta en un tintero y escribió en el papel: «Alá es grande y el Sharq ha sido bendecido con su infinita generosidad».

—¿Sabes con qué se fabrica el papel? —le preguntó.

Hamusk negó con la cabeza.

—Con morera blanca y ¿sabes qué comen los gusanos de seda?

El señor de Segura volvió a negar con la cabeza.

—¡Hojas de morera blanca! —Mardanis comenzó a andar por la cámara. Estaba entusiasmado, eufórico—. En Murcia hay infinidad de moreras, pero ordenaré que se planten más. Cientos, miles de moreras más. En todo huerto, patio, bordeando los caminos, en la vera de los ríos. ¡Llenaremos Murcia y Valencia de moreras! Las moreras, amigo mío, son oro puro.

—Pero mi señor, ¿alguien en el Sharq conoce los secretos de la fabricación del papel y de la seda? —preguntó un escéptico Hamusk.

Mardanis asintió.

—Al Sharq han llegado recientemente varias familias de judíos procedentes de Ifriqiya. Aquellas tierras aún están libres de la presencia almohade, pero temen que tarde o temprano todo el norte de África caiga en sus manos. Han sido precavidos y han huido antes de que fuera demasiado tarde. Ellos dominan los misterios que se ocultan en la fabricación de estas apreciadas mercancías. En unos meses, produciremos seda y papel y su venta hará del Sharq al-Ándalus un reino rico y próspero.

—Eso es bueno, sin duda, mi señor. El oro servirá para armar ejércitos y contratar mercenarios con los que defender nuestras fronteras y conquistar nuevos territorios para mayor gloria y esplendor del Sharq.

Mardanis negó con la cabeza.

—De momento nos olvidaremos de los saqueos y las conquistas.

—¿Cómo? —preguntó confuso el señor de Segura—. Me dijiste...

—Es cierto, te autoricé a saquear los territorios de Córdoba y Jaén, pero he cambiado de opinión.

Hamusk mudó de semblante.

—¿A qué se debe ese cambio de parecer? —preguntó con tono hosco.

—Nuestras fronteras están protegidas y el califa almohade sigue entretenido en África. Se auguran tiempos de paz, y solo en tiempos de paz se puede alcanzar riqueza y prosperidad.

—¿Estos son los grandes proyectos que tenías en mente y que guardaste tan celosamente? ¿Comerciar con seda y papel? —preguntó el señor de Segura sin ocultar su decepción.

Mardanis asintió y dijo:

—Sí, estos son. Entre otros muchos.

—Pensé que te referías a conquistar nuevos territorios, a ensanchar las fronteras de tu reino —continuó Hamusk con tono confuso y frustrado—. A devolver a los almohades a África...

—Eso sucederá a su debido tiempo. Ahora mis planes son otros —apostilló Mardanis, percibiendo el gesto contrariado del señor de Segura.

—Pero tú eres un *tagrí*, un guerrero de frontera, no un comerciante —le espetó con un tono de voz que rozaba la insolencia—. Tu lugar en el Sharq al-Ándalus está comandando ejércitos, no firmando acuerdos con mercaderes extranjeros.

—Mi lugar en el Sharq lo decido yo, no tú —repuso Mardanis con autoridad—. En tiempos de paz hay que prepararse para la guerra. Y eso es precisamente lo que voy a hacer; prepararme para la guerra.

Hamusk comenzó a caminar de un lado a otro de la cámara como un animal furioso y enjaulado. Había tomado Hisn Saqubus y Segura por las armas. Solo entendía de una forma de medrar, de enriquecerse y era con la guerra y la rapiña. Y ahora el emir de Murcia le conminaba a permanecer en Segura en una larga, aburrida y ruinosa espera.

—Soy un *tagrí*. Solo concibo mi existencia en el campo de batalla. —Hamusk lo miró con los labios apretados y gesto enrabiado, como si fuera un chiquillo al que le hubieran arrebatado su juguete favorito.

—Por desgracia, la paz no durará siempre —se lamentó Mardanis—. Tendrás tiempo de luchar. Te lo prometo. La guerra llegará por sí misma, no es necesario ir a buscarla —prosiguió, sirviéndose de un tono más apaciguador y persuasivo—. Pero ahora el Sharq al-Ándalus necesita unión y lealtad. ¿Serás leal, Hamusk? ¿Obedecerás a tu emir? —le preguntó. No pudo evitar recordar las últimas palabras del emperador Alfonso de León durante su encuentro en Almería, cuando le advirtió que se cuidara de Hamusk—. No necesito que estés siempre de acuerdo con mis decisiones, solo que las aceptes.

—¿Para esto me has hecho llamar? ¿Para decirme que cambie mi espada por el cálamo y mi adarga por el tintero?

Mardanis soltó un bufido de desesperación. No le pasó desapercibido que el señor de Segura no había respondido a su pregunta, pero no le dio mayor importancia. Ya se le pasaría el enfado.

—No, te he hecho llamar por tu hija.

—¿Mi hija?

—Quiero casarme con ella.

Molina, Guadalajara, enero de 1148

El emperador Alfonso de León abandonó Almería en diciembre y viajó a Toledo acompañado por el rey de Pamplona, García Ramírez. Una guarnición de mil soldados, al mando del conde Ponce de Cabrera, a quien el emperador había nombrado teniente, protegería la estratégica plaza. El resto de los nobles regresaron a sus castillos y haciendas en espera de ser reclamados de nuevo por el emperador. El conde Manrique Pérez de Lara marchó a su señorío de Molina, acompañado por su hermano Nuño y sus mesnadas. Se encontraba en la sala principal de la torre del homenaje, sentado junto a su hermano frente a un generoso fuego.

—El emperador se está planteando dividir el imperio entre sus hijos —anunció con la mirada fija en el fuego.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó su hermano Nuño.

Se trataba de un hombre astuto y paciente. En 1145 el emperador lo nombró alférez real. No era tan alto como su hermano, pero sí mostraba el mismo porte fibroso y musculado de quien está acostumbrado a ejercitarse en el campo de batalla. Sus cabellos eran castaños, casi negros, y sus ojos, claros y despiertos, estaban enmarcados en unas cejas gruesas y pobladas. Su nariz era recta y los labios gruesos y bien perfilados. Tenía el rostro rasurado, los pómulos prominentes y la barbilla rematada en un hoyuelo.

—Sí, incluso tiene pensado hacerlo antes de su muerte. A Sancho le cederá los reinos de Castilla y de Toledo, y a Fernando, León y Galicia. Ellos le jurarán fidelidad como *imperator totius Hispaniae*, emperador de todas las Hispanias.

—¿Jurarle fidelidad como han hecho todos los reyes hispanos? —protestó Nuño—. ¿Y para qué le ha servido? Alfonso de Portugal hostiga las fronteras gallegas en cuando le viene en gana, García Ramírez de Pamplona nos ha apoyado en la conquista de Almería, pero su lealtad ha sido voluble y cuestionable en más de una ocasión, y el conde de Barcelona, Ramón Berenguer, ambiciona extender la frontera aragonesa a costa del Sharq al-Ándalus, donde ahora gobierna nuestro aliado Muhammad ibn Mardanis. Curiosamente, el único rey que ha sido leal en todo momento a nuestro emperador fue un musulmán, el emir Zafadola, y fue asesinado por mesnaderos castellanos como tú bien sabes —soltó un bufido cargado de sarcasmo—. Creo que dividir el imperio es un gravísimo error de consecuencias desastrosas.

El conde de Lara torció el gesto contrariado. Participó en la campaña de Úbeda y luchó contra Zafadola en la batalla de al-Luyy junto a los condes Ponce de Cabrera y Armengol de Urgel. No fue intención de los condes acabar con el emir, quien se había erigido como un formidable y necesario aliado del emperador. Simplemente pretendían obtener un buen botín. Pero las ciudades rebeldes se rindieron antes de presentar batalla y Zafadola les ordenó que regresaran a casa. No podían volver con las manos vacías después de haber reunido tan poderoso ejército. Sería humillante y, peor aún, ruinoso. Pero el asunto se les fue de las manos. No habían calculado que al-Tagrí, gobernador de Cuenca, sobornaría a los milicianos para que asesinaran al emir. No podía evitar sentirse en cierto modo responsable, aunque él y el conde Ponce de Cabrera habían abandonado el campamento y se encontraban en Carrión cuando se produjeron

los terribles hechos.

—El emperador sabe lo que hace —afirmó, intentando apartar aquellos tristes recuerdos que vagaban por su mente y torturaban su ánimo.

—¿Sabe lo que se hace? —preguntó Nuño arrugando las cejas—. ¿Cómo cuando reconoció a su primo Alfonso Enríquez como rey de Portugal en 1143? Solo le exigió que le jurase obediencia como *imperator totius Hispaniae*, y a cambio le cedió el reino de Portugal y Astorga. Pero el portugués no tuvo suficiente. Se desprendió de la tutela del emperador al suplicar al papa que tomase al reino de Portugal bajo su protección como reino vasallo. Y este aceptó. Así le agradeció al emperador su generosidad. Confío más en la lealtad de un emir musulmán que en la de un rey cristiano.

Nuño arrojó al fuego lo que le quedaba de vino y se incorporó. Se dirigió hacia una ventana. Había anochecido en Molina. El cielo estaba raso y plagado de estrellas. Esa noche haría un frío atroz.

—Incluso el papa se refiere a él en sus misivas como *Hispaniarum rex*, no como *imperator* —prosiguió con sus argumentos—. Para Roma solo puede haber un emperador del Sacro Imperio Romano y este no es Alfonso —desvió la vista hacia su hermano—. ¿Por qué insistir en dividir el imperio? ¿Qué sentido tiene exigir a los reyes hispanos vasallaje cuando su utilidad es, cuanto menos, discutible?

—No es la primera vez que un monarca reparte su reino entre sus hijos —repuso Manrique—, ya sucedió cuando Sancho el Mayor dividió su reino entre sus cuatro hijos; a García le cedió el reino de Pamplona; a Fernando el condado de Castilla; a Ramiro el condado de Aragón y a Gonzalo los de Sobrarbe y Ribagorza. Más tarde, el propio rey Fernando, siguiendo la tradición navarra de repartir entre los hijos las tierras patrimoniales de la familia, nombró a Urraca señora de Zamora; a Elvira señora de Toro; a Sancho le entregó el reino de Castilla; a Alfonso el de León y a García el de Galicia. No es tan extraño en nuestra historia dividir los reinos.

—¿Y cómo acabaron esos reyes? —preguntó Nuño alzando la mano antes de que su hermano respondiera—. Yo te lo diré; enfrentándose los unos contra los otros, matándose entre ellos. Ninguno quedó satisfecho de su suerte y miró con ambición desmedida el reino vecino para apoderarse de él. No entiendo esa inclinación del emperador ni la de sus antecesores por fabricar reyes. La división del imperio entre los infantes Sancho y Fernando causará problemas.

—Esta vez será distinto.

Nuño lo escrutó con la mirada.

—¿Tú estás de acuerdo?

Manrique carraspeó antes de responder.

—Bueno, este es un asunto del que también hemos discutido el conde de Traba y yo...

—¿Fernando Pérez de Traba? —preguntó Nuño sin poder dar pábulo a lo que estaba escuchando—. ¿El ayo del infante Fernando?

Manrique se limitó a asentir. Nuño puso los brazos en jarra y negó con la cabeza.

—Ahora entiendo...

—¿Qué entiendes, hermano?

—Todo este asunto de la división del imperio la habéis pergeñado entre el conde de Traba y tú.

Manrique soltó un resoplido y negó con la cabeza haciendo aspavientos.

—No digas tonterías. Alfonso nos comentó que estaba sopesando esta idea y bueno... tanto Fernando de Traba como yo estuvimos de acuerdo. Nada más.

—El conde pretende gobernar León a través de Fernando y tú, supongo, quieres hacer lo

mismo; reinar en Castilla sirviéndote de Sancho. Dos reyes, dos reinos, doble posibilidad de enriquecerse. Donde yo advierto rivalidad y conflicto, vosotros veis poder y ganancias. ¿Es que no tenéis bastante riqueza y poder? ¿Cuándo será suficiente?

—¡Basta! —exclamó Manrique incorporándose de la silla.

—Recuerda que Sancho fue tutelado durante su infancia por los Castro, no por los Lara —prosiguió Nuño sin amilanarse, mirando a su hermano mayor a los ojos. Era alférez real, estaba acostumbrado a enviar hombres a la muerte. No se dejaba intimidar con facilidad—. No lo tendrás tan fácil como el conde de Traba.

—Los Castro... —refunfuñó Manrique. Arrugó los labios en señal de desprecio y volvió a tomar asiento.

Los Castro y los Lara, las dos familias más poderosas de Hispania, llevaban años enfrentadas en una guerra silenciosa por amasar todo el poder en León y Castilla. Manrique necesitaba que el conde de Traba se hiciera con el control de León, mientras que él intentaría hacer lo propio con Castilla. Pero no sería sencillo. Sancho había permanecido durante años bajo la tutela de los Castro, pues Gutierre Fernández de Castro, mayordomo mayor del emperador, fue su ayo y a ambos los unía una estrecha amistad. Si Sancho era proclamado emperador, si reinaba tanto en León como en Castilla, los Lara serían relegados por los Castro. Y Manrique no lo podía permitir. Era necesario dividir el reino para preservar el poder y la influencia de los Lara. Una mera pero grave cuestión de supervivencia.

—Solo espero que vuestra incontrolable ambición no provoque una guerra —masculó Nuño.

—Lo hago por nuestra familia.

—Lo haces por ti —le acusó Nuño señalándolo con el dedo—. Por tu absurda rivalidad con los Castro, por satisfacer tus ambiciones personales. Ni nuestra familia ni el bien del imperio tienen nada que ver en todo esto. No pretendas engañarme.

—Estas equivocado —dijo Manrique dando un trago de vino.

—Estoy decepcionado —replicó Nuño, negando con la cabeza. Era inútil continuar con la conversación. Temía que, dominado por la ira, pronunciara palabras gruesas que de seguro dañarían la relación con su hermano. Y, al fin y al cabo, Manrique era el cabeza de familia. Acertadas o no, sus decisiones debían ser aceptadas. Los Lara debían permanecer unidos y más ahora que se avecinaban tiempos convulsos cargados de conflictos. Fue prudente y guardó silencio. Lanzó una última mirada a su hermano antes de abandonar el salón sumido en turbios pensamientos.

Manrique escuchó a sus espaldas el ruido de la puerta al cerrarse. Su hermano estaba malhumorado. Ya se le pasaría. Intentó convencerse de que dividir el imperio era lo mejor para todos, principalmente para los Lara. No habría rivalidades, ni enfrentamientos, ni guerras entre León y Castilla. Era absurdo. Su hermano se equivocaba. Los reinos de León y Castilla serían más fuertes y poderosos separados. Ningún noble leonés o castellano permitiría que estallara un conflicto entre Sancho y Fernando. Jamás. El papa los excomulgaría a todos por hacerse la guerra entre cristianos estando tan cerca la amenaza almohade. Este pensamiento lo sosegó. Bebió un trago de vino y contempló con aire distraído el pausado baile de las llamas en la hoguera. No reparó en que la historia es una maestra aventajada. Enseña que la división es tierra fértil donde germina en abundancia la desconfianza, la discordia y... la guerra.

La ceremonia de boda entre Muhammad ibn Mardanis y Zobayda se celebró en el patio interior del alcázar. Aromas a incienso, jazmín y rosas perfumaban el aire, mezclándose con el suave sonido del agua que brotaba de las fuentes de mármol. Zobayda se encontraba en su cámara, asistida con esmero por sus doncellas. La bañaron en aguas perfumadas y la vistieron con una túnica de seda azul adornada con delicados bordados de oro. Sus manos y pies fueron decorados con henna, en intrincados diseños que simbolizaban amor y prosperidad. Cubrió su rostro con un fino velo de lino blanco. Respiró hondo. Estaba nerviosa, pero emocionada. Sonreía al escuchar el cálido murmullo y las pícaras risas de las doncellas que la asistían, anticipando una romántica y apasionada noche de bodas. En el patio, Mardanis la esperaba impaciente acompañado por su hermano Yusuf, el arráez Ali ibn Obaid; el juez supremo Ahmad al-Hallal, el cristiano Álvarez Rodríguez, y sus familiares, consejeros, notables y religiosos más destacados del reino. Vestía una lujosa túnica blanca con ribetes de seda azul bordados con hilos de plata y oro, y zaragüelles dorados. Cubría la cabeza con un elegante turbante azul de seda. Sus manos sostenían un pergamino que contenía el contrato matrimonial. El juez militar, al-Hayy, estaba listo para oficializar el *nikah*, el acuerdo sagrado que uniría a los novios. Mardanis, visiblemente emocionado, miraba impaciente hacia la entrada del patio, esperando el momento en que su futura esposa apareciera. Desvió la vista hacia el cielo y sonrió aliviado. A pesar de ser invierno, era un día despejado y templado. La lluvia y el mal tiempo habrían deslucido la ceremonia. Finalmente, la novia hizo su entrada en el patio. Caminaba con gracia junto a su padre, Ibrahim ibn Hamusk. Todos los ojos se volvieron hacia ella, admirando su belleza y la elegancia de su atuendo. Zobayda se detuvo al lado de Mardanis. A pesar del fino velo que cubría su rostro, el emir de Murcia pudo admirar su excelsa belleza y la luz que irradiaban sus ojos. Ambos novios sonrieron, felices de compartir aquel hermoso momento juntos. El día que los uniría para el resto de sus vidas. Al-Hayy tomó el pergamino de Mardanis y recitó en voz alta el contrato matrimonial, declamando sus términos y detallando la generosa dote que Mardanis ofrecía por Zobayda. Con la aprobación de ambos y el consentimiento mutuo, el contrato fue firmado. El emir retiró el velo que cubría el rostro de su esposa y la besó. Los asistentes lanzaron bendiciones y alabanzas a Alá, celebrando la unión.

La ceremonia dio paso a una celebración festiva. Los invitados se acomodaron en cojines y alfombras alrededor de mesas bajas llenas de manjares. Platos de cordero asado, aves rellenas, arroz con azafrán y todo tipo de panes se dispusieron junto a bandejas de frutas frescas, frutos secos y dulces elaborados con miel, almendras y dátiles. El aire se llenó del bullicio de las conversaciones y las risas. Los músicos comenzaron a tocar laudes y timbales, llenando el patio con agitadas melodías. A la llamada de la música, un grupo de bailarinas entraron en escena y amenizaron la celebración con sus movimientos rápidos, elegantes y gráciles. Algunos invitados, impulsados por la música y la alegría del momento, se unieron al baile. Sus risas y cantos resonaron en el alcázar. A Mardanis le llamó la atención que entre las bailarinas no se encontraran sus esclavas favoritas.

—¿Dónde están Laila y Amira? —preguntó a Zobayda.

—Creo que ya no las necesitas, amado esposo.

Mardanis la miró con las cejas arrugadas.

—Las he liberado —se explicó Zobayda.

—Deberías haberme consultado —le reprochó conteniendo cierto grado de irritación.

—¿Acaso no puede servirte tu esposa mejor que esas dos esclavas sirias?

Era un día fabuloso y feliz. En el patio del alcázar todo eran risas y gozos y no era momento para mantener la primera discusión conyugal. Zobayda era ahora la reina del Sharq al-Ándalus y merecía tomar algunas decisiones domésticas, pero la manumisión de Laila y Amira no estaba entre ellas. Echaría de menos las atenciones con las que le prodigaban las dos esclavas sirias.

—Estoy seguro, amor mío, pero la próxima vez que quieras tomar una decisión similar, me consultas —acercó sus labios a los de Zobayda y la besó, dando por zanjada la discusión.

El rostro de la novia se ensombreció. Temía haber contrariado a su esposo en un día tan importante y señalado. Mardanis percibió los ojos entristecidos de Zobayda. No le había agradado que hubiera prescindido de las sirias sin su permiso. De hecho, de ningún modo las hubiera manumitido, pero la decisión ya había sido tomada y no ayudaba a la futura pareja regodearse en ese asunto. Llamó a Ali ibn Obaid con un movimiento de cabeza y este acudió presto a su lado con una caja. Mardanis la tomó ante la atenta mirada de Zobayda. La abrió y sacó un delicado collar de oro engastado en una estrella de ocho puntas; el símbolo de los banu Mardanis. El semblante atribulado de Zobayda mudó de inmediato. Con dulzura, el emir de Murcia colocó el collar alrededor de su cuello.

—Este collar simboliza mi amor y compromiso —afirmó Mardanis mirando con intensidad los ojos azules de su bella esposa. Acercó sus labios a los de Zobayda y la besó.

Los allí presentes rompieron en exclamaciones de júbilo y admiración. La pareja, ahora unida, recibió las bendiciones de los invitados, que les deseaban una vida llena de felicidad, prosperidad y cargada de una numerosa prole con la que perpetuar la dinastía de los banu Mardanis. El día avanzaba y la celebración continuó bajo el cielo estrellado. Fueron encendidos hachones y pebeteros, pero el frescor nocturno y el cansancio por el largo festejo animó a algunos invitados a retirarse. La pareja también estaba cansada. Anhelaba con impaciencia refugiarse en el lecho para concluir la celebración al calor de sus cuerpos desnudos. Mardanis se incorporó y ofreció su mano a Zobayda. Los invitados prorrumpieron en exclamaciones y aplausos, deseándoles una más que placentera noche de novios. El emir de Murcia se despidió con una leve inclinación de cabeza y se retiró del patio del alcázar acompañado por su esposa. Ibrahim ibn Hamusk contempló cómo se marchaba la pareja. Sonrió satisfecho. Si los almohades no lo evitaban y los cristianos no se interponían, un nieto suyo sucedería a Muhammad ibn Mardanis, sería el próximo emir del Sharq al-Ándalus. La noche aún era joven y todavía quedaba mucho por celebrar. Sin la incómoda presencia de los novios, un nutrido número de invitados dio rienda suelta a sus pasiones y vicios. Varios hombres tomaron a bailarinas y esclavas y yacieron con ellas sin pudor alguno. Otros dormitaban completamente ebrios arrebujados entre cojines y alfombras. Hamusk vio a Ali ibn Obaid besar a una pelirroja y al cristiano de Álvarez Rodríguez sobando unos pechos descomunales. Aliviado de la tensión propia de la boda, había llegado el momento de encontrar su propia satisfacción. Con un gesto de mano llamó a una esclava. Era negra como el azabache, como la noche que abrazaba con un oscuro manto el Sharq al-Ándalus. La boda había sido un éxito. Su hija era reina y su futuro nieto sería emir. Alá le sonreía. Era justo festejar tan feliz acontecimiento. Hamusk bebió un último trago de vino y se abandonó a los besos y caricias de la esclava.

Murcia, mayo de 1148

Albañiles, alarifes, carpinteros y otros artesanos se afanaban en la construcción de un azud, un molino y una fábrica de papel en la vera del río Segura. Era un día nublado y hacía fresco. Mardanis contemplaba a los cientos de obreros y esclavos que hacían zanjas y construían el primer molino para la fabricación de papel en el Sharq al-Ándalus. El agua del azud, debidamente canalizada por decenas de acequias, regaría una enorme extensión de tierras de cultivo, aumentando la producción agrícola de la vega del río Segura. A su vez, la fuerza del agua impulsaría los martillos hidráulicos del molino que desmenuzarían la madera de morera y las fibras de lino y cáñamo para conseguir una pasta pura y homogénea. Esta pasta se tamizaría para filtrar el agua de las fibras maceradas. Las hojas obtenidas se prensaban, se secaban y se cubrían con almidón de arroz para hacerlas más resistentes a la tinta. Este proceso se lo explicó con detalle a Mardanis uno de los judíos emigrados de Ifriqiya. El emir, entusiasmado por el proyecto, dio orden inmediata a la construcción del azud, el molino y la fábrica.

—Con este azud no solo regaremos nuestros huertos, sino que también produciremos el mejor papel de Hispania —anunció orgulloso Mardanis.

Supervisando las obras con el emir de Murcia se encontraban Hamusk, los consejeros al-Faras y al-Salimi, el juez supremo Ahmad al-Hallal y el juez militar al-Hayy.

El señor de Segura observaba las obras con gesto de hastío. Llevaba meses en Murcia siendo testigo involuntario de la construcción de puentes, acequias, molinos, caminos y ahora de una fábrica de papel... Todo aquello le parecía fabuloso y necesario, pero terriblemente aburrido. Él era un soldado no un alarife. Además, prefería la compañía de sus soldados y oficiales a la del puñado de consejeros y poetas aduladores que solían frecuentar a Mardanis. Intentó reprimir un bostezo, pero su boca se abrió mostrando una hilera de dientes amarillos.

—Es una obra colosal, mi señor. No tardaremos mucho tiempo en disfrutar de los resultados —dijo al-Faras. Se trataba de un prestigioso alfaquí granadino de cuarenta años, de rostro enjuto, labios gruesos y nariz afilada. Al-Hallal lo había designado como juez en Valencia y en pocos días partiría hacia su nuevo destino.

—Sin duda alguna —se apresuró a añadir al-Salimi, consejero y secretario de Mardanis. Era un hombre de mediana edad, bajo en estatura, de pelo escaso y barba grisácea y descuidada. Instruido y bien formado en historia, poesía y medicina, había escrito varios libros y observaba aquel proyecto con entusiasmo, pues conocía muy bien las virtudes del papel y las ventajas que supondría para un estudioso como él poder escribir sus obras en ese fabuloso material—. Quienes nos dedicamos a las letras seremos los primeros beneficiados. Mi señor, este tipo de construcciones y novedades harán del Sharq el reino más rico y próspero de la Península.

Hamusk puso los ojos en blanco y soltó un bufido.

—Es cierto. Las fábricas que tengo proyectadas abaratarán el coste del papel —dijo Mardanis, ignorando al señor de Segura—. Las obras de los grandes sabios, ulemas, poetas y literatos serán más accesibles a la población. Quiero que mi pueblo sea feliz, próspero y culto.

—Loables intenciones, mi señor —intervino el juez supremo de Murcia, Ahmad al-Hallal. Era un hombre de algo más de cuarenta años, alto, delgado, de rostro ajado y barba recortada en

un mentón tan afilado como su mirada. Pertenecía a una de las familias más prestigiosas de Murcia. Fue cadí en Orihuela y miembro del consejo consultivo del Sharq al-Ándalus en tiempos de Ibn Iyad. Mardanis lo puso al frente del gobierno al nombrarlo juez supremo—, pero todos estos proyectos son extremadamente caros y las arcas del reino no gozan de su mejor momento.

—Subiremos los impuestos —afirmó Mardanis sin apartar la mirada de los obreros.

—¿Subir los impuestos? No me parece una idea oportuna —objetó al-Hallal—. El pueblo padeció horribles penurias y carestías durante la *fitna*^[10]. Y no ha pasado mucho tiempo desde entonces. Los campos fueron devastados, miles de andalusíes murieron en la guerra o fueron ejecutados por los almorávides. El hambre y las enfermedades se ensañaron con los más débiles y necesitados. Mi señor, te ruego que seas prudente y no exijas al pueblo más de lo que puede ofrecer.

—Mira a tu alrededor —Mardanis mostró con el brazo a decenas de trabajadores que se afanaban en la obra—. Muchos son esclavos, pero la mayoría son obreros libres que, gracias a esta obra y a las que tengo pensado construir por todo el Sharq, llevarán a sus casas un buen jornal con el que alimentar a sus familias. Al Sharq al-Ándalus acudirán sabios y poetas de los lugares más alejados y dispersos, huyendo de la intolerancia y del fanatismo almohade. Aquí serán bien recibidos. Sus enseñanzas y conocimientos engrandecerán nuestro reino. Los pisanos y los genoveses comprarán el papel y la seda a precio de oro. El comercio florecerá y llenará de morabetinos no solo las arcas del reino, sino también las bolsas de los andalusíes. Los beneficios compensarán con creces todo el esfuerzo. El pueblo lo entenderá.

—El pueblo es por naturaleza zafio e ignorante —repuso al-Hallal—. Carece de la visión de futuro que tenemos las personas instruidas. Solo piensan en sobrevivir y en satisfacer sus necesidades más acuciantes. Con un mendrugo y un par de titiriteros están felices y distraídos. Viven al día sin preocuparse de lo que les deparará el mañana. Y no los culpo, pues son los primeros en sufrir las consecuencias de cualquier desastre.

—Como ha insistido nuestro emir, el pueblo se beneficiará de todas estas obras. Es lógico que también colabore en su construcción —intervino al-Hayy, cadí de justicia militar. Tenía algo menos de treinta años, era alto de complexión fornida y ojos claros y perspicaces. Llevaba una barba negra muy corta que acentuaba los rasgos de un mentón anguloso.

—Los terribles estragos de la *fitna* aún están muy presentes entre los murcianos. La pobreza y el hambre no han sido erradicados de Murcia. Y un pueblo hambriento es propenso a la rebelión —insistió el juez supremo.

—Una de tus funciones es mantener el orden y la paz en el reino —le recordó al-Hayy.

—Se muy bien cuáles son mis obligaciones —rezongó Ahmad al-Hallal con cierto tono reprobatorio—. Solo intento advertir que subir los impuestos no atraerá la simpatía de los murcianos hacia nuestro emir.

—No soy un titiritero —comenzó a decir Mardanis mirando a al-Hallal—. No es propósito de un emir entretener al pueblo o caerle simpático. Ya he dicho que trabajaré incansablemente para hacer del Sharq al-Ándalus un reino rico y próspero. Y para cosechar, antes es necesario sembrar. Y las semillas me las facilitará el pueblo. Me he comprometido con los pisanos y con los genoveses que en unos meses tendrán papel y seda. Y soy hombre que siempre cumple su palabra.

—Como ordenes, mi señor —aceptó al-Hallal a regañadientes. El emir había empeñado su palabra con los mercaderes cristianos, pero sería el pueblo quien pagase las consecuencias. No le agradaban sus tratos con los cristianos, a quienes consideraba la peor peste que Iblis^[11] había derramado sobre la faz de la tierra. Como tampoco olvidada que por las venas de Mardanis corría

sangre cristiana, sangre impura. Pero después de años de guerra, el Sharq al-Ándalus necesitaba algo de paz y tranquilidad. Y Mardanis se la podría conceder, al menos, durante un tiempo.

Hamusk escuchaba en silencio y con suma atención las desavenencias entre el juez supremo y el emir en relación con los impuestos. Con un par de algaras por Jaén o Córdoba podría conseguir suficiente botín para pagar muchas de las obras que su yerno tenía proyectadas, pero este se negaba con vehemencia. Pretendía que el Sharq se mantuviera alejado de todo conflicto, escondido en una madriguera para que tanto cristianos como almohades ignoraran su existencia. Pero Muhammad ibn Mardanis se había olvidado de que los reinos ricos y florecientes no tardan en despertar la codicia de sus vecinos. Algún día se daría cuenta. Solo confiaba en que no fuera demasiado tarde.

Castrojeriz, Burgos, junio de 1148

Fernando de Castro caminaba dando largas zancadas por las escaleras que ascendían al despacho de su tío Gutierre. El sucesor de la familia Castro tenía algo más de veinte años. Era alto, de hombros anchos y brazos musculados. Sus ojos eran negros, profundos, con carácter. La nariz era ancha y estaba hundida en el rostro como resultado de un puñetazo recibido en una de las numerosas peleas de taberna a las que el Castro era tan aficionado. Los cabellos eran largos, rizados y negros, como la barba que cubría su anguloso rostro. Entró en la estancia de forma abrupta, sin llamar. Su tío departía con uno de sus secretarios.

—Continuaremos más adelante. Puedes marcharte —le dijo al secretario nada más ver aparecer a su sobrino por el umbral de la puerta.

El secretario obedeció de buen grado y abandonó el despacho con pies ligeros ante la inesperada irrupción del sobrino del mayordomo mayor.

—¿Es cierto? —preguntó Fernando tomando asiento frente a su tío.

—Te tenía en León ultimando los detalles de tu boda con Constanza.

Gutierre Fernández de Castro había acordado con su primo, el conde Osorio, el matrimonio entre Fernando y Constanza, para aumentar el poder e influencia de los Castro en León, donde ya disfrutaban de importantes posesiones.

—Los Osorio se están ocupando de ese asunto. Además, aún faltan dos años para que se celebre la boda. Te he preguntado si es cierto.

Gutierre soltó un largo suspiro. Estaba acostumbrado a los arrebatos de niño consentido de su sobrino.

—¿Qué es cierto? ¿Te puedes explicar? —preguntó Gutierre, aunque sospechaba los motivos que habían llevado a su sobrino a interrumpir la reunión con el secretario.

—¿Alfonso de León va a dividir el imperio entre sus hijos?

Gutierre tomó un par de legajos y los guardó en un cajón del escritorio. Su sobrino lo contemplaba con ojos furiosos.

—Eso parece —se limitó a responder.

—¿Lo sabías? —preguntó, apretando con fuerza los puños.

—El emperador me lo consultó.

—¿Y qué le dijiste?

—Que era un error.

Fernando se reclinó en la silla algo más sosegado. Al menos su tío no había sido tan insensato como para estar de acuerdo con la disparatada decisión del emperador.

—Sancho es el mayor —prosiguió Gutierre—. En justicia, es él quien debe gobernar en todo el imperio, no solo en una parte, pero el emperador insistió en la conveniencia de repartirlo entre sus hijos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Fernando.

—Según tengo entendido, los condes de Lara y de Traba le persuadieron para que lo dividiera —respondió Gutierre, sirviendo dos cubiletes de vino.

—¡Malditos bastardos! —exclamó golpeando la mesa con el puño—. Sabía que el Lara tenía

mucho que ver en todo este asunto —vació el cubilete de un solo trago y prosiguió—: ¿No hay vuelta atrás? Quizá el emperador recapacite. Esta decisión no nos conviene —añadió, negando con la cabeza.

—¿Quién conoce los secretos que esconde un rey en su mente? —se preguntó Gutierre con cierta resignación, rellenando el cubilete de su sobrino.

—Esto ha sido una artimaña del zorro de Manrique de Lara. Tú has sido el ayo de Sancho. Él confía en ti, en los Castro. Si Sancho heredara todo el imperio, los Lara serían relegados por nuestra familia. Por eso ha instigado para que Alfonso de León divida el imperio entre sus hijos —hizo una pausa y bebió otro trago—. El conde de Traba es el ayo de Fernando. Lo tiene a su merced. Él controlará León, pero ¿cómo tiene pensado el Lara mandar en Castilla? Tú eres como un padre para Sancho. No le será nada sencillo. Me preocupa cuáles son sus planes para hacerse con Castilla.

—Sobrino, tus preocupaciones son vanas. Tú mismo lo has dicho; soy como un padre para Sancho. Yo estaré a su lado cuando algún día reine en Castilla. Y conmigo estarán los Castro. Entonces quizá...

—¿Quizá?

—Sea el momento de unir lo que una desafortunada decisión ha separado.

En los labios de Fernando asomó una malévola sonrisa. Esa nueva perspectiva lo complacía. Sin embargo, era un hombre de acción que no dejaba sus asuntos al capricho del azar. No permanecería quieto, observando cómo se desarrollaban los acontecimientos como un espectador apático. Tendría vigilados a los Lara, y no desaprovecharía ocasión para deshacerse de ellos.

Alfonso I *el Batallador*, rey de Aragón y Pamplona, murió en 1134 sin dejar descendencia. En su testamento, cedió sus reinos a las órdenes militares de San Juan de Jerusalén y del Temple, pero los maestros de las órdenes no mostraron mucho interés en aceptar la herencia y los notables aragoneses y pamploneses directamente no la reconocieron. Los aragoneses propusieron entonces como rey a Ramiro, hermano del *Batallador* y al que llamaban el Monje, pues era obispo de Roda, pero los pamploneses lo rechazaron y proclamaron rey de Pamplona a García Ramírez, hijo del infante Ramiro Sánchez, hijo ilegítimo a su vez del rey de Pamplona García Sánchez. Aragón y Pamplona, que habían permanecido unidas bajo el reinado del *Batallador*, se separaron y se establecieron como reinos independientes.

A la muerte de Alfonso I *el Batallador*, Ramiro ejercía como obispo de Roda, y no tenía excesivo interés en los asuntos aragoneses. Pero las circunstancias lo obligaron a abandonar los hábitos y a tomar esposa. La elegida fue Inés de Poitiers, hija del duque de Aquitania. El mayor interés de Ramiro era dejar resuelta su descendencia para regresar a la vida monacal. No tardó mucho Inés de Poitiers en quedar embarazada y en junio de 1135 dio a luz a una niña de nombre Petronila. Ahora se hacía preciso encontrar para la infanta un esposo digno de su regia condición, y el elegido fue Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona. En 1137 se firmaron en Barbastro los contratos de esponsales de Petronila con Ramón Berenguer. Ramiro el Monje respiró entonces aliviado, pues no solo acordó los esponsales de su hija, de solo dos años, sino que abdicó en su yerno, de veinticuatro, cediéndole el gobierno y la protección de Aragón. Así pues, Ramiro el Monje regresó a la vida monacal que nunca había deseado abandonar, y se enclaustró en el monasterio de San Pedro el Viejo en Huesca. Su esposa, Inés de Poitiers, sin disponer de demasiadas alternativas, regresó a Aquitania y se retiró a la abadía de Fontevault. Ahora, once años después, el conde Ramón Berenguer, comandando un formidable ejército conformado por tropas aragonesas y pisanas, caballeros de las órdenes del Temple y del Hospital, y mesnadas del conde Guillermo de Montpellier, asediaba la ciudad andalusí de Tortosa. El papa Eugenio III extendió los privilegios otorgados a los cruzados de Tierra Santa a los participantes del asedio y, en busca de la salvación de sus pecados y un buen botín, se unieron a la campaña contra los musulmanes de Tortosa aventureros y mercenarios gascones, franceses e ingleses.

Muhammad ibn Mardanis convocó de urgencia en el alcázar al consejo consultivo de Murcia. Un mensajero exhausto le había anunciado la preocupante noticia del asedio al que estaba siendo sometida la ciudad de Tortosa por las tropas del conde Ramón Berenguer. La paz volvía a ser un sueño tan deseado como efímero.

En el *maylís*, sentados sobre cojines y almohadones, se encontraban al-Hayy, Ahmad al-Hallal, Hamusk, Obaid y el presidente del consejo Abi Yamra, un prestigioso jurista y *muftí*^[12] de solo veinticinco años, que ya en 1145 ocupaba la dignidad de presidente del consejo. Mardanis lo ratificó en el cargo cuando ascendió al trono. Era un joven reflexivo, prudente y justo, de mirada serena y carácter templado y conciliador. Como *muftí* sus decisiones eran consideradas ley, por lo que era muy cuidadoso con las sentencias que dictaba.

—Hemos recibido un mensaje del gobernador de Tortosa —comenzó a explicar el emir de Murcia—. La ciudad está siendo asediada por las tropas del conde de Barcelona, Ramón

Berenguer. El gobernador nos ha pedido ayuda. El ejército enemigo es muy numeroso y él apenas dispone de trescientos soldados. No será capaz de resistir el cerco durante mucho tiempo.

—¿Son solo tropas aragonesas o se trata de una de esas cruzadas a las que son tan aficionados los cristianos? —preguntó Hamusk.

Mardanís asintió ante la agudeza de su suegro.

—Son miles de soldados procedentes de distintos reinos cristianos de Europa. El papa Eugenio ha concedido indulgencias a todos los que participen en su conquista. Es una suerte de *yihad*, pero en este caso lo que se combate es al infiel musulmán —el emir de Murcia sonrió con desgana—. El papa les ha prometido el perdón a sus pecados y la vida eterna, pero seguro que a los cristianos solo los mueve la promesa de obtener prestigio y riquezas.

—No se conformarán con Tortosa —comentó Abi Yamra con tono sombrío—. Si al amparo de su líder religioso han armado un ejército tan poderoso, no se detendrán en Tortosa, sino que continuarán hacia el sur y no se detendrán hasta que logremos contenerlos.

Las palabras del presidente del consejo flotaron en el *maylís* cargadas de negros presagios, pues no estaban carentes de lógica. Tortosa era una ciudad importante y si caía fácilmente en sus manos, los cristianos dirigirían sus codiciosas miradas hacia el resto de las ciudades musulmanas del valle del Ebro.

—Hemos de detenerlos —afirmó Ali ibn Obaid, recorriendo con la mirada a los consejeros en busca de adeptos—. Es nuestra obligación acudir en auxilio de Tortosa.

—Es cierto. Es nuestra obligación detenerlos —intervino al-Hallal con un asentimiento. A continuación, clavó los ojos en Mardanís—: Es tu obligación impedir que los cristianos te arrebaten las ciudades del Sharq al-Ándalus. No puedes exigir impuestos a tus súbditos, para luego dejarlos abandonados a su suerte frente al enemigo —se detuvo y añadió con una mirada gélida al emir de Murcia—: La primera obligación de un emir es proteger a su pueblo.

Mardanís sostuvo la mirada del juez supremo. No fue de su agrado el tono utilizado, ni tampoco que lo recordara sus obligaciones como emir. Muy bien que las conocía. Pero el mensajero fue muy claro: el ejército que sitiaba Tortosa era formidable. Y Tortosa estaba muy al norte, demasiado lejos. Enviar tropas a un lugar tan alejado supondría desproteger la frontera sur y en el sur se encontraban los almohades. Aún estaban entretenidos en sus asuntos africanos, pero no tardarían en cruzar el Estrecho para ocupar todo el al-Ándalus y quién sabía si también el resto de la Península. En pocos años habían aplastado a los almorávides en África y tomado ciudades importantes de al-Ándalus como Sevilla y Badajoz. Su capacidad militar era asombrosa y sus ambiciones en Hispania una incógnita. ¿Debía arriesgar todo el Sharq por proteger Tortosa? Mardanís se acarició su barba castaña y respondió al juez supremo.

—En eso estamos de acuerdo; es mi obligación proteger a mis súbditos. —Ahmad al-Hallal asintió con los labios apretados, mirando con suficiencia al resto de los allí presentes—. Pero también lo es proteger el Sharq al-Ándalus, todo el Sharq al-Ándalus y no solo una parte como tú propones —prosiguió el emir—. He de ser prudente. Tomar una decisión precipitada podría poner en riesgo a todo el reino. No hace falta que os recuerde que los almohades nos acechan desde África.

—Los almohades son más peligrosos que los aragoneses —intervino al-Hayy—. Con el conde se puede negociar, pero el califa solo acepta la sumisión o la muerte. No hay más —explicó con precisión—. Tortosa está muy lejos y los africanos muy cerca. Esta es la maldita realidad.

—¿Sugieres que hemos de sacrificar Tortosa para aplacar al conde? —preguntó con las cejas arrugadas el juez supremo.

—Soy juez militar. Me enorgullezco de conocer muy bien el estado de nuestros ejércitos y las tropas de las que disponemos —repuso al-Hayy con la voz autoritaria y potente de quien está acostumbrado a dar órdenes y, lo que es aún más importante, a ser obedecido—. Sin duda podemos acudir en socorro de Tortosa, pero desprotegeríamos las fronteras de Valencia y Murcia. ¿Merece la pena el riesgo? No propongo que se ceda Tortosa al conde catalán, pero es una posibilidad que no debemos desdeñar.

Mardanis miró a Ibrahim ibn Hamusk y le hizo un gesto para que compartiera su opinión con los miembros del consejo. El señor de Segura carraspeó un par de veces para ganar algo de tiempo. Si de él dependiera, enviaría contra el insolente de Ramón Berenguer el ejército más poderoso que pudiera reunir, pero era evidente que Mardanis era renuente a esta posibilidad. Por otro lado, Tortosa quedaba lejos de sus propiedades en Segura. Su auxilio o abandono no era un debate en el que estuviera interesado en desgastarse.

—Si fuera posible enviar tropas a Tortosa sin descuidar otras fronteras del reino, por Alá que lo haría, pero si el juez militar, que en este *maylís* es quien mejor conoce a los ejércitos del emir, asegura que sería una maniobra arriesgada, considero que quizá lo más prudente y oportuno sería negociar el regreso del conde a Aragón a cambio de unos miles de morabetinos.

—No creo que Ramón Berenguer se conforme con un puñado de morabetinos cuando tiene una ciudad como Tortosa a su alcance —afirmó Ali ibn Obaid.

—¿Qué propones? —preguntó Mardanis, interesado en conocer la opinión del arráez.

Obaid miró al resto de consejeros y apretó las mandíbulas. No era un hombre ilustrado, sino un soldado. Las letras nunca fueron de su interés, sino las armas. Pero disfrutaba de una inteligencia natural que simplemente unos pocos poseen y que otros no tendrán nunca. Había demostrado una inquebrantable lealtad a Mardanis frente a los muros de Moratalla cuando arrancó los ojos a su primo Yusuf ibn Hilal. Su opinión no estaría contaminada por intereses espurios, sino por sincera entrega hacia el emir y el Sharq al-Ándalus.

—¿Ha de sacrificar un padre la vida de un hijo por salvar al resto de la familia? —preguntó de forma retórica mirando uno por uno a los ojos de los consejeros—. ¿O ha de luchar a muerte por defenderlo a riesgo de perderlo todo? —hizo una pausa para que los consejeros meditaran la respuesta y a continuación añadió—: Aquel que sacrifica a un hijo por mantener la paz, perderá el hijo y jamás hallará la paz. Esta, mi señor, es mi respuesta.

Un denso silencio cargado de dudas embalsamó *el maylís* ante la sagaz afirmación del arráez.

—Por desgracia, no es tan sencillo —dijo Mardanis.

El arráez, en su ingenuidad, no había calibrado en su justa medida la espantosa superioridad de las tropas cristianas.

—¿No estarás valorando entregar Tortosa al conde cristiano? —preguntó al-Hallal, incorporándose ligeramente. Mardanis calló y ante su elocuente silencio, insistió—: ¿Vas a permitir que caiga en manos del catalán?

Mardanis le lanzó una mirada reprobatoria. No le agradaban las maneras con las que el juez supremo se conducía delante de los miembros del consejo. Su actitud rozaba la insubordinación, incluso la abierta rebeldía, pero la situación era ya demasiado difícil como para complicarla aún más con divisiones internas.

—¿Es muy numeroso el ejército de Ramón Berenguer? —intervino con acierto Hamusk, aliviando la tensión que se respiraba en el consejo y distrayendo a su vez al emir de sus pensamientos y dudas hacia al-Hallal, quien ya lo había cuestionado cuando compartió sus intenciones de subir los impuestos.

—Miles —respondió con brevedad el emir de Murcia.

—Una alianza cristiana derrumbó los muros de Almería y mucho me temo que sucederá lo mismo con Tortosa —apostilló Abi Yamra—. Cuando los cristianos se unen son imparables.

Mardanís le hizo un gesto para que continuara. Abi Yamra meditó unos instantes antes de responder. Estaba persuadido de que su opinión sería muy valorada en el consejo y en la decisión final del emir de Murcia.

—Tortosa está expuesta a las ambiciones del conde de Barcelona —comenzó a explicar el presidente del consejo con firmeza y autoridad—. Que Tortosa y el resto de las ciudades que se encuentran en el valle del Ebro sean hostigadas por los aragoneses es solo cuestión de tiempo. Ahora debemos preguntarnos si debemos arriesgar todo el Sharq al-Ándalus o sacrificar solo una parte del reino para que el resto sobreviva —miró al arráez—. O como ha sugerido Ali ibn Obaid, hemos de explorar si es conveniente sacrificar a un hijo por salvar al resto de la familia —hizo una pausa, bebió un trago de infusión de hierbas, miró a Mardanís y continuó—. Has pactado con el emperador Alfonso de León y de esta forma has protegido gran parte de nuestras fronteras. Sin duda, este acuerdo ha sido beneficioso para el reino. Ahora deberás hacer lo mismo con Ramón Berenguer; tendrás que pactar la paz con él. Hay que poner límite a sus ambiciones. No será agradable, ni barato, pero necesitamos que nuestra frontera norte esté a resguardo de una invasión aragonesa.

—Si nos atacan los almohades, el Sharq al-Ándalus sucumbirá —intervino el juez militar al-Hayy—. No estamos preparados para combatir al mismo tiempo en dos frentes tan alejados contra dos ejércitos tan potentes.

Abi Yamra asintió y dijo:

—No solo Tortosa se encuentra en grave peligro. Ramón Berenguer ansía hacerse con todo el valle del Ebro y no desistirá en su empeño hasta que lo consiga.

—¿Sugieres que no solo debemos ceder Tortosa a los aragoneses, sino también Fraga, Lérida y Mequinenza? —preguntó Ahmad al-Hallal.

—Y posiblemente el conde cristiano nos exija un tributo anual por garantizar la paz —apostilló Abi Yamra con serenidad.

—¿Un tributo? —preguntó alarmado al-Hallal, sin poder seguir dando crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Te dejarías amputar un brazo gangrenado por salvar la vida? ¿O permitirías que la enfermedad que lo pudre contamine tu cuerpo provocándote una muerte irremediable y dolorosa? —respondió Abi Yamra—. No me malinterpretes. A mí tampoco me agrada ceder una sola ciudad a los cristianos, pero entre dos males, siempre será mejor elegir aquel que cause menores daños. Rendir Tortosa es ahora el menor de nuestros males. Será un sacrificio doloroso, difícil de explicar y aún más difícil de entender por el pueblo, pero necesario si pretendemos que el Sharq al-Ándalus sobreviva.

Mardanís cabeceaba levemente, como si su mente madurara la propuesta del *muftí*. Este detalle no le pasó desapercibido al juez supremo, que temiendo que el criterio de Abi Yamal se impusiera sobre el suyo, se incorporó de los almohadones y exclamó:

—¡Lo que propones es una intolerable humillación! No solo sugieres que le entreguemos al conde de Barcelona valiosísimas ciudades del Sharq, sino también que le paguemos por ello. ¡Es una locura! ¡Una vergüenza! ¿Qué pensarán del emir los buenos musulmanes de Tortosa? —añadió señalándolo con el dedo.

—¡Silencio! —exclamó Muhammad ibn Mardanís con voz firme y autoritaria—. ¡Siéntate al-Hallal! ¡Los ánimos ya están lo suficientemente alterados para que tus intervenciones los turben aún más!

El juez supremo apretó puños y dientes dominado por una incontenible rabia y frustración. Respiró hondo y tomó asiento sobre los cojines sin apartar la mirada de Abi Yamal.

—Si cedemos ante el conde de Barcelona, estaremos enviando un mensaje de debilidad no solo a los cristianos, sino también a los almohades —apuntó Ahmad al-Hallal intentando sosegar el tono de sus palabras—. ¿Cuánto tardarán las tropas del califa Abd al-Mumin en invadir nuestras fronteras cuando adviertan que rendimos nuestras ciudades sin presentar batalla?

Ibrahim ibn Hamusk era de la misma opinión que al-Hallal, pero decidió prudentemente mantener un discreto silencio. El juez supremo estaba empeñado en desafiar a Mardanis, y enfrentarse a los poderosos suele tener consecuencias desastrosas. Por otro lado, la Sierra de Segura estaba muy alejada de las zarpas del codicioso conde catalán. El futuro de Tortosa no era para él asunto prioritario. Cosa bien distinta eran los almohades, pero esos fanáticos estaban ocupados en otros menesteres.

—Paguemos por la paz —sugirió Abi Yamra—. Tierras y oro a cambio de paz. Será un precio alto, pero asumible y necesario.

Ahmad al-Hallal soltó un bufido de desprecio. Consideraba que Abi Yamra era un manipulador aún más taimado y peligroso que los alfaquíes y ulemas que Mardanis tanto criticaba. Temía que con su voz serena y reposada consiguiera embaucarlo, arrastrándolo a tomar una decisión tan errónea como disparatada, que además de mermar gratuitamente una parte importante del reino, soliviantaría los ánimos de un nutrido número de musulmanes.

—¿Y el emperador Alfonso de León? ¿No es nuestro aliado? Pues que lo demuestre y medie con Ramón Berenguer para que retire sus tropas —apuntó el juez supremo, aferrándose a la alianza con el emperador cristiano como a un clavo ardiendo, pues en los ojos del emir leyó resignación y derrota. Las palabras de Abi Yamra estaban pesando en su decisión.

Muhammad ibn Mardanis negó con la cabeza y respondió:

—Alfonso de León está casado con Berenguela de Barcelona, la hermana de Ramón Berenguer. Son cuñados. Además, el papa le ha concedido una bula. Esta campaña tiene carácter de cruzada y los cruzados solo responden ante el papa. Alfonso de León no puede hacer nada, absolutamente nada por evitar el asedio —cerró los ojos y exhaló un largo suspiro—. Debemos negociar.

Ali ibn Obaid no pudo evitar soltar un resoplido impregnado de decepción, pero era leal y aceptó la decisión del emir con resignada obediencia.

—Sabes que preferiría que la osadía del conde de Barcelona se corrigiera con hierro en lugar de oro y tierras —comenzó a decir el arráez—, pero nada he de reprocharte si consideras que negociar con el conde Barcelona es lo mejor para Sharq al-Ándalus. Siempre estaré a tu lado. No necesito comprender tus decisiones para aceptarlas.

Mardanis agradeció las palabras del arráez con varios asentimientos. Negociar con un cristiano en franca debilidad no era tarea ni grata ni sencilla. Necesitaba el apoyo de sus hombres de más estrecha confianza.

—¿Sacrificarás entonces Tortosa? —preguntó al-Hallal con voz áspera.

—Negociaré con el conde de Barcelona su regreso a Aragón a cambio de una importante suma de morabetinos —respondió Mardanis.

—¿Y si no acepta? —insistía el juez supremo—. ¿Y si te exige la entrega de la ciudad?

El emir guardó silencio antes de responder. Lo que se disponía a comunicar le causaba una profunda tristeza, pero el oficio de rey conlleva tomar en ocasiones decisiones ingratas y tristes.

—Nada podemos hacer por Tortosa —anunció al fin.

Ahmad al-Hallal negó repetidas veces con los brazos cruzados en el pecho. No entendía las

decisiones de Mardanis. Pactaba con el emperador Alfonso de León y con mercaderes cristianos, subía los impuestos al pueblo y entregaba al conde de Barcelona una estratégica ciudad como Tortosa sin presentar batalla. Comenzaba a dudar si realmente Mardanis era el emir que el Sharq al-Ándalus necesitaba para hacer frente con solvencia a los terribles desafíos que le aguardaban. Ramón Berenguer y el asedio a Tortosa era el primero de ellos y su decisión había sido claudicar vergonzosamente ante el enemigo. Si no estaba capacitado para hacer frente a un simple conde cristiano, ¿cómo lograría derrotar al califa almohade? Lanzó un largo suspiro. Era evidente que la decisión ya estaba tomada y no había más alternativa que asumirla.

—¿Y el resto? —preguntó, impostando un tono sosegado y comedido—. ¿Y si el conde nos reclama Fraga, Mequinenza y el resto de las ciudades del valle del Ebro?

—Quizá el conde de Barcelona quede satisfecho con Tortosa —apuntó Mardanis, más como un deseo que como una realidad, pues estaba de acuerdo con Abi Yamra en que Ramón de Berenguer no se detendría hasta avistar las murallas de Murcia, si no lograban contenerlo—. De momento, quedan fuera de toda negociación.

«De momento», al-Hallal, repitió las palabras del emir de Murcia en su mente. ¿Qué estaría dispuesto a sacrificar Mardanis a cambio de la paz? La paz no se negocia, la paz se impone con el uso de las armas. La paz comprada con oro es frágil y efímera. Ceder al chantaje de los cristianos solo empobrecerá al Sharq, al tiempo que enriquecerá a sus enemigos cristianos. Porque todos los cristianos, incluso aquellos que ahora se llaman amigos, tarde o temprano ambicionarán el Sharq al-Ándalus. Al-Hallal estuvo tentado de verbalizar sus pensamientos, pero ya había contrariado lo suficiente al emir de Murcia. No era prudente abusar de su paciencia.

—Ruego a Alá porque el conde de Barcelona quede satisfecho con este regalo y no nos exija más sacrificios —se limitó a decir sin mucha confianza, pues estaba persuadido de que la ambición de los cristianos era insaciable.

—La paz es un bien preciado no exento de sacrificios —apostilló Abi Yamra, mirando con una sonrisa conciliadora al juez supremo—. La decisión de nuestro emir es prudente y sabia. Y Alá siempre favorece a los hombres prudentes y sabios. Es su voluntad que el conde de Barcelona acepte nuestra generosa oferta.

Ahmad al-Hallal se preguntaba de qué se sonreía ese estúpido. Tortosa había sido entregada sin lucha a Ramón Berenguer, y a buen seguro no sería la última ciudad del norte del Sharq al-Ándalus que en breve cambiaría de manos y pasaría a formar parte del reino de Aragón. Miró a Hamusk y a al-Hayy, pero ambos bajaron la vista a los mullidos cojines. Abi Yamra los había engatusado con su voz aterciopelada y sus medias verdades. Negó desesperado con la cabeza. Era el único en entender en aquel *maylís* que la sed de tierras y oro del conde no se saciaría con una invocación divina, sino con lanzas, espadas y sangre; con un profundo y espeso mar de sangre.

Córdoba, septiembre de 1148

Yahya ibn Ganiya, el último gobernador almorávide de al-Ándalus, bebía una infusión sentado sobre unos cojines en el *maylís* del alcázar de Córdoba. El sol emergía perezoso por el horizonte, barnizando la estancia con un cálido tono anaranjado. Escuchó al almuédano convocar a los musulmanes a la primera oración del día desde el alminar de la mezquita aljama. Cerró los ojos y rezó una breve plegaria. Estaba cansado. Sus huesos protestaban en un cuerpo dolorido después de una vida consagrada a la guerra. Era el último testigo del paulatino e imparable hundimiento del orgulloso imperio almorávide que ya exhalaba sus últimos estertores en África. Se preguntaba cómo era posible que en apenas cuatro años el imperio que dominaba el Magreb y el al-Ándalus fuera a desaparecer, a ser borrado de la faz de la tierra como si jamás hubiera existido. Lanzó un largo suspiro y repasó en su memoria los acontecimientos que arrojaron a los almorávides al abismo donde ahora se encontraban y del que era imposible escapar. Todo empezó cuando en 1144, clérigos, notables, caballeros y soldados cristianos acudieron a Toledo convocados por el emperador Alfonso de León. Los reunió por un solo propósito; expulsar a los almorávides de al-Ándalus. No fue una campaña de conquista, sino de devastación y ruina. Las algaradas asolaron las tierras de Córdoba, Carmona, Sevilla, Baeza, Úbeda... Los cristianos destruyeron olivares y viñas, asolaron campos, prendieron fuego a villas y aldeas, asesinaron y esclavizaron a miles de hombres, mujeres y niños, y se apoderaron de un inmenso botín. El efecto de las razias cristianas sobre el poder almorávide en al-Ándalus fue devastador. Los andalusíes se rebelaron contra los gobernadores almorávides, pues eran incapaces de defenderlos de la implacable furia cristiana. Uno de los primeros en sublevarse fue un sufí de origen cristiano llamado Ibn Qasi. Creó un movimiento religioso llamado *muridun*, los iniciados, e incluso se hizo llamar *el Mahdi*. Atacó a los almorávides con una rabia espantosa e incluso se aventuró a tomar Sevilla, pero fue derrotado. El fracaso de Sevilla no desanimó a sus seguidores, que poco después conquistaron Mértola, asesinando con crueldad desmedida a todos los almorávides que habitaban en la ciudad. Enardecidos por la victoria, proclamaron a Ibn Qasi señor del Garb al-Ándalus. Su ejemplo fue seguido por el andalusí Ibn Wazir, que se sublevó en Beja y en Évora, y en 1145 expulsó a los almorávides de Badajoz. Al-Bitruyí se alzó en armas en Niebla y Abi Tut en Tavira. No tardaron los almorávides en ser expulsados de ciudades más importantes como Málaga, Córdoba, Sevilla, Valencia... En 1145 el emir almorávide Tasufin ibn Ali moría despeñado en Orán cuando intentaba huir de los almohades. Para su desgracia, su cuerpo cayó en manos de sus enemigos y su cabeza fue enviada al califa Abd al-Mumin. Su muerte acortó la agonía de un imperio condenado a desaparecer. A Tasufin ibn Ali le sucedió su hijo Ibrahim ibn Tasufin, un niño de apenas nueve años que fue depuesto a los pocos meses de su proclamación por su tío Ishaq ibn Ali, un muchacho de algo más de quince años. Pero el avance almohade en el Magreb era imparable y las ciudades almorávides caían en sus manos como fruta madura; Fez, Tremecén, Salé... hasta que en 1147 tomaron Marrakech. El emir Ishaq ibn Ali fue asesinado junto al resto de su familia, poniendo fin a la dinastía almorávide en África. Mientras esto sucedía en el Magreb, al otro lado del Estrecho, los almorávides peninsulares no solo tenían que hacer frente a los andalusíes sediciosos. El rebelde Ibn Qasi tuvo que enfrentarse a varios nobles

renuentes a aceptarlo como líder político y religioso, y en 1145 viajó a África y pidió a ayuda al califa Abd al-Mumin. Al año siguiente, Ibn Qasi desembarcó en Cádiz con un ejército almohade. Era la primera vez que los fanáticos unitarios pisaban al-Ándalus. Desde entonces, aprovecharon la desintegración del imperio en al-Ándalus para apropiarse de las ciudades almorávides que previamente les habían arrebatado los insurgentes andalusíes. Yahya ibn Ganiya sonrió. Esos necios y traidores andalusíes habían expulsado de las ciudades a los almorávides y ahora los almohades los expulsaban a ellos. Yahya ibn Ganiya bebió otro sorbo de infusión. Durante largos años había combatido a los cristianos desde sus responsabilidades como gobernador de Valencia. Luego tuvo que contener a los levantiscos andalusíes desde que el iluminado de Ibn Qasi se alzó en armas en Mértola. Entonces fue trasladado a Sevilla y nombrado gobernador de al-Ándalus, quedando su hermano Abd Allah encargado de Valencia. Desde que sucedieron todos estos acontecimientos, solo habían pasado cuatro años, pero parecía un milenio. Una nueva revuelta lo obligó a someter a Ibn Hamdin en Córdoba. Durante dos años intentó derrotar al levantisco gobernador, hasta que fueron los propios cordobeses que, disgustados con su gobierno, reclamaron su auxilio. En enero de 1146, Ganiya recuperó la ciudad, pero Ibn Hamdin no se resignó y suplicó la ayuda de Alfonso de León. Ganiya, incapaz de vencer a los cristianos, llegó a un acuerdo con el emperador; le entregó la plaza y le rindió vasallaje. A cambio, Córdoba se mantendría bajo su poder. Yahya ibn Ganiya reclamó refuerzos al emir almorávide, pero nunca llegaron. Los almohades seguían avanzando por el Magreb y en 1147 cruzaron el estrecho con la intención de quedarse. En enero tomaron Sevilla y luego fueron cayendo otras ciudades como Cádiz, Jerez, Niebla, Badajoz... El imperio almorávide se descomponía como un animal muerto en el desierto. Aun así, siguió luchando y logró arrebatar Algeciras a los almohades. Pero no fue más que un breve espejismo, la efímera ilusión de que el imperio podría renacer de sus cenizas. Pero todavía era el gobernador de Córdoba, Carmona y Jaén. Sus labios esbozaron una sonrisa amarga. Sí, era el gobernador almorávide de tres ciudades importantes. Las únicas que su glorioso imperio mantenía en al-Ándalus, pero también era el vasallo de un emperador cristiano. Era el esclavo de un amo infiel. Rogó porque Alá perdonara tan grave pecado. Exhaló un largo y descorazonador suspiro. Estaba exhausto. Demasiados años de guerra, de infortunios, de derrotas. Sobre sus cansadas espaldas soportaba una pesada losa. Solo pretendía que los últimos años de su existencia estuvieran alejados de guerras y desgracias hasta que Alá reclamara su presencia. Era preciso reconocer que había llegado el fin. Toda resistencia es absurda cuando la derrota absoluta es inevitable. Lo importante era sobrevivir. Tomó el cálamo, se apoyó en una tablilla de madera y comenzó a escribir. Su carta iba a dirigida al arráez almohade Barraz ibn Muhammad al-Masufi.

León, octubre de 1148

Las noticias de la claudicación de Yahya ibn Ganiya no tardaron en llegar a León. El emperador convocó a los notables, obispos y magnates del imperio a una curia. En el salón principal de las Torres de León se encontraban Fernando Pérez de Traba, Manrique Pérez de Lara, Nuño Pérez de Lara, Gutierre Fernández de Castro, Fernando de Castro, Ramiro Froilaz y Armengol de Urgel, entre otros importantes notables y clérigos. Con la entrega de Córdoba, Carmona y Jaén, el poder de los almohades aumentaba en Hispania de forma alarmante. Era evidente que una vez hubieran tomado el Magreb, cruzarían el Estrecho para hacerse con todo el al-Ándalus. Y no se conformarían solo con eso. El califa Abd al-Mumin sería capaz de tomar toda Hispania si no ponían límite a su ambición. Los reyes cristianos se enfrentaban a la mayor amenaza desde que el bereber Tariq ibn Ziyad cruzara el Estrecho en el año 711.

—Yahya ibn Ganiya se ha rendido a los almohades y les ha entregado Córdoba, Carmona y Jaén. Según nuestros informadores, Ganiya ha abandonado Córdoba y se ha refugiado en Jaén, al amparo de los africanos —anunció con gravedad Alfonso de León sin más preámbulos.

—¡Es un traidor! ¡Pagará por ello! —exclamó furioso el alférez real Ramiro Froilaz.

—No podemos permitir que los almohades se hagan con más ciudades en al-Ándalus —intervino Fernando Pérez de Traba. El magnate leonés no llegaba a los cincuenta años. Era un hombre alto, fuerte, de mentón barbudo y anguloso del que brotaban mechones de canas. Era un noble de la máxima confianza del emperador, quien le nombró adelantado de Galicia y le encomendó la tutela del infante Fernando. De vida aventurera y azarosa, fue amante de Teresa de León, quien fuera condesa de Portugal y madre del rey portugués Alfonso Enríquez. Fruto de su relación con Teresa de León nacieron dos hijas: Sancha, esposa de Álvar Rodríguez, y Teresa de Traba—. Debemos contenerlos antes de que sean demasiado poderosos.

—¿Contenerlos? —preguntó Fernando de Castro, arrugando el entrecejo—. ¡Debemos devolver a esos perros africanos al desierto del que proceden!

—Ataquemos Jaén, donde Ganiya se ha protegido —propuso Gutierre Fernández de Castro—. Hemos de darle un escarmiento.

—¡Acabemos con ellos! —exclamó el conde Armengol de Urgel.

Los notables hablaban atropelladamente y el amplio salón quedó envuelto en un vocerío ininteligible.

—Silencio —ordenó el emperador alzando los brazos—. ¡Silencio!

La orden atronó en las paredes del salón y los notables callaron de inmediato. Estaban nerviosos y alterados. El temor a los almohades se había impregnado en sus corazones. La rendición de Yahya ibn Ganiya era un asunto de extrema gravedad, pero lo que realmente los asustaba era que desconocían la verdadera magnitud del desastre. La incertidumbre desconcierta, confunde y altera al más templado de los hombres. El emperador estaba de acuerdo en armar un ejército y atacar Jaén. Además de capturar y ejecutar al traidor de Yahya ibn Ganiya, Alfonso de León pretendía tomar la ciudad para convertirla en una punta de lanza desde donde hostigar a los unitarios. Paseó la mirada por los notables, como si meditara sobre a quién encomendar la campaña contra Ganiya y sus amigos africanos. Muchos eran aguerridos y experimentados

capitanes, pero para esa misión necesitaba al mejor. Miró a Manrique Pérez de Lara. Su mirada era sosegada y su semblante sereno. Era de esos hombres excepcionales que mantienen la calma cuando el suelo amenaza con hundirse bajo sus pies. El soldado perfecto.

—Manrique, organiza un ejército y toma Jaén. Demuestra a ese perro almorávide cómo los leoneses tratamos a los traidores —le ordenó el rey.

El conde de Lara se limitó a asentir con una sonrisa. Jaén era una ciudad grande y rica. Su conquista engrandecería el apellido de los Lara e incrementaría su ya más que abultada fortuna, pues el botín que lo aguardaba sería cuantioso. Pero la decisión del emperador no agradó a todos los notables.

—Mi señor, os ruego que me permitáis acompañar al conde de Lara —se ofreció Fernando de Castro, incorporándose de un salto de la silla. Se sentía desplazado por los Lara de una campaña que prometía gloria y botín.

—No, solo Nuño acompañará a Manrique. El resto permaneceréis en León y Castilla. Desconocemos cuáles son las intenciones del califa ahora que Córdoba, Jaén y Carmona están en sus manos. Debemos estar preparados y alertas en el caso de que osara cruzar nuestras fronteras.

—Pero mi señor, considero que os seré mucho más útil en Jaén —insistió el Castro.

Alfonso de León lo fulminó con la mirada. Sus órdenes se obedecían, no se cuestionaban. Y mucho menos delante de los nobles y clérigos presentes en la curia.

—Mi sobrino atenderá con gusto vuestro mandato, mi señor, como es su obligación —intervino con tiento Gutierre Fernández de Castro, tomando del brazo a Fernando para que se sentara y no soliviantara más el atribulado ánimo del emperador.

Manrique derramó sobre el Castro una mirada de insultante superioridad al tiempo que sus labios dibujaron una ladina sonrisa. A Fernando de Castro no le pasó desapercibido el gesto triunfal y humillante del conde de Lara y lo guardó en el lugar más recóndito de su memoria, donde los rencores se fermentan lentamente, dando paso a una vorágine de deseos incontenibles de venganza.

—Organizaré las tropas y partiré de inmediato a Jaén —dijo el Lara.

—Toma la ciudad y tráeme la cabeza del traidor —ordenó el emperador.

—Contad con ello, mi señor.

El conde Manrique compartió con la curia el detalle de las fuerzas con las que contaba para la conquista, así como los caminos por los que transitaría hasta llegar a Jaén. Lo tenía todo bien pensado y calculado. Era evidente que el emperador ya le había participado que sería él quien comandaría las tropas previamente a la reunión de la curia. Fernando de Castro escuchó con atención al Lara. El plan era bueno. Odiaba tener que reconocer que su máximo rival era un formidable estratega. Una victoria en Jaén encumbraría a los Lara y eso no era bueno para los Castro y más si finalmente el emperador dividía el imperio entre sus hijos Sancho y Fernando. Sí, el Lara tenía un plan, pero el Castro tenía otro. No menos audaz y arriesgado, pero de tener éxito, podría librarse de una vez de la molesta presencia de los entrometidos y arrogantes Lara.

En algún lugar de la Extremadura leonesa, octubre de 1148

Fernando de Castro fue al encuentro solo, embozado, vistiendo ropajes humildes y montado en una mula. Miraba constantemente de soslayo a sus espaldas como los criminales que son perseguidos por la justicia. Soplaban un viento frío y húmedo, y en el cielo se abigarraban las nubes grises, impacientes por vaciar sobre los campos extremeños todo su contenido. Cabalgaba despacio por un campo de olivos. Era primera hora de la mañana. La soledad era total. Eso estaba bien. Entonces advirtió a un hombre montado en un caballo blanco. Al igual que él, estaba completamente embozado, pero sus ropajes eran bien distintos. Vestía túnica blanca, cubría su cabeza con un turbante y ocultaba su rostro con un *litam*. El Castro volvió a mirar instintivamente a sus espaldas. No había nadie. Respiró más sosegado y llegó a la altura del misterioso hombre.

—Salam aleikum —saludó en árabe el jinete.

Fernando de Castro se limitó a saludarlo con una leve inclinación de cabeza. Se trataba de Abu Ali Umar ibn Timsilt, un ambicioso oficial almohade de dudosa moralidad, propenso a las corruptelas y los negocios turbios. El musulmán y el castellano se beneficiaban mutuamente compartiendo información delicada con la que se llenaban la bolsa, ganaban el favor de sus señores o se deshacían de incómodos rivales.

—En tu mensaje aseguras que tienes información de gran interés para el gran jeque Yusuf ibn Sulayman, gobernador de Sevilla. —Abu Ali ibn Timsilt hablaba en un aceptable romance cargado de acento musulmán.

—Así es —confirmó el castellano.

El almohade asintió convencido de que el viaje y el riesgo de cruzar en solitario tierra de infieles merecía la pena. Los negocios con Fernando de Castro solían ser interesantes y lucrativos.

—¿Y bien? —preguntó el almohade. No era conveniente que aquel encuentro se prolongara más de lo debido.

Fernando de Castro le reveló con todo lujo de detalles el plan de Manrique Pérez de Lara para conquistar Jaén. El número de soldados, armas, maquinaria de guerra, caminos por los que transitaría, suministros... absolutamente todo. El musulmán escuchaba con avidez y asentía tremendamente complacido. Esa información era oro puro. El gran jeque Yusuf ibn Sulayman sabría muy bien cómo recompensarlo.

—Tomar Jaén y capturar a Yahya ibn Ganiya es muy importante para tu emperador. Jaén es una ciudad rica y estratégica. Ahora está en nuestras manos, como Córdoba y Carmona. El poder del califa en el al-Ándalus no se detiene y tú en lugar de defender los intereses de tu señor, nos entregas a su ejército para que lo aniquilemos —le espetó confuso Abu Ali Umar ibn Timsilt, una vez el Castro hubo concluido la traición.

—Los unitarios no me preocupáis —aclaró Fernando de Castro con cierto tono de desprecio—. Os devolveremos a África como hemos hecho con los almorávides. Estoy dispuesto a sacrificar a un puñado de soldados por conseguir un propósito más elevado.

—¿Y cuál es? —preguntó el almohade con sincera curiosidad.

—Exterminar a los Lara; a Manrique y a su hermano Nuño.

El almohade asintió.

—¿Ese es el precio por la información?

—Exacto. Los quiero muertos. A los dos.

Abu Ali Umar ibn Timsilt sonrió. Graves debían de ser las desavenencias del Castro con los hermanos Lara para enviar a una muerte segura a centenares de hombres. El rencor es una enfermedad de difícil cura. Pero este no era asunto suyo. El Castro no solo le estaba entregando todo un ejército en sacrificio, sino también a dos de los notables más importantes del imperio. Y este era precisamente el precio que tendría que satisfacer por la información que acababa de recibir: matarlos. Una deuda que saldaría con enorme satisfacción.

—Siempre es un placer hacer negocios contigo —reconoció el almohade con una inclinación de cabeza.

—Recuerda; no deben sobrevivir —insistió el Castro.

El africano cabeceó varias veces, giró su montura y la espoleó con violencia. Estaba impaciente por compartir la información con Yusuf ibn Sulayman, el gran jeque almohade. Su recompensa sería tremendamente jugosa.

El emperador Alfonso de León convocó al emir del Sharq al-Ándalus Muhammad ibn Mardanis a un encuentro urgente en Zurita. El ejército del conde Manrique Pérez de Lara había sido aniquilado por las tropas de Yahya ibn Ganiya y sus aliados almohades. Fueron sorprendidos en un escarpado y oculto desfiladero. Manrique había tomado todas las precauciones para evitar la emboscada, pero era como si los musulmanes conocieran de antemano sus intenciones y hubieran anticipado cada uno de sus movimientos. Todo fue muy extraño en esa derrota. El conde de Lara logró huir, pero su hermano fue capturado por Ganiya y llevado a Granada con el resto de los prisioneros y un cuantioso botín. El almorávide pretendía negociar con el gobernador granadino, Said al-Ansi, su adhesión a la causa unitaria. Pero Yahya ibn Ganiya murió en Granada y Said al-Ansi no solo no rindió la ciudad a los almohades, sino que liberó a Nuño y al resto de los prisioneros que Ganiya había capturado en la batalla y que tenía previsto vender en Marrakech como esclavos. Said al-Ansi temía más al emperador cristiano que al califa almohade.

Que uno de los comandantes cristianos más capaces hubiera sido derrotado con tanta facilidad por los africanos preocupó a Alfonso de León. Los almohades eran mucho más peligrosos de lo que había sospechado. Debía unir fuerzas con Mardanis y hacerles frente antes de que se volvieran invencibles.

Al emir de Murcia también le interesaba reunirse con el emperador. En diciembre, tras largas treguas y negociaciones, Ramón Berenguer tomó Tortosa. Las vidas y costumbres de sus habitantes fueron respetadas, pero la ciudad fue entregada al saqueo. Los cruzados cristianos no entendían de piedad y clemencia cuando de obtener un buen botín se trataba. Mardanis estaba persuadido de que el conde de Barcelona no se conformaría con Tortosa. Arropado por miles de cruzados hambrientos de gloria y oro, y bendecidos por las indulgencias y prebendas del papa Eugenio III, avanzaría hacia el sur hasta conquistar Murcia. Pero Ramón Berenguer no era la única preocupación de Mardanis. La contundente derrota de los Lara en Jaén también pesó en su ánimo. El dominio almohade del al-Ándalus era inexorable y su victoria en Jaén encendería con más vigor sus ansias de conquista. Como bien había apuntado Abi Yamra, de ningún modo podría combatir a dos enemigos tan poderosos al mismo tiempo en frentes tan alejados. Necesitaba llegar a un acuerdo con Ramón Berenguer y reunirse con el emperador Alfonso de León era el primer paso para conseguirlo.

Ambos se reunieron a solas, sin testigos, en el salón de la torre del homenaje del castillo de Zurita. A Mardanis le sorprendió la sobriedad y austeridad del castillo. Era una fortaleza robusta que cumplía perfectamente su cometido, pero de estilo poco elegante y parca en adornos. Muy distinto a la belleza, el lujo y las comodidades con las que se rodeaba en el más discreto de sus palacios. Pero prefirió guardarse para sí mismo sus opiniones.

—Debemos poner límite a los almohades —dijo el emperador Alfonso de León, después de intercambiar con el emir de Murcia los habituales saludos protocolarios y un puñado de palabras de cortesía. Había demasiados asuntos urgentes que tratar.

—Y a vuestro cuñado el conde de Barcelona —replicó Mardanis con tono áspero y brazos cruzados. Estaba convencido de que el emperador le iba a exigir que cumpliera con sus

obligaciones como vasallo, pero si eran soldados lo que necesitaba, antes tendría que ayudarlo a poner en orden sus asuntos con Ramón Berenguer en la frontera norte del Sharq.

El emperador asintió. Estaba bien informado de la toma de Tortosa por parte del conde catalán.

—El papa Eugenio concedió a la campaña de Tortosa calidad de cruzada. Nada pude hacer por evitarla.

—Lo sé, pero sí podéis mediar para que deje de hostigarnos por el norte, si pretendéis que contenga el avance almohade por el sur. No tengo ni tropas ni recursos para hacer frente a ambos desafíos.

—Es cierto —reconoció el emperador—. De hecho, antes de acudir a Zurita me he reunido con una embajada de Barcelona.

—¿Y bien?

Alfonso de León se aclaró la garganta antes de responder.

—Ramón Berenguer quiere Lérida, Fraga y Mequinenza.

—Las tierras del valle del Ebro —musitó Mardanis.

El emperador asintió y bajó la vista. En sus ojos, Mardanis advirtió que las exigencias del conde no habían terminado.

—Y un tributo anual de veinticinco mil morabetinos de oro.

Mardanis recordó que esas fueron precisamente las condiciones que Abi Yamra le advirtió que probablemente le exigiría el conde. Era un precio muy alto para la paz. Ramón Berenguer no actuaba de forma generosa con un aliado de su cuñado. El dinero no sería problema. Aumentaría los impuestos y confiaba en llenar las arcas del Sharq al-Ándalus con el comercio con pisanos y genoveses. En sus labios asomó una amarga sonrisa. Hacía negocios con unos itálicos, mientras que otros se alistaron como cruzados en las tropas del conde de Barcelona que sitiaron Tortosa. Los propósitos de mercaderes y soldados no siempre coincidían.

—Creo que deberías aceptar —le aconsejó el emperador.

Mardanis sonrió con amargura. No era ni su territorio ni su oro lo que tendría que sacrificar por la paz. Que fácil es entregar lo que no se tiene. Se incorporó ligeramente de la mesa y fijó la mirada en los ojos castaños de Alfonso de León.

—Mi señor, creo que ni vuestro cuñado el conde ni vos sois conscientes de la terrible amenaza que se cierne sobre Hispania. Los almohades ahora son pocos y, aun así, se han apoderado casi sin resistencia de la mayor parte de al-Ándalus. Algún día, el califa o alguno de sus hijos cruzará el Estrecho con un ejército tan numeroso como las arenas del desierto. Primero marcharán hacia el Sharq al-Ándalus, pues me consideran un hipócrita, un lujurioso borracho amigo de cristianos que desprecia las enseñanzas del Profeta. Sí, primero irán contra mi reino, pero si el Sharq cae, luego irán a por el vuestro, mi señor. No tengáis la menor duda. Ramón Berenguer sabe que no puedo enfrentarme a sus cruzados y a los almohades al mismo tiempo y pretende sacar provecho de ello. Sea, el sabrá muy bien lo que hace. Si ese es el precio que he de pagar por la paz y por salvaguardar la frontera norte lo haré. Le cederé las ciudades exigidas y le pagaré el oro convenido. Podéis confirmarle que acepto sus condiciones. Pero recordad que yo soy el muro de contención contra los almohades. Si los reyes cristianos se empeñan en debilitarme, lo único que conseguirán será allanar el camino a las hordas africanas del califa Abd al-Mumin.

El emperador cabeceó afirmativamente. Las palabras del emir de Murcia estaban cargadas de razón, pero en el asunto de Ramón Berenguer tenía las manos atadas. Lo único que podría hacer y, sin duda haría por su propio interés, sería presionarlo para que respetara los acuerdos firmados

con el andalusí.

—Agradezco tu generosidad —afirmó el emperador—. Te puedo asegurar que el conde de Barcelona no volverá a suponer una molestia para tu reino.

El emir negaba con la cabeza sumido en el más absoluto desaliento. Si muchos alfaquíes, ulemas e incluso consejeros andalusíes no entendieron los motivos que lo llevaron a rendir Tortosa a los aragoneses, ¿cómo explicarles ahora que les iba a ceder las ciudades del valle del Ebro? ¿Y que además debía pagarles un tributo anual de miles de morabetinos de oro? Un tributo que saldría directamente de sus bolsillos en forma de impuestos. Mardanis no solo debía preocuparse de lo que sucedía más allá de sus fronteras. Con mayor motivo, estaba obligado a prestar más atención a la tormenta que se avecinaba en el corazón de su reino. El emperador leyó la turbación que velaba el semblante del emir. Comprendía sus inquietudes, pero el conde de Barcelona había sido rotundo, inflexible. Es difícil negociar con quien tiene todos los escenarios a su favor.

—Los andalusíes van a despreciar a los cristianos por su enfermiza codicia y a mí por mi debilidad y sumisión —comenzó a explicar Mardanis con un tono cargado de resignación y tristeza—. Acumular amargura en el corazón del pueblo no es el mejor camino de un rey para mantenerse en el trono —alzó la vista y miró con determinación al emperador—. Así no se trata a un aliado. No, no son formas. Pero sea, ya está decidido. Solo espero que ninguno de los que ahora compartimos esta sala nos arrepintamos algún día.

—Ahora estás aturdido, pero el pacto con Ramón Berenguer hará que tu reino sea más fuerte y poderoso —afirmó el emperador.

Mardanis soltó una sonrisa sarcástica.

—¿Más fuerte y poderoso? Mi reino ha sido mutilado y yo he sido obligado a engordar las arcas aragonesas con una fortuna que debo extraer del trabajo y del sudor de mi pueblo. Sí, mi señor, debo estar muy aturdido pues no advierto cómo mi reino va a ser más fuerte y poderoso con este pacto como vos aseguráis.

—La mera supervivencia de tu reino es una victoria —afirmó el emperador con sincera crueldad—. Jamás podrías vencer a un ejército cruzado bendecido por un papa. Jamás. Créeme cuando te digo que el pacto con Ramón Berenguer es beneficioso, pues además de aplacar sus ansias de conquista, te permite disponer de ejércitos con los que defender tus territorios de los almohades, y quizá arrebatarse los suyos.

El emir le escuchó con atención. Incluso en los momentos más oscuros y convulsos, hay motivos para la esperanza.

—Es necesario poner freno al poder almohade en al-Ándalus —explicó el emperador. Resuelto el conflicto del emir de Murcia con el conde de Barcelona, había llegado el momento de revelar el motivo que había llevado a los dos reyes a encontrarse en Zurita—. Debemos atacarlos ahora, que todavía son un puñado de africanos asentados en tierra extraña, pues como bien dices, algún día el califa prestará más atención a nuestros reinos. Si los expulsamos, Abd al-Mumin se lo pensará dos veces antes de aventurarse a abandonar las comodidades de su palacio en Marrakech.

—Os escucho, ¿cuál es vuestro plan?

—Voy a armar un ejército que consolide nuestras posesiones en Almería. —Mardanis asintió. Defender Almería era fundamental para proteger el Sharq de una invasión africana—. Con tus tropas y las mías, los empujaremos hacia el oeste. Allí, lo esperará mi primo Alfonso Enríquez, rey de Portugal, con sus ejércitos. Quedarán atrapados entre dos frentes, no, entre tres frentes —se corrigió—, pues por el norte los condes de Traba, Osorio, Minerva y los Castro con

sus mesnadas y con las milicias concejiles se lanzarán sobre ellos como lobos sobre un rebaño de ovejas desprotegido. Los almohades quedarán rodeados y atrapados. Solo les permitiremos una salida.

—El mar —observó Mardanis.

—El mar —confirmó el emperador—. El mar y África. Tendrán que regresar al Magreb si pretenden evitar ser exterminados.

—¿También participarán en la campaña el rey de Pamplona y el conde de Barcelona?

—Son mis vasallos, deberán hacerlo por obediencia y sentido común, pues si fracasamos, sus reinos quedarán expuestos a los unitarios.

El emir de Murcia ahora asintió más convencido. El plan de Alfonso de León cobraba más sentido con la participación del pamplonés y del catalán. En definitiva, se trataba de una enorme coalición de reyes hispanos que arrinconarían sus recelos, desconfianzas y enfrentamientos, y unirían sus banderas y ejércitos para combatir a los africanos. Luchar unidos; el único camino que encontraba Mardanis para vencer al califa Abd al-Mumin y a su horda de fanáticos almohades.

—¿Puedo contar contigo, amigo Mardanis? —preguntó el emperador tomándolo del hombro—. ¿Participarás en esta campaña contra los africanos?

—Contented al conde de Barcelona, libradme de tener que preocuparme por la frontera norte de mi reino y pondré mis ejércitos a vuestra disposición.

Alfonso de León tomó un cubilete de vino, le dio un trago y dijo:

—Ya te lo he dicho; cumple con sus peticiones y mi cuñado dejará de ser un problema para ti y para el Sharq al-Ándalus.

Más que peticiones eran exigencias, pensó Mardanis. La entrega de las ciudades del valle del Ebro y el pago de miles de morabetinos para mantener la paz con los aragoneses no sería del agrado de muchos consejeros andalusíes, pero ellos no tenían un reino que proteger. Es muy fácil tomar decisiones para quien carece de responsabilidades. Mardanis tomó su tosco cubilete de madera y lo inspeccionó con la mirada. Estaba más acostumbrado a degustar el suave néctar en delicadas copas de vidrio y cristal. Quizá ese tipo de detalles y lujos habían provocado la paulatina decadencia de los reinos musulmanes en la Península. Mientras ellos reposaban en mullidos cojines, degustaban manjares y disfrutaban de la música de cítaras y laudes, los cristianos del norte comían lo que cazaban, bebían en vasos de madera y dormían en jergones de paja o esterillas. Eran hombres recios y austeros, acostumbrados a sufrir todo tipo de carencias y penalidades. En ese aspecto los cristianos eran semejantes a los almohades. Los lujos y la vida regalada conducen a la molicie y a la pereza. Los almorávides eran buen ejemplo de ello. Los cristianos y los almohades habían hecho de la guerra su oficio. En cambio, los almorávides habían sepultado su ardor guerrero bajo mullidos cojines de seda bordados con hilos de oro. Mardanis alzó la vista. El emperador fijaba en él una mirada impaciente. Esperaba una respuesta.

—Bien, en tal caso, mi señor, mis ejércitos son vuestros ejércitos —aceptó el emir de Murcia.

Alfonso de León alzó el vaso y sonrió persuadido de que Mardanis, como vasallo y aliado suyo, no tenía otra alternativa que unirse a su empresa. Pero se felicitó de no tener que servirse de ese argumento para obligarlo a luchar a su lado. El emir de Murcia era un hombre inteligente y sensato. No era necesario que le recordaran sus obligaciones.

Toledo, enero de 1149

Fernando de Castro bebía sin medida en una sórdida taberna de Toledo. Se hallaba solo, sentado a una mesa en un rincón de un local que olía a sudor y a vino rancio. Desvió la vista hacia la mesa mugrienta y negó con la cabeza. Los almohades habían derrotado a los Lara en Jaén, pero estos habían sobrevivido. Incluso Nuño fue liberado por el cobarde gobernador de Granada. Centenares de soldados habían sido enviados al sacrificio para nada. Tomó el cubilete y lo vació de un trago. Escanció vino de la jarra y volvió a darle un generoso trago. Sabía a mil demonios, pero lograba apaciguarle los ánimos. Había fallado en el intento de quitarse de en medio a los Lara, pero estos también habían fracasado en la conquista de Jaén y en la captura del traidor de Ganiya. Ninguno había logrado su propósito. No era mal consuelo, pero dudaba de que los soldados muertos en la batalla de Jaén hubieran llegado a la misma conclusión. Al menos, Yahya ibn Ganiya había tenido la decencia de morir. Un moro menos de quien preocuparse. Dio un nuevo trago a su cubilete y desvió la vista hacia los parroquianos que atestaban la taberna. Eran hombres toscos, sucios y sudorosos que reían dando estentóreas carcajadas mientras manoseaban con lascivia a un puñado de mujeres que mostraban sin pudor sus generosos atributos a quienes estuviera interesados en alquilar sus servicios. El bullicio era atronador y la falta de ventilación hacía que el aire fuera irrespirable. Fernando de Castro se encontraba muy cómodo frecuentando tales ambientes. En esa taberna solía reunirse con truhanes, ladrones y todo tipo de malhechores de la peor calaña a los que contrataba sus valiosos y oscuros servicios. No tardó en aparecer con quien había acordado encontrarse.

—Disculpad la espera, mi señor.

A la mesa del Castro tomó asiento un hombre envuelto en una burda capa marrón, desgastada y coronada con una capucha que cubría su cabeza. Al retirarla, reveló un rostro alargado de piel cetrina adherida a los pómulos.

—¿Y bien? ¿Cómo tiene pensado compensarme tu señor por el fracaso de Jaén? —le espetó Fernando de Castro—. Han muerto centenares de buenos cristianos para nada.

El hombre, un ser mezquino al servicio de Abu Ali Umar ibn Timsilt, lo miró por un instante con sus grises y acuosos ojos. El Castro debía ser aún más hipócrita y miserable de lo que él creía, pues tenía el descaro de lamentarse por el triste destino de unos hombres a los que su traición había conducido a la muerte. Pero se cuidó mucho de verbalizar sus pensamientos. Ambos eran seres ruines y mezquinos a los que solo movía la codicia. La única diferencia entre ellos era que él era pobre como una rata, mientras que el Castro pertenecía a una de las principales familias castellanas.

—Mi señor lamenta lo ocurrido y os quiere compensar —dijo el mezquino suplicando con la mirada un sorbo de vino.

El Castro le hizo un gesto con la cabeza y el hombre escanció vino en un cubilete al que dio un buen trago antes de continuar.

—Las cosas están muy alteradas en Valencia —dijo secándose los finos labios con la manga de la camisa—. A los andalusíes no les ha agradado que el emir Muhammad ibn Mardanis haya entregado Tortosa a los aragoneses. Temen que haga lo mismo con Valencia si el conde de

Barcelona se presenta ante sus murallas con un ejército cruzado, ese que tanto atemoriza a los musulmanes.

—¿Y eso es cierto?

—De ningún modo, pero este rumor está siendo convenientemente agitado por muchos simpatizantes valencianos de los almohades, que consideran que Mardanis es un emir indigno, un blasfemo al servicio de los cristianos.

—¿Hay almohades infiltrados en Valencia?

—Pocos, pero actúan con diligencia y están reclutando a un gran número de seguidores.

—¿Qué tiene que ver esto conmigo?

—Dentro de algún tiempo estallará una revuelta en Valencia. Si tiene éxito, el emir será derrocado y todo el Sharq al-Ándalus quedará en manos del califa.

—¿Cuándo está previsto que estalle la revuelta?

El rufián se encogió de hombros y respondió:

—Puede ser mañana, dentro de un mes o quizá en dos o tres años, mi señor. Abu Ali Umar ibn Timsilt no lo sabe con precisión, pero os asegura que la rebelión estallará.

—¿Por qué Abu Ali me comparte esta información?

—Desea compensaros por lo de Jaén —dijo el ruin encapado, revelando que estaba bien informado de los asuntos que Fernando de Castro se traía con el oficial almohade. Deslizó un legajo sobre la mesa y dijo—: Estos son los nombres de los líderes de la revuelta. Está en vuestras manos sofocarla antes de que estalle.

Fernando de Castro tomó el papel y lo leyó. Su semblante mudó de decepción. Por desgracia entre ellos no se encontraba ningún noble leonés o castellano. Ni mucho menos alguno de los Lara. Todos eran nombres musulmanes que desconocía.

—Mi señor querrá saber si la deuda con vos ha sido saldada —el hombre sonrió, mostrando unas encías sonrosadas escasas de dientes.

Fernando de Castro bebió un trago y luego desvió la vista hacia el papel. Si estallaba una sublevación en Valencia, Muhammad ibn Mardanis se encontraría en serias dificultades. El emir de Murcia era aliado del emperador, pero también un perro musulmán. Y él odiaba a los musulmanes. A todos. El Sharq al-Ándalus hacía frontera con Castilla. Al estar bajo gobierno de Mardanis, no podía ser invadida y suponía una limitación a sus ambiciones expansionistas, pero esta circunstancia sería muy distinta si estallaba una sublevación y Mardanis era derrocado. Entonces no habría motivo que lo impidiera lanzarse con sus huestes sobre aquellas tierras al oriente de Hispania infestadas de infieles. Por otro lado, la imagen de musulmanes matándose entre ellos por las calles de Valencia empezó a resultarle particularmente atractiva. Consideraba que el temor que infundían los almohades era desmesurado. No eran más que unos africanos destinados a ser sacrificados para mayor gloria de Dios. En su ignorancia y necedad no alcanzaba a comprender el peligro que se cernía sobre toda Hispania y que en esos momentos dormitaba como una bestia henchida al otro lado del Estrecho.

—¿Y bien, mi señor? —preguntó el rufián, distrayendo al Castro de sus pensamientos.

El castellano alzó la vista y miró al despojo humano que tenía delante.

—Dile a Abu Ali que esta información me complace.

—¿Y qué haréis al respecto? —se atrevió a preguntar—. Supongo que pondréis en conocimiento de esta conspiración al emir de Murcia, pues se trata de un aliado del emperador Alfonso de León.

—Eso no es asunto tuyo, miserable —le espetó Fernando de Castro.

El hombre que tenía delante sabía demasiado. Abu Ali Umar ibn Timsilt lo condenó a muerte

en el mismo instante que le compartió los tratos que mantenía con el Castro. Quizá esta era su intención. Ese desgraciado se había vuelto una molestia para los dos. El Castro tomó de una bolsa un puñado de maravedíes y los arrojó sobre la mesa—. Coge esas monedas, bebe vino y disfruta de alguna de las ramera que venden sus encantos en esta taberna. Los hombres que se dedican a tu profesión suelen disfrutar de una existencia muy corta.

El hombre leyó su muerte en el desprecio con el que el Castro lo miraba. Tomó las monedas con avidez, las guardó en un bolsillo interior de la capa y salió a empujones del local. Era hombre muerto, pero aún no lo sabía. El Castro relegó entre sus prioridades el funesto destino que le aguardaba a aquel pobre infeliz. Tomó el legajo y lo acercó a una vela. Prendió fuego a una de las esquinas y observó cómo se consumía sobre la mesa. No pondría objeciones si los musulmanes decidían matarse entre ellos. Una vez que hubieran dirimido sus diferencias, se haría con los despojos. Todo eran beneficios.

Ahmad al-Hallal bebía una infusión de hierbas sentado sobre unos cojines de seda de vistosos colores. Se encontraba en su almunia, una lujosa casa de campo a un puñado de leguas de Murcia. Estaba lo suficientemente alejada como para poder aislarse de los asuntos de gobierno y así descansar durante unos días, pero lo bastante cerca para acudir al alcázar con presteza si el emir demandaba su presencia. También era habitual que el juez supremo convocara en la almunia a sus amigos y partidarios para mantener reuniones en un entorno discreto, apartado de oídos y ojos inapropiados. El emir comunicó al consejo consultivo de Murcia su decisión de entregar al conde de Barcelona las ciudades del valle del Ebro y un tributo anual de veinticinco mil morabetinos de oro. Tales fueron las exigencias que Ramón Berenguer había comunicado al emperador Alfonso de León. Los cristianos cercenaban el Sharq al-Ándalus y arruinaban a sus gentes con el beneplácito del emir. Al-Hallal torció el gesto en una señal de desprecio cuando recordó la sonrisa mezquina de Abi Yamra. El muy imbécil tuvo la desfachatez de presumir en la reunión del consejo de que se habían cumplido todas sus predicciones con relación a las exigencias del conde de Barcelona. Se enorgullecía de estar siempre en posesión de la verdad, aunque sus conjeturas perjudicaran al reino.

—El emir se equivoca al ceder al conde de Barcelona las ciudades del valle del Ebro —comenzó a decir al-Salawi, un alfaquí y médico amigo personal de al-Hallal. Era un hombre de unos treinta años, de ojos oscuros y despiertos, y nariz aguileña en un rostro alargado rematado por una bien recortada perilla—. Puedo comprender el pago de un tributo, pues desafortunadamente es una costumbre muy arraigada en nuestro pueblo entregar parias a los cristianos, al fin y al cabo, el oro es propenso a obtenerse y a repartirse, pero mutilar el reino es comprometer su prosperidad, su futuro.

Las palabras de al-Salawi distrajeron a al-Hallal de sus pensamientos. Había convocado a la almunia a sus amigos y partidarios más cercanos, para compartir una infusión de hierbas y un sobrio ágape de frutos secos y dulces de miel y almendras, al tiempo que exploraban las últimas decisiones del emir de Murcia. Al encuentro acudieron al-Salawi, al-Asfar, Muhammad ibn Yahra y Abu ibn Abbas.

—Quizá el emir no tuviera más opción que ceder a las exigencias del conde —intervino al-Asfar, un anciano de rostro ajado, ojos acuosos y de cuya barbilla colgaban desperdigados un puñado de pelos blancos. Era juez de Orihuela y consejero de Ahmad al-Hallal—. Los cristianos son tan fanáticos o más que los almohades cuando su líder religioso, ese al que llaman papa, los convoca a la guerra santa contra nosotros. El perdón de los pecados y la vida eterna los motiva a luchar como fieras furiosas sin cuidado de derramar hasta la última gota de su sangre en el campo de batalla. Sí, realmente no encuentro muchas diferencias entre los cruzados cristianos y los exaltados almohades.

—Pero ¿realmente creéis que Ramón Berenguer se va a detener en el Ebro? —preguntó Muhammad ibn Yahra, un jurista de algo más de treinta años. Con solo diecisiete peregrinó a la Meca. Durante el viaje entabló contactos con los juristas más prestigiosos del Islam. A su regreso estudió derecho en Murcia con el maestro Abi Yafar. Era un hombre menudo y rechoncho, de

mirada bondadosa y mejillas ovaladas cubiertas por una fina barba que cuidaba a diario—. No seamos ingenuos; los cristianos ambicionan al-Ándalus. En su corazón solo anida el deseo de expulsarnos de Hispania. ¿Cuál es sino el objetivo de esas cruzadas que convoca el papa de los cristianos? El emperador Alfonso de León se sirvió de una de esas cruzadas, inflamada con la promesa de prestigio y privilegios, para expulsar a al-Ramimi de Almería, y el conde de Barcelona ha hecho exactamente lo mismo para apropiarse de Tortosa. No cuestiono que el pacto de nuestro emir no esté exento de lógica y sentido común. Quizá no tuviera otra alternativa, pues según afirmó en el consejo consultivo, no pudo contar con el apoyo de Alfonso de León, pues hasta un emperador debe humillarse ante el papa y aceptar su voluntad —miró a al-Hallal y este asintió confirmando sus palabras—. Y miles de fanáticos guerreros hambrientos de vida eterna y botín son difíciles de contener.

—Estoy de acuerdo con Muhammad —dijo Abu ibn Abbas, maestro de derecho y literato afincado desde hacía varios años en Murcia. Tenía algo más de cincuenta años, figura enjuta y algo encorvada. Lucía barba escasa y cana, y sus ojos estaban hundidos en bolsas macilentas. Adquirió su formación de derecho en la Meca. Era un reconocido experto en dictámenes jurídicos y en ciencias del Corán. Ocupó la judicatura en Játiva, y en Murcia consagró su vida a la enseñanza de hadiz y de derecho—. Con los cristianos firmaremos treguas, alianzas, pagaremos tributos e incluso les cederemos tierras, pero no descansarán hasta que nos hayan arrojado al mar —explicó con vehemencia—. En toda Hispania solo puede existir una religión. Solo una —levantó el dedo índice hacia el techo del *maylís*—. Esta, amigos míos, es la realidad —negó en la cabeza—. Pero no desfallezcáis, pues todavía está en nuestra mano decidir cuál ha de ser.

Hasta ese instante, Ahmad al-Hallal había permanecido en silencio escuchando las opiniones de sus invitados, pero la de Abu ibn Abbas captó especialmente su atención.

—¿Qué insinúas? —preguntó el juez supremo.

—Los cristianos llevan años arrinconándonos hacia el sur de la Península —negó con la cabeza y arrugó los labios en un mohín de desprecio—. Solo la llegada de los almorávides evitó que fuéramos borrados de estas tierras como un sueño olvidado. Los reyes cristianos se han beneficiado de nuestra desunión, de nuestra costumbre de acuchillarnos por la espalda, de nuestra habilidad por aliarnos con quien solo desea nuestra destrucción para atacar al reino vecino, a nuestros propios hermanos en la fe —asintió con la mirada velada por la tristeza—. Los cristianos han sacado buen provecho de nuestra estupidez, de nuestra perpetua división. ¿Desde cuándo no les arrebatamos un mísero marjal^[13]? —preguntó de forma retórica, para a continuación proseguir con un discurso aún más incendiario—: Pero ¿cómo vamos a arrebatarnos territorio, a saquear sus ciudades, a quemar sus cosechas y a cortar sus olivos si nuestro emir es el más fiel de entre sus vasallos? —miró al techo del salón y alzó las palmas de las manos en un gesto de desesperación—. Hemos tolerado ser gobernados por emires pusilánimes y temerosos de los cristianos. Nos hemos comportado como dóciles corderos que asumen con resignación, incluso con agrado, el cuchillo del matarife. Y no encuentro señal que me llene de esperanza, que me haga pensar que en el futuro las cosas vayan a ser distintas. Ante esta perspectiva, que desaparezcamos de estas tierras es una mera cuestión de tiempo —desvió la mirada hacia una de las celosías que daban a un patio interior. Entre el intrincado entramado de figuras geométricas que conformaba la celosía, se advertía una pequeña fuente de piedra de donde manaba un chorro de agua. El semblante de Abu ibn Abbas se tornó pensativo y enigmático—. Salvo que...

—¿Salvo qué? —repitió Ahmad al-Hallal.

Abu ibn Abbas hizo una pausa retórica para captar aún más la atención de los juristas allí

reunidos. Bebió un sorbo de infusión y respondió:

—Aceptemos el tawhid.

Un resuello de estupor recorrió el *maylís*. Los allí congregados intercambiaron miradas confusas y asustadas. Eran reputados juristas y expertos en derecho. Conocían muy bien cuál sería el destino de Abu ibn Abbas si sus palabras llegaban a oídos inapropiados. O para ser más preciso, el destino de todos los que compartían infusión y pasteles de miel y almendras en la almunia del juez supremo, pues quien comparte mesa con un traidor, se convierte automáticamente en sospechoso de traición. Las miradas confluyeron en al-Hallal, el juez supremo. ¿Toleraría una declaración tan subversiva en su propia casa?

—Tus palabras suenan a traición en mis oídos —dijo al-Hallal con una serenidad gélida que sorprendió a sus invitados.

—Hasta ahora, se me ha permitido hablar con libertad en esta casa —repuso Abu ibn Abbas con el ceño fruncido.

—Y lo puedes seguir haciendo, pero has de ser prudente en dónde expresas tus pensamientos. No siempre tus palabras van a ser escuchadas por oídos amigos.

—Suelo conducirme con prudencia y presumo de saber elegir bien mis compañías, pero si mis palabras te perturban, será mejor que me vaya. No es mi deseo ponerte en aprietos.

Abu ibn Abbas se incorporó con intención de marcharse, pero al-Hallal lo tomó del brazo.

—Eres mi invitado y este es un lugar seguro. Puedes hablar. Estoy interesado en lo que puedas decir.

Abu ibn Abbas miró al resto de los presentes buscando su aprobación. Estos asintieron y le hicieron gestos con la mano para que continuara. Volvió a tomar asiento sobre los mullidos y caros cojines de seda. No era su intención incomodar a sus amigos con sus palabras, pero en sus miradas impacientes leyó que estaban muy interesados en los derroteros que estaba tomando la conversación. Que sus amigos no se sintieran alertados por su propuesta de abrazar el tawhid y que el juez supremo no lo hubiera expulsado de su casa inmediatamente eran señales inequívocas de su lealtad hacia el emir era cuestionable. Ahmad al-Hallal, como al-Salawi, al-Asfar, Muhammad ibn Yahra y otros tantos consejeros, secretarios y altas dignidades andalusíes no aprobaban la tortuosa senda que estaba recorriendo Muhammad ibn Mardanis con el único propósito de mantenerse en el poder.

—Muchos son los notables y oficiales del ejército a los que incomoda el pacto del emir con el conde catalán —prosiguió Abu ibn Abbas—. Tampoco agrada a los campesinos y comerciantes que Mardanis los abrume a impuestos para poder satisfacer las exigencias de los cristianos. La vergonzosa sumisión al emperador y al conde de Barcelona genera un profundo malestar entre los andalusíes. Y ¿sabes quién aprovechará el desconcierto en el Sharq al-Ándalus para invadir nuestras fronteras? —volvió a preguntar de forma retórica—: Ramón Berenguer.

—El conde ha firmado un pacto con el emir —replicó al-Hallal sin demasiado entusiasmo.

—Los acuerdos con los cristianos son frágiles e inestables. Con gente así no conviene tratar —intervino al-Asfar.

—Con quienes frecuentan el vino y las barraganas solo se pueden hacer malos negocios —afirmó Abu ibn Abbas sin definir si se refería a los cristianos a al emir—. El pueblo es de naturaleza ignorante y manipulable, propenso a la mentira y al engaño, e indiferente a la corrupción. Pero hay algo que el pueblo no tolera.

—¿Qué es? —preguntó Muhammad ibn Yahra.

—Que le suban los impuestos —respondió con rotundidad Abu ibn Abbas.

Al-Hallal esbozó una sonrisa ante lo acertado de sus palabras.

—Los andalusíes no permitirán que vacíen sus bolsillos para llenar las arcas del conde de Barcelona —prosiguió Abu ibn Abbas—. Es muy probable que se originen altercados y alborotos. La estabilidad del reino será puesta a prueba. Momento que aprovechará el conde de Barcelona para entrometerse en los asuntos del Sharq al-Ándalus. El pretexto ante el emperador será sencillo e incluso comprensible; el Sharq está sumido en el caos y es preciso invadir el reino para evitar que caiga en manos de los almohades —hizo una pausa y desplazó la vista hacia sus amigos. Unos asentían convencidos, mientras que otros miraban las complejas yeserías que adornaban las paredes con los ojos velados por la preocupación. Estaba satisfecho; había logrado sembrar el miedo en sus corazones—. Este, queridos amigos, es el futuro que nos aguarda. Si pretendemos sobrevivir en Hispania, debemos recurrir al califa Abd al-Mumin. Los almohades son nuestra única esperanza.

En la mente de al-Hallal resonaban las palabras de Abu ibn Abbas, mientras contemplaba con semblante distraído la infusión que tenía entre las manos. Las dudas mordisqueaban su conciencia en una sala que olía a engaño y a traición, pero también a esperanza. El juez supremo no confiaba en el emperador Alfonso de León y Mardanis había revelado evidentes muestras de debilidad y flaqueza. Recordó que el emir era un muladí. Sus antepasados eran cristianos, mientras que los suyos llegaron a la Península hacía años procedentes de Yemen. Era un musulmán puro, sin mácula. Un hombre piadoso, asiduo a la mezquita y fiel partidario de la estricta observancia del Corán. Y el Islam, su fe, corría riesgo de ser exterminada de la Península. Estaba persuadido de que algún día los cristianos los expulsarían del al-Ándalus y demolerían sus mezquitas para erigir iglesias sobre sus cimientos. Este era el destino que los aguardaba si no tomaban una drástica decisión que revirtiera el curso natural de los acontecimientos. El juez supremo era un hombre leal, pero ¿a quién? ¿A Mardanis? ¿Al Sharq al-Ándalus? ¿Al Islam? Un esclavo no puede servir a dos amos al mismo tiempo. ¿Debía Ahmad al-Hallal ordenar sus prioridades?

Murcia, abril de 1149

El emperador regresaba a León después de su encuentro con Muhammad ibn Mardanis en Huete, cuando fue informado de la repentina muerte en Palencia de la emperatriz Berenguela. Se trataba de una mujer bella, inteligente, temerosa de Dios y muy valiente. Una consejera prudente, astuta y elocuente, capaz de persuadir con su sagacidad y habilidad con la palabra al más contumaz de los consejeros. Alfonso de León estaba profundamente enamorado de ella. La emperatriz Berenguela recibió cristiana sepultura el mes de marzo en León, en una ceremonia oficiada por el arzobispo de Compostela, Pedro Elías. Su pérdida sumió al emperador en una profunda nostalgia que le hizo aplazar, sino cancelar, todos los proyectos en la guerra contra los almohades.

La imprevista y triste muerte de Berenguela no solo sorprendió a los leoneses, sino también a los andalusíes del Sharq. La emperatriz tenía poco más de treinta años y gozaba de buena salud. Mardanis sintió su fallecimiento y no solo por el aprecio que sentía por el emperador, sino también porque su pérdida demoraría sus planes de combatir a los almohades. Y en los asuntos de guerra, la gestión correcta del tiempo era una variable esencial. Pero allá donde hay negros y fríos nubarrones suele aparecer un tímido rayo de luz que abriga nuestros corazones y nos ayuda a contemplar el futuro con renovadas esperanzas, y en abril, Zobayda dio a luz a su primera hija, Zaida. Era una hermosa criatura de piel blanca, cabellos rubios y ojos azules. Mardanis hubiera preferido que su primer vástago fuera varón, pero no dudó en derramar todo su amor sobre aquella pequeña criatura cuando le regaló su primera sonrisa. Fue cuando la alzó en brazos y la susurró al oído la profesión de la fe que determinaría sus creencias: «No hay más Dios que Alá y Muhammad es su Profeta». Los labios de la pequeña dibujaron algo similar a una sonrisa y acercó sus manitas hacia el rostro de su padre. El emir de Murcia guardó ese mágico instante en su memoria como el más preciado de sus tesoros.

Mardanis se encontraba en la cámara privada de Zobayda en el harén. Su esposa reposaba en el lecho con la pequeña Zaida entre los brazos. Sus sonrosadas mejillas resaltaban en un rostro níveo y cansado, pero feliz. Estaba agotada después del esfuerzo. Mardanis le dio un beso en la frente y acarició el rostro de la pequeña Zaida. Junto a él se encontraba su suegro Hamusk, quien contemplaba a la pequeña con una sonrisa orgullosa.

—Me habéis hecho abuelo. ¡Ahora me siento mucho más viejo! —exclamó, profiriendo una sonora carcajada.

—Es que lo eres —confirmó Mardanis con una sonrisa.

—¡Pero si solo tengo treinta y nueve años! —protestó el señor de Segura.

Zobayda escuchaba la conversación en silencio y mostraba leves sonrisas. Sus ojos azules refulgían por la emoción, pero estaban agotados por el esfuerzo.

—Será mejor que las dejemos descansar. —Mardanis la besó en la mejilla y acarició de nuevo a su pequeña. Tomó del hombro a Hamusk y salieron de la cámara.

Paseaban por el patio del alcázar. Era una mañana cálida y agradable. El almuédano llamaba a la segunda oración del día, lo que revelaba que el sol se encontraba en lo más alto. Mardanis, al igual de Hamusk, solía saltarse las oraciones y de vez en cuando acudía los viernes a la mezquita aljama para escuchar al *jatib*^[14] pronunciar el sermón de la *jutba*^[15]. Era el más importante de la

semana y convenía hacer acto de presencia en la mezquita de vez en cuando. Su habitual ausencia a los oficios religiosos solía ser motivo de las conversaciones entre alfaquíes e imanes quienes le reprochaban su falta de interés en los asuntos religiosos. Mardanis consideraba que cumplía con creces con sus obligaciones, pero como emir, tenía responsabilidades de las que ocuparse que lo impedían asistir a la mezquita con la regularidad que los piadosos alfaquíes le reclamaban. Al emir de Murcia la opinión que tuvieran sobre él alfaquíes, imanes o ulemas no le inquietaba lo más mínimo. Sus preocupaciones transitaban por otros derroteros mucho más graves y apremiantes. La llamada del almuédano concluyó y el patio ajardinado del alcázar quedó sumido en el silencio.

—La muerte de la emperatriz ha sido todo un contratiempo —dijo Hamusk con gesto preocupado—. Nos habría venido muy bien una campaña contra los almohades. Los ánimos de algunos miembros del consejo están un tanto revueltos.

Mardanis cabeceó confirmando las palabras de su suegro. La cesión de las ciudades del valle del Ebro y el pago anual de los veinticinco mil morabetinos de oro exigidos por Ramón Berenguer para firmar la paz fueron interpretados por algunos consejeros como una humillante claudicación. Ninguno de ellos verbalizó queja alguna ni cuestionó la decisión cuando Mardanis les informó del pacto con el catalán durante la reunión del consejo consultivo, pero en sus rostros leyó frustración y decepción. Luego los sorprendió en las esquinas del alcázar, formando corrillos, lanzando miradas desconfiadas y hablando en voz baja. Lo que no se atrevieron a expresarle en el *maylís* lo hacían entre las sombras.

—Tenlos vigilados —ordenó el emir de Murcia.

—Es lógico que estén decepcionados —intentó justificar el señor de Segura—. Dales un poco de tiempo para que digieran la pérdida. Pronto entenderán que el Sharq es demasiado grande y nuestros ejércitos escasos. No debes dudar de su fidelidad.

Mardanis se detuvo y lo miró con gélida determinación.

—Hilal era mi primo —le recordó con aspereza—. Me juró fidelidad delante de Ibn Iyad, de sus consejeros, de los miembros de mi familia y luego me traicionó. Se alzó contra mi autoridad. Si hubiera tenido éxito, no solo me habría arrebatado el reino, sino también la vida. No me digas de quién debo fiarme y obedece mi orden.

Hamusk entornó los ojos ante su abrupto cambio de carácter. Si bien era cierto que un rey prudente debe de medir muy bien a quien concede su confianza, tampoco era buen método de gobierno dudar de todos los que se encontraban a su alrededor. La desconfianza y los celos son retorcidos senderos que arrastran a los gobernantes a ordenar detenciones injustas y desafortunadas. Pero su yerno era el emir y su obligación era obedecerlo.

—Como ordenes.

Mardanis asintió y retomó el paseo seguido de su suegro.

—Esperaremos a que Alfonso de León recupere el ánimo y reemprenda la guerra contra los unitarios. De momento, hemos de llenar nuestras arcas de morabetinos con los que pagar a los ejércitos que sin duda alguna tendremos que contratar.

—¿Qué tienes pensado?

—Recurriré a los servicios de mercenarios cristianos. Álvaro Rodríguez los puede conseguir de León y de Pamplona.

Hamusk guardó silencio. Aunque era de origen muladí, odiaba a los cristianos. No entendía que Mardanis no confiara en sus consejeros y en cambio delegara en infieles mercenarios, en gentes que vendían su espada al mejor postor y que solo entendían de oro y saqueos, la defensa del Sharq. Además, sus servicios eran extremadamente caros.

—¿Cómo tienes pensado pagar sus soldadas? —preguntó.

—Subiré los impuestos.

Era la respuesta que Hamusk temía escuchar. Mardanis vaciaría los bolsillos de los musulmanes para llenárselos a los mercenarios cristianos. Esta decisión no agradaría a los miembros del consejo ni a los alfaquíes ni a los ulemas y ni mucho menos al pueblo. El emir debería explicarla muy bien si pretendía evitar revueltas y alborotos. El pueblo vive sosegado y sumiso cuando tiene el estómago lleno, pero se revuelve furioso cuando el hambre aprieta las entrañas.

—Sé comedido con la subida de impuestos —le sugirió Hamusk.

—Todos tenemos que pagar un precio por mantener la paz. Unos entregan sus vidas y otros un puñado de morabetinos. El pueblo lo entenderá.

Hamusk no estaba del todo convencido. No conocía ningún caso en el que el aumento de los impuestos hubiera sido bien recibido por el vulgo. Confiaba al menos en que esos morabetinos fueran bien invertidos y que los cristianos cumplieran con efectividad el propósito por el que habían sido contratados. En caso contrario, Mardanis se encontraría con un problema aún más serio y apremiante que la invasión almohade.

Murcia, mayo de 1150

Era una tarde templada de finales de primavera. La brisa portaba el aroma a azahar y un mirlo solitario gorjeaba sobre la rama de un limonero. Ahmad al-Hallal y su hermano Ali al-Hallal bebían una infusión de jazmín en el patio de la residencia de Abu ibn Abbas. Estaban sentados sobre cojines en un banco de piedra junto a la pared, resguardados a la sombra. Abu ibn Abbas había estado madurando la conversación que mantuvo hacía unos meses con unos amigos en la almunia de Ahmad al-Hallal. Comprendió que sus temores se estaban haciendo realidad. Los rumores sobre una nueva subida de impuestos correteaban por las calles de Murcia como ratones despreocupados durante una noche de luna nueva.

—¿Es cierto que el emir va a volver a subir los impuestos? —preguntó Abu ibn Abbas mirando a Ahmad al-Hallal.

El juez supremo bebió un sorbo de su infusión y respondió:

—Muhammad ibn Mardanis está embarcado en muchos proyectos y las arcas del reino no se encuentran en su mejor momento.

—Lógico, ¿desde cuándo los andalusíes fabricamos papel o seda? —preguntó Ali al-Hallal. El hermano de Ahmad al-Hallal era un prestigioso alfaquí y almocrí murciano. Tenía algo menos de cuarenta años, cuerpo pequeño y rechoncho, mirada turbia y labios gruesos que sobresalían de una barba espesa donde solían esconderse todo tipo de pelusas y migas de pan—. La construcción de inútiles fábricas y molinos engulle miles de morabetinos y aún no han producido nada. Absolutamente nada. Solo sirven para satisfacer su insaciable vanidad. Los costosos juguetes del emir nos están llevando a la ruina. Por desgracia, ya se ha hecho costumbre que seamos los musulmanes quienes con el sudor de nuestra frente cumplamos las exigencias de los cristianos.

Ali era un contumaz detractor del emir, pero era prudente y solo compartía sus opiniones cuando se encontraba rodeado de gente de confianza. Ahmad al-Hallal lo observaba en silencio, pero no lo reprendió. Decenas de veces le había exigido que contuviera su mordaz lengua delante de él, pero su hermano no era amigo de seguir sus recomendaciones. Cuando advertía que se encontraba en lugar seguro, daba rienda suelta a sus pensamientos sobre el emir, sus políticas y su forma de emplear los recursos del reino.

—Tú, como juez supremo, deberías convencerlo para que deje de adular a ese emperador cristiano que tan poco servicio nos presta y que tan caro nos sale —insistía Ali al-Hallal.

—Quizá deberías decírselo tú —dijo con sarna Ahmad al-Hallal.

—Quizá lo haga —replicó Ali al-Hallal aceptando el desafío—. Y también puede que le diga que ha llegado el momento de cambiar de aliados. ¿Por qué ha de estar el Sharq al-Ándalus sujeto a los antojos del conde de Barcelona? ¿Por qué no negociar un acuerdo ventajoso con el califa Abd al-Mumin como han hecho otros emires andalusíes?

—¿Tú también piensas que debemos aceptar el tawhid y arrodillarnos al califa almohade?

—Es la única posibilidad que tenemos de sobrevivir —intervino Abu ibn Abbas—. Ya te lo dije hace unos meses en tu almunia, ¿lo recuerdas? —Ahmad al-Hallal asintió. Muy bien que recordaba aquella conversación—. En Hispania no hay espacio para la convivencia entre

cristianos y musulmanes, uno de los dos será arrojado al mar, y tal y como se están desarrollando los acontecimientos, seremos nosotros los que nos veamos obligados a cruzar a nado el Estrecho, salvo que solicitemos ayuda al califa.

—El emperador solo piensa en secundar los planes del conde de Barcelona de la manera menos ventajosa para el Sharq —dijo ahora Ali al-Hallal—. ¿Hasta cuándo debemos soportar esta felonía? ¿Hasta cuándo debemos soportar el yugo cristiano sobre nuestras cabezas? ¿No es suficiente humillación que nuestro emir sea vasallo de un infiel como para tener que entregarle tierras y oro a otro cristiano?

Ahmad al-Hallal guardaba silencio con la mirada fija en el limonero. Su hermano y Abu ibn Abbas no eran los únicos a quienes no agradaban las políticas del emir. Ya lo pudo comprobar en la reunión que mantuvo en su almunia con algunos de sus parciales, como al-Asfar, Muhammad ibn Yahra y al-Salawi. Era una evidencia que Mardanis se había distanciado de los alfaquíes e imanes, al tiempo que fortalecía sus lazos de dependencia y sumisión con Alfonso de León y su cuñado Ramón Berenguer. Como juez supremo debía obediencia al emir de Murcia, pero toleraba que los miembros de su círculo más cercano lo cuestionaran o incluso que declaraban abiertamente su predisposición a someterse a la voluntad del califa Abd al-Mumin. Sus pensamientos se mezclaban en su cabeza en un confuso torbellino de ideas enfrentadas, pues en su fuero interno dudaba de la capacidad del emir de gestionar convenientemente sus negocios con los cristianos.

—Habla con él —sugirió Abu ibn Abbas, comprendiendo las dudas que atormentaban al juez supremo—. Convéncelo para que abandone sus extravagantes y costosos proyectos, para que se aparte de la perniciosa compañía del emperador de los cristianos y regrese al Islam.

—¿Me pides que lo persuada para que abraza el tawhid?

—Quizá no sea necesario —respondió Abu ibn Abbas—, quizá con negociar algún tipo de acuerdo con el califa sea suficiente. Un pacto que nos permita ser independientes y romper la soga que pende de nuestros cuellos y que amenaza con ahogarnos.

—Si pacta con Abd al-Mumin, el emperador Alfonso de León y el conde de Barcelona destruirán el Sharq al-Ándalus.

—Eso lo desconocemos, pero lo que te puedo garantizar es que, si no pactamos con el califa, nuestro reino será devastado por sus ejércitos —repuso Ali al-Hallal.

—Solo Alá conoce los insondables secretos de los que depende la suerte de los reinos —objetó Ahmad al-Hallal, incorporándose del banco.

El juez supremo exhaló un largo suspiro, como si intentara disipar con su aliento los densos nubarrones que se habían acumulado en el horizonte del Sharq al-Ándalus. Su mente se debatía entre persuadir al emir a que pactara con el califa o dejar las cosas como estaban. Sea como fuere, ambas alternativas parecían conducir a un mismo destino; el fin del reino de Murcia.

—He de irme —anunció Ahmad al-Hallal—. Ciertos asuntos reclaman mi atención.

—Me voy contigo —dijo Ali al-Hallal incorporándose del banco.

—No, quédate con Abu ibn Abbas. —El juez le hizo un gesto con la mano y su hermano volvió a tomar asiento—. Disfruta de esta tarde repleta de paz y armonía.

—¿Hablarás con el emir? —le preguntó Abu ibn Abbas.

Ahmad al-Hallal apretó los labios y meditó por un instante la respuesta.

—Haré lo que tenga que hacer —dijo con serenidad—. Alá os bendiga.

El juez supremo giró sus pasos y encaró la puerta de salida del patio.

—Mardanis debe pactar con el califa —afirmó Ali al-Hallal fijando la vista en su infusión, una vez que Ahmad al-Hallal hubo abandonado la casa.

—Dudo mucho que Mardanis cambie sus preferencias —repuso Abu ibn Abbas, negando con la cabeza.

—Entonces no es el emir que el Sharq al-Ándalus necesita.

Abu ibn Abbas lo miró con las cejas arrugadas.

—¿Qué quieres decir?

—Los pactos con los cristianos ofenden nuestra fe. Es obligación de un buen musulmán reestablecer la alianza con Alá. Mardanis tendrá que decidir si es parte de la solución o del problema.

—¿Y si es parte del problema?

—Se hará preciso prescindir de él.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Lo que sea necesario para preservar nuestra fe y proteger el Sharq al-Ándalus. Lo que sea.

Toledo, mayo de 1150

El emperador escuchaba con desinterés cómo el conde Manrique de Lara le informaba que Ibn Garrún, gobernador andalusí de Córdoba, había rendido la ciudad a los almohades. La noticia era pésima y se unía al estado de tristeza y melancolía en el que el emperador llevaba sumido desde la muerte de Berenguela. Alfonso de León había aplazado las campañas contra los almohades, pero no podía permanecer impasible ante el inexorable avance de los africanos por el al-Ándalus. Y así intentó hacérselo entender el conde de Lara.

—Mi señor, debemos enviar un ejército a Córdoba antes de que Ibn Garrún reciba refuerzos del califa Abd al-Mumin.

Se encontraban en una pequeña sala del alcázar de Toledo. Era un espacio reservado y oscuro donde el emperador solía refugiarse para evitar ser molestado. Sin Berenguela, los asuntos más urgentes tenían una importancia relativa. Incluso la amenaza almohade dejó de ser prioritaria.

—Mi señor, ¿me estáis escuchando?

El emperador estaba sentado sobre una mullida silla frailer. Tenía la mirada perdida en una chimenea apagada, mientras sostenía un vaso de vino vacío. La estancia estaba prácticamente a oscuras. Solo una hilera de luz entraba por una ventana oculta por un burdo tapiz.

—¿Mi señor? —insistió el conde terriblemente preocupado.

Alfonso de León alzó el brazo.

—¿Recuerdas cuándo Berenguela se enfrentó sola en Toledo a los almorávides? —y sin esperar respuesta por parte del conde, prosiguió—: Leía con fruición y discutía de los asuntos más complejos y enrevesados con los hombres más sabios del reino —en sus labios asomó una sonrisa llena de nostalgia—. Tenía la costumbre de dejarlos sin palabra con su retórica y facilidad de expresión. ¡Una mujer silenciando a hombres que presumían de ser eminencias del conocimiento y del saber! ¡Cómo disfrutaba contemplando sus rostros confusos y derrotados! —soltó un largo y triste suspiro—. Una mujer asombrosa; la mejor de entre mis consejeros.

—Lo era mi señor. No habrá otra igual. —El conde lo animó a hablar. Quizá recordar a Berenguela lo ayudara a superar su terrible pérdida.

—Era hermosa, inteligente, piadosa, modesta, prudente... ¿qué más se puede decir de la mujer más singular que Dios ha creado? Y yo tuve la suerte, el privilegio de ser su esposo —su mirada se veló y una solitaria lágrima recorrió su mejilla—. Dios me la entregó y Dios me la arrebató. ¿Por qué se la llevó tan pronto? ¿Por qué?

—Los designios de Dios son inescrutables —se acercó al emperador y posó su mano sobre su hombro—. No debéis reprocharle a Nuestro Señor que os haya separado de ella, más bien habéis de estadle agradecido por haberos concedido la ocasión de disfrutar de su compañía durante todos estos años. Berenguela siempre permanecerá viva en vuestro recuerdo y en el recuerdo de todos los leoneses. Era una mujer ejemplar.

—Destacaba por su inteligencia y su belleza, virtudes por las que decenas de pretendientes de toda Europa llamaron a la puerta de su padre, el conde Ramón Berenguer III. En más de una ocasión, Berenguela me aseguró que entre todos los pretendientes que le presentó su padre me eligió a mí —sus labios esbozaron una sonrisa orgullosa—, yo fingía creerla, pero realmente se limitó a aceptar el criterio del conde de Barcelona, pues Alfonso *el Batallador*, como rey de

Aragón y Pamplona, era un vecino incómodo propenso a las guerras, los conflictos y la violencia. Mi matrimonio con Berenguela sellaba una poderosa alianza contra un rey terriblemente peligroso tanto para el conde de Barcelona como para mí.

—Poseía un profundo sentido de Estado.

—Nuestra boda se celebró en el monasterio de Saldaña en noviembre de 1128. Recuerdo que hacía un frío horrible. ¿A quién se le ocurre casarse en Palencia en noviembre? —El emperador cerró los ojos. Sus recuerdos volaron a aquel mismo instante—. Estaba tan hermosa... Al banquete asistieron los notables más importantes de varios reinos. No se escatimó en manjares, trovadores y músicos. Incluso se celebró en la plaza Vieja de Saldaña una corrida de toros. La primera de la que se tiene constancia.

Manrique Pérez de Lara advirtió que el emperador se estaba animando con la conversación. Hacía semanas que no estaba tan hablador.

—Según tengo entendido, el viaje de la emperatriz desde el condado de Barcelona hasta Saldaña no estuvo exento de dificultades —observó el conde, animándolo a hablar.

El emperador soltó un bufido de irritación.

—Alfonso de Aragón se opuso con furia espantosa a nuestro enlace, lo cual era completamente comprensible, ya que dejaba a Aragón en una situación bastante vulnerable. Un ataque combinado entre catalanes y leoneses le habría generado muchos problemas. *El Batallador* era un hombre impulsivo y violento, de carácter desagradable y acostumbrado a imponer su voluntad. Y esta era evitar nuestra boda a toda costa. El séquito de Berenguela tuvo que llegar a Saldaña sin cruzar por tierras aragonesas, para evitar encontrarse con sus tropas.

—Sería un viaje largo y fatigoso.

—Así fue. Cruzó Aquitania por estrechos desfiladeros, altas montañas y tempestuosos ríos. Cuando llegó a la costa, embarcó hacia Cantabria en una travesía no menos peligrosa y arriesgada, pues en otoño, el mar se agita con furia y arroja contra las costas olas de descomunal tamaño. Pero gracias a Dios, Berenguela por fin llegó a Palencia. Agotada, ciertamente, pero sin haber sufrido incidencias dignas de mención.

—Alfonso de Aragón no logró evitar vuestro enlace.

—Pero persistió. Reclamó su nulidad a Roma, alegando cierto grado de parentesco entre Berenguela y yo. Fueron meses complicados, de enorme tensión y sufrimiento, hasta que el legado del papa reunió el sínodo y rubricó la legitimidad de nuestra unión ante los obispos leoneses.

—Una vez más, *el Batallador* no logró salirse con la suya.

El emperador asintió. Sus labios dibujaron una sutil sonrisa victoriosa.

—Berenguela era única —su semblante mudó en triste melancolía—. No siempre fui honesto y justo con ella.

Manrique Pérez de Lara anticipaba a qué se refería el emperador, pero comprendió que hablar de Berenguela le estaba haciendo bien y le preguntó:

—No os entiendo, mi señor.

—Durante la campaña en Asturias contra el conde Gonzalo Peláez mantuve una relación con Gontroda, la hija de Pedro Díaz. De estos encuentros nació Urraca.

—Pero Berenguela la aceptó como si fuera hija suya, ¿verdad?

El emperador asintió.

—Aún recuerdo la profunda decepción que velaba su mirada cuando me vio aparecer con Urraca en mis brazos. Esperaba impaciente e ilusionada mi regreso después de largos meses de guerras y penurias en Asturias, y se encontró de bruces con una desagradable sorpresa —hizo

una leve pausa evocando aquel instante—. Me miró, cerró los ojos y se marchó sin decir nada; ni insultos ni reproches ni censuras. Pero al día siguiente, se ocupó de la pequeña y la cuidó durante unas semanas, hasta que mi hermana Sancha se hizo cargo de ella.

—Relegó sus sentimientos personales al interés del imperio —afirmó el conde de Lara.

—Podría haber despreciado a Urraca, pues su presencia le recordaría que yací con otra mujer, que fui infiel al amor que me profesaba, pero el odio era un sentimiento que no tenía lugar su corazón. Quería a Urraca como si fuera suya. Mi relación con Gontroda fue un desafortunado desliz, un error que por desgracia volvió a repetirse años después.

—La infanta Estefanía...

Alfonso de León exhaló un largo suspiro lleno de culpabilidad.

—Nació en 1139 y fue resultado de mis amoríos con Urraca Fernández de Castro, la hermana de Gutierre.

—Pero la emperatriz os volvió a perdonar.

—Eran tiempos complicados y peligrosos, en los que la muerte acechaba constantemente sobre nuestras cabezas. Vivíamos cada instante de nuestras vidas como si fuera el último. Y yo era tan apasionado en el amor como en la guerra. Berenguela así lo entendió; podría estar con muchas mujeres, pero sabía que en mi corazón solo había espacio para ella. Por fortuna, no volví a darle ese tipo de disgustos.

El emperador permaneció un instante en silencio, evocando lejanos recuerdos y pensamientos. Manrique Pérez de Lara advirtió una buena oportunidad para guiar la conversación hacia donde realmente le interesaba, e introdujo un capítulo muy señalado en la vida de la emperatriz con la intención de despertar su adormilado entusiasmo.

—La emperatriz Berenguela es bien conocida por su belleza, prudencia y sensatez, pero también por su astucia y valentía. Todos recordamos cómo salvó Toledo de los almorávides cuando vos os encontrabais sitiando el castillo de Aurelia^[16].

—Es cierto, es cierto —confirmó Alfonso de León con varios cabeceos—. Creo que fue por 1138 o 1139... la memoria me empieza a flaquear. Sí, recuerdo que el príncipe almorávide Tasufin fue reclamado por su padre, el emir Ali ibn Yusuf, para que regresara con sus huestes a África. Los almohades comenzaban a generarles más problemas en el Magreb de los que habían previsto. Yusuf aún no era consciente de lo que se le venía encima. Cuando me llegaron las noticias de la marcha del príncipe almorávide, armé un ejército y marché hacia la fortaleza de Aurelia, donde los musulmanes habían desplegado un importante contingente de tropas que amenazaba Toledo y hostigaba las tierras del Tajo. Reuní tropas de León, Galicia y Castilla y asedié la ciudad durante siete meses. Pero el emir Ali ibn Yusuf no podía permitirse perder una plaza fundamental para el dominio del Tajo y envió un nutrido número de soldados a asediar Toledo con el propósito de obligarme a levantar el asedio de Aurelia y acudir en su auxilio.

—Creo recordar que fueron 30.000 almorávides comandados por tres gobernadores —dijo el conde Lara.

—Los de Córdoba, Sevilla y Valencia —confirmó el emperador—. Los africanos tomaron el castillo de San Servando y cruzaron el puente de Alcántara, deteniéndose a escasos pasos de unas murallas que estaban prácticamente desprotegidas, dado que el grueso de las tropas acantonadas en Toledo se encontraba conmigo sitiando Aurelia.

—Era una situación muy comprometida —observó Manrique de Lara.

—Por fortuna, había dejado a Berenguela a cargo de la defensa de Toledo. Su valor y astucia evitaron que cayera en manos de los almorávides. Cuando advirtió la llegada del ejército africano, tomó asiento en un trono rodeada de sus doncellas y, desde el torreón que se encuentra

a la izquierda de la Puerta de la Bisagra, les reprochó que era una deshonra para tan bravos guerreros luchar contra mujeres y niños, pues los hombres estaban en Aurelia con el emperador de las Hispanias. Y los retó a acudir a Aurelia para enfrentarse a tan formidables y cristianos combatientes.

—Y los gobernadores aceptaron. Abandonaron el cerco a Toledo y marcharon hacia Aurelia.

—Sus palabras hirieron su orgullo y se sintieron avergonzados. El jefe de los almorávides le dijo que ellos no luchaban ni con niños ni con mujeres, y que se dirigirían a Aurelia para combatir contra los soldados del emperador, prometiendo que, si Alá les concedía la victoria, regresarían a Toledo.

—Pero no regresaron.

—Los africanos fueron exterminados por mis ejércitos a pocas leguas de Aurelia —confirmó Alfonso de León henchido de orgullo—. Testigo de la derrota africana y sin esperanza alguna de recibir más refuerzos, el cadí de Aurelia se rindió y nos abrió las puertas de la fortaleza. A los pocos días regresamos a Toledo victoriosos y con un formidable botín. Nuño Alfonso, alcaide de Toledo, portaba las cabezas de los gobernadores de Sevilla y Córdoba, y las mandó colgar de las torres del Alcázar, pero Berenguela se apiadó de tan nobles soldados, y ordenó que fueran embalsamadas, guardadas en cajas de plata y enviadas a sus viudas.

—Fue justa y generosa con los derrotados —observó el conde de Lara.

—Sus virtudes y cualidades son innumerables.

Manrique Pérez de Lara se acercó al emperador y con la más persuasiva de sus voces, le dijo:

—La emperatriz defendió Toledo con las armas que Dios la concedió; elocuencia, inteligencia y astucia. Y vos, mi señor, debéis obrar de igual modo que vuestra esposa.

Alfonso de León alzó la mirada y la fijó en el conde de Lara.

—¿Qué quieres decir?

—Berenguela jamás toleraría que una ciudad como Córdoba cayera en manos de los unitarios, como no permitió que Toledo fuera capturada por los almorávides.

El emperador asentía levemente asimilando sus palabras. Después de un instante de profunda reflexión, comprendió que se había comportado de forma egoísta e ingrata. Era el emperador de las Hispanias, no un adolescente repudiado por un amor imposible. Había permitido que el dolor por la pérdida de Berenguela afectara a sus obligaciones como emperador durante demasiado tiempo. Su dejadez e indolencia habían comprometido el destino del imperio. Se bebía las lágrimas y lamentaba su suerte, mientras los almohades avanzaban inexorablemente por al-Ándalus. Berenguela estaría rasgándose las vestiduras desde los Cielos, preguntándose si había merecido la pena defender Toledo de los almorávides, para que ahora su esposo permitiera que otros africanos amenazaran el imperio que tanto amó y por el que tanto sacrificó. La emperatriz de las Hispanias jamás se lo perdonaría. ¿Qué imperio tenía pensado ceder a sus hijos? Debía escapar de la profunda sima de tristeza y desolación en la que la muerte de su amada esposa lo había sumido. Y lo haría por Berenguela, por sus hijos, por la fe de Cristo. No sería recordado como el emperador que permitió que el califa Abd al-Mumin recuperara Hispania para los musulmanes.

—Convoca a los notables leoneses —dijo al fin—, al rey de Pamplona y a Muhammad ibn Mardanis. Marchamos hacia Córdoba.

—Como ordenéis, mi señor. —Una sonrisa de alivio y triunfo brotó en los labios del conde de Lara. Había rescatado al emperador, que vagaba sin rumbo, perdido en los rincones más oscuros y tenebrosos de su mente, guiándolo de regreso hacia el camino de la luz y la gloria.

Murcia, junio de 1150

Mardanis se encontraba en su cámara privada, un espacio bien iluminado por amplios ventanales y de paredes decoradas con estucos y refinadas yaserías andalusíes, revisando unos documentos. La construcción de los molinos y las fábricas para la producción de seda y papel iba con retraso y, como suele suceder en los grandes proyectos, el presupuesto previsto se había disparado. Ramón Berenguer le exigía un alto precio por la paz y esta era su máxima prioridad. Si no satisfacía los veinticinco mil morabetinos de oro acordados, el catalán encontraría el pretexto que tanto deseaba para invadir sus fronteras. Pero las cuentas no cuadraban. Había contado con recibir una importante suma de dinero de los comerciantes itálicos por la venta del papel y la seda, pero no había recibido una mísera moneda, porque aún no había empezado la producción. Era necesario aumentar la inversión en las obras para agilizar la construcción de las fábricas, talleres y molinos, de modo que pudieran comenzar a producir cuanto antes y así vender las valiosas mercancías a genoveses y pisanos. Solo así obtendría los recursos con los que podría afrontar todos sus compromisos y pagos. Con la última subida de impuestos apenas había recaudado un puñado de miles de morabetinos. No era suficiente. ¿Tendría que exigir aún más a la demacrada bolsa de los andalusíes? No le agradaba llegar a esos extremos. El pueblo había asumido con relativa serenidad la subida de impuestos, pero su paciencia no era infinita. Crecía el malestar por las calles y algunos alfaquíes proclamaban hostiles sermones sobre su forma de conducir el destino del reino. Soltó un bufido de hombre cansado con la vida y arrojó un legajo sobre una mesa auxiliar.

—¿Todo bien, mi señor?

Ahmad al-Hallal se asomó por la puerta entreabierta de la cámara. Había escuchado el suspiro de desesperación del emir y luego advirtió su gesto contrariado por la preocupación. Mardanis lo invitó a entrar con un gesto de mano. El juez supremo tomó asiento sobre unos cojines frente al emir.

—No salen los números, Ahmad —reconoció Mardanis con gesto preocupado.

—¿Ni con la última subida de impuestos?

El emir respondió negando con la cabeza.

—¿Qué tienes pensado hacer? —preguntó al-Hallal, angustiado porque la respuesta del emir fuera subir de nuevo los impuestos.

—No lo sé. Realmente no lo sé —reconoció, exhalando un suspiro de impotencia—. Tengo que afrontar numerosos pagos y el emperador me ha reclamado para la campaña contra Córdoba que va a emprender en unas semanas. Mantener la paz y buscar el progreso de un reino es extremadamente caro —tomó una copa de vino y le dio un trago—. Quiero que el Sharq al-Ándalus sea un reino rico y para lograrlo necesito dinero. Mucho dinero.

—Un reino jamás será rico, mientras su pueblo sea pobre, mi señor.

Mardanis asintió. Empobrecer al pueblo no es un buen método para que un reino alcance riqueza y prosperidad.

—¿Cómo están los ánimos de los andalusíes? —preguntó.

—La subida de impuestos no les ha entusiasmado, como era de esperar, pero de momento no se percibe agitación en las calles.

—¿De momento?

—La llama del fanatismo prende con facilidad en los corazones de los aburridos y descontentos. El pueblo es ignorante, de voluntad inconsistente y fácilmente manipulable. Tus enemigos utilizarán la subida de impuestos para soliviantarlo.

—Alfaquíes y ulemas —musitó Mardanis.

—No todos, pero sí, entre los alfaquíes y ulemas se encuentran los andalusíes más reacios a tu gobierno.

Mardanis sumergió la vista en un punto indeterminado del enyesado de la pared, meditaba las palabras del juez supremo.

—Pero mi señor, la subida de impuestos no es lo único que disgusta a los andalusíes —afirmó al-Hallal. Había llegado el momento de compartir con el emir los motivos que lo habían llevado a reunirse con él en el alcázar—, circunstancias más graves perturban aún más su ánimo.

El emir de Murcia abandonó sus pensamientos, alzó la vista y la fijó en Ahmad al-Hallal.

—Te escucho —le dijo interesado, animándolo a continuar con un movimiento de mano.

Al-Hallal se aclaró la garganta antes de continuar. Se disponía a transitar por un camino escabroso que no sería del agrado de Mardanis. Y una vez dado el primer paso, ya no sería posible regresar.

—Tu vasallaje al emperador de los cristianos y tus pactos con el conde de Barcelona no han sido entendidos por gran parte del pueblo —comenzó a explicar el juez supremo—. Consideran que haberle cedido las ciudades del valle del Ebro y pagarle un tributo anual de veinticinco mil morabetinos de oro ha sido un precio excesivo por mantener una paz frágil y precaria. Este sacrificio no garantiza que Ramón Berenguer no persuada al papa de los cristianos para que estimule otra cruzada contra el Islam. Con nuestros morabetinos, el conde catalán está fabricando las espadas y armando los ejércitos con los que un día invadirá el Sharq al-Ándalus. Nuestra unión con el emperador ha sido hasta ahora bastante magra en resultados. Cuando lo hemos necesitado, se ha negado a intervenir, permitiendo que nuestras ciudades del Ebro adoren ahora la Cruz y que nuestro pueblo sea más pobre a costa de llenar las bolsas de los aragoneses. Esto, mi señor, es lo que inquieta realmente al pueblo. Pero quizá haya una solución.

El emir asentía con los labios apretados entendiendo los argumentos del juez supremo. Grandes habían sido los sacrificios realizados y muy pocos los frutos obtenidos. Pero siempre es preferible una paz deshonrosa que una derrota absoluta.

—No ha sido agradable para mí sacrificar una parte de mi reino y vaciar mis arcas, pero el precio por mantener la paz es muy alto —dijo Mardanis—. Una guerra con el conde de Barcelona y sus cruzados hubiera tenido consecuencias devastadoras. Incluso es posible que el Sharq al-Ándalus hubiera sido exterminado y ahora no fuera más que otra provincia del reino de Aragón. Entiendo al pueblo, pero situaciones complejas conllevan decisiones difíciles que no siempre han de ser comprendidas —hizo una leve pausa. Meditó por un instante en quienes han de tomar decisiones complicadas en la más absoluta soledad, soportando sobre sus espaldas toda la responsabilidad y la presión, al tiempo que guardaban con recelo sus inquietudes y preocupaciones. El oficio de emir no era precisamente sencillo. Exhaló un poco de aire y miró al juez supremo—. Has dicho que podría haber una solución. Bien, soy todo oídos. ¿Qué propones?

—No debemos resignarnos a ser un reino vasallo del emperador Alfonso de León. El Sharq al-Ándalus merece más —las palabras del juez supremo brotaban de sus labios como un torrente tumultuoso. Llegados a este punto y sin posibilidad de vuelta atrás, cuanto antes expresara su opinión mucho mejor—. Los cristianos han ejercido sobre nuestro reino una influencia perniciosa. No solo nos han contagiado sus malos hábitos y costumbres, sino que nos han

apartado del camino trazado por Muhammad^[17]. Hemos de regresar a su senda, a sus principios y enseñanzas si queremos evitar que el Sharq al-Ándalus se corrompa y se tuerza.

—Hablas como uno de esos fanáticos alfaquíes que proclaman sermones horribles contra mí desde la protección de los almimbares —rezongó Mardanis con gesto reprobador y labios fruncidos.

—Te comparto mi opinión, que es la de muchos andalusíes —replicó a su vez Ahmad al-Hallal sin amilanarse—. ¿Deseas escucharla?

—Lo que quiero escuchar es tu solución a las dificultades que tenemos con el conde de Barcelona.

—Está todo relacionado, mi señor; la solución al conflicto con el catalán y la paz con los almohades.

—¿Paz con los almohades? —preguntó Mardanis, revolviéndose inquieto sobre los cojines—. Eso no me lo esperaba.

—Sí, mi señor, paz con los almohades.

—Te aconsejo que midas muy bien tus palabras a partir de este momento, pues conoces mejor que nadie cuál es mi criterio en relación con los africanos.

—Muy bien que lo conozco, mi señor, pero si queremos que el Sharq-Ándalus prevalezca, debemos pactar con ellos.

El semblante de Mardanis mudó a un gesto de ira contenida. Se esforzó por serenar su ánimo, y antes de prorrumpir en todo tipo de improperios, hizo un ademán al juez supremo para que esgrimiera sus argumentos.

—Una alianza con el Sharq permitirá que Abd al-Mumin concentre todos sus esfuerzos contra los cristianos, sus verdaderos enemigos. Nosotros somos musulmanes. Como ellos. Esta alianza nos beneficiaría a todos.

Mardanis negaba con la cabeza.

—No lo entiendes. Para los almohades, cualquiera que no acepte su doctrina se convierte en enemigo. Los cristianos son infieles y nosotros unos hipócritas, unos falsos musulmanes. Abd al-Mumin cree firmemente que para lograr la paz, todos los reinos deben someterse al tawhid. ¿Me estás pidiendo que acepte el tawhid? ¿Qué me arrodille ante la doctrina unitaria?

—No sería necesario someterse a las creencias almohades —respondió al-Hallal—. Abd al-Mumin es un hombre práctico, estoy seguro de que quedará más que satisfecho con alcanzar un acuerdo que lo permita dedicar sus tropas a la guerra contra los cristianos. Nosotros nos descuidaríamos de los almohades y reforzaríamos la frontera norte en previsión de un ataque del conde de Barcelona.

—O del emperador —matizó Mardanis, a quien la propuesta del juez supremo sonaba a deslealtad en sus oídos—. ¿Cómo crees que reaccionará el emperador Alfonso de León al descubrir nuestros pactos con el califa?

—No hará nada —respondió al-Hallal con rotundidad—, pues otras serán sus urgencias cuando el califa cruce el Estrecho con miles de soldados africanos.

—¿Esta es tu solución? ¿Desprenderme del vasallaje del emperador y pactar con el califa?

—Es la única que encuentro.

—Te creía más astuto —prorrumpió Mardanis con tono de decepción—. Los almorávides llegaron a la Península invitados por los reyes de taifas andalusíes. Los africanos se sirvieron de sus guerras, divisiones y enfrentamientos para hacerse con sorprendente facilidad con todo el Ándalus. Años después, la guerra de los almorávides con los almohades en África alentó de nuevo a los andalusíes a alzarse contra el poder de sus nuevos señores. Fue Ibn Qasi quien

recurrió a los almohades para deshacerse del gobernador africano. El muy ingenuo creyó que los unitarios regresarían a África una vez hubieran cumplido con su cometido. Pero no se marcharon, sino que permanecieron en la Península, un lugar demasiado rico y extenso como para obviarlo. Y tal y como sucedió con los almorávides, ahora los almohades amenazan con dominar todo el al-Ándalus. ¿En verdad crees que Abd al-Mumin nos va a permitir sobrevivir como reino independiente? —preguntó de forma retórica, negando con la cabeza—. No, Ahmad, no lo hará. El califa codicia todo al-Ándalus, toda Hispania. Suponiendo que Abd al-Mumin derrote a los cristianos, circunstancia poco probable, lo siguiente que hará será dirigir sus tropas hacia Murcia. Entonces ya será demasiado tarde para nosotros, porque los africanos serán demasiado fuertes y poderosos, y no podremos pedir auxilio a ningún reino, pues todos los reinos de Hispania habrán sucumbido ante los unitarios. Esto es lo que sucederá siempre y cuando no hayamos sido antes destruidos por los reinos cristianos. Tu propuesta es absurda y descabellada.

Si tal era el futuro que los aguardaba, Ahmad al-Hallal prefería someterse a los almohades a que el Sharq al-Ándalus fuera devorado por un reino cristiano. Al menos, los africanos eran musulmanes. Pero se cuidó mucho de expresar su opinión. Mardanis había dejado muy claro cuál era su criterio y de ningún modo lo cambiaría. Su odio hacia los almohades conduciría al reino a la devastación y la ruina.

—Siento que mis ideas no sean de tu agrado, mi señor —se disculpó al-Hallal.

—Combatiré a los almohades hasta derramar la última gota de mi sangre. Está es mi solución para los desafíos que se ciernen sobre el Sharq al-Ándalus. Cualquier otra propuesta, escúchame bien, Ahmad —clavó sus ojos en el juez supremo—, cualquier otra propuesta o sugerencia, a partir de este mismo instante, será considerada como alta traición.

Al-Hallal aguantó la fría mirada del emir.

—Es obligación de un consejero expresar sus opiniones, aunque no gusten a su señor —comenzó a decir—. He entendido tu postura sobre este asunto y la acepto. Si tu decisión es combatir a los almohades, en mí encontrarás a tu más fiel partidario, pero de igual modo, si no estás satisfecho con mis servicios o si mis recomendaciones te incomodan, me retiraré a mi almunia y no te volveré a molestar.

Al emir no le había agradado que el juez supremo cuestionara sus alianzas con los cristianos y mucho menos que le sugiriera pactar con Abd al-Mumin como solución para salvar el Sharq al-Ándalus. La semilla de la duda y la desconfianza hacia al-Hallal había germinado en su interior. Pero era conveniente tenerlo cerca, pues sus movimientos serían más fáciles de vigilar y controlar.

—No siempre tus criterios deben coincidir con los míos —dijo Mardanis con una sonrisa conciliadora—. Me alegro de que hayas tenido el valor de compartir tus pensamientos sobre este asunto conmigo, pero definida la estrategia a seguir, solo nos queda caminar juntos por el mismo sendero, sin dejar a nadie atrás y sin buscar atajos que nos conduzcan por caminos tenebrosos de incierto destino.

Al-Hallal inclinó ligeramente la cabeza. Las serenas palabras de Mardanis sonaban a reconciliación y concordia, pero sus ojos lo miraban llenos de sospecha. Debía maniobrar con prudencia y demostrar una abnegada lealtad si pretendía evitar que sus restos fueran crucificados frente a las murallas de Murcia.

Córdoba, julio de 1150

El emperador abandonó Toledo y marchó con sus huestes a Córdoba. Lo acompañaban los notables Manrique Pérez de Lara, Fernando Pérez de Traba, Ramiro Froilaz, Armengol de Urgel y el conde Osorio. Durante el camino, fueron reuniendo un gran contingente de tropas. Ya en Córdoba se unió al asedio el rey de Pamplona García Ramírez y el emir Muhammad ibn Mardanis. El emir de Murcia acudió a la llamada del emperador con sentimientos encontrados. Por un lado, se alegraba de que Alfonso de León por fin retomara la guerra contra los unitarios, pero detestaba compartir ejército con el pamplonés García Ramírez, pues había sido informado del pacto que había acordado con el conde Ramón Berenguer para repartirse las tierras musulmanas conquistadas, incluido el Sharq al-Ándalus. Los reyes cristianos eran tan estúpidos que no distinguían entre almohades y andalusíes, entre musulmanes enemigos y musulmanes aliados. Para ellos, todos eran infieles que debían ser combatidos y exterminados. Llevaban acampados un par de semanas frente a las murallas de Córdoba cuando Mardanis encontró el momento para hablar con Alfonso de León. Se hallaba terriblemente disgustado y molesto por el pacto firmado entre el conde de Barcelona y el rey de Pamplona, y así se lo hizo saber al emperador de las Hispanias.

—García Ramírez y Ramón Berenguer se han repartido mi reino —comenzó a explicar Mardanis sin ocultar un ápice su irritación—. Ninguno de los dos ha tenido en cuenta que soy vasallo del emperador y que, por tanto, debería contar con su protección.

Alfonso de León y Muhammad ibn Mardanis se encontraban en el pabellón del emperador, sentados en escabeles. En una mesa auxiliar había una jarra de vino y dos cubiletes de madera. El emperador había adelgazado. Sus ojos estaban hundidos en cuencas macilentas y de su barba, antes espesa y oscura, proliferaban las canas. Eran las imborrables huellas que la muerte de su amada Berenguela había dejado en su rostro. Fuera se escuchaba a los oficiales dando órdenes sin descanso a soldados y peones. Asediar una ciudad como Córdoba era una tarea ardua no exenta de enormes esfuerzos y fatigas. El sol golpeaba con saña el campamento y el viento se negaba a entrar en el pabellón por los ventanucos de ventilación. El calor era asfixiante y más cuando uno va vestido con almófar, loriga y túnica. Alfonso de León tomó la jarra y rellenó los cubiletes. Le ofreció uno a Mardanis.

—Y la tienes. Jamás lo dudes —repuso el emperador, bebiendo un trago.

—Pues no parece importarle en exceso al rey de Pamplona ni al conde de Barcelona —objetó el emir de Murcia tomando el cubilete.

—Estoy al corriente del pacto y conozco todos los detalles —le confirmó Alfonso de León—. ¿Sabías que incluye la boda del conde Barcelona con la infanta Blanca de Pamplona?

Mardanis negó sorprendido con la cabeza.

—La información que te ha llegado es incompleta. Digamos, que solo te han trasmitido la parte que te afecta, pero hay más. Este tipo de acuerdos son complejos. Para entendernos y sacar conclusiones se debe disponer de toda la información. Como sabes, mi hijo Sancho y Blanca de Pamplona están comprometidos. Este pacto lógicamente lo rompería.

—Es un acto de intolerable deslealtad —protestó Mardanis.

—Es política, querido amigo.

—Pero García Ramírez y el conde Ramón Berenguer se han reunido a vuestras espaldas para repartirse un reino vasallo y acordar enlaces matrimoniales que os afectan directamente.

—Al igual que Sancho está comprometido con Blanca de Pamplona, Ramón Berenguer lo está desde hace años con Petronila de Aragón. El rey Ramiro de Aragón delegó en el conde de Barcelona las responsabilidades de gobierno y se recluyó en un monasterio. ¿Crees que el conde va a despreciar Aragón por Pamplona?

—¿Entonces por qué firmaron ese acuerdo?

—Ya te lo he dicho; es simple política. Ramón Berenguer necesita una tregua con Pamplona para poder hostigarte y obligarte así a entregarle Mequinenza, Lérida y Fraga.

Mardanís negaba con la cabeza sin comprender por qué los cristianos llegaban a acuerdos que no tenían intención de cumplir. ¿Qué valor daban a la palabra, al honor? ¿Con esa caterva de aliados tendría que tratar para combatir a los almohades? Los pactos débiles provocan traiciones frecuentes y desconfianza. Y la desconfianza siembra la semilla del conflicto entre los reinos.

—No necesito que me amenacen —protestó Mardanís—. Quizá a los cristianos os parezca algo extraño, incluso exótico, pero soy de esos que otorgan una gran relevancia a la palabra. En octubre, tal y como estaba acordado, entregaré las ciudades al conde de Barcelona.

—Así se lo hice saber a Ramón Berenguer.

—¿Entonces os informó del pacto con García Ramírez?

El emperador rompió en una estruendosa carcajada que resonó en el pabellón.

—¡Ambos lo hicieron! —confirmó con una gran sonrisa—. Tan pronto firmaron el acuerdo, me enviaron embajadores para explicarme los detalles. ¿Olvidas que soy el emperador y ellos mis vasallos? He de reconocer que fue un momento muy divertido —volvió a soltar otra carcajada. Su físico mostraba las secuelas del profundo dolor por la pérdida de Berenguela, pero su ánimo parecía algo recuperado. Tomó con afecto del hombro al emir de Murcia—. Te puedo confirmar, querido amigo, que Pamplona y Aragón no se van a repartir el Sharq al-Ándalus, que mi hijo Sancho se casará con Blanca de Pamplona y que Ramón Berenguer lo hará con Petronila. De hecho, se desposarán en agosto. Todo seguirá su curso según lo previsto antes de la firma de ese dichoso acuerdo.

—Ese pacto...

—No sirve de nada —le interrumpió el emperador—. Olvídate de Ramón Berenguer y de García Ramírez. Ahora lo urgente es expulsar a los almohades de Córdoba.

Mardanís asintió, pero su semblante seguía marcado por la preocupación. Su reino no corría peligro, de momento, pues el emperador Alfonso de León sabía cómo poner orden entre sus reyes vasallos, pero le inquietaba qué sucedería con el Sharq al-Ándalus el día que Alfonso de León faltara. Pamplona y, sobre todo, Aragón, anhelaban sus territorios. La ambición del conde de Barcelona era difícil de aplacar. Si finalmente el imperio era dividido entre Sancho y Fernando, ¿a quién debería recurrir para solicitar ayuda, mediación o incluso jurar vasallaje? No podía rendir obediencia a dos reyes distintos. Negó con la cabeza desechando tales pensamientos. Al emperador aún le aguardaban largos años de vida. No era sensato perder el tiempo anticipando males futuros. Como bien había señalado el emperador, sus urgencias se encontraban a pocos pasos y respondían al nombre de Córdoba.

Murcia, agosto de 1150

Al-Hayy se encontraba en el exterior de su casa en Murcia, sentado en un banco de piedra. Bebía una infusión de hierbas bajo la agradable sombra de una higuera. Reflexionaba sobre el estrepitoso fracaso del emperador Alfonso de León y del emir Muhammad ibn Mardanis en la conquista de Córdoba. Otro más. La ciudad había sido bien defendida por un renegado andalusí de nombre Ibn Garrún, que sintiéndose acorralado por los almohades decidió abrazar la doctrina del tawhid por mera supervivencia. Ante un poderoso enemigo o te rindes o te resistes. Ibn Garrún decidió la primera opción. Los rumores que alertaban de la llegada de un formidable ejército almohade en auxilio de los cordobeses obligaron a Alfonso de León a levantar el asedio. Córdoba era una ciudad demasiado grande y rica como para que los africanos la dejaran abandonada a su suerte. El frustrado intento de conquista revelaba la debilidad de los cristianos y de los andalusíes frente a las temibles hordas unitarias. Tampoco era una buena noticia la subida de impuestos decretada por el emir. Había paz, era cierto, pero el pueblo no suele valorar lo que tiene, sino lo que le quitan. Desde los almimbares, algunos imanes lanzaban sermones incendiarios contra el emir, lamentándose de la subida de impuestos, de su inclinación por los cristianos y de su gusto por el vino y por otros placeres muy alejados de lo que dicta la correcta observación del Corán. Incluso los había que le reprochaban sus orígenes cristianos y lo tachaban de falso musulmán. Este insulto irritaba especialmente a al-Hayy, pues así llamaban los unitarios a todo musulmán que no reconocía su doctrina. ¿Estarían en aumento el número de partidarios de los almohades en el Sharq al-Ándalus? Esta cuestión lo preocupaba. Entre los andalusíes también había exaltados. Alfaquíes y ulemas entre ellos. Muhammad ibn Mardanis fue debidamente informado de los nombres de los imanes descontentos, pero decidió no intervenir. El emir de Murcia no mantenía buena relación con alfaquíes e imanes, así pues, no le sorprendía que lo criticaran desde los púlpitos de las mezquitas. De momento, los toleraría, pero era su obligación tenerlos bien controlados, pues algunos disfrutaban de una gran ascendencia entre los feligreses que acudían puntualmente a escuchar sus sermones. El juez militar también reflexionaba sobre la reciente boda del conde de Barcelona con Petronila de Aragón. Otra mala noticia. Ahora Ramón Berenguer se hacía llamar conde de Barcelona y príncipe de Aragón. En su persona quedaron unidos ambos territorios, pues el rey Ramiro *el Monje* se desentendió definitivamente de los asuntos de gobierno. Había nacido para ser clérigo, no rey, y regresó al monasterio de donde lo habían arrancado a la fuerza para ser proclamado rey de los aragoneses. El emir de Murcia firmó acuerdos con Ramón Berenguer. En unos meses le cedería las ciudades de Mequinenza, Lérida y Fraga, y haría efectivo el pago de los veinticinco mil morabetinos de oro. Un precio muy alto por mantener la paz que no agradó a un nutrido número de consejeros y notables andalusíes. Al-Hayy lanzó un largo suspiro. A los descontentos con las políticas de Mardanis no solo había que buscarlos entre los alfaquíes e imanes, sino también entre algunos consejeros y muchos notables andalusíes. Si el pueblo le era esquivo, tendría serias dificultades para mantenerse en el trono. Y subirle los impuestos al pueblo no le ayudaba precisamente a ganarse sus simpatías. Bastaba con una derrota o un momento de debilidad para que todo el reino se viniera abajo. ¿Realmente era Muhammad ibn Mardanis el emir que el Sharq al-Ándalus necesitaba? Cabeceó negativamente intentando desprenderse de esos turbios pensamientos. Las dudas y las desconfianzas son los

primeros pasos que conducen a la traición y él no era un traidor. Él era leal a Mardanis como lo era al Sharq al-Ándalus. Rogó a Alá porque nunca tuviera que elegir entre uno u otro, pues la lealtad es una moneda de dos caras. Una es brillante y noble, y la otra es oscura y tenebrosa. Bebió un trago de infusión y se incorporó. Atardecía. Pronto se arrodillaría sobre la almozala^[18] para pronunciar el último rezo del día. Inmerso en sus pensamientos, respiraba el agradable olor de la higuera, cuando advirtió que un hombre se dirigía apresuradamente hacia él.

—¿Al-Faras? —preguntó al-Hayy arrugando la frente—. ¿Qué haces aquí?

Al-Hayy pensaba que al-Faras se encontraba en Valencia, pues el juez supremo Ahmad al-Hallal lo había nombrado cadí de la ciudad hacía pocas semanas.

—He ido al alcázar —se explicó casi sin resuello—, pero me han dicho que el emir está de regreso de la campaña de Córdoba. Luego he buscado a Ahmad al-Hallal, pero se encuentra en su almunia y finalmente he acudido a ti, porque traigo noticias importantes y no pueden esperar.

—¿Qué noticias son esas? —preguntó alarmado al-Hayy.

—Están sucediendo cosas horribles en Valencia.

El cadí de Valencia miraba al juez militar con ojos asustados y gesto contraído por la angustia. Su túnica estaba sucia de sudor y polvo. Algo muy poco habitual en una persona que concedía especial relevancia al decoro y la buena presencia. Al-Hayy hizo un gesto para que tomaran asiento en el banco de piedra junto a la higuera. El juez militar esperó unos instantes a que al-Faras tomara un poco de aire.

—Hace unos días, los soldados trajeron a la judicatura a un músico —comenzó a relatar, aún entre jadeos—. Era un hombre mayor, de unos cincuenta años, que se ganaba la vida tocando el rabad y el laúd en fiestas y amenizando las calles y los mercados con su música a cambio de unas monedas. Ya sabes, un pobre músico ambulante muerto de hambre, de esos que abundan en las esquinas, plazas y bazares. —Al-Hayy asentía sin entender adónde quería llegar—. Pues bien, a este hombre lo habían destrozado a golpes. Recriminé a los soldados que trajeran aquel despojo humano a la judicatura en lugar de al maristán^[19] que es donde lo tenían que haber llevado para que los médicos le curasen sus heridas, pero el músico les espetó que quería verme. Estuve a punto de expulsarlo del edificio. No tengo tiempo para ocuparme de pendencias callejeras entre borrachos y vagabundos, por desgracia, pronto descubrí que esto era algo muy diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Lo habían apaleado hasta casi matarlo —el cadí negó con la cabeza, soltó un largo soplo y continuó—: Y lo peor fueron los dedos.

—¿Qué les pasó a los dedos?

—Se los rompieron. O, mejor dicho, se los machacaron. Los agresores se emplearon con especial ferocidad con los dedos.

Al-Hayy lo escuchaba con atención. Que un grupo de borrachos, posiblemente cristianos, la emprendiera a golpes con un vagabundo era algo relativamente habitual en las grandes ciudades como Valencia y Murcia, pero le llamaba la atención el interés que mostraron en destrozarle los dedos.

—¿Habéis capturado a los culpables de este crimen?

—Fue muy sencillo dar con ellos —respondió al-Faras con un asentimiento—. Los muy estúpidos se vanagloriaban en las mezquitas de su hazaña.

—¿Quiénes eran?

—Unos jóvenes, apenas unos niños.

—¿Por qué lo hicieron?

—Son jóvenes, sí, pero también fanáticos que habían aceptado en secreto la doctrina

almohade del tawhid.

—¿Creyentes del tawhid en Valencia? —preguntó al-Hayy espantado.

Al-Faras asintió.

—Por tal motivo el músico insistió en verme. Quería referirme lo sucedido —el juez militar le hizo un gesto para que continuara—. El músico estaba tocando uno de sus instrumentos en una esquina del bazar, cuando un grupo de jóvenes se lo llevó en volandas a un callejón oscuro y solitario. Allí, en el nombre del Dios Único, lo molieron a palos.

—El Dios Único...

—Eran unitarios —confirmó al-Faras.

—No son almohades procedentes de África, sino estúpidos andalusíes que han reconocido el tawhid —apostilló el juez militar—. Esto es mucho más grave de lo que pudiera parecer, pues revela que las creencias de los unitarios están encontrando cobijo en el corazón de nuestros jóvenes —durante unos instantes permaneció en silencio con la mirada fija en el suelo, meditando sobre la salvaje agresión. ¿Tendrían que ver en este asunto las proclamas furiosas que proferían los alfaquies en los bazares y los imanes en las mezquitas? Valencia estaba lejos de Murcia. Los alfaquies y los imanes valencianos se sentían lo suficientemente confiados para pregonar sin disimulo subversivos sermones, envenenando los oídos de los andalusíes con mentiras y falsedades. Soltó un largo suspiro y preguntó:

—¿Por qué lo maltrataron?

Al-Faras carraspeó antes de hablar. Tenía la garganta seca por la carrera.

—El músico me dijo en un hilo de voz que sus agresores lo acusaron de ser un falso musulmán, porque su música era sacrílega y ofendía al Dios Único. Mientras lo golpeaban le espetaban que su laúd había sido construido por el demonio para confundir a los musulmanes. Debía ser castigado por sus horrendos crímenes. Ellos eran el instrumento del que se servía Alá para hacer cumplir su voluntad. Habían sido enviados para erigirse como acusadores, jueces y verdugos. De ahí las urgencias del músico por acudir a la judicatura. Quería evitar que su desgracia quedara en el olvido al ser considerada una simple pelea de borrachos. Es músico y pobre, pero odia a los almohades y es leal a nuestro emir.

—Locos fanáticos —musitó con tristeza al-Hayy, negando con la cabeza—. ¿Y los dedos? ¿Por qué ese especial celo en destrozarle los dedos?

—Para que no volviera a tocar jamás ningún instrumento. Le han arruinado su forma de ganarse la vida.

Al-Hayy apretó los labios lleno de impotencia y rabia.

—¿Has hablado con Yusuf, el hermano de nuestro emir?

—Se encuentra en Játiva supervisando las obras de la nueva fábrica de papel. Le envié un mensaje, pero no he obtenido respuesta.

Mardanis nombró a su hermano Yusuf gobernador de Valencia poco después de ser proclamado emir. Necesitaba a alguien de confianza gobernando una ciudad tan importante del Sharq. Pero su hermano era muy distinto a él. Era indolente, apocado y cobarde. Solía ocultarse de los problemas hasta que estos se resolvían solos o los solucionaba el emir. No tomaría ninguna decisión sin consultarla primero con Mardanis.

—Y no la esperes —reconoció con tristeza al-Hayy, pues conocía muy bien la pusilánime personalidad del gobernador de Valencia—. ¿Qué ha sido del músico?

—Sobrevivirá —respondió con varios asentimientos—. Se recupera en el maristán, pero desgraciadamente no volverá a tocar ningún instrumento. Sus dedos han quedado completamente inservibles.

—Que Alá lo asista y le conceda fuerzas y templanza para superar su desgracia —se lamentó con sinceridad al-Hayy—. ¿Dónde están los criminales?

—Encerrados.

—¿Han sido interrogados? Necesitamos saber si hay más unitarios entre nosotros, si tienen un líder y cómo los malditos almohades han contactado con ellos.

—Se resisten a hablar. Incluso uno ha muerto sometido a tormento. No temen morir, sino todo lo contrario. Para ellos, no hay mayor gloria que inmolarse por su fe.

—Persiguen morir como mártires —observó el juez militar.

—Son unos fanáticos. Aseguran que pronto el califa Abd al-Mumin conquistará el Sharq al-Ándalus. Los que se nieguen a reconocer la doctrina unitaria del tawhid serán exterminados.

—Debemos evitar que el mal del tawhid se extienda por Valencia —comenzó a decir al-Hayy—. Hoy descansarás en mi casa y mañana partirás a Valencia. Ten los ojos bien abiertos e investiga cualquier altercado o delito que llegue a la judicatura por insignificante que parezca. A veces, las cosas más importantes se esconden entre los acontecimientos más simples y cotidianos, aquellos que habitualmente pasan inadvertidos. —Al-Faras asintió—. Informa al emir de todo lo que suceda. De todo, no omitas el menor detalle.

El cadí asintió y preguntó:

—¿Qué hacemos con los agresores?

—Que continúen los interrogatorios. Hay que animarlos a hablar.

—Antes morirán que delatar a sus compinches unitarios.

—Pues que así sea —sentenció con determinación al-Hayy.

El juez militar y el cadí se incorporaron del banco y se dispusieron a entrar en la casa sumidos en sus pensamientos. El emir no solo debía preocuparse de los almohades que amenazaban por el sur y de los cristianos que acechaban por el norte, sino también de los unitarios que actuaban entre las sombras en el corazón del Sharq al-Ándalus. Al-Hayy suspiró y miró hacia el horizonte antes de cruzar el umbral de la puerta. El sol declinaba por el horizonte tapizando el cielo de naranja y malva. Llegó a sus oídos la lejana voz del almuédano llamando a la última oración del día desde el minarete de la mezquita aljama. El juez militar rogó en silencio a Alá porque devolviera la cordura a esos desalmados.

Murcia, septiembre de 1150

El encuentro tuvo lugar en una de las numerosas propiedades que Ali al-Hallal poseía en Murcia. Se trataba de una pequeña casa adosada de dos alturas que se encontraba al oeste de la ciudad, próxima a la puerta de Orihuela. Ali al-Hallal utilizaba las habitaciones como almacén y el pequeño *maylís* para impartir enseñanzas del *Mudawwana*^[20] de Shanun a sus estudiantes y acólitos.

La casa era discreta y se encontraba en un barrio humilde y apartado de la ciudad, perdida en un intrincado laberinto de estrechas callejuelas, soportales porticados y callejones sin salida donde era fácil desorientarse y confundir el camino. Su ubicación permitía descubrir sin esfuerzo si uno estaba siendo vigilado o seguido. Ahmad al-Hallal temía que el emir lo hubiera puesto bajo estrecha vigilancia después de su último encuentro y era conveniente tomar todas las precauciones. La casa era el lugar perfecto para tratar el asunto que allí los había reunido. Ali al-Hallal, Abu ibn Abbas y Ahmad al-Hallal se encontraban en el *maylís*. Ali al-Hallal, como buen alfaquí, consideraba que los lujos excesivos ofendían a Alá, y que los hombres excelsos de espíritu son comedidos en gastos superfluos y generosos en limosnas. Insistía en que Alá favorecía a quién destinaba su dinero a ayudar a los pobres en lugar de dilapidarlo en afeites, joyas y ricos ropajes, cuya insana utilidad revierte únicamente en satisfacer la vanidad y la soberbia. Los tres hombres bebían jugo de granada sentados en gruesos cojines de lana.

—Entonces el emir no ha entrado en razones —se lamentaba Ali al-Hallal. Sus labios apretados formaban pequeñas arrugas de decepción en torno a su boca.

Ahmad al-Hallal había puesto al alfaquí y a Abu ibn Abbas en antecedentes de su reunión con Muhammad ibn Mardanis y de su obstinación por mantener sus pactos con los cristianos, al tiempo que desestimaba cualquier mínimo acercamiento al califa almohade Abd al-Mumin.

—Su enfermiza obcecación por el emperador Alfonso de León nos va a arrastrar a la ruina —observó Abu ibn Abbas.

—La marea almohade es incontenible y devastará el Sharq al-Ándalus, si no le ponemos remedio —afirmó Ali al-Hallal con la rotundidad de quien puede vislumbrar el futuro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ahmad al-Hallal.

Ali al-Hallal fijó en su hermano una mirada siniestra con sus ojos pequeños, oscuros y turbios:

—Hemos de deshacernos de él —respondió con gélida determinación.

—¿Planeas quitarle la vida? —preguntó Ahmad al-Hallal alarmado.

—Solo si su vida es un estorbo para nuestros planes.

—¡Maldita sea! ¿Y cuáles son nuestros planes?

—Sobrevivir y que la fe de Alá y las enseñanzas del Profeta jamás abandonen estas tierras. Este hermano, debe ser el propósito de todo buen musulmán —paseó la vista por Ahmad al-Hallal y por Abu ibn Abbas, y les preguntó—: ¿Estáis conmigo? ¿Estáis con Alá y con el Sharq al-Ándalus? ¿O secundáis la causa de ese traidor y falso musulmán llamado Muhammad ibn Mardanis?

Abu ibn Abbas desvió la mirada hacia el suelo. Como muchos andalusíes, no compartía muchas de las decisiones del emir, pero pretender asesinarlo era un proyecto excesivo y

terriblemente peligroso. Y él era un simple jurista, un maestro de derecho que había sobrepasado los cincuenta años, no un asesino de emires. La conversación empezaba a incomodarlo. Un impulso casi incontrolable lo empujaba a abandonar la casa cuanto antes.

—Te agradezco tu hospitalidad, pero debo marcharme. —Abu ibn Abbas tomó un último trago de su jugo de granada, dejó el vaso en una mesa auxiliar y se incorporó.

Ali al-Hallal puso los ojos en blanco al advertir cómo su mano temblaba ostensiblemente al dejar el vaso en la mesa.

—¿Esta es tu respuesta? —le preguntó con acritud—. ¿Huir cuando el Sharq al-Ándalus más te necesita?

—No soy ningún héroe ni pretendo serlo —repuso Abu ibn Abbas—. Este asunto ha llegado demasiado lejos.

Ahmad al-Hallal contempló cómo el jurista se encaminaba hacia la puerta de la casa. Recordó la conversación que mantuvieron en su almunia y donde Abu ibn Abbas no escatimó en descalificaciones hacia el emir, al tiempo que se erigía como ferviente entusiasta de la sumisión al califa almohade. Pero muy distinto era hablar de sublevaciones y revueltas desde la seguridad de una almunia rodeado de amigos, que participar activamente en una de ellas.

—Los trances difíciles despiertan el valor en nuestros corazones —le dijo Ali al-Hallal.

—No cuentes conmigo. —Abu ibn Abbas abrió la puerta y la cerró a su paso sin mirar atrás, dominado por un miedo profundo y visceral. Como jurista, conocía muy bien el terrible castigo que les aguardaba a los sentenciados por alta traición. Y no era hombre que soportara el dolor con facilidad. Salió a la calle y abrió la boca intentando tomar grandes bocanadas de aire. Su corazón se agitaba desbocado, como si pretendiera atravesar su pecho. El calor era asfixiante y el aire se negaba a entrar en sus pulmones. Se apoyó en una pared intentando serenarse. Miró en rededor. Cruzó la mirada con un par de hombres que caminaban distraídos por la estrecha callejuela. ¿Por qué lo miraban? ¿Habrían escuchado la conversación? Un miedo gélido volvió a bloquear sus músculos y sus pulmones, impidiéndolo respirar. Cerró los ojos y se sentó en el suelo, sobre la tierra reseca y polvorienta de Murcia. Así permaneció unos instantes, hasta que logró tranquilizarse. Soltó un largo suspiro y emprendió el camino a su hogar. Echó un último vistazo a la casa de Ali al-Hallal. Juró por Alá que jamás volvería a reunirse con él.

Los hermanos al-Hallal bebían jugo de granada en el *maylís* ajenos a los demonios que atormentaban a Abu ibn Abbas.

—Bueno, ya tenemos la respuesta de Abu ibn Abbas, ¿cuál es la tuya? —preguntó Ali.

Ahmad bebió un trago del jugo de granada. Tenía la garganta seca. Al igual que el jurista y maestro de derecho, pensaba que su hermano había llegado demasiado lejos en sus ensoñaciones.

—Mardanís me nombró juez supremo —comenzó a decir—. No comulgo con muchas de sus ideas, pero le debo respeto y fidelidad. La ingratitud es un vicio cada vez más extendido en nuestros días y yo me niego a seguir el ejemplo de quienes traicionan a los que les han favorecido. He intentado persuadirlo para que reconsidere la estrategia con los almohades y los pactos con los cristianos, pero he fracasado. Desconozco si sus proyectos conducirán al reino a la ruina y al desastre, pero es el emir de Murcia y es nuestra obligación servirlo y obedecerlo. No participaré en una empresa tan descabellada como absurda, y te animo a abandonarla, porque de otro modo acabarás crucificado frente a las puertas de la ciudad y tus restos serán arrojados al río para servir de alimento a los peces y a las alimañas que lo habitan.

—¿Me delatarías? —preguntó Ali con mirada desafiante—. ¿Delatarías a tu propio hermano?

—No me pongas a prueba —replicó con labios apretados y semblante severo—. Si te atreves a atentar contra el emir fracasarás. Serás capturado y me arrastrarás en tu caída, porque Mardanís

sospechará que estoy involucrado o que estaba al corriente de tus intenciones. Y sufriré tu mismo castigo, que será horrible e insoportable —hizo una pausa y lanzó una mirada tan gélida a su hermano que sería capaz de apagar las llamas del más ardiente de los infiernos—. No te voy a delatar, porque no habrá nada que delatar. Como tu hermano mayor, te exijo que abandones esa estúpida empresa. No voy a permitir que arriesgues tu vida y la mía, y que cubras con estiércol el buen nombre de los banu Hallal. ¿Me has entendido?

Ali mantuvo la mirada del juez supremo con decisión. Que ni Abu ibn Abbas ni su hermano secundaran su proyecto fue un imprevisto que no había calculado. Las situaciones comprometidas ponen a prueba el coraje de los hombres y Abu ibn Abbas y Ahmad habían demostrado que no estaban a la altura de lo que Alá y el Sharq al-Ándalus los demandaba. Pero solo no podría llevar a cabo tan colosal empresa. Al menos, de momento...

—Sea, hermano, permitamos que el falso musulmán destruya nuestro reino, nuestra cultura, nuestras creencias —comenzó a decir—. Dejemos que nos entregue en sacrificio a los cristianos para salvar su mezquino cuello como hizo con las ciudades del norte. Y cuando rindamos cuentas a Alá y nos pregunte por qué donde antes se alzaban majestuosas mezquitas ahora solo hay iglesias cristianas, por qué los buenos musulmanes han sido expulsados de sus hogares, de sus campos, de su reino, por qué ya nadie le reza en el Sharq al-Ándalus, le responderemos que temíamos ensuciar el buen nombre de los banu Hallal, que nos asustaba que el emir nos capturara y nos sometiera a tormento. Y, Alá, el misericordioso, el omnipotente, nos dirá que tan culpable es quien comete el delito como quien, pudiendo evitarlo, lo permite. Será a Alá, hermano, a quien deberemos dar explicaciones por nuestra dejadez y cobardía. Insensato es quién teme el juicio de los hombres más que el juicio de Dios, pues ignora que su sentencia lo acompañará durante toda la eternidad.

Ahmad escuchó a su hermano con los ojos entornados y rostro contraído. Era bueno en su oficio como imán, pero dudaba mucho de su desempeño como conspirador.

—Pues entonces tendremos que acogernos a su infinita generosidad y misericordia para no arder en el Iblis, pero no quiero volver a oírte hablar de atentar contra el emir —fijó una mirada intensa en Ali esperando una respuesta inmediata. Su hermano cerró los ojos y asintió, aceptando a regañadientes su mandato.

El juez supremo se incorporó de los cojines y dirigió sus pasos hacia la puerta. Se detuvo un instante y sin girarse dijo:

—No me desafíes hermano, te lo ruego.

Y sin añadir palabra, abandonó la casa donde Ali al-Hallal había planeado atentar contra la vida del emir Muhammad ibn Mardanis.

Murcia, septiembre de 1150

La campaña de Córdoba fue decepcionante, pero el emperador Alfonso de León regresó a Toledo entre vítores y aclamaciones de una muchedumbre jubilosa y entregada, como si hubiera infligido una derrota colosal a los almohades. La propaganda es una herramienta muy útil cuando se pretende enmascarar la realidad y engañar a un vulgo ignorante ávido de buenas noticias. Lo cierto era que fue suficiente con que se corriera el rumor de que el gobernador de Sevilla, el gran jeque Yusuf ibn Sulayman, se dirigía a Córdoba con un formidable ejército, para que el emperador ordenara levantar el asedio y regresara a Toledo sin entablar batalla. Muhammad ibn Mardanis volvió a Murcia frustrado y confuso. Difícilmente se puede derrotar a un enemigo cuando se elude el combate.

El emir se encontraba en el *maylís* acompañado por Hamusk, Ahmad al-Hallal y al-Hayy. Estaba sentado sobre unos cojines degustando una copa de vino. El señor de Segura no estaba menos irritado con el emperador que Mardanis. Era un *tagrí*, un soldado de frontera. Había hecho de la guerra una forma de vida. Evitar el combate no entraba en sus planes. Durante el camino le había reprochado al emir su alianza y vasallaje con los cristianos. Alfonso de León había huido como un cervatillo temeroso, abandonando el asedio a Córdoba ante la supuesta llegada de Sulayman. Pero esta fue una información falsa. Nadie acudió en auxilio de Córdoba salvo la cobardía del emperador. Así se lo dijo Hamusk a su yerno con despiadada crudeza. El señor de Segura no perdía ocasión para censurar a los cristianos, especialmente a Alfonso de León. Mardanis no consideraba que el emperador fuera un cobarde. Ni mucho menos, pero retirarse sin haber conseguido el objetivo previsto nunca puede ser motivo de celebración. Había movilizado a miles de soldados para nada. Ni siquiera habían saqueado alguna modesta aldea para financiar una parte de las soldadas con el botín obtenido. La campaña había sido tan inútil como ruinoso. Y el emir no podía permitirse dilapidar miles de morabetinos en costosas y estériles campañas. Y por si fueran pocas las dificultades que tenía que arrostrar, al-Hayy, el juez militar, le informaba del maltrato al que había sido sometido un vagabundo en Valencia por unos muchachos que presumían de haber abrazado el tawhid. En todas las ciudades hay radicales, exaltados y estúpidos, lo importante es tenerlos controlados y que no proliferen, pues es bien sabido que la estupidez es una enfermedad tremendamente contagiosa. Mardanis bebió otro trago de vino y se aclaró la garganta.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó a Hamusk, soltando un largo suspiro.

—¿Han sucedido más altercados de ese tipo en Valencia? —preguntó a su vez el señor de Segura al juez militar.

—En las últimas semanas, varias tabernas regentadas por cristianos han sido incendiadas y saqueadas, y al-Faras ha recibido denuncias de mujeres que han sido golpeadas con varas por pasear por las calles sin compañía de un familiar masculino o por mostrar el rostro en público. También algunos judíos han sido golpeados. Apenas se atreven a salir de la aljama. Al principio, al-Faras consideró esos incidentes hechos aislados y no les concedió mayor importancia, pero a la luz de los últimos acontecimientos, mucho me temo que estén relacionados con la paliza al músico —hizo una pausa y miró al emir—. Mi señor, creo que el número de partidarios del

tawhid está aumentando en Valencia, y quién sabe si también en el resto del Sharq al-Ándalus.

—Ese es un riesgo que no podemos permitirnos tolerar —observó Hamusk con seriedad.

—¿Por qué motivo crees que esté aumentando el número de unitarios en Valencia? —preguntó Mardanis a al-Hayy—. Nuestro reino es próspero y vive en paz.

—No siempre es posible gobernar a gusto de todos y en Valencia, e incluso en Murcia, hay mucho descontento.

—Explícate —le espetó Mardanis.

El juez militar carraspeó, más para aclarar sus ideas que la garganta. Lo que se disponía a decir no sería del agrado del emir, pero llegado a este punto, debía ser lo más transparente y sincero posible. Con falsedades y medias verdades no se suelen solucionar los asuntos de enjundia.

—Ciertos imanes y alfaquíes te reprochan la subida de impuestos —comenzó a explicar— y censuran lo que ellos llaman tu ligereza en la observancia del Corán y de las enseñanzas del Profeta. Afirman que no eres asiduo a la mezquita y que tienes por costumbre frecuentar a los cristianos. Incluso te reprenden por vestir como uno de ellos. —Al-Hayy omitió intencionadamente que los imanes y alfaquíes también le reprochaban sus orígenes muladíes y su gusto por el vino y las fiestas licenciosas, entre otras costumbres muy poco piadosas, pero no era prudente encender más la ira del emir de Murcia.

Mardanis asentía con la mandíbula apretada y el gesto contraído mientras escuchaba al juez militar.

—Mientras esos imanes y alfaquíes lanzan sus proclamas en mi contra —comenzó a decir el emir—, yo armo ejércitos y combato a los almohades que amenazan sus placenteras y regaladas vidas. Mientras yo negocio con pisanos y genoveses para llenar de morabetinos de oro las arcas del reino, ellos sacian sus estómagos con sabrosos guisos de cabrito y cordero. Mientras yo firmo alianzas y acuerdos para proteger a nuestro reino de sus enemigos, ellos dedican sus vidas al estudio y la contemplación. Me esfuerzo por colmar de paz y de prosperidad al pueblo que ellos pretenden soliviantar. Malditos hipócritas. Me desvivo por mi gente cuando la única preocupación de esos ingratos es encontrar un lugar digno donde aliviar sus vientres. ¡Qué fácil es hablar cuando no se tienen responsabilidades de gobierno! —exclamó, alzando los brazos.

Ahmad al-Hallal percibió cansancio en los ojos del emir. Su vasallaje al emperador Alfonso de León, sus pactos con Ramón Berenguer y sus costumbres tan alejadas de las piadosas prácticas musulmanas, habían predisposto a influyentes personalidades andalusíes en su contra. Sus decisiones y actitudes eran cuestionadas. Y un emir cuestionado es débil y proclive a la traición. Una política de acercamiento a los alfaquíes podría ser un buen método para calmar los ánimos. Y así pretendió hacérselo entender a Mardanis.

—Quizá, mi señor, sería conveniente que acudas con más frecuencia a la mezquita aljama. Hazte ver en la macsura^[21] no solo los viernes para escuchar la *jutba*. Sorprende a los imanes con tus visitas a la mezquita. El pueblo escucha a los alfaquíes e imanes. Ellos, desde los almimbares, pueden arengar al pueblo tanto en tu contra, como a tu favor. Gánate a los imanes y, a través de su voz, el pueblo entenderá las dificultades a las que has de enfrentarte y las razones que te obligan a tomar decisiones amargas.

—Los imanes y alfaquíes valencianos instigan a mi pueblo a revelarse contra mi poder y autoridad y tú me aconsejas que ceda a su deslealtad, que me someta a su chantaje. —Ahmad al-Hallal se disponía a responder, pero el emir de Murcia lo detuvo con un movimiento de mano—. No, yo te diré lo que voy a hacer con ellos o, mejor dicho, lo que harás tú —miró a Ahmad con gélida determinación—: detenerlos y encerrarlos.

El juez supremo lo miró con ojos espantados. No se trataba de detener a simples agitadores de taberna o desocupados muchachos de cabezas vacías que, a falta de otra cosa mejor que hacer, habían decidido arrodillarse ante el tawhid. Muchos eran reconocidos filósofos, literatos, poetas y maestros de hadiz pertenecientes a familias adineradas y poderosas. Su detención y encarcelamiento causaría en la nobleza andalusí una gran conmoción y aversión hacia el emir. Ahmad al-Hallal quedó aturdido ante la orden de Muhammad ibn Mardanis. Al-Hayy acudió en su ayuda.

—Me temo que detener a los imanes y alfaquíes descontentos no sea buena idea, mi señor — se atrevió a sugerir el juez militar.

—No volverán a predicar en mi contra. Su justo castigo servirá de ejemplo a los rebeldes y desagradecidos.

—Encerrar a los imanes alimentará las llamas de la rebelión. ¡Todo el Sharq puede ser arrastrado al caos y la destrucción! —le espetó al-Hallal—. Te ruego, mi señor, que medites tu decisión.

—¡Enciérralos o te sustituiré por un juez supremo que no cuestione mis órdenes, sino que las cumpla! —Mardanis escupió saliva y furia a la vez, señalándolo con el dedo.

Gotas de sudor comenzaron a desplazarse por la despejada frente de al-Hallal. Tragó saliva, pero tenía la garganta seca. Tomó su vaso y bebió un trago de infusión de hierbas. Negarse a juzgar a los imanes, desobedecer una orden directa de Muhammad ibn Mardanis sería su fin. Ser destituido de su cargo sería el menor de sus problemas.

—Sobran motivos para juzgar a los imanes —dijo Hamusk con rotundidad—, pues sus prédicas han horadado la frágil voluntad de unos jóvenes inocentes, radicalizando su fe, arrastrándolos a abrazar la doctrina almohade y a cometer un crimen deleznable. Quizá ha llegado la hora de poner límite a quienes se consideran impunes porque expresan sus opiniones resguardados tras el sagrado almimbar. Se sirven de las mezquitas para proclamar opiniones subversivas que revisten de sermones piadosos. Ellos son los únicos responsables de sus prédicas —miró a al-Hallal y añadió—: Han optado libremente por enfrentarse a la justicia del emir, ahora que asuman las consecuencias.

Ahmad al-Hallal aguantó la mirada del señor de Segura y asintió lentamente. No le agradaba cómo se estaban desarrollando los acontecimientos en el Sharq al-Ándalus. ¿Cómo responderían los andalusíes a la detención de personas tan ilustres y respetadas? ¿Y los ricos y notables a cuyas familias pertenecían? Con una sola decisión, Mardanis podría ganarse la enemistad de todos los estamentos y clases sociales del Sharq. Le había advertido de los riesgos de detener a los alfaquíes críticos con sus políticas. Y era el juez supremo. No era un hombre a quién debía ignorar, pero si se decidía a hacerlo, suya sería toda la responsabilidad.

—Deberán ser debidamente juzgados —apostilló al-Hallal alzando el mentón en un alarde de dignidad. Si le ordenaba detener y juzgar a los agitadores lo haría, pero seguiría el procedimiento judicial establecido para este tipo de casos.

Mardanis bebió un trago de vino y se encogió indiferente de hombros.

—Bien, júzgalos si lo crees conveniente, pero asegúrate de que acaben con sus huesos en un calabozo.

En no pocas ocasiones, los juicios no son más que una burda farsa, una mentira cuyo propósito es conceder una pátina de legalidad a causas ya sentenciadas. Al-Hallal, como juez supremo del Sharq al-Ándalus, lo sabía, pero era muy escrupuloso con los procedimientos. Si el emir pretendía condenar a los imanes, antes tendrían que ser juzgados, aunque su sentencia ya hubiera sido dictada. El concepto de justicia es relativo cuando depende de la voluntad de

gobernantes y poderosos, que la doblegan y pervierten hasta acomodarla a sus propios intereses.

—¿Qué hacemos con los jóvenes que atacaron al músico? —preguntó al-Hayy cambiando de asunto. Se consideraba un hombre justo dentro de las limitaciones definidas por la voluntad del emir y hubiera preferido explorar otras alternativas antes que juzgar y condenar a los imanes, pero Mardanis había tomado una decisión y el juez militar la aceptó sin discusión. Conocía muy bien el lugar que Alá había dispuesto para él y no tenían ninguna intención ni interés de ponerlo en riesgo.

El emir de Murcia miró a Hamusk y le hizo un gesto para que fuera él quien respondiera a la cuestión del juez militar.

—Han sido sometidos a tormento, ¿verdad? —preguntó el señor de Segura.

Al-Hayy asintió y respondió:

—Así es. Y han soportado la tortura sin revelar ningún nombre ni información valiosa que nos ayude a entender cuál es la verdadera magnitud del movimiento unitario en Valencia.

—Entonces ya no nos son útiles —observó Hamusk—. O quizá sí... —hizo una leve pausa y se mesó la barba—: Han reconocido el tawhid, ahora son nuestros enemigos —giró la mirada hacia Mardanis—. Mi señor, si estuviera en mi mano, ordenaría que fueran degollados a la vista del pueblo y sus restos crucificados extramuros de Valencia. Los valencianos no deben tener ninguna duda del destino que les espera a los que osen unirse a los almohades.

El emir de Murcia se limitó a asentir con los labios apretados, dando por buena la propuesta. Desvió la vista hacia el juez supremo y dijo:

—Júzgalos también, pero no te esfuerces demasiado. Ya conoces la sentencia. —Al-Hallal cabeceó afirmativamente—. He sido muy permisivo con imanes y alfaquíes —prosiguió Mardanis—. Tendré que vigilarlos más de cerca —añadió, mirando a Hamusk.

Al juez supremo no le pasó desapercibida la mirada que intercambió el emir con su suegro. ¿También Hamusk lo vigilaría a él? ¿Al juez supremo del Sharq al-Ándalus? Todo era posible en un reino sumido en el recelo y la desconfianza.

Tudején, reino de Pamplona, enero de 1151

En noviembre de 1150 falleció el rey de Pamplona García Ramírez. Su hijo Sancho fue proclamado rey. Urraca, esposa del fallecido rey e hija ilegítima del emperador Alfonso de León, regresó a Asturias. Su padre, siguiendo su arraigada costumbre de coronar reyes, le otorgó el título de reina de Asturias. Urraca fue el fruto de los escarceos de Alfonso de León con Gontroda Pérez, hija del magnate asturiano Pedro Díaz, quien lo recibió en su casa cuando Alfonso de León se desplazó a tierras del norte para combatir una sublevación liderada por quien fuera su alférez, el conde González Peláez de Oviedo. La muerte de García Ramírez dejaba al reino de Pamplona sumido en la inestabilidad, con una nobleza voluble y traicionera con la que tendría que tratar un joven e inexperto rey de diecisiete años. El emperador y Ramón Berenguer advirtieron una magnífica oportunidad de aumentar sus reinos y no a costa de los musulmanes, sino de otro rey cristiano en el caso de que el joven rey no fuera capaz de asentarse en el trono. Pero Ramón Berenguer quería más. No le bastaba con hacerse con parte del reino pamplonés, sino también pretendía cerrar con el emperador el reparto del Sharq al-Ándalus de Muhammad ibn Mardanis. Así pues, en Tudején firmaron un acuerdo que contemplaba que, una vez tomada Pamplona, el margen izquierdo del Ebro sería incorporado al imperio de León, mientras que el derecho se anexaría al reino de Aragón. Las tierras entre Tudela y el Moncayo se repartirían a partes iguales entre ambos reyes. Cerrado el asunto pamplonés, se concretó la repartición del reino del emir Muhammad ibn Mardanis: El príncipe de Aragón se haría con Valencia y Denia, y todos los territorios andalusíes hasta la frontera de Murcia salvo Lorca y Vera. El resto del Sharq al-Ándalus formaría parte del imperio leonés. Las negociaciones fueron extremadamente rápidas, pues había una importante boda que celebrar. Firmado el acuerdo de Tudején con Ramón Berenguer, el emperador prosiguió su viaje hasta Laguardia, donde el 31 de enero tendría lugar la boda de su hijo el infante Sancho con Blanca Garcés, hija del fallecido rey García Ramírez.

El séquito del emperador serpenteaba por un bosque de robles salpicado por algunos pinos. El cielo estaba cubierto y soplaban un frío viento del norte. Los caminos estaban encharcados por las últimas lluvias haciendo el viaje aún más penoso. Enero no era un buen mes para emprender viajes por el norte de Hispania. A la derecha del emperador cabalgaba Sancho. Había estado presente en las negociaciones de su padre con el príncipe de Aragón. El emperador los llevaba a él y a su hermano Fernando a las campañas militares y a las reuniones con otros monarcas si consideraba que podrían ser de interés. Quería que fueran conociendo el oficio de rey. Sancho escuchó en Tudején todos los detalles del reparto de los reinos de Pamplona y del Sharq al-Ándalus entre su padre y el catalán.

—No creo que ni a Sancho de Pamplona ni a Mardanis les agrade que nos hayamos repartido sus reinos con el príncipe de Aragón —observó Sancho.

—Espero que no sea necesario que lo hagamos —replicó el emperador.

El infante, a quien Alfonso de León había nombrado rey de Nájera en su incontenible costumbre de fabricar reyes, lo miró con el ceño fruncido.

—García Ramírez fue un vasallo díscolo —comenzó a explicar el emperador—. En los inicios de su reinado no perdía ocasión para importunarme y hostigar nuestras fronteras, afición

que me he propuesto evitar que herede su hijo Sancho. El nuevo rey de Pamplona aún no me ha prestado homenaje y según parece, no tiene mucha intención de hacerlo. Es joven, impulsivo y necio. Considera que no necesita de mi apoyo para defender Pamplona de las ambiciones del príncipe de Aragón. ¿Sabes que se reunió con Ramón Berenguer poco después de la muerte de su padre?

Sancho negó con la cabeza.

—Pretendía formalizar una alianza con Aragón, pero el príncipe Ramón Berenguer, más experimentado y astuto, sabe muy bien que cualquier tratado firmado entre reinos vasallos debe contar con el visto bueno de León.

—¿Sancho de Pamplona intentó pactar a escondidas con el príncipe de Aragón? —observó el infante.

—Como ya te he dicho, es joven, arrogante y está pésimamente aconsejado. Este tratado les hará entender tanto a él como a los notables pamploneses que yo soy quien manda en Hispania y que ni si quiera los reyes pueden escapar a mi estricta vigilancia. Su reinado será breve y Pamplona desaparecerá como reino, si no se atiende a razones y sigue empeñado en poner a prueba mi paciencia.

—Sospecho que os habréis preocupado de que Sancho de Pamplona conozca los detalles del pacto de Tudéjén, con el fin de persuadirlo de que lo más conveniente para él y para el reino es renovar el juramento de vasallaje de su padre, García Ramírez.

—Esa es la idea. —El emperador miró a su hijo y sonrió. Su primogénito aprendía rápido los escarpados y espinosos caminos por los que se conduce la política—. No está en mi ánimo invadir Pamplona, solo pretendo mantener el orden entre los reinos que conforman Hispania.

El infante asintió. Aunque al principio le parecieron terriblemente confusos, entendió los motivos que habían llevado a su padre a repartirse el reino de Pamplona con el príncipe de Aragón. Pero aún necesitaba entender por qué también se repartieron el reino de Muhammad ibn Mardanis, cuando el andalusí, a diferencia de los reyes cristianos, siempre había actuado con sincera lealtad. Y así se lo preguntó al emperador:

—¿Y respecto al Sharq al-Ándalus?

—Este asunto precisa de una buena explicación —comenzó a responder el emperador, acariciándose la barba—. Mardanis es un buen vasallo. Nunca nos ha generado problemas y acude a mi llamada con presteza. Por desgracia, no puedo decir lo mismo de otros reyes que aun siendo cristianos actúan con desidia a mis requerimientos cuando no con manifiesta rebeldía y deslealtad —añadió, recordando al felón del rey Alfonso Enríquez de Portugal.

—Se enfurecerá cuando lleguen a sus oídos que nos hemos repartido su reino con los aragoneses —observó Sancho.

—Mardanis no tendrá nada de qué preocuparse mientras me rinda vasallaje y combata a los almohades —afirmó el emperador.

—Pero os habéis repartido su reino con el príncipe de Aragón.

—Ramón Berenguer tiene firmada una fructífera tregua con el andalusí de la que ha obtenido muy buenos rendimientos.

—Los territorios del valle del Ebro y el pago anual de miles de morabetinos de oro —dijo Sancho, interesado en demostrar a su padre que estaba bien informado.

El emperador Alfonso de León asintió con una sonrisa.

—No tiene interés en embarcarse en nuevas aventuras hacia el sur, pero esta situación cambiaría radicalmente si el Sharq al-Ándalus cayera en manos de los almohades. Este tratado contempla este escenario y no otro. Es conveniente dejar cerrado de antemano el reparto de los

territorios musulmanes para evitar futuros conflictos y malentendidos con los aragoneses — desvió la vista hacia su hijo—. Las tropas leonesas jamás invadirán el Sharq mientras Mardanis siga siendo un buen vasallo y combata con ferocidad a los unitarios.

El infante asintió y dijo :

—Tendréis que explicarle al emir de Murcia este detalle del pacto con Ramón Berenguer.

—Es cierto, no quiero mantener ningún desencuentro con el andalusí. Él no lo merece y nosotros lo necesitamos.

—Este pacto será utilizado por los enemigos del emir para causarle problemas —prosiguió el infante—. Es muy sencillo ocultar que solo se ejecutará si los africanos conquistan el Sharq al-Ándalus, y aunque Mardanis se esfuerce en explicar al pueblo la realidad del pacto, el daño ya estará hecho, porque las mentiras entrelazadas con medias verdades resultan más creíbles que la verdad misma.

—¿Eso te lo ha enseñado Gutierre Fernández de Castro? —preguntó admirado el emperador, quien no había calculado con precisión ese aspecto del pacto de Tudején.

—Es un buen preceptor —confirmó Sancho, satisfecho de haber sorprendido a su padre con un comentario tan perspicaz.

—He de hablar con Mardanis —reconoció el emperador— y explicarle los detalles del pacto antes de que lleguen manipulados a sus oídos. Es un aliado que conviene cuidar y conservar —desplazó la vista hacia su hijo—. Este será otro de tus cometidos cuando reines. Sinceramente, es el único rey del que me fio.

—A pesar de ser musulmán.

—La lealtad no entiende de reinos ni de religiones, solo de hechos. Y Mardanis ha demostrado ser leal. Debemos felicitarnos de que no haya claudicado ante los almohades como han hecho otros reyes andalusíes. Lo necesitamos para contenerlos. Y aunque este tratado evidencie lo contrario, te puedo asegurar que el andalusí está ahora más protegido que nunca. Mardanis solo deberá preocuparse de mantener a los almohades alejados de sus fronteras.

—No será tarea fácil —apostilló el infante Sancho.

—No, no lo será, por tal motivo debemos evitar generarle más problemas de los que ya tiene —afirmó Alfonso de León con semblante preocupado. Su hijo le había hecho entender la facilidad con la que los enemigos del emir de Murcia se servirían de sus acuerdos con Ramón Berenguer, posiblemente el cristiano más odiado por los andalusíes del Sharq, para atacarlo con furiosa cólera. Las decisiones mal meditadas suelen tener consecuencias imprevistas y devastadoras.

Murcia, febrero de 1151

Ali al-Hallal paseaba meditabundo por el patio de la mezquita. Hacía algo más de una hora que había finalizado la *jutba* y los feligreses que acudieron al templo para escucharlo se habían marchado. Una vez más, su sermón había sido comedido y prudente. Se preocupó de ensalzar las virtudes del emir y de condenar a los enemigos del Islam. Su semblante era tenso y preocupado. Temía que Alá lo juzgara por permitir que un falso musulmán condujera el destino de miles de buenos creyentes. El rebaño guiado por un mal pastor acaba por extraviarse o, lo que era aún más grave, por despeñarse por profundos acantilados. Y esto era precisamente lo que el alfaquí estaba seguro de que les sucedería a los andalusíes del Sharq al-Ándalus. Mardanis era un pastor carente de virtudes y colmado de defectos. Un emir pésimo. El pueblo que permite que sus líderes sean nefastos a ojos de Dios y de los hombres, merecen el terrible destino que los aguarda. Pero Ali al-Hallal tenía muy presente en su memoria la reunión que mantuvo en su casa con su hermano Ahmad y con Abu ibn Abbas. Suspiró y tomó asiento en un banco de piedra adosado a uno de los muros. Abu ibn Abbas vivía en un constante temor desde aquel encuentro. Él, que era partidario de someterse al califa, temblaba de puro miedo a la hora de poner en práctica sus convicciones. Era un hipócrita. Sus actos eran incompatibles con sus palabras, pensamientos y creencias. Otro falso musulmán. Estuvo evitándolo durante semanas, como si fuera portador de una pestilente y contagiosa enfermedad. El muy cobarde suplicó a Ahmad que lo alejara de Murcia, de su presencia. Su hermano le encontró acomodo en la judicatura de Játiva. Y allí se fue, posiblemente para no regresar a Murcia jamás. Ali al-Hallal esbozó una amarga sonrisa llena de tristeza y decepción. Desvió la mirada hacia la fuente de abluciones que se encontraba en el centro del patio. Su mente bullía en una terrible lucha de sentimientos encontrados, debatiéndose entre su obediencia a Dios y a su hermano mayor. Como maestro del *Mudawwana*, sabía muy bien que para que en una familia reinen el orden y la concordia, debe imponerse una estricta jerarquía. Y su hermano Ahmad era el cabeza de familia de los banu Hallal. Le debía respeto y obediencia. Pero antes que su hermano se encontraba Alá, pues Alá es lo primero y lo único. Antecede a todo lo demás. Un hombre pasó por delante de su vista. Estaba barriendo el patio. Se trataba de un vagabundo de nombre Ibrahim ibn al-Salam al que Ali al-Hallal agradecía con unas monedas que aseara el templo, más como una obra de caridad que por verdadera necesidad. El menesteroso malvivía pidiendo limosna en la puerta de la mezquita y con las monedas con las que el alfaquí le recompensaba por su trabajo. Pero era un ferviente musulmán. Escuchaba con interés todos sus sermones y desplegaba su alfombrilla con devoción en cada uno de los cinco rezos diarios. Barría el polvo y las hojas arrastradas por el viento mientras susurraba una suerte de letanía ininteligible. Ali al-Hallal aguzó el oído para escuchar lo que aquel pobre hombre de mediana edad, de carne enjuta y espalda encorvada musitaba con sus labios resecos.

—¿Qué estás susurrando? —le preguntó Ali al-Hallal.

Ibrahim ibn al-Salam se detuvo sin apartar la mirada del suelo. Que el imán de la mezquita se dirigiera a él era un privilegio al que no estaba acostumbrado.

—Alá es misericordioso, es grande, es único. Esto es lo que susurran mis labios, mi señor imán.

Ali al-Hallal se acercó a él. Sus ojos pequeños de mirada extraviada y su labio inferior colgante revelaban que Alá no se había prodigado a la hora de concederle las virtudes del entendimiento.

—¿Eres un buen musulmán?

—Intento serlo, mi señor imán. Rezo, ayuno y salvo dar limosna a los pobres, porque no hay en Murcia nadie más pobre que yo, cumplo con todos los mandatos del Profeta —respondió Ibrahim ibn al-Salam—. Mi señor, durante años no me he perdido ni un solo sermón y mi corazón llora de gozo cuando escucha al imán predicar que Alá ama a todos los seres que ha creado y que desde el emir hasta el último de los miserables que pueblan la tierra tienen una misión encomendada por nuestro Dios.

Ali al-Hallal asintió. No recordaba un día en el que no lo hubiera visto en la puerta pidiendo limosna y luego escuchando su sermón con arrobada pasión e interés.

—Así es, Ibrahim, todos tenemos una misión, incluso tú.

—¿Incluso yo?

—Tú mismo lo acabas de decir; todos los hombres creados por Alá tienen una misión. Todos, incluso los pobres y olvidados.

—¿Y cuál es? —preguntó impaciente por conocerla.

—Defender el Islam es la principal misión de todo buen musulmán. Aunque conlleve poner en riesgo su propia vida.

—Aceptaría esa misión con agrado, mi señor imán.

—¿Estás dispuesto a proteger el Islam de sus enemigos? ¿A sacrificar tu propia vida si fuera preciso por cumplir la voluntad de Alá?

—Mi vida no tiene valor. Es solo polvo en el camino. Alá puede servirse de ella como más le convenga.

Ali al-Hallal comprendió que al-Salam no era solamente un pobre hombre corto de entendederas, sino que se encontraba ante un fanático religioso sin futuro ni esperanza más allá de inmolarse por la fe. Este descubrimiento le podría ser de utilidad. Decidió seguir explorando esta posibilidad.

—Todas las vidas son valiosas para Alá, querido Ibrahim. Todas, desde la del emir hasta la del esclavo. ¿Por qué iba a crearlas si no? Quien niega esta evidencia ofende a Dios, pues rechaza que nos ha creado para un propósito, un fin superior que nuestro limitado conocimiento no alcanza a entender.

—Mi corazón salta de gozo en mi pecho, porque el imán ha confirmado mis pensamientos. Incluso mi miserable vida podría cobrar sentido si sirviera para cumplir la voluntad de Alá.

—Así es, Ibrahim; todos tenemos un propósito, lo importante es averiguar cuál es. Pero en tu caso, creo que lo he descubierto.

Al-Salam lo miró con ojos acuosos, suplicantes, impacientes.

—¿Y cuál es? —preguntó.

Había despertado el interés del mendigo, ahora solo debía manipularlo con habilidad para guiarlo hacia sus oscuros propósitos.

—En el Sharq al-Ándalus habita un hombre, mejor dicho, un monstruo de hipocresía y falsedad. Un demonio que es necesario destruir.

Ibrahim lo miraba con ira en los ojos y labios apretados.

—Mi señor imán, ¿es mi misión destruir ese monstruo? Si es así no tengo miedo, pues Alá nunca abandona a los desvalidos y menesterosos. Por favor, ¿dímelo? —preguntó impaciente—. ¿Soy el elegido para que se cumpla su voluntad? ¿Para exterminar ese demonio?

Ali al-Hallal hizo una pausa para aumentar la turbación en el ánimo de Ibrahim ibn al-Salam.

—Alá bendecirá al creyente que extermine a ese monstruo y lo acogerá en su seno como al primero de sus hijos —tomó al mendigo de los brazos y le dijo—: Y Alá te ha elegido. Tu existencia no ha sido inútil a sus ojos.

—Haré lo que me pidas, mi señor —afirmó Ibrahim cargado de esperanza.

—No seré yo quien te lo pida, Ibrahim, será Alá. Siempre es Alá.

Al-Salam se arrojó a los pies de Ali al-Hallal embriagado de emoción y gratitud y con los ojos cubiertos de lágrimas. El alfaquí sonrió. Había encontrado el instrumento perfecto para ejecutar su plan. Ahora solo debía de tener un poco de paciencia y esperar a que se presentara el momento propicio.

Valencia, mayo de 1151

A oídos de Sancho de Pamplona llegaron los asuntos que el emperador Alfonso de León había tratado con el príncipe de Aragón, Ramón Berenguer, en Tudején. El joven rey tenía ambiciosos proyectos para Pamplona y jurar vasallaje al emperador no estaba entre ellos. Pero su reino podría desaparecer devorado por León y por Aragón. Ante tal perspectiva tan poco alentadora, se tragó su orgullo y aprovechó el enlace de su hermana Blanca con el infante Sancho en Laguardia para jurar vasallaje al emperador de las Hispanias. Alfonso de León aceptó su sumisión con satisfacción y mandó guardar el tratado de Tudején en el fondo de un arcón olvidado. Pero los detalles del pacto entre Alfonso de León y Ramón Berenguer no se detuvieron en Laguardia, sino que volaron con la velocidad de un vendaval hasta el Sharq al-Ándalus. En Valencia, el humillante reparto del reino entre dos reyes cristianos, supuestamente aliados, fue recibido con sorpresa, incredulidad y rabia.

Yusuf ibn Hamid bebía una infusión de hierbas al abrigo de la sombra de un peral en el patio interior de su almunia. Era un rico hacendado valenciano, cuya prestigiosa familia había sido desplazada por la irrupción, primero de Ibn Iyad y posteriormente de los banu Mardanis. Ahora contemplaba con frustración y resentimiento como uno de ellos, Yusuf ibn Mardanis, hermano del emir, gobernaba con indolencia y desinterés la Valencia por la que tanto habían luchado sus antepasados. Era un hombre de unos cuarenta años, calvo, de rostro enjuto y barbilla afilada. Sus ojos eran oscuros, penetrantes y astutos. Se acariciaba pensativo una barba aún negra y muy bien recortada. Una fresca brisa refrescaba la tarde de una jornada que había sido especialmente calurosa. Lo acompañaba al-Malik ibn Silban, buen amigo de la familia y con quien compartía odios y rencores hacia los banu Mardanis.

—Es intolerable —dijo de pronto Yusuf ibn Hamid con una mueca de indignación y enfado, después de haber bebido un trago de infusión. Silban asentía en silencio, pues adivinaba a qué se refería su amigo—. Nuestro amado reino se lo reparten los reyes cristianos como si se tratara de los servicios de una vulgar mujerzuela. Si nuestro emir tuviera un ápice de honor y vergüenza rompería el vasallaje que lo une al emperador de los cristianos y le haría la guerra —hizo una pausa, negó con la cabeza y prosiguió—. Pero claro, a veces olvidamos que Mardanis es uno de ellos.

—Es un hipócrita, un falso musulmán —intervino Silban, expulsando gotas de saliva y rabia por la boca. Se trataba de un hombre corpulento de algo más de treinta años, de tez morena, expresión hosca y mirada siniestra. Era un exaltado que contemplaba con impaciencia y regocijo el avance de las hordas almohades por al-Ándalus—. Viste como un cristiano, habla como un cristiano y rinde vasallaje a un cristiano. ¡Por Alá! —alzó la cabeza y las palmas de las manos hacia los cielos en un gesto teatral—. ¡Es más cristiano que musulmán! —desvió la mirada hacia Yusuf ibn Hamid—. Ha entregado Tortosa, Fraga, Lérida y Mequinenza a ese maldito conde barcelonés, ¿qué le impediría hacer lo mismo con Valencia?

—Nada, absolutamente nada —reconoció Yusuf ibn Hamid—. Los valencianos estamos furiosos, indignados —comenzó a explicar—. No entendemos los motivos que han llevado al juez supremo Ahmad al-Hallal a encerrar a varios imanes y alfaquíes. Son todos hombres

piadosos y honorables. Los conozco muy bien. Su único delito es decir la verdad desde el almimbar. Ya ves, querido amigo, en la Valencia de los banu Mardanis se premia a los infieles y se castiga a los buenos musulmanes —hizo una pausa y prosiguió—: ¡Y esos pobres muchachos! —negó con la cabeza—. Degollados como si fueran corderos para el sacrificio, y como si su cruel ejecución no fuera suficiente escarnio para ellos y sus familias, crucificaron sus cuerpos para que fueran pasto de los cuervos y de las moscas, en lugar de entregárselos a sus seres queridos para que los lavaran y los enterraran como es debido. La crueldad de Mardanis no conoce límite —alzó la vista y miró a Silban con determinación—. Debemos detenerlo. Es nuestra obligación como musulmanes. Alá no entenderá que permanezcamos con los brazos cruzados mientras sus servidores son entregados al sacrificio y al martirio.

Silban lo miró con interés y esperanza a partes iguales.

—¿Qué tienes pensado? —le preguntó.

—Hay que rebelarse contra los banu Mardanis —respondió golpeando la palma de la mano con el puño—. Hemos de levantar al pueblo en armas y entregar la ciudad a los almohades. El califa enviará tropas y nos defenderá de Mardanis y de los cristianos.

—¿Entregar Valencia a los almohades? —preguntó Silban. La idea le parecía de lo más sugerente. Solo el califa podría poner límite a la codicia de los reyes cristianos y a la impiedad del emir.

—Abd al-Mumin ha reclamado la presencia de los gobernadores andalusíes en Salé —comenzó a explicar Ibn Hamid—. Según tengo entendido, a su llamada han respondido Ibn Wazir de Beja y Évora; Yusuf al-Bitruyi de Niebla; Ibn al-Hayan de Badajoz; Ibn Azzun de Ronda y Amil ibn Mumib de Tavira. Pocos son los gobernadores andalusíes que se resisten a reconocer al califa como único señor de todo al-Ándalus. Y entre ellos se encuentra el necio de Mardanis. No permitamos que su enfermiza inclinación por agradar a los cristianos nos arrastre a la destrucción. Es voluntad de Alá que Valencia siga siendo musulmana. ¡Rebelémonos contra su tiranía! —exclamó, alzando desafiante los puños.

Silban lo escuchaba entusiasmado. Se consideraba un buen musulmán, piadoso y estricto en la observancia de las enseñanzas del Corán y del Profeta. No ocultaba sus simpatías por los unitarios en los encuentros con sus amigos más cercanos. Sublevarse contra los banu Mardanis y entregar Valencia a los almohades era una perspectiva que lo llenaba de un ardor incontenible. Pero también se trataba de una empresa colosal no exenta de peligros.

—Estoy de acuerdo. Debemos desprendernos de los banu Mardanis o Alá nos castigará por tolerar sus pecados y por servir a un emir impuro, un borracho amigo de furcias y cristianos, pero el ejército lo apoya y su hermano es el gobernador de Valencia. No será tarea sencilla —apostilló Silban con gesto de contrariedad.

Yusuf Ibn Hamid asintió repetidas veces y bebió un trago de infusión.

—Los grandes proyectos no suelen serlo, querido amigo, sino que requieren de cierto grado de audacia y riesgo —comenzó a explicar con serenidad. Su mente ya había desarrollado un plan y ahora se disponía a verbalizarlo—. El pacto firmado entre Alfonso de León y Ramón Berenguer alimentará el fuego de la ira en el corazón de los valencianos. Los trinitarios se reparten sin disimulo el Sharq al-Ándalus. Es una humillación que un buen musulmán jamás debería tolerar —hizo una pausa. Sus labios esbozaron una sonrisa enigmática—. Hace tiempo que estoy en contacto con agentes almohades infiltrados en Valencia.

Silban abrió los ojos admirado por la sorprendente revelación.

—Con ayuda de estos agentes —prosiguió Yusuf Ibn Hamid—, propagaremos por las calles el rumor de que Valencia será entregada al conde de Barcelona como sucedió con Fraga,

Mequinenza y Lérida, pues es el precio que el traidor de Mardanis ha decidido satisfacer para salvar sus riquezas y mantener el poder. No necesitaremos arengar al pueblo, saldrá por sí mismo a las calles cuando advierta que su fe y la de sus antepasados está siendo amenazada.

—¿Y cuándo lo haremos? —preguntó impaciente al-Malik ibn Silban, ante la estimulante perspectiva de desprenderse de los banu Mardanis.

—Necesitamos que Yusuf ibn Mardanis haya abandonado la ciudad y que el emir se encuentre alejado de Valencia con sus ejércitos. Ese será el momento propicio. Mientras tanto, me reuniré con los agentes almohades y con nuestros seguidores. Llegado el momento, agitaremos las calles y removeremos conciencias. En definitiva, encenderemos una furia desatada e incontrolable en el ánimo de los valencianos.

Silban reflexionó sobre el plan de Hamid. El juez supremo Ahmad al-Hallal había ordenado la detención de un nutrido número de alfaquíes e imanes, acusados de enaltecer desde los almimbares a la población contra el emir y de favorecer la causa unitaria, pero la gran mayoría habían quedado libres. Solo unos pocos fueron juzgados y condenados. Ahmad al-Hallal intentaba revestir de legitimidad un proceso que había sido corrupto desde el inicio. Disponían de un ejército de alfaquíes, imanes y ulemas afines a sus ideas dispuestos a arengar al pueblo desde almimbares, bazares y mercados. Estaban furiosos, indignados, impacientes por vengar la injusta condena a sus compañeros y su propio encarcelamiento. Muchos de ellos habían sido sometidos a tormento y a todo tipo de penalidades en calabozos insalubres, oscuros y húmedos. Y ahora estaban dispuestos a sacrificarse, a ofrecerse al martirio por defender su fe. Alentar al pueblo a la sublevación y expulsar de Valencia al gobernador, Yusuf ibn Mardanis, no supondría una gran complicación. Con la ayuda de los espías almohades podrían conseguirlo. Luego simplemente habría que resistir hasta que el califa Abd al-Mumin acudiera en su auxilio. El plan podría funcionar.

—Y por Alá que la despertaremos, Hamid, no tengas la menor duda —afirmó Silban con rotundidad, convencido de que Valencia sería la tumba de los banu Mardanis.

Jaén, julio de 1151

Muhammad ibn Mardanis observaba desde su montura cómo los soldados cristianos se afanaban en las tareas de asedio. Empujaban máquinas de guerra, cavaban zanjás y elevaban empalizadas para proteger el campamento de un posible ataque almohade. Los cristianos lo observaban y murmuraban a su paso. El emir de Murcia cruzó el campamento, se dirigía al pabellón del emperador de las Hispanias. Lo flanqueaban Ibrahim ibn Hamusk y Ali ibn Obaid, y lo seguía una reducida escolta de doce jinetes. Sus soldados acamparon alejados de los cristianos. Entre musulmanes y cristianos había macerado un odio visceral alimentado por la religión y los intereses particulares. Solo les unía el temor a los almohades. Era conveniente poner tierra de por medio para evitar encuentros desafortunados que podrían tener consecuencias desastrosas. Mardanis se pasó el dorso de la mano por la frente. El calor era insoportable. El almófar y la loriga lo abrasaban a pesar de estar cubiertos con una túnica. Estaba de pésimo humor. El emperador había reclamado su presencia en Jaén. El mismo emperador que había firmado con el príncipe de Aragón el reparto de su reino. Este recuerdo inflamó aún más su ira. Estuvo tentado de rechazar el llamamiento. El emperador, su supuesto amigo y aliado, había decidido sobre el destino del Sharq al-Ándalus y pactado su desaparición con su peor enemigo. ¿Por qué debía acudir a su llamada? Apretó con fuerza las riendas de su montura. El corazón golpeaba con fuerza las paredes de su pecho. Recordó la carta de Abd al-Mumin conminándole a viajar a Salé para rendirle homenaje y reconocerle como califa de al-Ándalus. Reyes, califas, condes, emperadores... todos, absolutamente todos, anhelaban su reino. Llegó a pocos pasos del pabellón de Alfonso de León masticando su rabia. Vio cómo Gutierre Fernández de Castro entraba en la tienda para anunciar su llegada. Le sorprendió que al poco el mayordomo mayor saliera del pabellón acompañado por los infantes Sancho y Fernando.

—Saludos, emir del Sharq al-Ándalus, me complace verte por aquí.

Mardanis estaba tan ensimismado mirando al pabellón del emperador que no había reparado en la presencia de Manrique Pérez de Lara. Se limitó a asentir con la cabeza y continuó su camino. Al conde de Lara no le pasó desapercibido su gesto huraño y malhumorado. El emir de Murcia tampoco se molestó en disimularlo. Poco después se detuvo frente a la tienda de Alfonso de León. Inspiró profundamente intentando serenar sus ánimos y descabalgó.

—Esperadme aquí —ordenó a Hamusk y a Obaid sin ni siquiera mirarlos, y con paso decidido entró en el pabellón.

Alfonso de León se incorporó del escabel nada más ver al emir de Murcia descorrer el batiente.

—¡Amigo Mardanis! —El emperador se dispuso a abrazarlo con una sonrisa dibujada en los labios.

—Dadme una razón, solo una razón por la que debo seguir luchando a vuestro lado —le espetó Mardanis con una voz que traslucía su mal humor.

El emperador se detuvo. Su sonrisa mudó por un gesto de preocupación.

—Ven, siéntate —le ofreció a Mardanis un escabel con un gesto de mano.

El emir de Murcia se quitó el yelmo, lo puso sobre una mesa auxiliar y tomó asiento. Con las palmas de las manos se secó el sudor que corría por su frente y su rostro. Se podía respirar la tensión que impregnaba cada retal del pabellón. El emperador sirvió dos cubiletes de vino y le ofreció uno a Mardanis, pero este lo rechazó con un movimiento de cabeza. Alfonso de León cabeceó levemente y dejó el cubilete rechazado en la mesa. Un emperador no es dado a servir vino y mucho menos a que su gesto de cortesía sea rechazado.

—¿Qué es lo que te perturba? —le preguntó el emperador, armándose de paciencia.

—Bien lo sabéis. Vos y el conde de Barcelona os habéis repartido mi reino. Vos, a quien consideraba mi amigo, habéis pactado con mi peor enemigo la desaparición del Sharq.

—Te equivocas —corrigió Alfonso de León.

—¿Vais a negar...?

—Yo no voy a negar nada —interrumpió el emperador con serenidad—. Solo matizo que tu peor enemigo no es el príncipe de Aragón, si no los almohades que ahora se protegen tras las murallas de Jaén.

—Los almohades aún no me han arrebatado ni un pedazo de tierra, en cambio, el conde de Barcelona se ha hecho con mis ciudades del Ebro y ha confabulado con vos para robarme el resto de mi reino. ¿Estáis seguro de que no es mi peor enemigo? Os repito, *mi señor*, dadme una sola razón para seguir luchando con vos.

—¿Recuerdas el pacto que Ramón Berenguer firmó con García Ramírez? —preguntó el emperador.

Mardanis asintió:

—Como olvidarlo. En ese acuerdo ambos reyes se repartieron los territorios musulmanes conquistados, incluido el Sharq al-Ándalus y acordaron el matrimonio de Blanca de Pamplona con el conde Ramón Berenguer, rompiendo su compromiso con el infante Sancho.

—El pacto firmado en Tudején con Ramón Berenguer es exactamente lo mismo; papel mojado. Ahora la mitad de tu reino está protegido, porque, según mi acuerdo con el príncipe de Aragón, me corresponde por derecho de conquista. Y del resto no has de preocuparte. Tienes firmado un pacto con el príncipe de Aragón que yo, personalmente, no solo me preocuparé de que respete, sino de que se amplie. Amigo Mardanis, este pacto no te afecta mientras tú seas mi vasallo y el Sharq al-Ándalus esté libre de almohades.

Mardanis miraba con firmeza al emperador, aunque su expresión ceñuda se iba suavizando. En cierto modo entendía su postura. Si Alfonso de León no hubiera firmado ese pacto con Ramón Berenguer, Valencia y quien sabe si también Murcia, estaría expuesta a los aragoneses. Pero ¿debía confiar en la palabra del emperador? ¿Qué sería del Sharq al-Ándalus una vez que los almohades hubieran sido devueltos a África? Torció los labios con una irónica sonrisa. Curiosamente, los unitarios se habían convertido en sus mejores aliados. Mientras permanecieran en Hispania, los cristianos estarían demasiado ocupados como para prestar atención a su reino. Pero quizá Alfonso de León respetara los pactos, pero dudaba mucho de que lo hicieran sus hijos Sancho y Fernando. Y Ramón Berenguer no tardaría un instante en cruzar la frontera norte con sus ejércitos una vez que la amenaza almohade hubiera sido anulada. Apretó los labios. Si el Sharq no era destruido por los almohades lo sería por los cristianos. Su destino parecía escrito. ¿Escrito? —se preguntaba Mardanis—. No permitió que este pensamiento lo hundiera en el desánimo. El destino tiende a discurrir por sendas tortuosas y extrañas, y sus designios son difíciles de entender. ¿Por qué preocuparse de acontecimientos futuros, cuando todo sucede por voluntad de Alá? Él defendería el Sharq al-Ándalus de sus enemigos hasta la última gota de su sangre. Esta era la única verdad. Este era el único destino que se disponía a aceptar. Lo demás

carecía de importancia.

—¿Entonces solo invadiríais vos y el conde de Barcelona el Sharq al-Ándalus si cayera en manos de los almohades? —preguntó Muhammad ibn Mardanis para ratificar las palabras del emperador.

Alfonso de León se limitó a asentir.

—Me tendríais que haber avisado —apostilló el emir de Murcia—. Este pacto ha generado un profundo malestar en mi reino y soliviantado los ánimos de muchos de mis consejeros, que han advertido en vuestro acuerdo con el conde un imperdonable acto de traición.

—Y te pido disculpas por ello —reconoció con pesar Alfonso de León. Tomó el cubilete de vino y se lo volvió a ofrecer al emir, que esta vez sí lo aceptó—. Mi hijo Sancho me advirtió que te informara del pacto antes de que su contenido, convenientemente manipulado por tus enemigos, llegara a oídos del pueblo. Ha sido un grave error de mi parte retrasar una reunión contigo para ofrecerte las explicaciones que mereces.

Los reyes no tienen por costumbre dar explicaciones, disculparse ni reconocer sus errores. Este gesto de sincera humildad humanizó a Alfonso de León. Mardanis asintió entre halagado y sorprendido, aceptando sus disculpas. Ahora entendió por qué estaban los dos solos en el pabellón. El emperador se disponía a justificarse ante un rey vasallo. Una escena tan poco habitual que podría conducir a engaño y nadie debía tener duda sobre quién era el señor y quién el vasallo.

—Confío en vuestra palabra —dijo Mardanis—. Y acepto vuestras explicaciones. Pero me preocupa que será del Sharq al-Ándalus cuando vos ya no estéis entre nosotros.

—Mis hijos Sancho y Fernando respetarán los pactos que he firmado contigo.

—¿Y Ramón Berenguer y sus descendientes?

—¡El príncipe de Aragón acaba de casarse! —exclamó el emperador entre carcajadas—. Concédeme algo de tiempo para que pueda engendrar un hijo. Luego ya tendrás tiempo de preocuparte —lo tomó de los hombros y le dijo—: Amigo Mardanis, créeme, te lo ruego, solo un nombre debe preocuparte y este es Abd al-Mumin.

Mardanis le observó con ojos entornados, intentando escrutar sus pensamientos. Sus palabras sonaron sinceras en sus oídos. Quizá todo aquello no fuera más que un malentendido, un mero juego de alianzas y pactos entre reyes cristianos. Pero Alfonso de León era el emperador de las Hispanias, los reyes cristianos le debían obediencia y vasallaje. Confío en que sabría contener las ambiciones del impertinente conde o príncipe o lo que fuera Ramón Berenguer después de su boda con Petronila de Aragón. Si así fuera, su reino estaría a salvo de invasiones cristianas. El Sharq al-Ándalus estaba aprisionado entre los aragoneses del norte y los unitarios del sur. Jamás podría hacer frente al mismo tiempo a enemigos tan formidables. Era momento de organizar sus prioridades y ahora lo urgente era arrojar a los almohades al mar y luego... bueno luego habría que resolver el asunto de Ramón Berenguer de forma definitiva.

—Y aquí estoy con mis tropas, con vos, para hacer comprender al califa que ha cometido un grave error al haber cruzado el Estrecho —dijo Mardanis.

Alfonso de León inspiró más sosegado. La participación del emir del Sharq era imprescindible si pretendía derrotar a los almohades. Su pacto con Ramón Berenguer había dañado su confianza. Y debía encontrar el camino para recomponerla.

—Juntos lo venceremos —aseguró el emperador. Estaba tan convencido de la victoria, que los almohades le inspiraron cierta lástima por perseguir con tanto esfuerzo una muerte segura al otro lado del Estrecho.

Jaén, agosto de 1151

El ejército combinado del emperador Alfonso de León y del emir Muhammad ibn Mardanis quemaron cosechas, arrancaron viñedos y cortaron olivos, pero no consiguieron desgastar el ánimo de los jienenses. Jaén estaba protegida por altas murallas y lo escarpado del terreno permitía que pequeñas partidas de forrajeadores escaparan del control de las patrullas cristianas y andalusíes, y regresaran a la ciudad con las alforjas llenas de comida. El agua tampoco suponía un problema para los sitiados, pues varios pozos abastecían a la ciudad. Se auguraba un asedio largo y fatigoso. Desde la montura, Alfonso de León contemplaba el alcázar de Jaén con preocupación. La torre del homenaje se perfilaba sobre un abrupto monte de pinos y chaparros. Era colosal, inexpugnable. Un asedio no parecía un buen método para hacerse con la ciudad, pero un asalto podría ser desastroso. Desconocían cuántos soldados almohades albergaba la alcazaba, pero sus altas murallas no necesitaban de numerosos efectivos para protegerla. Además, no era conveniente alargar en exceso el asedio, pues los jienenses podrían recibir en cualquier momento auxilio de Sevilla o incluso de África. Lo cierto era que el emperador necesitaba con urgencia una rotunda victoria frente a los unitarios después del fracaso en la conquista de Córdoba, pero desconocía como conseguirla. Comenzaba a replantearse si el asedio a Jaén había sido una buena idea. Acompañando al emperador, con las miradas fijas en las impenetrables murallas y sumidos también en sus mismas inquietudes, se encontraban Mardanis, Hamusk y Obaid, y los notables cristianos Manrique Pérez de Lara, Gutierre Fernández de Castro y el alférez Ramiro Froilaz.

—Hace calor —musitó Alfonso de León, chasqueando molesto la lengua.

—También para los sitiados —intervino el conde de Lara, intentando infundir algo de ánimo.

El ejército estaba exhausto, agotado. El calor era insoportable y por la noche nubes inmensas de mosquitos acosaban a los soldados impidiéndolos el descanso. Algunos habían enfermado. El asedio a Jaén estaba siendo más penoso de lo previsto.

—Que no falte agua a los soldados y que sean relevados de sus puestos cada dos horas —ordenó el emperador—. Es necesario que descansen, sobre todo, a mediodía, cuando el sol se encuentra en lo más alto.

—Creo que sería conveniente intentar tomar la ciudad por asalto —propuso Mardanis.

El emperador y los notables cristianos le lanzaron miradas cargadas de estupor y sorpresa.

—Sería por la noche, un grupo reducido de soldados podría escalar las murallas —se explicó el andalusí—. Los jienenses están tranquilos y confiados. Es un ataque que no esperan. Podrían ocuparse algunos de mis soldados.

—¿Y ser tú quien se llevase el mérito de la conquista de Jaén? —preguntó con los labios torcidos el alférez Ramiro Froilaz.

Mardanis contuvo la sonrisa que intentaba asomar por sus labios. El alférez había caído en la trampa.

—Bueno, si insistes, acepto que sean tus hombres quienes escalen los muros de Jaén.

—No enviaré a mis hombres a una muerte segura —refunfuñó Ramiro Froilaz—. Hazlo tú si quieres. Envía si te place a tus hombres al encuentro de vuestro Dios —esta perspectiva satisfizo al alférez, a quien no agradaban los musulmanes independientemente de que fueran andalusíes,

almohades o almorávides. Para él todos eran lo mismo; infieles. Si los andalusíes de Mardanis tenían éxito, las puertas de Jaén se abrirían a las tropas del emperador, pero si fracasaban, serían un puñado de musulmanes muertos.

—Entonces, no te importará que me lleve el mérito de la conquista de Jaén en caso de que tenga éxito.

Ramiro Froilaz se encogió indiferente de hombros.

—Es muy arriesgado —intervino el emperador negando con la cabeza—. No nos sobran soldados como para que los sacrifiquemos en gestas suicidas.

—Algo debemos de hacer o este asedio no durará meses, sino años —replicó Mardanis.

De pronto, se aproximaron al emir de Murcia varios soldados cristianos. Escoltaban a un grupo de musulmanes.

—¿Ahmad? ¿Al-Faras? —preguntó sorprendido Mardanis, reconociendo entre los musulmanes al juez supremo y al juez de Valencia.

—Mi señor, estos infieles quieren hablar con el emir de Murcia —anunció un soldado al emperador.

Alfonso de León miró a Mardanis.

—Los conozco. Un asunto muy grave ha debido conducirlos a Jaén.

—¡Mi señor, Valencia se ha sublevado! —exclamó al-Faras con semblante espantado.

Todas las miradas confluyeron en el emir de Murcia.

—Explícate, ¿qué ha pasado?

—Yusuf ibn Hamid y al-Malik ibn Silban dos fanáticos partidarios de los almohades han alentado a los valencianos en vuestra contra. Han tomado el alcázar y asesinado a los soldados y funcionarios que han rechazado unirse a la sublevación.

—¿Qué ha sido de mi hermano? —preguntó Mardanis preocupado.

—Yusuf ibn Mardanis se encontraba en Játiva —respondió Ahmad al-Hallal—, supervisando la construcción de la fábrica de papel cuando se desató la revuelta.

El emir exhaló un suspiro de alivio. Los conspiradores habían esperado a que su hermano se encontrara fuera de la ciudad y que él estuviera en campaña para rebelarse.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Hamusk.

Al-Faras bajó la vista.

—En cuanto se produjeron los primeros tumultos y comenzaron los asesinatos, escapé. Los rebeldes abandonaban en las calles los cuerpos degollados de los oficiales del ejército y de los funcionarios que se negaron a aceptar el tawhid. Tenía que escapar o sufriría su mismo destino.

—Huiste —observó Hamusk con una mueca de desprecio—. En ausencia del gobernador, tú eras la máxima autoridad de Valencia. Tu obligación como juez era someter a los rebeldes y restaurar el orden, en cambio, abandonaste la ciudad permitiendo que los sublevados tomaran el alcázar y asesinaran a los servidores leales al emir.

—Nada podía hacer —se excusó al-Faras con ojos vidriosos—. Eran muchos. Recorrían las calles enarbolando banderas blancas y obligaban a todo aquel que se cruzaba en su camino a abrazar la doctrina almohade. Los que se negaban eran asesinados. Logré escapar de milagro. Cabalgué sin descanso a Murcia para advertir de la rebelión al juez supremo.

—¿Cómo escapaste? —preguntó desconfiado el señor de Segura.

Al-Faras miró a Ahmad al-Hallal y este asintió levemente. Tragó saliva. Lo que se disponía a confesar le producía una terrible vergüenza.

—Aproveché la confusión para abandonar la ciudad... vestido de mujer. Luego me refugué en la almunia de un buen amigo que me ofreció un caballo y ropajes acordes a mi dignidad.

El señor de Segura hubiera estallado en carcajadas si la situación no fuera tan dramática. Incluso los cristianos allí presentes, tan dados a burlarse de los musulmanes, guardaron silencio.

—Envié un mensajero a Játiva para informar a tu hermano de la sublevación en Valencia —comenzó a explicar Ahmad al-Hallal, tomando del hombro al juez—. Y hemos cabalgado sin descanso hasta Jaén para avisarte de la situación —desvió una mirada severa hacia Hamusk—. Al-Faras hizo lo correcto. Su muerte no hubiera evitado que los sublevados tomaran Valencia.

—¿Quiénes apoyan a los rebeldes? —preguntó Mardanis.

—Alfaquíes y ulemas radicales, y numerosos refugiados del valle del Ebro que encontraron asilo en Valencia cuando sus ciudades fueron entregadas a Ramón Berenguer —respondió al-Faras—. Hamid, al-Malik ibn Silban y decenas de sus partidarios gritaban por las calles que Valencia iba a ser entregada al conde de Barcelona como había sucedido con sus ciudades. Muchos valencianos les creyeron.

—Llegaron a oídos de los radicales las condiciones del pacto que el emperador Alfonso de León ha firmado con Ramón Berenguer —dijo el juez supremo—. Y las han aprovechado para prender el miedo en los corazones de los refugiados y los valencianos.

—No te atrevas a culpar al emperador de la sublevación en Valencia —le espetó Mardanis con severidad.

—Solo traslado una realidad, mi señor —replicó Ahmad al-Hallal, admirado y sorprendido por la vehemente defensa que el emir hizo del emperador de los cristianos. Pero quizá tuviera razón. Le había advertido que reconsiderara su decisión de detener y juzgar a los alfaquíes e imanes más hostiles, pero le ignoró. Ahora Valencia estaba sufriendo las consecuencias. La sublevación tenía un responsable y este respondía al nombre de Muhammad ibn Mardanis.

—Era tu misión apresar a los radicales valencianos. Evidentemente has fracasado —le espetó Mardanis, fijando en el juez supremo unos ojos fríos como el hielo.

—Quizá la rebelión podría haberse evitado si hubieras escuchado mis recomendaciones. —Ahmad al-Hallal verbalizó sus pensamientos con la mirada fija y desafiante en el emir—. Juzgar a alfaquíes y ulemas ha enardecido aún más a los agitadores y radicalizado a los moderados. Y si unimos a este desatino los rumores del pacto del emperador con el conde de Barcelona, lo extraño no es que haya estallado una revuelta en Valencia, lo extraño, mi señor, es que no esté todo el Sharq al-Ándalus vomitando llamas.

Mardanis apretó los dientes furioso. El juez supremo lo estaba cuestionando delante de Alfonso de León. Apretó con fuerza la fusta. Por un instante pasó por su cabeza restallarla en su espalda hasta hacerlo sangrar. El emperador leyó sus intenciones en sus ojos enrojecidos por la rabia y se aproximó a él. El emir tenía que enfrentarse a una crisis horrible y no era momento de disputas ni de divisiones internas. Primero debían someter la sublevación de Valencia y luego arreglar sus asuntos. Solo los necios anteponen sus enfrentamientos personales al interés del reino.

—Es lógico que nuestros enemigos aprovechen el mínimo pretexto para alentar una rebelión —comenzó a decir con tono apaciguador, distrayendo la mirada implacable que Mardanis había clavado en el juez supremo—. Esos Hamid y Silban han sido muy astutos. Han confundido y dividido a los valencianos con sus mentiras. Pero no permitáis que también os dividan a vosotros. Ahora lo urgente es sofocar la sublevación, y solo unidos podréis conseguirlo —desplazó la vista hacia Mardanis—. Ve a Valencia y acaba con esos rebeldes antes de que reciban auxilio de Abd al-Mumin.

—Pero, mi señor, ¿y Jaén?

—¿De qué nos sirve tomar Jaén si Valencia cae en manos de los almohades? —preguntó

Alfonso de León—. Pon en orden tu reino y en septiembre, en Lorca, nos reuniremos para planificar la próxima campaña contra el califa.

Mardanís asintió. El grueso de sus ejércitos se encontraba en Jaén, cuando realmente lo necesitaba en Valencia para liberarla de los partidarios de los unitarios.

—Someteré a los rebeldes valencianos y en septiembre nos reuniremos en Lorca —aceptó Mardanís.

Alfonso de León cabeceó afirmativamente con los labios apretados. Se aproximó a Mardanís y le habló al oído:

—Mantén cerca de ti al juez supremo. A veces, necesitamos gente a nuestro lado que nos recomiende cosas distintas a lo que nos dictan nuestros pensamientos.

El emir miró de soslayo a Ahmad al-Hallal. Hubo de reconocer que detener a los imanes exaltados no había sido una idea brillante. Era un hombre honesto y admitió mentalmente su parte de responsabilidad en la sublevación.

—Pero ten cuidado con él. No se puede gobernar un reino si no se inspira algo de temor, y ese hombre, querido Mardanís, no te teme.

El emir asintió y almacenó en su memoria la acertada sugerencia del emperador. Causar temor, aunque sea en pequeñas dosis, siempre es de utilidad. Quien está libre de las ataduras del miedo es capaz de aventurarse a afrontar la más audaz de las proezas, como derrocar a un emir.

—Bien, vayamos a Valencia —anunció Mardanís—. Hay una rebelión que someter.

El emir se despidió del emperador y de los nobles cristianos con una leve inclinación de cabeza y giró su montura hacia su pabellón. El emperador contempló durante unos instantes cómo el emir de Murcia se marchaba seguido de Hamusk, Obaid y de los musulmanes que trajeron consigo tan funestas noticias. La sublevación de Valencia había sido un inesperado inconveniente que lo obligaba a prescindir de los ejércitos del andalusí en el asedio de Jaén. Si su conquista resultaba complicada, sin su participación se tornaba poco menos que imposible. Pero ahora Valencia era la prioridad. Si caía en manos de los almohades, no solo el Sharq al-Ándalus estaría en peligro, sino también Aragón, incluso su propio imperio quedaría a merced de los africanos. Valencia suponía una enorme brecha por la que las hordas unitarias se lanzarían con furia desmedida contra los reinos cristianos. Desvió la mirada hacia las murallas de Jaén. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. El calor era insoportable. El sol del estío castigaba con saña aquellas tierras.

—Si en dos semanas Jaén no se ha rendido, nos retiraremos —anunció sin apartar la vista de las impresionantes murallas que serpenteaban majestuosas sobre la cima del monte.

—¿Y el asalto nocturno? —preguntó Manrique Pérez de Lara, recordando la propuesta de Mardanís. Al conde de Lara la sugerencia no le parecía tan descabellada.

El emperador negó con la cabeza sin apartar la vista de las murallas de la ciudad sitiada.

—¿Un asalto nocturno? Es imposible —se limitó a responder negando con la cabeza—. Persistiremos en el asedio.

El conde de Lara asintió en silencio. Estaba preocupado por el destino de Valencia. Esas dos semanas eran el plazo que el emperador había concedido a Mardanís para resolver sus asuntos en Valencia con sus propios recursos. Si no lo conseguía, tendrían que acudir en su ayuda. Recuperar la ciudad era ahora una inesperada urgencia no solo para Mardanís, sino también para el emperador.

Murcia, septiembre de 1151

La noticia de la muerte en Silves de Ibn Qasi, el iluminado que viajó a África para solicitar el apoyo del califa Abd al-Mumin contra los almorávides, no tardó en llegar a Murcia. De su mano cruzaron el Estrecho los primeros unitarios en 1146. En 1150, convencido de que no era más que un títere que Abd al-Mumin manejaba a su antojo para extender su poder sobre el Garb al-Ándalus, decidió retirar su lealtad a los unitarios y buscó la protección del rey Alfonso de Portugal. A la población de Silves le enardeció que su señor se refugiara bajo la alargada sombra de la Cruz de Cristo. Enfurecida, se armó de horcas, palos y guadañas y, liderada por un puñado de alfaquies exaltados, marchó hacia el alcázar donde Ibn Qasi se había refugiado. Los soldados no solo no reprimieron la sublevación, sino que abrieron las puertas del alcázar a la turba, les franquearon el paso y les condujeron a la cámara de su señor. Y así terminó Ibn Qasi; asesinado con saña por la furibunda población de Silves. Los alfaquies y oficiales del ejército entregaron dócilmente Silves y Mértola al califa almohade para que los protegiera de la insaciable ambición del rey portugués. De estas noticias tuvo conocimiento Mardanis cuando se detuvo a descansar en el alcázar de Murcia de camino a Valencia. Se encontraba paseando por el patio interior del alcázar con Zobayda, la pequeña Zaida y Hamusk.

—Los almohades se extienden por al-Ándalus como una maldita plaga —afirmó el señor de Segura, recordando el triste destino de Ibn Qasi. No lamentaba su muerte, pues el iluminado fue el responsable del desembarco de los almohades en Hispania, pero Silves y Mértola habían claudicado y ahora todo el Garb al-Ándalus estaba en poder del califa.

—Con mayor motivo debemos recuperar Valencia —apostilló Mardanis.

Habían tomado asiento en un banco de piedra. Zobayda estaba de nuevo embarazada y se sentía cansada. Hacía mucho calor, a pesar de que las albercas, fuentes y jardines refrescaban el ambiente.

—El califa ha nombrado a uno de sus hijos, un tal Abu Yaqub Yusuf, gobernador de al-Ándalus —anunció Ibrahim ibn Hamusk.

—Pero los almohades aún no gobiernan en todo al-Ándalus —replicó Zobayda.

—Es cierto, todavía nos resistimos nosotros y los reinos de Málaga, Granada y Guadix —observó Mardanis—. El califa, al nombrar a Yusuf gobernador de al-Ándalus, le está encomendando la misión de someterla en su totalidad. La guerra es inevitable y nuestro enemigo es terriblemente poderoso.

—Sus ejércitos africanos son infinitos —remarcó Hamusk con semblante preocupado.

—Pero contamos con el apoyo de las tropas cristianas —afirmó Zobayda—. Al emperador le interesa derrotar a los almohades tanto como a nosotros.

—Confío en el emperador, pero no tanto en Ramón Berenguer —rezongó Mardanis, recordando el pacto de Tudején—. Temo que aproveche para atacarnos en la frontera norte, cuando nuestras tropas estén ocupándose de los almohades en el sur.

—No deberías confiar en ningún cristiano —apostilló Hamusk—. Para ellos somos simplemente infieles. Anhelan expulsarnos de Hispania y arrojarlos al mar. No esperes su ayuda cuando las enseñas blancas de los almohades ondeen desafiantes frente a las murallas de Murcia.

—Si el Sharq al-Ándalus cae en manos de los unitarios, el resto de la Península también lo hará —replicó Mardanis.

—Posiblemente, pero los cristianos son codiciosos y estúpidos. Aprovecharán nuestra debilidad para aumentar sus territorios a nuestra costa —miró a Mardanis—. Tampoco te sorprenda que pacten con los almohades hasta que se sientan lo suficientemente fuertes y confiados en la victoria como para atacarlos. Pero no los vencerán —negó con la cabeza—. Los reyes cristianos están divididos y no pasan ocasión para guerrear entre ellos. Tu amigo el emperador tiene una visión deformada de lo que realmente sucede en Hispania.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el emir.

—Los reyes le rinden pleitesía, mientras pactan acuerdos secretos y se mofan a sus espaldas de su supuesta supremacía. Se hace llamar emperador, pero no es más que un simple rey. Un rey caprichoso que se entretiene aceptando vasallajes e inventándose reyes. Alfonso de León sobrevalora sus posibilidades —negó con la cabeza—. Está persuadido de que a su llamada acudirán todos los reyes cristianos de Hispania, pero se equivoca. A esos solo les preocupa sus propios intereses y fronteras. El califa los barrerá como un torrente tumultuoso. Entonces, se darán cuenta del terrible error que han cometido al maltratar a su aliado más valioso.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó asustada Zobayda, tocándose el vientre. Temía por el futuro de la vida que se estaba gestando en sus entrañas y por la pequeña Zaida.

—Luchar y resistir —respondió Hamusk—, pero cuando toda resistencia sea inútil, cuando se haya perdido toda esperanza, deberemos valorar negociar con el califa.

—¿Me estás sugiriendo que cuando las cosas se compliquen me rinda al califa? ¿Qué reconozca el tawhid? —preguntó alarmado Mardanis.

—La rendición, cuando se ha perdido toda esperanza, es la única salida si se pretende sobrevivir —respondió con determinación su suegro—. Debes asegurar a tus descendientes la continuidad del Sharq al-Ándalus y esto solo será posible si negocias con el califa cuando la victoria sobre los almohades sea imposible. Nos guste o no, tenemos más en común con los unitarios que con los cristianos.

—¡No tenemos nada en común con los almohades! ¡Nada!

—Menos tenemos que ver con los cristianos a los que tanto frecuentas y que solo ansían robarte tu reino —repuso Hamusk con serenidad.

—¿Repudias a tus antepasados cristianos?

—Mis antepasados son un accidente del que no me siento responsable, pero soy musulmán y los almohades son musulmanes. No estoy afirmando que los unitarios sean como nosotros, ni mucho menos, pero es preferible que el Sharq siga rezando a Alá a que caiga en manos de los trinitarios.

—Hablas como los refugiados de Tortosa y Lérida que se han rebelado en Valencia —observó el emir sin ocultar el desagrado que le estaba causando la conversación.

—Los cristianos se vanaglorian de pertenecer a una casta de asesinos de musulmanes. Y los andalusíes somos musulmanes. Si los cristianos vencen a los almohades, los siguientes a quienes pretenderán exterminar será a nosotros. No tengas la menor duda. Nos perseguirán con ánimos esforzados hasta que nuestra fe y nuestras creencias hayan sido borradas de la Península —lanzó un largo suspiro cargado de pesar y prosiguió—: Los refugiados de Tortosa y Lérida, como los de Mequinenza y Fraga, llegaron a Valencia con la esperanza de profesar su fe en libertad. El pacto entre el emperador y Ramón Berenguer quizá jamás se ejecute, pero ha sembrado el miedo y la desconfianza en el ánimo de los refugiados y también de otros muchos andalusíes. No los justifico, pero los entiendo. Te ruego que midas muy bien tu cercanía con los cristianos o el

pueblo te exigirá explicaciones. Observa lo que le ha sucedido a Ibn Qasi por pretender pactar con Alfonso de Portugal. Alá está intentando comunicarse contigo. No seas tan necio como para ignorarlo.

Las palabras de Hamusk rozaban la rebeldía. No solo el señor de Segura lo incitaba a someterse al califa, sino que, en cierto modo, justificaba la rebelión en Valencia. Mardanis aún no había digerido completamente el pacto de Tudején entre Alfonso de León y Ramón Berenguer, y estaba de acuerdo con su suegro en que había dañado su prestigio y reputación entre los andalusíes, pero no dejaba de ser un pacto que jamás se llevaría a cabo. Pero lo que más importunaba al emir de Murcia era reconocer que Hamusk tenía parte de razón. Los cristianos ambicionaban el Sharq al-Ándalus tanto como los almohades. No tenía duda de que Ramón Berenguer lo atacaría con encono ante la más mínima muestra de debilidad, pero ¿cómo actuaría Alfonso de León ante la perspectiva de que Aragón se hiciera más grande y poderosa a costa de su reino? El conde de Barcelona rendía vasallaje al emperador, pero entre los cristianos hispanos existía una institución aún más fuerte y poderosa que el imperio de León; el papado de Roma. Los reyes cristianos, incluso el emperador, estaban sometidos a la voluntad del papa. Si este exhortaba a los cristianos a una cruzada contra los musulmanes, Ramón Berenguer encontraría la justificación perfecta para atacar la frontera norte. Ya sucedió cuando el conde de Barcelona le arrebató Tortosa. ¿Qué haría entonces Alfonso de León? No podría ayudarlo frente a Ramón Berenguer o sería excomulgado por el papa, pues estaba estrictamente prohibido atacar a los cruzados mientras se encontraban en campaña. ¿Se mantendría entonces al margen permitiendo que Aragón se hiciera más grande y fuerte? Lo dudaba. Un escalofrío recorrió su espalda. Negó con la cabeza intentando desechar tan funestos pensamientos. Ya tendría ocasión de preocuparse por Ramón Berenguer, por Alfonso de León o por el resto de los reyes cristianos. Ahora debía centrarse en evitar que el poder de los almohades se consolidara en el Sharq al-Ándalus.

—Mañana partiremos a Valencia —anunció al fin, cambiando de tema—. Es preciso solucionar los problemas con los almohades antes de aventurarnos con posibles dificultades con los cristianos.

Ibrahim ibn Hamusk asintió. Sus palabras no habían sido del agrado de su yerno, pero estaba en la obligación de transmitirselas. Confió en que no las arrinconara en el olvido y las tuviera muy presentes si, llegado el momento, el ejército almohade avanzaba incontenible hacia el Sharq al-Ándalus.

Lorca, septiembre de 1151

Alfonso de León y Muhammad ibn Mardanis se fundieron en un fuerte abrazo extramuros del castillo de Lorca, donde el emperador había instalado su pabellón. Las enseñas leonesas ondulaban mecidas por el viento. Hacía un fresco agradable, algo poco habitual por aquellos lugares en septiembre, y el cielo estaba cubierto por inofensivas nubes. El emperador invitó al emir a dar un paseo por el campamento con un gesto de mano. A cierta distancia los seguía un séquito de notables cristianos. Entre ellos se encontraban Manrique y Nuño Pérez de Lara, Gutierre Fernández de Castro y su sobrino Fernando de Castro, Ramiro Froilaz y los condes Osorio y Ponce de Cabrera. Ambos permanecieron un buen rato en silencio, caminando entre soldados que abandonaban sus quehaceres para saludar con sincero respeto al emperador de las Hispanias y a su aliado musulmán. Después de los quince días que había determinado el emperador, Jaén seguía sin rendirse y un frustrado Alfonso de León decidió levantar el asedio. Al mismo tiempo, Mardanis había sido incapaz de someter a los rebeldes valencianos, quienes arrojaron desde las murallas las banderas negras con la estrella plateada de ocho puntas del emir de Murcia, y las sustituyeron por las enseñas blancas de los almohades en un gesto de entrega y sumisión al califa Abd al-Mumin.

—Me preocupa Valencia —dijo el emperador rompiendo el silencio.

—Es una ciudad grande, de altos torreones y gruesas murallas —se intentó justificar Mardanis—. No va a resultar tarea fácil someter a los rebeldes. Gracias a Alá, los almohades no han mostrado excesivo interés en acudir en auxilio de los asediados. Nuestra flota y la de nuestros aliados genoveses tienen bloqueada la ciudad por mar y mi hermano impedirá que reciban suministros por tierra. En unos meses la ciudad volverá a la normalidad.

—Bien, porque tengo en mente Guadix —anunció el emperador—. La necesitamos para proteger Almería y la frontera de Murcia.

—¿Tenéis pensado tomar Guadix?

—He subestimado Jaén, pero no sucederá lo mismo con Guadix. Llevaré más soldados y maquinaria. La tomaremos al asalto. Sin contemplaciones. Concederemos al emir Amin ibn Milhan la oportunidad de rendirse, pero si se niega, si nos obliga a entrar en la ciudad a sangre y fuego, no quedará un accitano vivo —se detuvo y miró a Mardanis—. Quiero que tú te adelantes a mis tropas y le persuadas para que nos entregue la ciudad.

—¿Y si no lo consigo?

—Esperarás mi llegada y someteremos Guadix a la fuerza —respondió el emperador, retomando el paseo—. Cuando yo llegue, espero verte saludándome desde las murallas. En caso contrario, iniciaremos el asalto de inmediato.

—¿Cuándo sería la campaña?

—Antes de mi boda, a ser posible.

—¿Vuestra boda? —preguntó sorprendido Mardanis deteniendo el paso.

—Me he comprometido con la princesa Riquilda de Polonia. Es una buena candidata, hija del gran duque Ladislao y nieta del emperador Enrique IV de Alemania. La boda se celebrará en Soria en junio del próximo año —sus ojos se velaron por el recuerdo de su amada Berenguela—.

Ninguna mujer ocupará el vacío que Berenguela ha dejado en mi corazón, y mucho menos una niña de once años, pero todo rey necesita una reina.

—Permitidme que os felicite, mi señor. Que Alá os bendiga con muchos hijos.

Alfonso de León rompió en carcajadas.

—Con los que tengo ya son suficientes. Y si Dios me concede alguno más, le ruego que sea niña.

Mardanis sonrió la ocurrencia del emperador, quien persistía en la idea de dividir el reino entre sus hijos Sancho y Fernando. El nacimiento de otro varón complicaría aún más el reparto del imperio.

—Pero antes de emprender la campaña de Guadix, necesito que dejes resuelto el asunto de Valencia —prosiguió Alfonso—. Voy a reforzar la guarnición de Almería para importunar cualquier aproximación almohade. También enviaré una armada en apoyo de tus barcos y de tus aliados genoveses. Debemos evitar que los unitarios nos sorprendan por el mar.

—Os lo agradezco, mi señor —dijo Mardanis con una sonrisa perfilada en los labios.

—Ya cuentas con Álvaro Rodríguez y pondré a tu disposición a otro de mis capitanes más capaces con todas sus huestes; Armengol de Urgel, hijo del conde de Urgel. Sus hombres están acostumbrados a la guerra. Estoy seguro de que te será de gran utilidad, no solo para la toma de Valencia, sino para las campañas que se avecinan contra los africanos. Solo deberás ocuparte de satisfacer sus soldadas —el emperador se detuvo y miró a Mardanis a los ojos. Había algo más que debía compartir con el emir de Murcia—. He de confesarte que envié un mensajero a Ramón Berenguer para solicitarle que te ayude.

La sonrisa se esfumó de los labios de Mardanis. No quería ni oír hablar del conde de Barcelona, a quien consideraba, en cierto modo, responsable de la precaria situación en la que se encontraba Valencia.

—No preciso de su ayuda.

—Ha aceptado —afirmó Alfonso de León—. Te facilitará las tropas y la maquinaria que guerra que necesites.

—¿Y qué quiere a cambio? ¿Denia? ¿Játiva? ¿Peñíscola, ciudad que me vio nacer? —preguntó desconfiado.

Alfonso de León tomó del hombro a Mardanis y retomaron el paseo.

—No seas injusto con Ramón Berenguer. Si te ayuda es por su propio beneficio, no por el tuyo. Los almohades son unos incómodos vecinos. Desea mantenerlos lo más alejados posible de la frontera aragonesa. Además, como podrás imaginar, su ayuda no será gratuita.

—Si es solo oro lo que quiere lo tendrá, pero si son más territorios, podéis decirle que no hay acuerdo. Ya me ha causado suficientes complicaciones entre los míos —rezongó Mardanis.

—El príncipe de Aragón respeta el acuerdo firmado contigo. No pretende nada más, salvo unos cuantos miles de tus preciados morabetinos de oro. Un precio más que razonable por purgar Valencia de los partidarios de los unitarios.

Mardanis caminaba negando con la cabeza. Recurrir a la ayuda de quien le había arrebatado tan importantes plazas inflamaría los ánimos de muchos de sus consejeros, pero los sublevados se negaban a entregar Valencia y el riesgo a que los almohades acudieran en su auxilio era tan inquietante como real. Le gustara o no, tendría que aceptar la participación de Ramón Berenguer en la toma de Valencia, así como de Álvaro Rodríguez y de Armengol de Urgel. Sus labios esbozaron una amarga sonrisa. Esta decisión tampoco sería del agrado de Hamusk, quien despreciaba y odiaba a los cristianos a partes iguales.

—Sea, me serviré de los soldados del conde de Barcelona —aceptó Mardanis a

regañadientes, acuciado por las urgencias.

Alfonso de León asintió satisfecho.

—Ya te dije que el Sharq al-Ándalus no debe preocuparse de Ramón Berenguer mientras tú seas su emir. Libera Valencia y espérame en Guadix. Hagamos que el califa Abd al-Mumin se lamente del día que fijó la vista en Hispania.

Valencia, octubre de 1151

Yusuf ibn Hamid contemplaba las tropas de Mardanis y las de sus aliados cristianos desde las murallas de Valencia. Desvió la vista hacia el mar. Allí la situación no era menos preocupante. Docenas de naves bloqueaban el puerto e impedían la llegada de suministros. Llevaban dos meses aislados y sin noticias del califa Abd al-Mumin. ¿Habrían llegado a Sevilla los agentes almohades? También había enviado varios mensajeros para asegurarse de que Abu Yaqub Yusuf, hijo del califa y gobernador de al-Ándalus, había recibido su petición de ayuda a la sublevación contra los banu Mardanis. Posiblemente el *sayyid* almohade estuviera esperando instrucciones de su padre. Podrían pasar aún meses hasta que los almohades se decidieran a intervenir. Si es que lo hacían. Los valencianos estaban nerviosos. Muchos de ellos habían aceptado el tawhid por miedo. Se revolverían contra ellos si el asedio se alargaba y el hambre comenzase a dominar su voluntad. Y ahora los valencianos dudaban más que nunca, pues Mardanis, cansado del largo asedio y con la necesidad de disponer de las tropas para las próximas campañas contra los almohades, había prometido el perdón a los sublevados. Solo tendrían que abrir las puertas de la ciudad. Hamid había depositado todas sus esperanzas en la llegada del ejército almohade, pero este no aparecía. ¿Cuánto tiempo más podrían resistir? Mardanis les había ofrecido el perdón si se rendían, pero también el tormento y la muerte en la cruz si persistían en la rebeldía. La noticia desató alborotos y desórdenes. Varios valencianos fueron asesinados, entre ellos dos alfaquíes que se habían unido con entusiasmo a la rebelión. La ciudad estaba a punto de estallar. Yusuf ibn Hamid era un piadoso musulmán, pero no estaba muy interesado en inmolarse. Tenía muy presente en su memoria la ejecución de los muchachos que maltrataron a un músico vagabundo y la posterior crucifixión de sus cadáveres. Le gustaba demasiado la vida como para sacrificarse como un mártir. Solo pretendía derrocar a Mardanis y hacerse con el gobierno de Valencia. Y si tenía que servirse de los unitarios lo haría. Pero su proyecto se complicaba con el paso del tiempo. Desvió la mirada hacia el horizonte con la vana esperanza de ver aparecer las banderas blancas de los unitarios. Inspiró hondo y cerró los ojos. Sintió su corazón latir inquieto en las paredes de su pecho.

—¿Seguimos sin noticias del califa?

La pregunta de al-Malik ibn Silban lo distrajo de sus aciagos pensamientos. Abrió los ojos y negó con la cabeza.

—Así es y el pueblo empieza a impacientarse.

—Pues tendrán que cultivar la virtud de la paciencia, porque no hay vuelta atrás —apostilló Silban con frialdad.

Al-Malik ibn Silban era un fanático religioso del que se sirvió Hamid para manipular las conciencias de los musulmanes más ignorantes y ganarse el favor de los imanes y alfaquíes exaltados. A Hamid le movía el poder y el dinero, en cambio, Silban era un radical dispuesto a inmolarse por la fe. El fanatismo nubla la mente y vuelve a quien lo sufre seres irracionales y absurdos. Es imposible negociar con radicales. Hamid empezaba a considerar que tal vez se había equivocado al atraer a Silban a su causa. Desde los almimbares pronunciaba discursos incendiarios reclamando la yihad, incitando a exterminar a todo aquel que no había aceptado el

tawhid de los almohades. Al principio consintió sus métodos, porque eran efectivos, pero luego sus partidarios se dedicaron a golpear a las mujeres que paseaban con el rostro y los cabellos descubiertos y a saquear y quemar negocios regentados por cristianos y judíos. Valencia estaba sumida en la desconfianza y el miedo. Hamid se preguntaba si ese era el futuro que deseaba a su amada ciudad.

—El hambre aprieta las entrañas de muchos valencianos y la moral empieza a flaquear en alfaquies y ulemas —explicó Yusuf ibn Hamid—. Han pasado dos meses y el gobernador de Sevilla no se ha pronunciado. Que Mardanis haya prometido ser clemente y perdonar a los sublevados no ayuda a mantener la cohesión entre nuestros partidarios. Muchos dudan de que recibamos ayuda del califa. La gente murmura por las esquinas si no sería conveniente abrir las puertas al emir antes de que sea demasiado tarde y las derribe con sus ejércitos.

—Advierto que no solo flaquea el ánimo de algunos alfaquies y ulemas —dijo Silban, lanzándole una mirada acusadora.

—Solo expongo una realidad que ya conoces —repuso Hamid sosteniéndole la mirada.

Al-Malik ibn Silban sonrió con desgana y desvió la vista hacia los ejércitos de Mardanis.

—Ahí están esos perros. —Silban señaló con un gesto de cabeza a las tropas del emir de Murcia—. Mardanis se ha aliado con los cristianos para combatir a su pueblo, a hombres y mujeres con los que comparte su misma fe. ¡A sus propios súbditos! Alá tiene un lugar reservado en el infierno para los traidores y blasfemos como él. Mira —insistió, señalando ahora a las tropas sitiadoras con el dedo—, entre las enseñas de los infieles encontrarás las de Ramón Berenguer. ¿Qué le habrá ofrecido el borracho de Mardanis para contar con sus tropas? —preguntó de forma retórica—. Yo te lo diré; Valencia. Esto es lo que le espera al pueblo valenciano; la derrota, la humillación y la apostasía. Y yo no lo voy a permitir. Antes degüello uno por uno a todos los valencianos y entrego la ciudad a las llamas purificadoras que permitir que Mardanis y sus perros cristianos crucen sus murallas.

El tono de voz y la mirada trastornada de Silban revelaban que no bromeaba. Hamid tragó saliva y desplazó la vista hacia las tropas de Mardanis. Un mar infinito de soldados rodeaba Valencia. Incluso los almohades tendrían serias dificultades en levantar el asfixiante cerco al que estaba siendo sometida la ciudad, en el caso de que se dignaran a acudir en su ayuda. Respiró hondo intentando calmar sus ánimos. Mardanis les había concedido una oportunidad de escapar de aquella trampa que él mismo había tejido. ¿Debía aceptar su mano tendida o continuar con una rebelión de la que había perdido todo control y mando? Sentía en sus espaldas cómo la mirada indagadora de Silban le escrutaba hasta el alma. ¿Sería el alfaquí capaz de adivinar sus intenciones? Giró levemente el cuello y lo miró de soslayo. Silban sonreía con la mirada perdida. Estaba dispuesto y preparado para morir. Posiblemente era lo que buscaba. Y morir no estaba en los planes de Yusuf ibn Hamid. Cerró los ojos e inspiró con intensidad. Había tomado una decisión.

Valencia, noviembre de 1151

Yusuf ibn Hamid caminaba por las calles de Valencia arropado por las sombras de la noche. Las calles nunca habían sido seguras cuando se ocultaba el sol tras el horizonte, pero desde que los rebeldes tomaron la ciudad, se habían vuelto aún más inhóspitas e intransitables. Hamid lanzaba nerviosas miradas a sus espaldas temiendo encontrarse con alguna de las numerosas patrullas de *talaba*^[22] que recorrían las calles, según al-Malik ibn Silban, para poner orden entre los borrachos cristianos, las mujerzuelas y los malhechores que de común se cobijan en las tinieblas para cometer crímenes y pecados. Para los unitarios el último rezo del atardecer delimitaba el momento en el que un buen musulmán debía resguardarse en su hogar. La noche era para ramera, borrachos y lujuriosos. Pero la noche también invitaba a la conspiración. Protegido bajo su oscuro manto, había esquivado a los *talaba* y llegado a la casa de un alfaquí moderado, uno de tantos que estaban preocupados por el ambiente de terror en que estaba sumida la ciudad. Allí se reunió con el alfaquí y con un nutrido número de gentes descontentas con la peligrosa deriva que había tomado la sublevación. En un ambiente intoxicado por el miedo y la sospecha, los conjurados decidieron rendir Valencia a Mardanis.

Hamid caminaba de regreso a su hogar satisfecho y sorprendido por el gran número de conjurados que había encontrado en la casa del alfaquí. Al principio, lo miraban con desconfianza, pues fue precisamente él quien prendió el fuego de la sublevación que Silban se preocupó luego de extender por Valencia con salvaje voracidad. Entre lágrimas, confesó que se arrepentía profundamente y que había sido un gravísimo error rebelarse contra Mardanis y solicitar la ayuda de los almohades. Afirmaba que Silban le había arrebatado el control de la sublevación. Ahora la ciudad estaba a merced de un fanático trastornado. El barco manejado por un loco está condenado a naufragar. Estaba obligado a resolver el problema que su desmesurada ambición había provocado. El plan no estaba excesivamente desarrollado, pero podría funcionar. A veces, los planes más sencillos son los más eficaces. Los conjurados aceptaron su propuesta y le alentaron a que la llevara a cabo lo antes posible, pues temían a Silban y la llegada de los almohades, pero también les horrorizaba que a Mardanis se le acabara la paciencia y decidiera tomar la ciudad por las armas. La noche proyectaba sombras siniestras en cada esquina, en cada callejón, en cada pórtico de la desierta Valencia. El corazón de Hamid se agitaba nervioso en su pecho. El silencio era total. Entonces escuchó unas risas. Era una patrulla de *talaba* que, vara en mano, buscaban a alguna víctima sobre la que descargar toda su violencia. Hamid se detuvo y buscó un lugar donde ocultarse. Si lo descubrían, lo conducirían ante Silban para que le explicara los motivos que lo habían llevado a transitar por las calles a altas horas de la noche. El alfaquí le ofreció cobijo esa noche, pero Hamid prefirió regresar a su casa. Silban solía presentarse antes del alba para celebrar juntos el primer rezo del día. Si la mañana siguiente no lo encontraba en su casa, despertaría sospechas. Tenía que marcharse, aunque supusiera un enorme riesgo. Y ahora, ante la proximidad de los *talaba*, se arrepentía de haber tomado esa decisión. Se ocultó entre las sombras de la noche y aguantó la respiración. Los *talaba* pasaron a su lado riendo, presumiendo de su última hazaña; azotar a un mendigo que había ignorado el último rezo del día. Charlaban animadamente mientras recreaban con las varas los golpes con los que habían castigado al

desgraciado por tan horrible falta. Estaban tan entretenidos que no prestaron atención al bulto que se ocultaba entre las sombras. Hamid permaneció quieto, en silencio, aguantando la respiración hasta que la risas de los *talaba* se desvanecieron en las tinieblas de la noche. Entonces retomó el camino a casa. Caminaba despacio, procurando contener el sonido de las pisadas, evitando ser descubierto por los rayos plateados de la luna. Y así, con el corazón acelerado y la garganta seca, llegó a su casa. Cerró los ojos y exhaló un suspiro lleno de alivio. Abrió la puerta con manos temblorosas y entró.

—Amigo Hamid, por fin has vuelto. Llevo horas esperándote.

La sangre desapareció del rostro de Yusuf ibn Hamid cuando a sus espaldas escuchó la voz de al-Malik ibn Silban.

Monterroso, Lugo, noviembre de 1151

El infante Fernando compartía lecho con Teresa de Traba, la hija del conde Fernando Pérez de Traba. Se encontraban en los aposentos de la joven en el palacio de la familia Traba en Monterroso, donde el infante había pasado gran parte de su infancia y pubertad al cuidado del conde, a quien el emperador Alfonso de León le concedió la dignidad de ser su ayo y preceptor. Fue allí, en Monterroso, donde conoció mujer por primera vez. Y esta no fue otra que Teresa. El tenía trece años y ella veinticinco. Había transcurrido un año desde aquel inolvidable momento. Desde entonces, no perdía ocasión de yacer con ella cuando se presentaba la oportunidad. Una oportunidad que siempre buscaba con ahínco. Teresa tenía los ojos grandes y negros. Sus labios eran gruesos, rojos y sensuales y estaban enmarcados en un rostro ovalado y blanco salpicado por un puñado de graciosas pecas en unas mejillas sonrosadas. Sus cabellos eran largos, oscuros y sedosos. Para un muchacho de trece años, Teresa de Traba era una suerte de diosa, una hechicera inalcanzable y apetecible que despertaba sus primeros e incontenibles instintos con pasión desmedida.

—Estos encuentros deben terminar —dijo Teresa.

Ambos amantes se encontraban desnudos, mirando al techo. Acababan de hacer el amor. Fernando se entretenía jugando con los cabellos de Teresa en espera de concederse un breve descanso antes de proseguir con los ardientes juegos amorosos.

—No entiendo por qué —replicó Fernando sin dejar de entrelazar sus dedos en los cabellos de Teresa.

—Bien que lo sabes.

Fernando se encogió indiferente de hombros.

—Mi padre y el conde Manrique han acordado mi matrimonio con Nuño Pérez de Lara —le recordó Teresa, pues el infante era conocedor de la noticia—. Me casaré el próximo año. Esto ha de terminar.

—Todavía no te has casado —repuso Fernando.

—Pero estamos comprometidos. Lo que estoy haciendo no es digno de una dama respetable y ofende a mi futuro esposo.

El infante se puso de lado y la contempló con ojos inflamados por el deseo.

—Te amo.

Teresa arrugó las cejas y soltó una pequeña risa. En ningún momento esperaba que el infante la hablara de amor. Ella tampoco lo esperaba. Le gustaba yacer con él. Era dulce, esmerado y generoso en las artes amatorias. Se esforzaba en compartir el placer, en lugar de buscar solo su propio disfrute, como era costumbre entre los hombres que ella frecuentaba.

—¿Qué sabrás tú del amor?!

—Lo sé, y te amo. Renuncia a Nuño y cástate conmigo —sugirió con voz vibrante.

La joven comprendió que el infante hablaba en serio.

—Mi padre ya ha acordado el matrimonio. No puedo hacer más que aceptar su voluntad y lo sabes. Deja de decir tonterías.

—Soy el hijo del emperador. Le pediré que hable con el conde para que anule tu compromiso con Nuño Pérez de Lara. Mi padre sabrá recompensarle a él y a los Lara por las molestias con

algunas tierras o títulos. El honor de los nobles es fácil de restituir si se llega a un buen acuerdo.

—Eres un niño que no entiende la realidad de las cosas.

—¿Un niño? —le preguntó divertido. Sintió como su miembro se erguía y se tumbó encima de Teresa—. ¿Un niño es capaz de embestir así?

Empezó a empujar primero con suavidad y luego con mayor intensidad hasta que se derramó en las entrañas de la joven. Teresa hubo de reconocer que, a pesar de su juventud, el muchacho se conducía con especial habilidad en el lecho.

—Esto no cambia nada. Ya está todo decidido —insistió Teresa, apartando de encima al infante.

—No voy a separarme de ti. Jamás. —Fernando protestaba entre jadeos. Estaba agotado, pero la piel desnuda y perlada de Teresa inflamaba los ánimos del más apático de los hombres. No concebía la vida sin ella.

—Debes hacerlo. Nuestros encuentros deben terminar ya. De hecho, hoy será la última vez que nos veamos.

Teresa se incorporó de la cama y comenzó a vestirse. Fernando la contemplaba mientras era acariciada por la plateada luz de la luna. Su excelsa belleza iluminaba toda la cámara.

—Tienes catorce años. Tu padre te estará buscando un casamiento digno de tu condición —se giró y lo miró—. Yo solo soy la hija ilegítima del conde de Traba.

Teresa, al igual que su hermana Sancha, fue fruto de los amoríos extramatrimoniales del conde de Traba con Teresa de León, condesa de Portugal y madre del rey Alfonso de Portugal. El conde actuó como consejero de su máxima confianza y se convirtió en uno de los nobles más poderosos de Portugal cuando la condesa lo nombró teniente de Coímbra y de Oporto en 1121. Pero en 1129 Teresa de León falleció y Alfonso de Portugal, su hijo y heredero, lo expulsó del reino, obligándolo a retornar a sus dominios en Galicia.

—Yo te quiero —rezongó el infante Fernando como un niño caprichoso—. ¿Qué importa que seas la hija ilegítima del conde? Él te ha reconocido y su esposa Sancha te ha aceptado como a una hija más. A tu padre no le faltan ni títulos ni propiedades ni dignidades. ¡La sangre del emperador Alfonso VI de León corre por tus venas!

Teresa de León, madre de Teresa de Traba, nació de la relación que mantuvo el emperador Alfonso VI de León con su amante Jimena Muñoz, una leonesa perteneciente a una influyente familia berciana.

—Alfonso VI de León era mi abuelo y tu bisabuelo. La Iglesia de Roma jamás consentirá nuestro matrimonio al considerarlo incestuoso. Por desgracia, no siempre coinciden nuestros deseos con nuestras obligaciones.

—¡Algún día serás mi esposa! —exclamó el infante, inasequible al desaliento—. ¡Te lo prometo!

A Teresa le enterneció la rabieta infantil del joven infante. Le sonrió, se acercó él y le besó en los labios:

—Vístete y vete a tu cámara —le dijo con dulzura—. En breve amanecerá, y aunque los sirvientes no son necios y están al tanto de nuestras correrías, no es conveniente que murmuren más de lo que dicta la prudencia, especialmente ahora que estoy comprometida.

—Quizá, si esos rumores llegaran a oídos de Nuño Pérez de Lara, podría cancelarse el compromiso...

Teresa lo miró con ojos alarmados.

—Ni se te ocurra —le espetó—. Avergonzarías a mi padre y a los Lara. Mi reputación, mi honor sería mancillado. Si es cierto que me amas, compórtate con madurez y asume la situación.

Es lo más conveniente para los dos.

Fernando la contemplaba desnudo con los brazos cruzados y semblante serio. Él la amaba. Estaba seguro de ello. Había disfrutado de la compañía de otras mujeres y conocía muy bien la diferencia entre el amor y el deseo. Era joven pero no estúpido. Odiaba separarse de la mujer que conocía desde que era niño y con la que había compartido tantos momentos de placer. Pero Teresa tenía razón. Los condes de Traba y de Lara habían acordado su matrimonio con Nuño Pérez de Lara. No debía inmiscuirse en los negocios de dos de las familias más destacadas del imperio. Si se consideraba un hombre, había llegado el momento de demostrarlo. Se incorporó de la cama a regañadientes. Se vistió y antes de salir de la cámara se giró y le dijo:

—Algún día nos casaremos y no tendremos que ocultar nuestro amor como si fuéramos prófugos o ladrones.

Fernando salió de la estancia y cerró la puerta a su paso. En los labios de Teresa asomó una dulce sonrisa. Disfrutaba de la compañía del infante, quien sin lugar a duda, se había encaprichado de ella confundiendo el ardor adolescente con amor, pero su pasión se apaciguaría con el paso del tiempo y al calor de otras mujeres. La llama que más ilumina es la que antes se consume.

Valencia, noviembre de 1151

El emir de Murcia alternaba la vista entre la nota que sostenía entre sus manos y el mensajero que se la había entregado. Era un niño de unos diez años que lo miraba con ojos asustados. Afirmaba haber sido descolgado de las murallas de Valencia con el propósito de hacerle llegar el mensaje. Vestía harapos y tenía la cara sucia y llena de mocos. Sería uno de los numerosos huérfanos que deambulaban por las calles mendigando y robando, o peor aún, acabando en manos de depravados que los utilizan para descargar sobre ellos sus más viles vicios y perversiones.

—Lavad a este muchacho, dadle ropas limpias y que coma algo —ordenó Mardanis.

Los soldados que habían llevado al niño ante la presencia del emir obedecieron al momento y se lo llevaron.

En el pabellón de Mardanis se encontraban Yusuf ibn Mardanis, gobernador y hermano del emir de Murcia, Hamusk, Obaid, Ahmad al-Hallal, al-Faras y los cristianos Álgvar Rodríguez y Armengol de Urgel. Todos le contemplaban en silencio, con interés.

—Es un mensaje de Yusuf ibn Hamid —anunció al fin.

—¿El traidor de Hamid? —exclamó furioso Yusuf ibn Mardanis. El hermano del emir era un hombre menudo, de tez clara y barba negra y profusa. Sus labios temblorosos y su mirada esquiva no transmitían excesiva confianza, pero era leal y lealtad era precisamente lo que más demandaba Mardanis.

—Reconoce que fue el instigador de la revuelta —prosiguió el emir de Murcia ignorando a su hermano—, pero ahora se lamenta...

—¡Lógico! —exclamó indignado Yusuf, levantándose del escabel y haciendo aspavientos—. Presiente su muerte y quiere llegar a algún tipo de arreglo.

Mardanis, cansado de tanta interrupción, lo fulminó con la mirada. Yusuf soltó un bufido y tomó asiento.

—Afirma que su propósito era derrocarlo y entregar la ciudad a los almohades a cambio de que lo nombraran gobernador, pero la sublevación se le ha ido de las manos. Ahora quien gobierna en Valencia es ese al-Malik ibn Silban, un alfaquí que simpatiza con los unitarios. —Mardanis interrogó con la mirada a al-Faras y a Ahmad al-Hallal.

—Lo conozco. Sé que es muy vehemente en sus sermones, pero no sabía que fuera un radical peligroso —se justificó al-Faras.

—Han sido muchos los alfaquíes y ulemas detenidos, pero es comprensible que alguno se escapara a nuestro control —intervino Ahmad al-Hallal.

—Pues ese *alguno* es ahora quien manda en Valencia —prorrumpió Hamusk con un tono cargado de reproche.

—¿Qué más te dice en el mensaje? —preguntó Álgvar Rodríguez, poco interesado en las disputas internas que se traían los andalusíes.

—Me ruega que sea clemente con la población —respondió Mardanis—, pues la mayoría de los valencianos que han secundado la revuelta lo han hecho por temor a los partidarios de Silban —alzó la vista y miró a su hermano—. Hay una lista de conspiradores. —Mardanis le dio el

mensaje a Yusuf.

Los labios del gobernador dibujaron una sonrisa cuando leyó alguno de los nombres que aparecían en el listado.

—Muchos son rivales políticos y comerciales de Hamid. El astuto zorro pretende que elimines a su competencia. No te dejes engañar por sus artimañas. Su intención es evidente, pero su proceder es sutil y mezquino —observó devolviéndole el documento.

—Si son culpables de traición o no lo descubriremos más adelante, cuanto tome la ciudad —apuntó Mardanis—, lo importante es que Hamid se ha ofrecido a facilitarnos la entrada en Valencia. —Las palabras de Mardanis captaron la atención de los hombres congregados en el pabellón—. Será dentro de dos noches. Sus partidarios tomarán la puerta de Játiva y nos harán señales con antorchas.

—¿Y qué quiere a cambio? —preguntó escéptico Yusuf—. Entiendo que su ayuda no será gratuita.

—Hace tiempo que aprendí que en esta vida todo tiene un precio —afirmó Mardanis con una sonrisa amarga—. Hamid me pide que cumpla mi palabra y le conceda mi perdón tanto a él como a los conspiradores arrepentidos. Abandonarán Valencia y no regresarán jamás. Estas son sus condiciones para entregarme la ciudad.

Yusuf negaba con la cabeza.

—No te fíes de Hamid. Es un traidor tan peligroso o más que Silban. Pretende conducirnos a una trampa.

—No nos sobran las opciones —apostilló Mardanis—. No podemos prolongar el asedio durante mucho más tiempo, o concederemos la ocasión a los unitarios para que acudan en su auxilio. Intentar tomar Valencia por asalto costará muchos soldados y su éxito es incierto.

—¿Perdonarías la vida a un traidor como Hamid? —preguntó Armengol de Urgel—. ¿Lo dejarías escapar?

—Soy hombre que siempre cumple su palabra ¿vosotros no? —preguntó a su vez Mardanis.

—Con los traidores no se negocia. A los traidores se los extermina como ratasapestosas —espetó Armengol de Urgel.

—Curioso juego de pactos, alianzas y traiciones os traéis los cristianos —replicó Mardanis con una sonrisa irónica asomando en sus labios. El pacto de Tudején entre el emperador y el príncipe de Aragón en el que se repartieron los reinos de sus aliados Sancho de Navarra y del propio emir de Murcia, flotaba aún muy fresco en su memoria—. Para un musulmán todo es mucho más sencillo: los pactos se cumplen o no se firman. E incluso se puede pactar con un traidor si se obtiene beneficio por ello. Y ahora, nuestra prioridad es recuperar Valencia a cualquier precio.

Armengol de Urgel asintió en silencio. No era prudente entrar en una discusión con el emir de Murcia. Si pretendía perdonar a Hamid por alzar Valencia en su contra y buscar el favor de los almohades no era asunto suyo.

—Hermano, no lo hagas —intervino Yusuf—. Seguro que es una tretra de Hamid. No te dejes engañar.

—A Yusuf no le falta razón —dijo el señor de Segura—. Quizá el mensaje de Hamid sea un engaño, pero debemos arriesgarnos. Los beneficios del éxito serán muy superiores a las pérdidas del fracaso.

—Se ahorrarían numerosas vidas valencianas —comentó Álgvar Rodríguez—. Si ese Hamid nos abre las puertas entraremos en la ciudad de forma contenida. Capturaremos a los conspiradores y los interrogaremos para que confiesen quienes estuvieron detrás de la revuelta,

pero si conquistamos Valencia a sangre y fuego, nuestros soldados no diferenciarán entre tus partidarios y los sublevados. Valencia quedará sumida en un terrible caos. Muchos serán los inocentes que mueran por nuestras espadas.

—¡Pues que mueran! —exclamó con vehemencia Yusuf—. Alá reconocerá a los suyos.

—Los corazones de muchos valencianos quedarán impregnados de miedo, dolor y rabia durante muchos años —aseguró Álgvar Rodríguez incorporándose del escabel—. Te odian. Y un rey odiado es propenso a ser derrocado.

Mardanís miró con determinación los ojos castaños del conde de Sarria. Se había esforzado por garantizar la prosperidad de los valencianos no su odio, pero muchos se habían revelado y aceptado el tawhid. Era intolerable. Pero sería imposible diferenciar a los leales de los traidores una vez hubieran tomado la ciudad por la fuerza. Los buenos valencianos merecían la oportunidad de evitar convertirse en víctimas de la traición de unos pocos.

—¡Traed al niño! —ordenó a un oficial—. Él le hará llegar mi respuesta a Hamid.

Valencia, noviembre de 1151

Mardanis desplazaba la mirada entre las murallas de Valencia y la puerta de Játiva. Junto a él se encontraban Yusuf, Hamusk, Obaid y los capitanes cristianos. El silencio entre las tropas era total. La ciudad se perfilaba en el negro horizonte, iluminada por la luna entre las sombras de la noche. Los minutos pasaban. El emir se impacientaba. Yusuf no hacía más que chasquear los labios y refunfuñar. Mardanis se arrepentía de no haberlo dejado en el campamento. Era una molestia insufrible. De pronto, un leve destello apareció sobre la puerta de Játiva. El emir aguzó la vista lleno de esperanza. Luego brilló otra luz, y otra más. Eran antorchas. Se movían de derecha a izquierda. Era la señal convenida.

—Adelante —ordenó Mardanis casi en un susurro, como si pretendiera evitar que los rebeldes valencianos pudieran escucharlo.

—No puede ser tan fácil —musitó Yusuf negando con la cabeza. Su corazón se agitaba convulso en el pecho. No era un soldado. Ni pretendía serlo. Sus habilidades eran otras y nada tenían que ver con el uso de las armas. Estaba asustado hasta el tuétano.

El emir avanzaba hacia Valencia seguido por Hamusk, Obaid y los capitanes cristianos. Yusuf se estaba quedando atrás, aterido por el miedo. El ejército andalusí era una gigantesca sombra que se desplazaba despacio hacia las murallas de Valencia.

El sonido de los herrumbrosos goznes de las puertas de Játiva irrumpió de pronto en la noche, anunciando que estaban siendo abiertas. Mardanis exhaló aire aliviado y desenfundó la espada.

—¡Por Alá! ¡Por el Sharq!

Espoleó con violencia su montura con el propósito de ser el primero en cruzar las puertas de la ciudad. Mardanis siempre lideraba los ataques de sus ejércitos. Perseguía ser el primero en encontrarse con el enemigo, asumiendo en muchas ocasiones riesgos innecesarios. Los soldados andalusíes lo siguieron profiriendo aterradores gritos. Las antorchas habían sido prendidas y las puertas habían sido abiertas. Yusuf ibn Hamid estaba cumpliendo su parte del acuerdo. Mardanis recuperaría Valencia sin derramar una sola gota de sangre inocente. Concentraría toda su ira en los sublevados. Empezando por ese al-Malik ibn Silban. Este pensamiento lo llenó de un terrible gozo. Los andalusíes se aproximaban hacia la puerta de Játiva. Las antorchas seguían moviéndose de un lado a otro de las murallas. Mardanis, en su locura por ser el primero en entrar en Valencia, se había distanciado del ejército. Hamusk, Obaid y los cristianos Armengol de Urgel y el conde de Sarria azuzaron sus monturas. Aunque Valencia se hubiera entregado, el emir podría sufrir el ataque de un fanático impaciente por reunirse con Alá. Se estaba exponiendo de forma inútil y gratuita. Un nuevo ruido metálico inundó la noche y la luz de las antorchas que brillaban sobre las murallas desapareció. Las puertas de la ciudad comenzaron a moverse... a cerrarse. Amparadas por el cielo oscuro de la noche, centenares de flechas dibujaron una terrible parábola de madera, hierro y muerte, cayendo sobre el ejército andalusí. Decenas de jinetes y caballos fueron alcanzados, provocando caídas y una horrible confusión entre las tropas de Mardanis.

—¡Es una trampa! —exclamó Yusuf temblando de pánico—. ¡Nos van a masacrar! ¡Nos van a masacrar! ¡Retirada! ¡Retirada! —se atrevió a ordenar el hermano del emir, que, sin demasiado

interés en ser obedecido, giró su montura y a todo galope se dirigió hacia la retaguardia buscando la seguridad del campamento.

Pero al apocado de Yusuf no le faltaba razón. Las puertas de Valencia se cerraron con un sonido bronco y seco, y el cielo valenciano no dejaba de escupir flechas. Mardanis detuvo su montura y valoró la situación. En rededor los jinetes caían alcanzados por los certeros dardos valencianos. No llevaban consigo escalas ni cuerdas ni maquinaria de guerra. Eran jinetes persuadidos de que cruzarían las puertas de las murallas y conquistarían la ciudad sin esfuerzo. Pero los habían engañado. El necio de su hermano tenía razón. Este pensamiento lo enfurecía más que sentirse de nuevo traicionado por Hamid.

—¡Retirada! —ordenó al fin, alzando su espada—. ¡Retirada!

Giró su caballo y dio la espalda a la puerta de Játiva. Había sido un ingenuo. Hacía apenas unos instantes, había imaginado que al amanecer tendría Valencia a su merced, pero ahora la sentía tan inalcanzable como las estrellas que refulgían en un cielo tan negro como hostil.

Valencia, enero de 1152

La mañana siguiente, el ambiente en el pabellón del emir era descorazonador. Yusuf andaba de un lado a otro de la tienda lamentándose de que tenía razón y nadie lo había escuchado. Más de una vez Mardanis estuvo tentado de hacerlo callar, incluso a la fuerza. Habría descargado sobre su hermano con gusto toda su ira, toda su rabia, toda su frustración, pero lamentablemente hubo de reconocer que tenía que haberle prestado más atención. Ahora había perdido varias decenas de buenos jinetes de forma inútil, y lo que era aún más grave, sospechaba que la única posibilidad de tomar la ciudad sería por la fuerza, con toda la destrucción y muerte que ello conllevaría. Mardanis intentaba idear algún plan, pero las recriminaciones de su hermano lo distraían.

—Os lo dije y no me hicisteis caso —repetía una y otra vez Yusuf sin dejar de moverse nervioso por la tienda—. He estado a punto de morir —insistía, temblando de puro miedo.

Mardanis estaba sentado en un escabel. Miraba al suelo con los codos sobre las rodillas y las manos sosteniéndole el rostro. Hamusk, Armengol de Urgel y Álgvar Rodríguez lo acompañaban en silencio. Ya estaba ahí Yusuf para hacer ruido. Ali ibn Obaid, aprovechando la primera luz del alba, había regresado a las murallas de Valencia para valorar el desastre y socorrer a los heridos.

—Sí, os lo dije. Y varias veces. Hamid es un traidor. Un maldito perro traidor, pero nada. Ni caso —persistía Yusuf sin dejar de negar con la cabeza.

Mardanis se incorporó de un salto dispuesto a abofetearlo, cuando un oficial irrumpió en el pabellón.

—Mi señor, el arráez Ali ibn Obaid reclama tu presencia en las murallas de Valencia. Es urgente.

Yusuf, que se había refugiado tras las anchas espaldas de Álgvar Rodríguez, respiró aliviado. Mardanis lo señaló con el dedo y le lanzó una última y furiosa mirada de aviso. Un instante después, salió de la tienda sin decir palabra.

—No insistas con ese asunto o el emir no será el único que te muela a palos —le advirtió Hamusk tomándolo del hombro—. Veamos que otra sorpresa nos depara ahora Valencia.

Yusuf permaneció inmóvil observando cómo Hamusk, Armengol de Urgel y el conde de Sarria salían del pabellón. Tragó saliva. Aún le temblaban las piernas. Tenía miedo. Y mucho. Pero también sentía cómo un profundo rencor germinaba en lo más profundo de su corazón. Era el gobernador de Valencia, pero su hermano y sus capitanes lo trataban con desdén y burla. Los odiaba. A todos. Incluido a su hermano mayor, quien siempre lo había despreciado. Apretó los puños y salió del pabellón convencido de que algún día se tomaría cumplida venganza.

Mardanis detuvo la montura a una distancia prudencial de las murallas de Valencia. El suelo estaba sembrado por los cuerpos asaetados de decenas de soldados y caballos. El emir torció el gesto al recordar el desastre de la noche anterior. Cualquiera puede equivocarse, pero los errores cometidos en el campo de batalla suelen acarrear terribles consecuencias. El arráez Obaid advirtió su presencia y fue a su encuentro.

—¿Qué sucede? —preguntó Mardanis.

Obaid señaló las puertas de la ciudad y respondió:

—Hay varios hombres en las murallas de Valencia. Están maniatados y vigilados por

soldados.

Mardanis desplazó la vista hacia las murallas y advirtió una hilera de unos treinta hombres.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Uno de ellos es Hamid —respondió con acritud Yusuf a sus espaldas—. Y entre quienes lo vigilan se encuentra Silban.

—¡Muhammad ibn Mardanis! ¡Muhammad ibn Mardanis! ¡Hipócrita blasfemo!

—Ese es al-Malik ibn Silban —aclaró Yusuf.

—¡Borracho y lujurioso siervo de cristianos! ¡Apóstata enemigo de la fe verdadera! —seguía gritando Silban—. ¡Has intentado tomar la ciudad con engaños y traiciones, pero Alá es grande y lo ha impedido! ¡Nada escapa a su voluntad!

Silban calló y un silencio sobrecogedor, impregnado de un hedor a heces y muerte, los envolvió.

—¡Silban, no sé qué pretendes! —exclamó Mardanis—. ¡Pero permite que retire los cadáveres de estos buenos musulmanes para que reciban una digna sepultura!

—¡Esos hombres son falsos musulmanes! ¡Tan falsos como tú! —exclamó señalándolo con el dedo—. ¡Sus restos servirán de alimento para los animales! —exclamó, señalando una decena de cuervos que sobrevolaba el cielo gris impaciente por darse un festín con los cadáveres de hombres y bestias. —¡No merecen otro destino!

—¡Ríndete Silban! ¡Ríndete y seré clemente contigo y con tus partidarios! —exclamó Mardanis, persuadido de las dificultades de llegar a un acuerdo con un fanático de mente trastornada y corrompida—. ¡Tienes mi palabra!

—¿Tu palabra? —preguntó Silban con desprecio—. ¿Qué valor tiene la palabra de un traidor? ¿Del vasallo de un rey cristiano? —Silban escupió con desprecio por encima de las murallas—. Yo te lo diré; ninguno. Pronto el califa Abd al-Mumin dominará al-Ándalus y purgará de esta sagrada tierra a los infieles y a los hipócritas. Tu fin, Mardanis, está próximo, casi tanto como el de estos traidores, descubiertos cuando confabulaban para entregarte la ciudad.

Mardanis paseó la vista sobre aquellos hombres y se detuvo en quien Yusuf había identificado como Hamid.

—Parece que finalmente Hamid no te había traicionado —observó Hamusk.

El emir de Murcia asintió.

—Es un vano consuelo.

—¡Mardanis, sé testigo de cómo Alá premia a los que apoyan a los falsos musulmanes! —exclamó de nuevo Silban—. ¡A los que traicionan la fe verdadera, la fe del tawhid!

A su orden, los soldados cubrieron las cabezas de los prisioneros con bolsas de tela blanca y las ataron al cuello con cuerdas. Silban hizo un gesto de mano y uno por uno fueron arrojados por las murallas. Muchos no tuvieron tiempo de gritar. Estaban maniatados y con los pies sujetos a largas cuerdas. Sus cabezas y cuerpos chocaron con estrépito contra las murallas y quedaron colgados de los pies. Mardanis contempló la escena con espanto. Algunos habían perdido el conocimiento por el golpe, pero otros se revolvían, intentando zafarse de las cuerdas que los tenían amarrados. Entonces comenzaron los gritos de súplica, de miedo, de auxilio. Se lamentaban de la traición y mendigaban clemencia, intentando escapar de su fatal destino. Desde el adarve, al-Malik ibn Silban contemplaba con regocijo la hilera de prisioneros que colgaba de las murallas. En unas horas estarían todos muertos.

—No cabe duda de que Silban sí que sabe cómo tratar a los traidores —observó Yusuf con malicia. Antes de que el emir lo reprendiera, giró su montura y regresó al campamento. Ya había

visto suficiente.

Mardanís desvió la vista hacia su hermano. Tenía la habilidad de exasperarlo. Lo observó hasta que se perdió entre las tropas. Luego volvió a dirigir la mirada hacia los cuerpos que colgaban de las murallas de Valencia. Inspiró aire con profusión y apretó los labios. Lamentó que Yusuf ibn Hamid hubiera sido descubierto por Silban. Ya solo conocía un camino para tomar la ciudad y evitar que cayera en manos del califa almohade.

Valencia, enero de 1152

Pero no todo eran malas noticias para el emir de Murcia. En diciembre, Zobayda dio a luz a Hilal, su heredero y sucesor. Mardanis recibió la noticia con enorme alegría. Había nacido el príncipe que daría continuidad a la estirpe de los banu Mardanis. Pero la noticia también lo llenó de urgencias, proporcionándole un nuevo incentivo para conquistar Valencia. Si pretendía dejar en herencia a su hijo un reino más fuerte, rico y temible del que Ibn Iyad le había dejado, tendría que recuperar la ciudad. Aunque le ardieran las entrañas y la hiel le subiera por la garganta dejándole un amargo sabor en la boca, tuvo que pedir más soldados y maquinaria de guerra a Ramón Berenguer, y este se los concedió, pero a un precio desorbitado. El príncipe de Aragón era experto en obtener buenos beneficios de las urgencias de sus aliados.

Era una mañana despejada pero fría. El viento soplaba fuerte y desapacible, agitando las banderas blancas que ondeaban desafiantes desde las murallas de Valencia. El emir de Murcia había determinado que ese sería el día que tomaría la ciudad. El asedio había resultado totalmente inútil, al igual que todos sus ofrecimientos de paz. Entraría en Valencia por la fuerza. Ya no había más alternativa. Los almajaneques habían sido dispuestos y comenzaron a arrojar los proyectiles sobre la puerta de Játiva. En ese punto concreto había decidido Mardanis que concentraría todas las piedras, arietes, escalas y soldados que conformaban su ejército.

—¡Adelante!

Las tropas avanzaron lentamente. Primero los peones protegidos por los escudos, luego los lanceros y posteriormente la caballería. Los peones asumirían la tarea más arriesgada: escalar las murallas o infiltrarse por alguna grieta en las puertas o en los muros, abiertas por la acción de los almajaneques, y facilitar la entrada del resto de las tropas en la ciudad. Después, los lanceros despejarían el camino para que la caballería irrumpiera en Valencia como un torrente furioso e incontenible. A partir de ese momento, se desataría un caos de furia, sangre y destrucción. Dos almajaneques lanzaron sobre las puertas bolsas de piel cargadas con brea con distinta fortuna. Algunas se estrellaron en el interior de la ciudad, mientras que otras se abrieron, desparramando su negro contenido en el aire, y otras cayeron a varias decenas de pasos de las murallas. Pero los soldados ajustaron las máquinas y mejoraron su destreza. Las murallas y las puertas de la ciudad comenzaron a empaparse con el viscoso y negro líquido. Los arqueros andalusíes dispararon flechas incendiarias sobre la puerta y un humo negro y denso con olor a brea y madera quemada ascendió sobre los cielos de Valencia. Los proyectiles lanzados por los almajaneques golpeaban con furia la puerta y la muralla. En cada impacto certero, los soldados bramaban de júbilo alzando las armas. Los almajaneques de Ramón Berenguer estaban siendo de gran utilidad. Mardanis se preguntó si serían los mismos de los que se sirvió el conde de Barcelona durante el asedio a Tortosa.

—Preparad la caballería —ordenó el emir, apartando de su mente unos pensamientos que no ayudaban precisamente a su objetivo; liberar Valencia de los rebeldes unitarios.

Ali ibn Obaid asintió. Él también había visto cómo las llamas devoraban las puertas de Valencia a pesar de los esfuerzos de los valencianos por apagar el fuego. Bastaría con un par de buenos impactos para que colapsara. Fue suficiente con uno. La puerta recibió el golpe de una

enorme bola de piedra y estalló en mil pedazos, abriendo un boquete enorme en las defensas de Valencia.

—¡Al ataque! —vociferó Mardanis, comandando a la caballería andalusí.

Desde las murallas, los arqueros valencianos dispararon sus flechas hasta que vaciaron sus aljabas. Un río incontenible de peones y jinetes se dirigía hacia ellos. No pudieron hacer nada por evitar el desastre. Mardanis cabalgaba a gran velocidad con la espada desenfundada y una idea fija en la mente; capturar a Silban. Él y Hamid eran los responsables de la destrucción que se cernía sobre Valencia. Hamid había recibido su castigo, pero aún faltaba que Silban recibiera el suyo. De las murallas colgaban los cuerpos ensangrentados de Hamid y del resto de los conspiradores. En ellos fijó su vista Mardanis. El suelo temblaba bajo los cascos de los caballos. Un jinete fue alcanzado por una flecha y luego otro más. Los valencianos se negaban a reconocer lo evidente. Fue el emir de Murcia el primero en saltar por encima de los maderos negros y aún humeantes que, hasta hacía poco, protegían la entrada de Valencia. Lo siguieron decenas de jinetes, peones y lanceros.

—¡Capturar a Silban y al resto de los conspiradores! —ordenó Mardanis—. ¡Los quiero vivos!

Obaid asintió.

—¡Hemos entrado en la ciudad, no quiero muertes innecesarias! —exclamó Mardanis

—¡No las habrá, mi señor! ¡Todos somos andalusíes! —dijo el arráez, entendiendo las órdenes del emir.

Los soldados se dispersaron por las calles de Valencia. Mardanis se giró de nuevo hacia la puerta.

—¡Deteneos! —gritó a Armengol de Urgel y a Álvaro Rodríguez—. ¡La ciudad ya ha sido tomada! ¡No permitiré que sea entregada al saqueo!

—¡Es parte de nuestra paga, de nuestro derecho de conquista! —protestó Armengol de Urgel.

—Os pagaré lo que os corresponde, como siempre he hecho, pero alejad de Valencia a vuestros hombres y a los soldados de Ramón Berenguer. Ya no los necesito.

Armengol de Urgel miró a sus espaldas y vio cómo sus soldados corrían hacia Valencia con los ojos encendidos por la promesa de la rapiña.

—¡No podré contenerlos! —exclamó.

Mardanis lo apuntó con el filo de su espada.

—¡O lo haces tú o lo haré yo!

Armengol de Urgel advirtió que el emir no bromeaba. Si los cristianos entraban en la ciudad violarían, asesinarían y robarían hasta que sus alforjas reventaran. Mardanis era el emir. Su obligación era proteger a sus súbditos, incluso a los que se habían rebelado contra su autoridad. Debía ser él quien impartiera justicia, no los cristianos. No podía permitir que Valencia fuera saqueada y entregada al fuego. Era demasiado rica e importante para el Sharq al-Ándalus. Su destrucción sería un desastre, pero más duro sería el golpe que sufriría su reputación si permitía que los valencianos fueran masacrados por los cristianos.

—¡Vámonos! —gritó Álvaro Rodríguez, entendiendo los motivos de Mardanis—. Seguro que el emir sabrá recompensar nuestra generosidad.

—No lo dudes —le confirmó el andalusí.

—¡Retirada! —gritó el conde de Sarria—. ¡Todos al campamento!

Armengol de Urgel le lanzó una mirada fulminante a Mardanis. Era un soldado. Había participado durante meses en el asedio y ahora que por fin cruzaban las puertas de la ciudad, el emir le estaba arrebatando su premio. No se consolaría con un puñado de monedas. Él buscaba la

gloria y el prestigio que solo se alcanza en el campo de batalla. Una gloria que le estaba siendo injustamente privada por el emir de Murcia.

—¡Vámonos, Armengol! —exclamó el conde de Sarria, agarrándolo de la riendas. Temía que, llevado por la ira, cometiera alguna insensatez.

Armengol de Urgel tiró de las riendas con brusquedad, zafándose de Álgar Rodríguez. Espoleó su montura y abandonó Valencia furioso seguido por el conde de Sarria y los soldados cristianos.

En poco más de tres horas Valencia quedó sumida en una relativa calma. Mardanis solo permitió que soldados andalusíes cruzaran sus puertas y aunque se produjeron algunos incidentes, estos fueron muy escasos. El ejército andalusí era leal al emir, obediente a sus oficiales y, sobre todo, disciplinado. Por desgracia para Mardanis, también era muy escaso por lo que tenía que recurrir a los mercenarios cristianos.

Frente al alcázar, en una amplia esplanada, se encontraba al-Malik ibn Silban junto con unos cien rebeldes. La mayoría eran alfaquíes y ulemas, pero también se encontraban entre ellos mercaderes y miembros de la nobleza. Unos se unieron a la sublevación arrastrados por el fanatismo religioso, otros por la codicia, persuadidos de que aumentarían sus riquezas y privilegios en una ciudad gobernada por los almohades. Estaban maniatados y con los ropajes sucios de sudor y sangre. Mardanis los observaba sentado en un trono. Lo flanqueaban Hamusk, Obaid, al-Hallal, al-Faras y su hermano Yusuf, quien no entró en la ciudad hasta que vio ondear en las murallas las banderas negras con las estrellas plateadas de ocho puntas del emir de Murcia, anunciando que la sublevación había sido totalmente sometida.

El castigo impuesto a al-Malik ibn Silban y al resto de los sublevados fue cruel, despiadado, atroz. Durante días, fueron entregados a tormento, más por satisfacer la sed de venganza y la rabia contenida del emir que por genuino interés en averiguar cualquier información sobre los implicados en la rebelión y los lazos que los unían a los almohades, pues no tardó un buen número de sublevados en referir en los interrogatorios todos los detalles de la conspiración y enumerar uno por uno a los implicados. Y para ello, solo fue necesario que el verdugo les mostrara sus instrumentos de trabajo. Pero se hacía necesario darles un escarmiento y que sus gritos de agonía y dolor resonaran en las noches valencianas. Una vez que los prisioneros estaban en las puertas de la muerte, fueron crucificados aún vivos frente a los muros de la ciudad. Y allí permanecieron varios días, siendo devorados por los cuervos y las moscas hasta que el olor a podredumbre se hizo insoportable. Sus restos fueron llevados entonces a varias leguas de distancia y arrojados a un monte para que los buitres y las alimañas royeran las últimas sobras de aquel amasijo de huesos y carne podrida. La mayoría de las sesiones de tortura fue supervisada personalmente por Mardanis, por su hermano el gobernador Yusuf y por Abi Yamra, quien había sustituido a al-Faras como juez de la ciudad. El emir de Murcia no quería perder detalle del sufrimiento de quienes se habían arrodillado ante los unitarios y, en su locura, arrastraron al pueblo valenciano a la rebelión. Los conspiradores habían correspondido sus desvelos y esfuerzos por engrandecer al Sharq al-Ándalus con deslealtad e ingratitud, los más miserables de los vicios. Sus muertes lentas y dolorosas habían sido la justa recompensa que corresponde a los traidores.

Habían pasado solo tres meses de la fatigosa recuperación de Valencia y Mardanis ya se encontraba frente a las murallas de Guadix. El emperador le había encomendado la misión de negociar con el emir Amin ibn Milhan la entrega de la ciudad. Si este se negaba, asaltarían sus murallas y entregarían Guadix al saqueo y a la destrucción. No había ni tiempo ni interés en mantener un largo asedio. La alcazaba se erigía sobre una elevación. Sus muros eran recios, pero ni mucho menos inexpugnables. Su conquista no solo protegería Almería de las incursiones almohades, sino también el Sharq al-Ándalus. Gobernaba la ciudad el anciano Amin ibn Milhan, miembro de la nobleza local. En 1145 se proclamó independiente del califa almorávide Yusuf ibn Tasufin con la ayuda del emperador Alfonso de León. Desde entonces combatió con decisión a los almorávides y posteriormente a los almohades. Guadix era una ciudad pequeña, rodeada de valles fértiles y bendecida con cosechas abundantes. Su estratégica ubicación la convertían en una codiciada presa para sus poderosos vecinos. Mardanis respiró el olor a azahar de los naranjos que flanqueaban el camino que conducía a la ciudad que se disponía a capturar. Los accitanos habían huido en busca de refugio a la alcazaba tan pronto divisaron en lontananza las enseñas negras con la estrella plateada de ocho puntas del emir. Mardanis alzó el brazo y el ejército se detuvo. Contempló durante unos instantes las murallas y la torre del homenaje

—Negociaré con Milhan la entrega pacífica de la ciudad —anunció Mardanis—. Acompañame —ordenó a Hamusk y espoleó la montura sin esperar respuesta.

Mardanis continuó el camino hacia Guadix seguido por Hamusk y por una escolta de veinte jinetes.

—Espero que esta vez no nos deje fuera del botín como sucedió en Valencia —rezongó Armengol de Urgel, contemplando cómo el emir se dirigía hacia la ciudad.

—No te quejes —repuso Álar Rodríguez—, que sus buenos morabetinos de oro nos pagó en cuanto regresamos a Murcia. Su generosidad con los cristianos le está causando muchas tensiones con sus consejeros. Deberías mostrar más gratitud.

—Hablas de él como si lo admirases —replicó Armengol torciendo el gesto.

—Admiro la lealtad y Mardanis es leal. Acaba de tomar Valencia y no ha dudado un instante en obedecer al emperador y marchar a Guadix, tal y como habían acordado en Lorca. No encuentro en el catalán Ramón Berenguer ni en el pamplonés Sancho la misma disposición a servir a Alfonso de León.

Pero Armengol no estaba ni mucho menos convencido.

—Es un musulmán —replicó negando con la cabeza—, veremos si sigue siendo tan leal a nuestro emperador cuando las cosas se compliquen con los unitarios.

El conde de Sarria desplazó la vista hacia el emir de Murcia. Conjeturar sobre el futuro era un ejercicio estéril. Lo único cierto era que Mardanis, obedeciendo al emperador, se dirigía a Guadix para negociar su rendición con Amin ibn Milhan.

El emir de Murcia cabalgaba al paso ajeno a la conversación que mantenían los dos cristianos. Advirtió que desde las almenas lo contemplaban varios hombres. Uno de ellos era un anciano enjuto y encorvado. A su lado se encontraba un hombre de unos cuarenta años. Era alto, con barba larga y cana, y porte distinguido.

—El anciano debe ser el emir Milhan y el que está a su lado el visir Tufail —aclaró Hamusk.

Mardanis asintió. Había oído hablar de Tufail. Se trataba de un reputado filósofo y médico, mentor del afamado Ahmad ibn Muhammad ibn Rusd^[23]. Era conocido por su sabiduría y prudencia. Sus habilidades diplomáticas habían permitido a Milhan alcanzar beneficiosos acuerdos tanto con cristianos como con otros reyezuelos musulmanes, logrando así garantizar la independencia de Guadix durante largos años.

—Bien, me alegro de que el viejo de Milhan esté bien aconsejado —dijo Mardanis—. Tufail le hará comprender que no tiene otra opción que entregar la plaza.

Desde las murallas, Milhan contemplaba la llegada de Mardanis y Hamusk. No era necio. Sabía que tarde o temprano recibiría la desagradable visita del emir musulmán, del emperador cristiano o del califa almohade con la intención de anexionarse su pequeño reino. Casi se alegró de que quién se acercaba a sus murallas fuera Muhammad ibn Mardanis, un musulmán andalusí como él y no un almohade o, peor aún, un trinitario.

—Es el emir de Murcia —observó Tufail—. Quiere parlamentar.

El emir de Guadix asintió en silencio.

—Trae consigo pocas tropas —dijo desviando la mirada hacia el ejército, que permanecía inmóvil en espera del resultado de las negociaciones—. Ni siquiera ha ordenado montar el campamento.

—Será porque confía en llegar pronto a algún tipo de acuerdo —dijo Tufail.

—Con tan pocas tropas no podrá asediar la ciudad y ni mucho menos conquistarla. ¿Qué es lo que pretende?

—Pronto lo sabremos.

Mardanis detuvo el caballo a una distancia prudencial de las murallas. Amin ibn Milhan y Tufail descendieron del adarve y se dirigieron hacia sus monturas. Al anciano emir tuvieron que

asistirlo para montarse en el caballo. Lejos habían quedado los años en los que lideraba algaras en tierras cristianas o contra otros reyezuelos andalusíes. Acompañado por el visir y por una nutrida escolta de jinetes, cruzó las murallas de Guadix y fue al encuentro del emir de Murcia. Varios buitres sobrevolaban un cielo azul y despejado. Milhan rogó porque ese día pasaran hambre.

—La paz sea contigo, Amin ibn Milhan, emir de Guadix —saludó cordialmente Mardanis.

—Contigo sea la paz, Muhammad ibn Mardanis, emir del Sharq al-Ándalus —correspondió el gobernador de Guadix.

Tufail y Hamusk se saludaron con una leve inclinación de cabeza. Las escoltas vigilaban a sus respectivos señores a unos veinte pasos, distancia suficiente para que la negociación no fuera escuchada y para intervenir con presteza si surgía la necesidad.

—¿Y bien? ¿Qué puede hacer el emir de Guadix por el emir del Sharq? —preguntó Amin ibn Milhan yendo directamente al asunto que había llevado a Mardanis a su reino. Cuando uno alcanza una determinada edad sobran los habituales y protocolarios minutos de cortesía.

—Debes entregarme la ciudad —respondió Mardanis con firmeza.

Milhan asintió manteniendo la serenidad. Anticipaba esa respuesta. Alzó la cabeza y dirigió la vista hacia las tropas del emir de Murcia.

—Pocos soldados traes si pretendes asediar Guadix —alzó la cabeza— y por lo que llegan a ver mis cansados ojos, careces de maquinaria para asaltar mis murallas. ¿Debería entregarte la ciudad solo porque tú me lo pides?

Mardanis se giró ligeramente y miró de soslayo a sus tropas.

—Mis soldados son escasos —confirmó—, es cierto, pero los que vienen detrás son tan numerosos como las estrellas que iluminan el firmamento.

Milhan y Tufail intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Eres una avanzadilla? —preguntó Tufail, presintiendo la respuesta.

El emir de Murcia asintió y confirmó sus más oscuros presagios:

—En unos días se unirá a mis tropas el emperador Alfonso de León —hizo una pausa para que sus palabras sembraran de pánico los corazones del emir de Guadix y del visir—... con un formidable ejército.

Milhan volvió a asentir. Su rostro arrugado, mustio, poblado de una rala y canosa barba era fiel reflejo de su exhausto ánimo. No recordaba cuántos años llevaba guerreando contra todo y contra todos. Se encontraba en el ocaso de su vida y aún lo obligaban a combatir. Mardanis advirtió la derrota en los velados ojos del anciano emir.

—Pero ninguno de los dos queremos que Guadix sea tomada por un cristiano, ¿verdad? —preguntó.

Sus palabras sorprendieron al emir y al visir, pues era bien conocido que Mardanis había rendido vasallaje al emperador Alfonso de León. Incluso Hamusk arrugó las cejas confuso.

—¿Vas a apoyarme? —preguntó esperanzado Amin ibn Milhan, alzándose ligeramente de su montura. Su viejo y cansado corazón se agitó en su pecho.

Mardanis reprimió una carcajada. Si tienes intención de arrebatarme su reino a un emir, lo mínimo que debes hacer es no reírte.

—No, no te apoyaré. Soy leal al emperador.

Milhan desvió su mirada de viejo abatido por la vida hacia el suelo. Sus últimas esperanzas se desvanecieron como hojas secas arrastradas por el viento, aumentando una estremecedora sensación de desesperación y tormento.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que pretendes? —preguntó Tufail.

—Te respeto, Amin ibn Milhan —comenzó a responder el emir de Murcia—. Has combatido en mil batallas y, aun así, has llegado a viejo y gobernado con independencia el emirato de Guadix. Toda una proeza al alcance de muy pocos, pero confío en que entiendas que tu momento ha terminado —hizo una leve pausa y fijó la vista en el anciano emir—. Dado que Guadix está rodeado de enemigos, es comprensible que, tarde o temprano, alguno de ellos intente sustituir las banderas que ahora ondean en las murallas por las tuyas. Pero Alá, en su infinita misericordia, te ha concedido la oportunidad de que decidas tú quién gobernará tu reino. No la desaproveches.

—¿Y el elegido eres tú, Mardanis? —preguntó el visir con entereza. En las palabras del emir de Murcia no advirtió una amenaza, sino la sobria descripción de una descarnada realidad.

—O yo o Alfonso de León, el emperador de los cristianos. La elección es tuya, Amin ibn Milhan.

El emir de Guadix y el visir se miraron en silencio durante unos instantes. Ambos calculaban las alternativas de las que disponían.

—Podéis quedaros en Guadix o, si es vuestro deseo, marcharos a África con vuestras riquezas y pertenencias —se apresuró a decir Mardanis, pues había advertido la duda en los cansados ojos del emir—. Te puedo asegurar que las vidas y propiedades de los accitanos serán respetadas. Nada cambiará para tus vasallos bajo mi gobierno. Soy musulmán, como ellos —le recordó con una sonrisa—. La ciudad formará parte del Sharq al-Ándalus. Tus súbditos serán mis súbditos y gozarán de mi protección. Si has de abrir las puertas de tu ciudad, ¿no crees que será preferible hacerlo ante un emir musulmán que ante un rey cristiano? No puedo garantizarte las mismas condiciones si Guadix cae en manos del emperador.

Tufail miró a Amin ibn Milhan a los ojos. Advirtió que estaban empañados por la tristeza y el dolor. Pero un buen consejero sabe reconocer cuando la lucha ya no tiene sentido. Lo tomó del hombro y asintió levemente.

Amin ibn Milhan exhaló un largo suspiro y echó un vistazo a sus espaldas. Contempló las murallas de Guadix, a los soldados que vigilaban atentos tras las almenas y a sus enseñas ondeando en el alcázar. Apretó los dientes y su mandíbula se tensó en unas mejillas flácidas de barba rala y difusa.

—Seréis destruidos por los almohades —comenzó a decir el anciano emir con palabras amargas cargadas de rabia y reproche—. Lo sabes, ¿verdad? —y prosiguió antes de que Mardanis tuviera tiempo de responder—. Algún día el califa arreglará sus asuntos en África y cruzará el Estrecho con un formidable ejército que arrasará sin compasión al-Ándalus y quién sabe si también los territorios de tus amigos cristianos. Es cierto, todos los reinos tienen un inicio y un final. El mío quizá se haya escrito hoy, pero el tuyo, Muhammad ibn Mardanis, emir del Sharq al-Ándalus, el tuyo está más próximo de lo que tú imaginas.

—Desconocemos lo que Alá tiene reservado para el Sharq al-Ándalus —dijo Mardanis—, pero hoy, ahora, mis preocupaciones se centran en que Guadix no sea destruida, sino que siga siendo una ciudad rica, próspera y hermosa, pero gobernada por otro emir. De los almohades me preocuparé llegado el momento.

—Y harás bien —persistía Amin ibn Milhan—, porque pronto, muy pronto, los unitarios se encontrarán frente a las murallas de Murcia y entonces, querido Mardanis, buscarás con la mirada a tus amigos cristianos y no los encontrarás. Estarás solo y abandonado. Te sentirás cansado, perdido, derrotado. Sí, sé muy bien cómo te sentirás, pues son los sentimientos que anidan ahora en mi corazón. Llegado ese momento, ruego a Alá porque te conceda un último instante de lucidez y no permitas que tu ciudad y tus súbditos sean destruidos por satisfacer una vanidad y un orgullo marchito e inútil. Sí, Mardanis, te pido que te rindas cuando los almohades

se encuentren a las puertas de Murcia, como me rindo yo ahora. Entrega tu ciudad, tu reino, al invasor con la certeza de que este, algún día, sea sustituido por otro más fuerte y poderoso, continuando así el eterno ciclo de la historia —hizo una pausa. Su voz estaba tomada por la emoción—. Te entrego mi reino, Mardanis —prosiguió algo más repuesto. Había asumido que el fin estaba cerca y que alargarlo solo le produciría más dolor—. Cuida de él. Cuida de mis gentes, de mis mezquitas, de mis campos, de mis bosques. Disfruta de él con pasión, con intensidad, pero también con la seguridad de que tu dominio sobre Guadix, sobre el Sharq al-Ándalus es un espejismo, un sueño efímero del que despertarás cuando las banderas blancas del califa Abd al-Mumin flameen por el horizonte.

Las palabras del viejo emir de Guadix resonaron en la cabeza de Mardanis como un mal presagio, como la maldición de un viejo derrotado y resentido. Pero el emir de Murcia no privaría al anciano de Amin ibn Milhan a su derecho a gruñir de rabia y frustración. Lo esencial era que había tomado la ciudad sin necesidad de desenfundar una sola espada.

—Puedes permanecer en Guadix si es tu deseo —dijo Mardanis ignorando los negros augurios del derrocado emir—. Tus riquezas y propiedades serán respetadas. Sería para mí un honor y un privilegio que formaras parte del gobierno de la ciudad.

—¿Y encontrarme aquí cuando lleguen los almohades? —preguntó con desdén, negando con la cabeza—. Soy viejo, pero no tengo ningún interés en precipitar mi encuentro con Alá. Recogeré mis pertenencias y me marcharé a África. Allí consagraré los últimos años de mi existencia a la oración.

—¿Te unirás a los almohades? ¿Abrazarás su doctrina? —preguntó el emir del Sharq al-Ándalus.

—Tú me has arrastrado a hacerlo, Mardanis —le espetó señalándolo con el dedo. Apretó los labios intentando contenerse. Respiró agitadamente durante unos instantes. Tufail le tomó del hombro. No tenía sentido lanzar más lamentos, quejas y recriminaciones. Había rendido la ciudad. Su decisión, aunque dura, era la más sensata. Carecían de los soldados suficientes para contener a los ejércitos de Mardanis y del emperador. Cualquier resistencia hubiera resultado inútil. Guadix sobreviviría, como sobrevivió a los almorávides y como sobrevivirá a Mardanis y a los almohades. Pues Amin ibn Milhan no tenía ninguna duda de que los unitarios se harían con todo al-Ándalus. Simplemente se lamentaba de haber vivido demasiado para ser testigo de cómo le arrebataban su amado reino. Este era su único pesar; no haber sabido morir a tiempo. La llegada de Mardanis había precipitado los acontecimientos. Giró su montura y se dirigió hacia las murallas de Guadix seguido por el visir Tufail. Sus ojos estaban empañados por las lágrimas de un corazón roto en mil pedazos.

—Has sido muy hábil al persuadir a Milhan a que se rinda a ti y no al emperador —dijo Hamusk sin apartar la vista del emir de Guadix—, pero no creo que a Alfonso de León le entusiasmen tus artimañas.

—Guadix se ha rendido sin necesidad de asedios ni batallas —apostilló Mardanis—. Hemos evitado que Milhan se la entregue a los almohades, como ha evidenciado que era su intención y ahora forma parte del Sharq al-Ándalus. El emperador estará más que satisfecho.

—Sí, es cierto, forma parte del Sharq... no del imperio leonés. Este es un matiz que dudo mucho que el emperador ignore.

Mardanis desvió la mirada hacia el señor de Segura y le espetó con decisión:

—He de reconocer que nuestra alianza con los cristianos no nos está siendo de gran utilidad, pues si algún beneficio ha reportado, este ha sido para ellos. Ya va siendo hora de que saquemos algún provecho del vasallaje al emperador y demos una alegría a nuestro pueblo.

A Hamusk le sorprendió el comentario de Mardanis, pues siempre se había mostrado poco propenso a cuestionar al emperador, cuando no lo defendía abiertamente con pasión y firmeza. Pero sus palabras no estaban exentas de razón. ¿Qué victorias habían cosechado los andalusíes desde que luchaban con el emperador? ¿Qué territorios habían conquistado? Su alianza solo había logrado vaciar las arcas del Sharq al-Ándalus y alborotar los ánimos de los descontentos, como sucedió en Valencia. Hamusk asintió con los labios apretados. ¿Estaba su yerno desprendiéndose de la venda de entregada lealtad que cegaba sus ojos? Rogó a Alá porque así fuera.

Toledo, abril de 1152

La noche abrazaba la ciudad cubriéndola con su oscuro manto. Fernando de Castro se encontraba en el salón principal de su palacio, un sobrio edificio de tres plantas próximo al alcázar de Toledo. Varios hachones y candelabros iluminaban la estancia. El Castro estaba sentado en una esquina de la cámara, observando a su esposa desde las sombras. Como en él era costumbre, había bebido sin mesura. Arrugó los labios con desprecio. Su mujer, Constanza Osorio, era hija del conde Osorio. Se habían casado hacía dos años. La hija del conde se anunciaba como un buen partido. Su padre era teniente de numerosas villas en León y Castilla y además tenía enormes posesiones en ambos reinos. Su boda consolidaba la influencia de los Castro en León y los acercaba al infante Fernando. El reino de León sería buen lugar donde prosperar en el caso de que las cosas se torcieran en Castilla. Odiaba con enfermiza intensidad a los Lara. Y su tío... Negó con la cabeza. El mayordomo mayor estaba muy lejos de aquel aguerrido soldado que combatió en infinidad de batallas contra los moros y que tuvo un papel principal en la conquista de Almería. Aquellos eran otros tiempos. Ahora no era más que un viejo decrepito, cobarde y asustadizo, temeroso de los Lara. Tendría que estar atento a sus decisiones. El muy necio desconocía que, tarde o temprano, estallaría la guerra entre ambas familias. Una guerra que desangraría al imperio. Pero que la tierra reseca de León se saciara con la sangre de miles de soldados cristianos le era del todo indiferente si con ello lograba exterminar a los Lara. Sobre todo, a Manrique. Fantaseó con matar al conde con su propia espada. Sonrió. Este pensamiento le agradó. Apuró el cubilete de vino de un trago y lo rellenó de nuevo. Desvió la vista hacia su esposa. Constanza permanecía en silencio junto a una chimenea apagada. Leía un libro de aventuras o de trovadores o de amoríos a la luz de las velas. Su marido lo desconocía. Le daba igual. Constanza se pasaba el día leyendo. Cualquier libro que llegaba a sus manos le parecía interesante. Cualquier cosa le era útil para escapar de aquel infierno en el que se había convertido su matrimonio. O quizá siempre lo había sido. La hija del conde Osorio no era hermosa. Tenía los ojos pequeños y oscuros como los de un roedor, las mejillas redondas y sonrosadas y los labios finos. Sus cabellos lacios, castaños y ligeramente ondulados, caían indolentes y descuidados por los hombros. Todo en ella era simple, vulgar. No parecía la hija de un magnate leonés, sino de un sucio y andrajoso tabernero. Lo único que valía la pena de ella eran sus abultados y generosos pechos. Su tío Gutierre Fernández de Castro acordó su matrimonio con el conde para reforzar la relación que los Castro tenían con la influyente y rica familia leonesa, pero era fea y comenzaba a temer que sus entrañas estuvieran yermas. Podría tolerar que no fuera hermosa, pues su belleza no evitaría que visitase todo lupanar que se cruzara en su camino, pero no podía permitir que no le diera un hijo. Fernando de Castro se erigía como sucesor de su tío Gutierre. Sería el próximo cabeza de familia de los Castro. Necesitaba un hijo, un sucesor. De pronto sintió cómo su miembro se hinchaba en los calzones. Había llegado el momento de volver a intentarlo.

—¡Mujer, ven!

Constanza alzó la vista y la desvió hacia su marido. Fernando de Castro se había levantado de la silla y le mostraba su miembro erecto. Soltó un suspiro de resignación. Se incorporó y se

dirigió hacia su esposo para, tal y como sus padres la habían educado, cumplir con sus obligaciones. El Castro la bajó la saya y la volteó con brusquedad, poniéndola de espaldas. Constanza se agachó y apoyó los codos en una silla. No tardó en sentir las embestidas de su marido. Cerró los ojos e imaginó que se encontraba en alguno de los exóticos y maravillosos lugares que había leído en sus libros. El sitio le daba igual siempre que fuera lejos de la bestia que arremetía contra ella sin la menor sensibilidad, mientras bufaba como un toro en celo. Entonces sintió que la intensidad de sus acometidas menguaba.

—¡Maldita sea! —bramó Fernando de Castro observando su miembro flácido. Se alzó los calzones furioso.

Constanza tragó saliva con los ojos abiertos por el espanto; anticipaba lo que iba a suceder. El primer bofetón le giró el rostro y le abrió el labio.

—No vales ni para que te jodan como los perros. —Sus palabras fueron acompañadas por un segundo bofetón que resonó terrible en las paredes de la cámara.

Constanza cayó al suelo dolorida. Se hizo un ovillo y rogó a Dios porque acabara pronto su tormento. Entonces empezaron las patadas y los insultos.

—Eres una perra inútil. Una ramera fea y gorda. Nadie te quiere. El cerdo de tu padre se quedó muy a gusto cuando se libró de ti —le decía mientras la pateaba sin descanso ni compasión—. Escúchame bien, zorra —se agachó y la cogió de los cabellos. Su nariz y labios sangraban profusamente y de los ojos brotaron lágrimas de dolor, tristeza y miedo—; a nadie le importas. Podría matarte, echarte de comer a los perros y nadie reclamaría ni tus huesos —golpeó su rostro contra el suelo con violencia. Fue un golpe seco, cruel, horrible.

Fernando de Castro se incorporó y abandonó el salón sin molestarse en mirar el amasijo de carne y sangre que era ahora su esposa. Durante unos instantes Constanza permaneció quieta, en silencio, como el cervatillo que pretende ocultarse tras unos matorrales para evitar las garras y los colmillos de una fiera sanguinaria que alza el hocico y olfatea el aire percibiendo su rastro. Pero los golpes habían cesado y le pareció haber escuchado cerrarse la puerta. Levantó temblorosa la cabeza. Se limpió los ojos de lágrimas amargas. Suspiró. Estaba sola. La bestia se había marchado. Posiblemente, se dirigiría a algún sórdido lupanar para aliviarse con alguna infeliz ramera. Lo sentía por ella. Se puso de rodillas. Su rostro, su cuerpo, estaban llenos de magulladuras y sucios de sangre. Le dolía el alma, pero estaba viva. Si es que una existencia sometida a los golpes, al menosprecio y al miedo podía llamarse vida. Comenzó a llorar abrumada por una insondable tristeza. Estaba convencida de que ese salvaje algún día la mataría.

Guadix, abril de 1152

Alfonso de León aguzó la vista y sonrió al contemplar que desde las murallas de Guadix ondeaban victoriosas las banderas negras de Muhammad ibn Mardanis. El astuto emir había tomado la ciudad. El emperador se preguntaba cómo lo habría logrado en tan poco tiempo. El ejército leonés serpenteaba por caminos flanqueados por fértiles huertos y campos de olivos. Ni siquiera el andalusí había devastado el territorio condenando a la ruina y al hambre a los accitanos. La rendición de Guadix debió ser extremadamente rápida. Su curiosidad aumentaba según avanzaba hacia las murallas de la ciudad.

—Padre, ¿dónde están vuestras banderas? —observó oportunamente el infante Fernando, que cabalgaba justo a su lado—. Solo distingo las negras con la estrella plateada del andalusí.

Ese fue un detalle que a Alfonso de León le había pasado desapercibido. Fijó con más atención la vista sobre la ciudad. El ejército de Mardanis debía adelantarse al suyo y persuadir al emir para que entregara Guadix al emperador, pero ninguna de sus enseñas flameaba en las murallas. El emir de Murcia era leal. Seguro que el asunto de las banderas tenía una explicación.

—Es cierto —confirmó el alférez Ramiro Froilaz—. No hay ninguna bandera leonesa en las murallas.

—Lo que no ondean en las murallas son las enseñas del emir Amin ibn Milhan ni las banderas blancas de los almohades —replicó Alfonso de León—. ¡Mirad! —Señaló con el dedo a Mardanis, que lo saludaba desde lo alto del adarve acompañado por Ibrahim ibn Hamusk, Armengol de Urgel y Álvar Rodríguez—. Ahí está. Tal y como le pedí. Guadix ha quedado libre de toda amenaza unitaria y las fronteras de Almería están ahora más resguardadas. Y sin necesidad de derramar ni una sola gota de sangre andalusí o leonesa.

El emperador y su séquito de notables, donde además del infante Fernando y el alférez Ramiro Froilaz se encontraban el infante Sancho, Manrique Pérez de Lara y Gutierre Fernández de Castro, cruzaron las puertas de la alcazaba. Mardanis, Hamusk y los cristianos Armengol de Urgel y Álvar Rodríguez descendieron del adarve y acudieron prestos a su encuentro.

—Mi señor, Guadix es vuestra —anunció Mardanis con una sonrisa en los labios.

Alfonso de León miró en rededor buscando algún emblema o distintivo que identificara Guadix como ciudad leonesa, pero no lo encontró.

—Solo veo banderas tuyas, amigo Mardanis, ¿seguro que Guadix me pertenece?

El emir percibió desconfianza en los ojos del emperador y en los de los notables que lo acompañaban.

—Es vuestra en cuanto a que ahora forma parte del Sharq al-Ándalus, un reino vasallo del emperador Alfonso de León —respondió con voz potente para que sus palabras penetraran con vigor en sus cabezas y arrastraran como un torrente cualquier atisbo de duda y sospecha que albergara en su interior.

—Guadix debía ser leonesa, no andalusí —le espetó el infante Fernando con tono desafiante.

Mardanis desplazó la mirada hacia el joven infante. Sin duda alguna, a sus quince años demostraba carácter y genio. Su personalidad dibujaba más energía y entereza que la de su hermano Sancho, que, a pesar de contar con diecinueve, contemplaba la escena en silencio y con

semblante atribulado.

—Quizá el infante hubiera preferido estar ahora fuera, en el exterior de Guadix, participando de un largo asedio que encontrarse en su interior, con la ciudad sometida al emperador sin haber lanzado una sola flecha —replicó el emir de Murcia con una sonrisa afable en los labios.

Fernando torció el gesto ante lo que consideró una respuesta insolente por parte de un musulmán, por muy emir que fuera. Para muchos cristianos, Mardanis no era más que un simple ismaelita. Un mal necesario para combatir otro mal superior y mucho más dañino. Alguien de quien servirse mientras fuera de utilidad, pero del que sería necesario desprenderse como si fuera un mueble viejo y molesto, una vez hubiera cumplido con su cometido.

—Sospecho que entregarte a ti Guadix en lugar de a un emperador cristiano formó parte de la negociación con Amin ibn Milhan —intervino oportunamente el emperador, advirtiendo los labios apretados y la mirada furiosa de su segundo hijo. Mardanis asintió confirmando sus palabras—. Lo conozco muy bien. Yo mismo acudí en su auxilio en más de una ocasión cuando se enfrentó a alguno de los reyezuelos vecinos. Pero mi apoyo no me sirvió ni para ganarme su amistad ni su simpatía. Milhan nos desprecia. Estoy seguro de que hubiera rendido la ciudad al califa Abd al-Mumin antes que permitir que un cristiano cruzara sus puertas.

—Es tal y como afirmáis, mi señor —apostilló Mardanis—. Él mismo nos lo confesó.

El emperador asintió varias veces y buscando al antiguo emir de Guadix con la mirada, preguntó:

—¿Y dónde está ahora el viejo de Milhan?

—Se ha marchado a África con el visir Tufail y con aquellos que han determinado abandonar Guadix. Este ha sido otro de los asuntos tratados en la negociación.

Alfonso de León estalló en carcajadas.

—Amigo Mardanis, no solo eres un hábil guerrero, sino también un audaz negociador. Eres astuto como un zorro y fuerte y temible como un lobo. Sí, eres como un lobo; indómito, osado... peligroso.

—Peligroso solo para mis enemigos, mi señor —matizó el emir de Murcia esbozando una sonrisa.

Alfonso de León descabalgó y lo abrazó, aliviando la tensión que habían generado las insidiosas palabras del infante Fernando.

—Mi buen amigo el rey Lobo Mardanis —dijo Alfonso de León tomándolo de los hombros—. El más leal y audaz de mis reyes vasallos.

El emperador y el emir de Murcia intercambiaron una mirada de complicidad. Alfonso de León lo acababa de llamar «rey Lobo Mardanis». El emir comprendió de inmediato que el emperador no le otorgaba tan sugestivo apelativo solo por su osadía y ferocidad, sino que le estaba recordando el supuesto nombre de uno de sus antepasados cristianos a quien llamaban Lope. Mardanis asintió y sonrió al comprender que el emperador pretendía de este modo sellar una suerte de vínculo poderoso, firme, indestructible que iba más allá de una mera alianza o relación de vasallaje. Mardanis era musulmán, pero no podía escapar de sus orígenes cristianos. Y la guerra contra los almohades era mucho más que una cuestión religiosa, que un enfrentamiento entre musulmanes radicales y andalusíes y cristianos. Era una guerra por la supervivencia. Con una sola mirada ambos se conjuraron en combatir al enemigo común, a aquel que amenazaba con destruir el mundo que conocían, el mundo que sus ancestros habían construido. Andalusíes y leoneses, musulmanes y cristianos, unidos para defender Hispania de los unitarios africanos.

—¡Rey Lobo! —gritó de pronto Ali ibn Obaid, alzando el puño a los cielos de Guadix—.

¡Rey Lobo!

En un instante, las tropas del emir de Murcia y los accitanos clamaron el nombre con el que el emperador había definido a su señor: rey Lobo. Mardanis miró al emperador y asintió con una sonrisa.

—¡Rey Lobo! —gritó Alfonso de León alzando los brazos del emir de Murcia, uniéndose al griterío ensordecedor—. ¡Rey Lobo!

Los notables leoneses pasearon preocupados y en silencio la vista por las tropas andalusíes del emir de Murcia. Vitoreaban enfervorecidos el nombre de su señor. El llamado rey Lobo les había robado Guadix con todo el descaro. Y los andalusíes lo sabían. Y se enorgullecían de ello. Su emir había sido más hábil que el emperador. La astucia del lobo había superado la fuerza del león. Al emperador solo le preocupaba que los reyes le juraran vasallaje, y contemplaba con indiferencia cómo los reyes peninsulares aumentaban sus ejércitos y territorios. Ya sucedió con el incómodo y rebelde de Alfonso Enríquez, rey de Portugal, quien no dudó en independizar su reino cuando se le presentó la ocasión a pesar de haber rendido vasallaje al emperador. ¿Quién podría asegurar que no sucedería lo mismo con Muhammad ibn Mardanis? El astuto emir estaba construyendo un reino rico y poderoso. Acostumbrados a conjuras, deslealtades y traiciones, muchos eran los notables leoneses que consideraban que Alfonso de León estaba alimentando a la bestia que terminaría por devorarlo. Sus mentes, siempre desconfiadas y recelosas, eran incapaces de comprender que el emperador pudiera reunir más entrega y lealtad en un musulmán que en la inmensa mayoría de los nobles cristianos. Ibrahim ibn Hamusk era otro al que no le agradaba en absoluto la cercanía con la que se trataban Alfonso de León y Mardanis. Por un instante había considerado la posibilidad de que su yerno se deshiciera de la perversa influencia que el emperador ejercía sobre él. Pero se equivocó. Apretó puños y dientes, mientras clavaba con firmeza sus ojos en el sincero abrazo entre el emperador y el emir.

El emperador paseaba extramuros de la ciudad acompañado por sus hijos Sancho y Fernando, y por una escolta de veinte soldados. Desde hacía meses, los infantes lo acompañaban a las campañas militares y a las reuniones de la curia. Alfonso de León los estaba instruyendo en labores de gobierno. Tenía planes muy concretos para el futuro del imperio y necesitaba formarlos para cuando llegara el momento en el que Dios le pidiera cuentas por sus actos y omisiones. Caminaron durante unos minutos en silencio, contemplando los huertos, las acequias y los centenares de olivos y árboles frutales que se perdían en el horizonte. Era una tierra fértil y generosa. El emperador se alegró de que Mardanís no la hubiera devastado antes de negociar la rendición de Guadix con Amin ibn Milhan como era costumbre. Fernando miraba las murallas de la ciudad con semblante severo y huraño. No le agradaba ver ondear las banderas negras del andalusí donde deberían estar las de León. Buscaba el momento de verbalizar sus pensamientos, pero no quería importunar a su padre delante de sus consejeros, pues sabía que apreciaba al emir de Murcia. Pero ahora, con solo su hermano como testigo, había encontrado el momento preciso de expresar su opinión y el malestar que le recomía las entrañas cada vez que alzaba la mirada y veía las banderas del andalusí flamear en las murallas de Guadix.

—No entiendo por qué toleráis que Mardanís se adueñe de la ciudad —prorrumpió al fin, mirando con resquemor una bandera negra con una estrella plateada de ocho puntas que se perfilaba victoriosa en el cielo azul accitano—. Debía ganar la ciudad para mayor gloria del imperio de León, no del Sharq al-Ándalus. Fortalecer a los musulmanes no creo que sea una política que nos beneficie en el futuro.

Alfonso de León cabeceó afirmativamente. Podría estar de acuerdo o no con su hijo, pero le agradó que a sus quince años ya tuviera carácter y valor para expresar sus opiniones.

—Mardanís no es un agareno^[24] más —afirmó el emperador—. Es un emir vasallo y amigo. Siempre ha respondido a mi llamada con presteza y lealtad. No pasó mucho tiempo desde que sometió a los rebeldes valencianos y marchó aquí, a Guadix, cumpliendo con el mandato que le encomendé. Y lo ha hecho con gran éxito. Sin derramar una sola gota de sangre. Que Guadix sea musulmana en lugar de cristiana carece de la mayor importancia —miró a Fernando y añadió—: Almería, hijo mío, ahora está más protegida de los almohades. Este era nuestro propósito al emprender esta campaña. Solo encuentro motivos para felicitarnos.

—Se ha servido de engaños para arrebatarlos lo que es nuestro —insistía el infante con el ceño fruncido.

—Ha sido muy astuto, no lo voy a negar —reconoció el emperador soltando una carcajada—. Pero te equivocas; Guadix no era nuestra, sino de Milhan, un emir viejo y fatigado que no habría dudado un instante en entregársela a los almohades en cuanto hubiera divisado sus banderas ondear por el horizonte. Nosotros hemos sido más rápidos.

Pero los argumentos del emperador no convencían al infante.

—Pretende gobernar todo al-Ándalus —señaló.

—¿Y qué habría de malo en ello? —preguntó a su vez el emperador, encogiéndose de hombros—. Mejor que todo al-Ándalus esté bajo el gobierno de un emir amigo, que dividido en

reinos débiles y propensos a ser conquistados por los africanos. Mardanis quizá retome el proyecto que hace años planeé con el gran Zafadola. —El emperador exhaló un largo suspiro. El recuerdo de Zafadola aún estaba fresco en su memoria—. Proyecto que quedó truncado tras su desafortunada muerte en al-Luyy —negó con la cabeza al recordar ese absurdo y grave desastre—. Dios quiera que Mardanis sea un nuevo Zafadola y que con nuestra ayuda logre congregar bajo su gobierno a todos los musulmanes de al-Ándalus.

—¡Le llamasteis rey Lobo! —persistía Fernando—. ¿Visteis cómo sus soldados gritaban enfervorecidos su nombre? Alardeaban de que el emperador de Hispania honraba al andalusí con un nombre temible y fiero, al tiempo que se dejaba robar Guadix. ¡Los musulmanes se burlaban de nosotros!

Alfonso de León inspiró hondo. El tono de Fernando rayana la insolencia y su obstinación comenzaba a irritarlo.

—Lo del rey Lobo tiene otra explicación, querido hijo. —Fernando se detuvo y lo miró con determinación—. ¿Sabías que Mardanis es muladí?

Fernando negó con la cabeza.

—Eres joven. Hay infinidad de cosas que aún no sabes, pero con tiempo e interés las irás averiguando —el emperador retomó el paseo—. Te lo explicaré: un antepasado de Mardanis se llamaba Lope Martínez.

—¿Lope Martínez? —preguntó sorprendido Sancho. Hasta ese momento había permanecido en silencio, escuchando la conversación entre su hermano y su padre. Era un joven prudente y comedido. Necesitaba reunir todos los datos y dedicar el tiempo necesario a una adecuada reflexión antes de tomar cualquier determinación. Era muy distinto a Fernando, cuya personalidad visceral e impulsiva solía conducirlo a tomar erráticas decisiones.

Alfonso de León asintió y prosiguió:

—Llamé rey Lobo a Mardanis porque es valiente, astuto y temible, pero también para recordarle sus orígenes cristianos. Entre los musulmanes hay numerosos radicales, quizá no lleguen al extremo de los unitarios, pero a muchos ulemas y alfaquíes andalusíes no les agrada que por las venas de Mardanis corra la sangre cristiana de sus antepasados. Al llamarle rey Lobo, no solo le estoy recordando sus orígenes, sino que le estoy reconociendo ya no como un vasallo, sino como a un igual, como a un consejero y amigo, como lo son Manrique, Ramiro o Gutierre, o el rey Sancho de Navarra o el príncipe Ramón Berenguer. Cuando nos enfrentamos a un terrible enemigo que amenaza nuestra propia existencia, debemos desechar nuestras creencias religiosas, nuestros prejuicios y desconfianzas, incluso nuestros intereses. Solo debe guiarnos un único propósito: destruirlo. Mardanis así lo ha entendido. Sabe que yo cuidaré de él, que lo protegeré de sus enemigos, ya sean estos almohades o exaltados alfaquíes como sucedió en Valencia —ahora desvió la mirada hacia su hijo menor—. Fernando, olvida tus sospechas y temores. El emir de Murcia es el más valioso de nuestros aliados. No lo olvides —miró a Sancho—, no lo olvidéis —tomó a ambos de los hombros—. Jamás lo dejéis solo, jamás lo abandonéis frente a los africanos. Él es el guardián de las puertas de Hispania. Si Mardanis cae, el imperio, la cristiandad estarán en serio peligro.

—¿Y si Mardanis se rinde a los almohades como han hecho tantos emires andalusíes? —preguntó Fernando.

Alfonso de León puso los ojos en blanco y exhaló un largo suspiro.

—Si Mardanis se rinde, si se arrodilla ante el tawhid y decide profesar la doctrina de los almohades, reza al Todopoderoso con toda tu fe, con todas tus fuerzas, pues la más destructiva de las catástrofes se cernirá sobre el imperio.

Llovía con intensidad y un viento fuerte y frío anticipaba un invierno especialmente hostil. El emperador se encontraba en el salón principal de las Torres de León. Hacía apenas unas horas que había dejado en el lecho a su joven esposa, Riquilda de Polonia, con quien se había desposado en Soria hacía cinco meses. Era apenas una niña de piel blanca, ojos grandes y azules y cabellos oscuros. Dudaba poder experimentar algún día el amor, la complicidad o simplemente la amistad que le había unido a su amada Berenguela. Cerró los ojos emocionado. De vez en cuando el recuerdo de la emperatriz acudía a su mente llenándolo de nostalgia. Pero el oficio de emperador exigía dedicación absoluta y dejaba por tanto poco tiempo a sentimentalismos y otras banalidades. Asuntos urgentes requerían de su atención y tuvo que desecharlo de su mente el recuerdo de quien durante años fue su amada compañera. Esa misma mañana había recibido una carta de al-Husayn ibn Hassun, emir de Málaga, en la que le informaba de que el gran jeque almohade Abu Hasf Umar Inti estaba reuniendo tropas africanas en Sevilla con el propósito de lanzarlas contra Málaga. Le suplicaba su ayuda, pues solo con sus recursos sería incapaz de contenerlos. El emperador convocó a sus principales consejeros a una reunión para decidir la estrategia a seguir ante la nueva amenaza unitaria. Y allí, en el gran salón, al abrigo del confortable fuego de la chimenea, fueron llegando los infantes Sancho y Fernando, Manrique Pérez de Lara y su hermano Nuño, el mayordomo mayor Gutierre Fernández de Castro, su sobrino Fernando de Castro, y el alférez Ramiro Froilaz. El emperador puso en antecedentes a los notables del contenido de la carta del emir de Málaga.

—El ejército almohade que se está congregando en Sevilla debe de ser muy numeroso si va a ser comandado por el gran jeque Umar Inti —observó el alférez Ramiro Froilaz.

—No van a tolerar que más reinos independientes caigan en nuestras manos o en las de Mardanis como sucedió con Guadix —intervino Nuño Pérez de Lara, quien hacía pocos meses se había casado con Teresa de Traba, hija del magnate gallego Fernando Pérez de Traba—. Yo creo que...

El emperador alzó la mano interrumpiendo al notable castellano.

—Me gustaría conocer antes la opinión de Fernando —dijo, desviando la mirada hacia su hijo menor.

El infante Fernando carraspeó sorprendido. No esperaba ser interpelado en una reunión en la que se encontraban presentes los consejeros más cercanos y experimentados en asuntos de guerras del emperador. Entendió que la pregunta o, mejor dicho, su respuesta, formaba parte de su instrucción.

—Yo haría cualquier cosa antes que enviar a Mardanis en auxilio del emir malagueño.

Los consejeros rieron la ingeniosa sugerencia del infante. Incluso despertó una sonrisa en los labios del emperador.

—Al-Husayn ibn Hassun es un emir débil —prosiguió el infante Fernando, encantado de haber provocado las risas entre los egregios notables allí convocados. Su voz revelaba confianza y seguridad en sí mismo. A pesar de su juventud, comenzaba a sentirse uno más de entre los miembros de la curia leonesa—. Deberíamos enviar un ejército, pero no para ayudarlo, sino para derrocarlo. La única forma que encuentro de salvar a Málaga de los almohades es que sea

leonesa.

Su intervención, corta pero precisa, despertó un murmullo de aprobación y asentimientos entre algunos consejeros, principalmente en los Castro y en el alférez Ramiro Froilaz.

—Sin duda lo que propones es interesante —reconoció Alfonso de León—. ¿Y tú? —desplazó la vista hacia Sancho—. ¿Qué crees que debemos hacer con la petición de ayuda del emir de Málaga?

El infante Sancho había sido convocado a varias curias y reuniones del consejo, pero nunca había intervenido. No se sentía cómodo expresando su opinión delante de los notables más poderosos del imperio. Prefería escuchar y aprender. Pero después de la participación de Fernando, sospechaba que sería interpelado por su padre. Se aclaró la garganta antes de responder, más para ganar algo de tiempo y ordenar así sus ideas que porque la tuviera realmente reseca. Todos lo observaban con expectación y algo de impaciencia.

—Yo... yo —comenzó a hablar dubitativo, inseguro—. Bueno, yo creo que deberíamos apoyar al emir de Málaga.

—¿En qué sentido? —preguntó Alfonso de León.

—Enviando tropas —respondió.

—¿Tropas? —preguntó Fernando, encogiéndose de hombros—. No nos sobran precisamente soldados, y mucho menos para mantener en el trono a un emir débil de carácter asustadizo.

—Tú lo has dicho, hermano —apostilló Sancho—: no nos sobran soldados. Málaga está aislada y se encuentra muy lejos de León. Aunque la conquistásemos, necesitaríamos de una numerosa guarnición para protegerla de los africanos. ¿De dónde obtendríamos esos soldados? ¿De la frontera este donde nos acosa Alfonso Enríquez? ¿Del sur donde acechan los almohades? Como bien ha observado Fernando, no nos sobran los soldados como para que los enviemos a una ciudad lejana rodeada de agarenos y, desde mi punto de vista, poco estratégica y de difícil defensa. —El infante Fernando guardó silencio con los labios muy apretados. Sancho había logrado darle la vuelta a su propio razonamiento—. De nada sirve que derroquemos al emir al-Husayn ibn Hassun si luego no podemos conservar la ciudad en nuestro poder.

Los Lara asintieron ante los sólidos argumentos del infante, pero Fernando de Castro negaba con vehemencia con la cabeza, revelando sus lealtades.

—No debemos permitir que Málaga caiga en manos de los almohades —prosiguió Sancho más seguro y confiado—. Propongo, mi señor que enviemos tropas a Málaga en auxilio del emir. El gran jeque Umar Inti entenderá que Hassun cuenta con nuestro favor. De seguro regresará a Sevilla o quizá incluso a África cuando vea nuestras banderas ondear junto a las del emir. Es posible que nuestras tropas ni siquiera entren en combate. Como pago a nuestra ayuda por liberar su reino de la amenaza africana le exigiremos oro y su vasallaje.

El infante Fernando torció el gesto. Sancho había sido más hábil que él. Al principio de su intervención se había mostrado apocado e inseguro, pero finalmente se expresó con acierto y, sobre todo, con extrema habilidad al sugerir que una de las condiciones que tendría que aceptar el emir de Málaga para recibir la ayuda leonesa sería rendir vasallaje al emperador.

—Desde Málaga nos será sencillo hostigar a las tropas almohades de Ronda y Antequera. Incluso podríamos aventurarnos a atacar Cádiz o Sevilla —añadió Sancho, animado por los asentimientos de los Lara—. Málaga sería la punta de lanza desde donde hostigaríamos a los africanos hasta arrojarlos al mar.

Alfonso de León asintió satisfecho. Sancho y Fernando habían participado con acierto en el consejo. Sería la primera intervención de otras muchas, pues había decidido que su criterio sería el primero en ser escuchado. Ambos estaban llamados a ser reyes. Los notables del reino debían

acostumbrarse no solo a su presencia, sino también a aceptar sus decisiones. El emperador ya tenía su opinión respecto a la estrategia a seguir en Málaga, pero quería conocer la de sus consejeros. Es más fácil aceptar una decisión consensuada que una impuesta.

—¿Qué opináis vosotros? —preguntó mirando a los notables.

—La campaña para conquistar Málaga será muy costosa y de éxito incierto. —Manrique Pérez de Lara fue el primero en responder—. Incluso podríamos vernos atrapados entre los ejércitos malagueños y almohades. Considero que la propuesta de Sancho es la más sensata. Al apoyar al emir al-Husayn ibn Hassun, llenaremos nuestras arcas y nos garantiremos su lealtad. Esta debería ser nuestra estrategia.

—Soy de la misma opinión —intervino ahora Nuño.

Fernando de Castro soltó un bufido. No soportaba a los Lara. Su desplante llamó la atención del emperador.

—Quizá Fernando de Castro tenga otros pensamientos a este respecto.

—Fernando opina lo mismo que el infante Sancho y los hermanos Lara —se anticipó en responder Gutierre Fernández de Castro, tomando a su sobrino del hombro—: Apoyemos al emir de Málaga a cambio de su oro y de su vasallaje.

El Castro miró a su tío con gesto reprobador. Que hubiera respondido al emperador en su lugar lo había enfurecido. Pero no era cuestión de entrar en una discusión con el cabeza de familia de los Castro delante de Alfonso de León y mucho menos de los Lara, y se limitó a asentir con los labios muy apretados.

—Bien, ¿y qué tiene que decir el alférez real? —preguntó el emperador, mirando a Ramiro Froilaz.

—Ambas soluciones me parecen oportunas —respondió con su característica voz ronca y potente—, pero sin duda, apoyar al emir resultará más seguro y menos costoso para las arcas del imperio —respondió el alférez y añadió, mirando al infante Sancho—: Utilizar Málaga como campamento desde donde atacar a los almohades me parece una propuesta de lo más atractiva.

—¡Sea entonces! —exclamó Alfonso de León—. Enviaremos tropas al emir de Málaga a cambio de oro y de su juramento de vasallaje.

—Bien, si esta es la decisión de nuestro emperador —comenzó a decir el infante Fernando—, propongo que sea Nuño Pérez de Lara quien acuda a Málaga en calidad de embajador para negociar las condiciones del acuerdo con al-Husayn ibn Hassun.

—¿Quién mejor que Nuño para defender los derechos de nuestro emperador? —intervino con presteza Fernando de Castro.

El apoyo del Castro a la sugerencia del infante desconcertó a los Lara. Representar al emperador en una misión tan delicada e importante era una enorme responsabilidad que engrandecería a quien la llevara a cabo. ¿Habían asumido por fin los Castro su papel secundario en el imperio? Los Lara lo dudaban, pero no eran de esos que desaprovechaban ocasión para acumular distinciones y honores.

—Bueno, ha pasado poco tiempo desde que Nuño contrajo matrimonio con Teresa de Traba... —dijo el emperador arrugando los labios indeciso—. No creo que sea oportuno alejarlo tan pronto del tálamo conyugal.

—Mi señor, será un honor representaros si tal es vuestra decisión —se ofreció con agilidad Nuño de Pérez de Lara.

—No os preocupéis, mi señor, mi hermano sabrá cómo recuperar el tiempo perdido cuando regrese de Málaga —aseguró Manrique rompiendo en carcajadas.

Los notables acompañaron al conde de Lara en las risas. Solo el infante Fernando permanecía

con el semblante reservado. Su propuesta de que fuera Nuño quien marchara a Málaga a negociar con el emir lo había animado, pero de ningún modo podría enmascarar el rotundo fracaso de su primera intervención en el consejo del emperador. Su propuesta había sido desestimada por la de su hermano mayor y los Lara se habían posicionado descaradamente a su favor. Grabó cada detalle de la reunión en un lugar oculto, pero muy accesible de su memoria.

—Si a Nuño le parece bien, no hay más de qué hablar. Espero que la buena de Teresa nunca me lo eche en cara —dijo el emperador, retomando las risas.

Los notables brindaron por el éxito de la embajada y se conjuraron contra el califa Abd al-Mumin y su horda de fanáticos africanos. Charlaron distendidamente sobre asuntos triviales durante unos minutos, hasta que Alfonso de León puso fin a la reunión y despidió a los consejeros. Fernando de Castro se incorporó y se despidió del emperador con una leve inclinación de cabeza. Lo siguió su tío Gutierre.

—Sé más prudente, sobrino —le dijo casi en un susurro para evitar ser escuchado una vez hubieron abandonado el salón y se encontraban alejados de oídos indiscretos—. Era evidente que el emperador ya se había decantado por la propuesta de Sancho, que por otro lado me parece la más sensata. Recuerda que los reyes solo consultan las opiniones de sus consejeros cuando tienen la certeza absoluta de que serán las mismas que las tuyas. Además, ¿a qué viene ese interés tuyo por que sea Nuño el embajador del emperador? ¿Qué es lo que tramas con el infante?

—Eres el cabeza de los Castro y te respeto, querido tío, pero no vuelvas a hablar por mí delante del emperador ni de nadie —le espetó entre dientes como respuesta—. Y mucho menos, escúchame bien, de los Lara. ¿Ha quedado claro?

Sin esperar réplica, Fernando de Castro continuó su camino dejando atrás a un Gutierre con la boca abierta y terriblemente preocupado por las oscuras maniobras que estaba pergeñando su sobrino.

Fernando de Castro compartía con el infante Fernando el deseo de apartar a Nuño Pérez de Lara de las Torres de León, aunque sus motivaciones respondían a propósitos muy distintos. Como amigo del infante, estaba al corriente de sus escauceos con Teresa de Traba. Y aunque estos cesaron poco después de que el conde de Lara y el de Traba acordaron el matrimonio de Nuño con Teresa, el Castro estaba seguro de que bastaba con que se presentara la mínima ocasión, para que el fuego que ardía en los corazones de los apasionados amantes prendiera de nuevo con inusitado fervor. Su tío Gutierre aún no había advertido la soterrada y sucia guerra que se estaba librando entre los Lara y los Castro, pero Fernando de Castro sí. Claramente. Ya intentó desprenderse de los Lara en Córdoba, pero no lo consiguió, aunque estuvo muy cerca. Pero a sus diecisiete años aún era muy joven y estaba convencido de que el tiempo le concedería numerosas oportunidades. La reunión del consejo en las Torres de León evidenciaba las profundas diferencias entre las familias más ricas y poderosas del imperio. Los Lara estaban tomando posiciones próximas a Sancho, mientras que Fernando de Castro había desvelado con rotundidad su inclinación hacia Fernando. Si el emperador no cambiaba de opinión respecto al destino que le aguardaba al imperio a su muerte, los dos hermanos estaban predestinados a reinar, pero en reinos distintos. En la división y el enfrentamiento es más fácil hacerse con riquezas, propiedades y títulos. Bastaba con luchar en el bando ganador y este, sin duda alguna para el Castro, era el del infante Fernando. Su propósito ahora era debilitar a los Lara a través de Teresa de Traba y reforzar su influencia sobre el infante. Y con tal fin apoyó al infante Fernando cuando este propuso que fuera Nuño Pérez de Lara el enviado del emperador para negociar el tratado de paz y colaboración con el emir de Málaga. Eran amigos. Se conocían muy bien. Era suficiente con una simple mirada para conocer las intenciones de uno y de otro. Y las del infante eran evidentes.

Fernando de Castro caminaba con paso decidido hacia los aposentos de la esposa de Nuño Pérez de Lara, alférez del emperador. El Castro había logrado persuadir al infante para que retomara su relación con Teresa. Fernando al principio rehusó. Teresa era la mujer del alférez real, el hermano del poderoso conde Manrique de Lara. Su padre, el emperador, ardería de violenta cólera si fueran descubiertos. Pero el infante Fernando sentía una atracción incontrolable por la muchacha, a quien conocía desde su más tierna infancia y con quien había compartido incontables momentos de intenso placer. Además, poder yacer con quien ahora era la esposa de Nuño Pérez de Lara encendía aún más sus deseos. Era una suerte de fruto prohibido, un desafío peligroso y excitante. No necesitó pues de muchos cubiletes de vino para aceptar la arriesgada propuesta del Castro de aventurarse a yacer con Teresa. Solo era necesario encontrar el momento propicio para alejar de su cama a Nuño Pérez de Lara. El Castro se ocuparía de todo lo demás. Y así lo debió entender el infante Fernando cuando Alfonso de León decidió acudir en ayuda del emir de Málaga. En ese instante, se le ocurrió sugerir que fuera Nuño Pérez de Lara el enviado del emperador para negociar con el emir de Málaga las condiciones de la alianza. Estaría fuera unas semanas. Tiempo más que suficiente para llenar el vacío que el Lara dejaría en el lecho de su esposa durante su ausencia.

Y ahora el Castro se disponía a buscar a Teresa de Traba a su cámara para guiarla al lecho del infante como si fuera un manso corderito, aprovechando que su marido se encontraba camino de Málaga cumpliendo un mandato del emperador.

—El infante Fernando te quiere ver —le espetó a Teresa nada más abrirle la puerta. Su tono revelaba que estaba al corriente de sus amoríos con el infante—. Ponte algo bonito y acompáñame.

Teresa no sentía por Fernando de Castro el mínimo aprecio y mucho menos desde que hacía dos años se casó con su amiga Constanza, la hija del conde Osorio. La muchacha le contaba las horribles cosas que le obligaba a hacer en el lecho. Cosas que no toleraría la barragana más vieja y miserable del arrabal. Entre lágrimas le confesaba que era habitual que regresara a la alcoba a altas horas de la madrugada apestando a vino y furcias. Era habitual que descargara sobre ella toda su violencia cuando debido a la ingesta de vino era incapaz de consumir, o por cualquier otro motivo, por absurdo que este fuera. Constanza vivía sumida en un infierno de golpes, dolor y miedo.

—Recuérdale al infante que soy mujer casada —respondió Teresa con determinación y autoridad.

Se disponía a cerrar, pero Fernando de Castro se lo impidió sosteniendo la puerta con la mano.

—El infante te quiere ver, y ahora —dijo empujando la puerta—. Y al infante se le obedece, ¿lo has entendido?

—Soy la hija del conde de Traba y estoy casada con el alférez de León —respondió Teresa sin amilanarse, con la mirada fija en los siniestros ojos del Castro—. Guárdate tus amenazas para los borrachos a los que frecuentas o para las furcias con las que te acuestas.

El Castro sonrió con malicia.

—Eres amiga de Constanza, ¿verdad? —comenzó a decir—. Estoy seguro de que envenena tus oídos con sus mentiras.

Teresa sintió cómo la sangre se le helaba en las venas. El Castro estaba fabricado de pura maldad.

—Bien, pues si eres su amiga, entiendo que te horrorizará que le pueda suceder alguna desgracia.

—Es la hija del conde Osorio, ¿es que no respetas nada? —la voz de Teresa vibraba cargada de temor.

—Solo atiendo las órdenes del infante, y me ha pedido que te lleve con él —repuso el Castro—. Si te niegas, no me culpes a mí de lo que le suceda a tu amiga. Todo, absolutamente todo lo que le pudiera pasar será responsabilidad tuya —se acercó a Teresa y añadió—: ¿Podrás vivir con ello?

Un aliento a cebolla rancia golpeó el rostro de Teresa, que torció los labios en un involuntario gesto de desagrado.

—¿Qué quiere Fernando de mí? —preguntó para ganar algo de tiempo y aclarar sus ideas, pues de sobra conocía la respuesta.

—Ya lo sabes —bufó el Castro.

Desde su último encuentro en Monterroso, Teresa se prometió a sí misma que no regresaría al lecho de Fernando. Pero sentía un deseo irrefrenable por el infante. El alférez era un buen esposo. La trataba con respeto y cariño. Entre ellos no había amor, pero el amor era un sentimiento que rara vez brotaba entre los matrimonios concertados. Pero si se negaba a acompañar al Castro, su amiga Constanza sufriría las consecuencias. Podría denunciar las

intenciones del infante, hablar con su marido, con su padre el conde de Traba o incluso con el emperador, pero el infante Fernando estaba llamado a ser el rey de León y ella era solo una mujer... Dudaba incluso de que la creyeran. No interesaba creerla. Además, posiblemente se viera obligada a confesar que durante años había sido la amante del infante Fernando. Y muchos sospecharían que seguramente lo seguiría siendo. Su reputación y la de Nuño Pérez de Lara serían cuestionadas. Y entre la nobleza leonesa la reputación lo era todo. Pero... ¿realmente deseaba rechazar la propuesta de Fernando de Castro? Sintió cómo sus mejillas enrojecían solo con la perspectiva de volver a yacer con el infante. Su respiración se agitó y su corazón latió con renovadas energías en el interior de su pecho. Su mente se debatía entre dejarse arrastrar por el deseo o mantener la contención propia de la esposa abnegada, fiel y honesta. Fue una lucha intensa, feroz, demoledora. Pero una vez más, los deseos y la pasión derrotaron a la cordura y la razón.

—Espera aquí —dijo al fin—. Voy a cambiarme.

Fernando de Castro asintió con una sonrisa henchida de arrogancia y triunfo.

—Date prisa. No conviene hacer esperar al futuro rey de León.

Muhammad ibn Mardanis estaba exultante de alegría. Su amada Zobayda acababa de dar a luz a una hermosa niña, a la que llamaron Saffira. La llegada de su hija llenaba el alcázar de luz y esperanza. En su corazón, el emir sentía que el futuro de su linaje se volvía aún más prometedor. Había sido un parto rápido y exento de complicaciones. Mardanis besó en los labios a su esposa y a la pequeña en la frente, dejándolas descansando al cuidado de los médicos y comadronas. Salió de la cámara y se dirigió hacia el patio principal del alcázar, donde lo esperaba el juez militar al-Hayy para ponerlo al día sobre la campaña almohade en Málaga. Los asuntos de gobierno reclamaban constantemente su atención, limitando el tiempo que podía prodigar a la familia.

—¿Todo bien, mi señor? —preguntó al-Hayy con sincera preocupación, nada más verlo aparecer en el patio.

Una amplia sonrisa surcó el rostro del emir.

—Ha sido una niña, la llamaremos Saffira —respondió dichoso—. Ambas se encuentran perfectamente.

—Te felicito por el nuevo nacimiento, mi señor —dijo el juez militar—. Ruego a Alá porque el vientre de Zobayda te siga concediendo hijos fuertes y sanos.

Mardanis lo tomó del hombro y comenzaron a pasear en torno a la alberca. El olor a jazmín embalsamaba un patio multicolor de flores tempranas. El canto de los mirlos y el arrullo de las fuentes confería al entorno un espacio idóneo para el descanso del espíritu. Pero por desgracia, tener a un poderoso enemigo a las puertas del reino complicaba cualquier suerte de relajación y el emir fue directamente al asunto que había llevado al juez militar a separarlo del lecho de su mujer y de la recién nacida Saffira.

—¿Qué noticias hay de Málaga? —preguntó Mardanis.

—La llegada de las tropas cristianas del emperador disuadieron al gran jeque Umar Inti, que abandonó el asedio y regresó a Sevilla —le refirió el juez militar.

Mardanis negó con la cabeza.

—Demasiado sencillo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó al-Hayy.

—Umar Inti cuenta sus batallas por victorias. Es astuto, pero también extremadamente prudente. Nunca emprendería una campaña si no estuviera del todo convencido de que la culminará con éxito. No, no es de los que huyen.

—Pues en este caso parece que ha sido justo lo que ha hecho. Quizá haya errado en sus cálculos.

—Umar Inti jamás yerra en sus cálculos. Jamás —replicó Mardanis con rotundidad, pues conocía muy bien al gran jeque almohade—. Nos enfrentamos a un general inteligente e implacable. La anticipación, la serenidad y una firmeza inquebrantable son las cualidades propias de quienes están destinados a dirigir ejércitos y a gobernar imperios y en Umar Inti todos estos atributos se desbordan. Fue precisamente él quien, con Yusuf ibn Sulayman y otro miembro del Consejo de los Diez, Umar Aznay, persuadió al resto de los consejeros de la *yama*, y posteriormente al Consejo de los Cincuenta, para que aceptaran la decisión del *Mahdi*, Ibn

Tumart, de nombrar a Abd al-Mumin como su sucesor. Cuando Ibn Tumart falleció, su muerte fue ocultada a los masmudas durante tres años para que Abd al-Mumin tuviera tiempo para deshacerse de disidentes y opositores, entre los que se encontraban algunos de sus hermanos y también numerosos familiares del *Mahdi*. Concluida la purga y exterminada toda oposición, las tribus y cabilas masmudas le prestaron juramento y obediencia en 1133. Abd al-Mumin se autoproclamó vicario del *Mahdi*, príncipe de los creyentes y califa, pues afirmaba estar emparentado con la tribu árabe de los quraish de La Meca y ser descendiente del mismísimo Profeta. Abd al-Mumin les debe a Umar Inti, a Sulayman y al ya fallecido, Umar Aznay, la sublime dignidad que ostenta. Umar Inti desempeña con diligencia las responsabilidades de consejero, general y gran jeque. Para muchos, es una suerte de califa en la sombra. Uno de los hombres más poderosos del imperio unitario —negó con la cabeza—. Algo se nos escapa en todo este asunto. Málaga es vital para la expansión de los africanos por al-Ándalus. Si la capturan, tendrán acceso directo a Granada. El gran jeque conoce su importancia.

—Quizá hayamos sobrevalorado el verdadero potencial del ejército almohade que el califa ha trasladado a Hispania o tal vez asuntos urgentes hayan reclamado el regreso inmediato del gran jeque a África. Las sublevaciones y revueltas de los pueblos sometidos por los almohades son constantes.

—Puede ser, desconocemos gran parte de lo que sucede al otro lado del Estrecho —reconoció Mardanis.

—Lo cierto es que al-Husayn ibn Hassun actuó con agilidad al pedir la ayuda del emperador. Mardanis asintió.

—Una ayuda que estoy convencido de que no habrá sido desinteresada.

—¡Nunca lo es! —exclamó el juez militar entre risas—. Según tengo entendido, Alfonso de León le exigió su vasallaje y una fortuna en oro.

Mardanis sonrió. El emir de Málaga, otro rey vasallo que añadir a su colección.

—Hassun ha tenido que subir los impuestos a los malagueños para poder afrontar sus obligaciones con el emperador —prosiguió el juez militar—. No han tardado los alfaquíes más exaltados en lanzar coléricas proclamas contra él desde los almimbares.

—Tal y como sucedió desgraciadamente en Valencia —recordó Mardanis con pesar—. Confío en que Hassun logre controlar a esos agitadores o se encontrará con serios problemas. Los alfaquíes se han arrogado la facultad de decidir sobre el destino de los reinos como si fueran los mismísimos emires. Deberían ocupar sus energías y prédicas en asuntos de la fe y dejar la política a los gobernantes. Los reinos funcionarían mucho mejor si cada uno se centrara en gestionar con rigor sus propias responsabilidades.

—Es fácil clamar contra un emir y arengar a la población desde la protección de las mezquitas —observó al-Hayy—, más complejo sería hacerlo en el campo de batalla frente a un enemigo furioso y con deseos incontenibles de aniquilarte.

—Quizá deba considerar armar un ejército formado exclusivamente por alfaquíes, imanes y ulemas. Seguro que después de un par de batallas contra los almohades, observarían la realidad desde una perspectiva completamente distinta —bromeó Mardanis—. Por cierto, hablando de alfaquíes, revueltas y traiciones, ¿cómo están los ánimos en Valencia?

—Abi Yamra ha contenido a los últimos exaltados y erradicado toda sombra unitaria de la ciudad. Hiciste bien en sustituir a al-Faras.

—Yamra es justo, discreto y prudente. Pero también sabe actuar con contundencia cuando es preciso —afirmó Mardanis—. Al-Faras es un buen hombre, pero le falta determinación y carácter. Nos será de mayor utilidad en Murcia.

—Valencia fue un aviso de que el poder e influencia almohade no se encuentra solo en el al-Ándalus sometido —explicó al-Hayy con tono sombrío—. Su doctrina está arraigando en las creencias de un número creciente de andalusíes.

—Es cierto, los necios son proclives a escuchar palabras vacías de contenido, pero que satisfacen sus dudas, colman sus aspiraciones y apaciguan sus miedos. Los extremismos son fáciles de alimentar —reconoció el emir de Murcia—. El enemigo interior es traicionero y se oculta entre las sombras. Es diez veces más peligroso y mortífero que el exterior, a quien ves llegar de frente con las espadas desenfundadas y las lanzas enhiestas. Hemos de estar atentos a que la sublevación de Valencia no se repita. No me lo puedo permitir.

—No se repetirá, mi señor, te lo aseguro.

Mardanis asintió intentando apartar de su mente los horribles presentimientos que comenzaba a engendrar su espíritu.

—No, no se repetirá mientras el Sharq al-Ándalus sea fuerte y rico, pero a nadie le gusta protegerse bajo la sombra de un árbol marchito. Esta es la clave, amigo mío; mantenerse fuerte y no desfallecer jamás. Solo así podremos contener a los almohades de al-Ándalus y a los traidores que los favorecen. Jamás me resignaré a que mi reino sea sometido por Abd al-Mumin ni permitiré que un *sayyid* almohade se sienta en mi trono —sentenció Muhammad ibn Mardanis con la mirada decidida y enrabietada de quien ha jurado guerra perpetua al almohade.

Soria, junio de 1153

La actividad diplomática del emperador fue frenética. En unos meses acordó el matrimonio de su hija Constanza con el rey Luis VII de Francia y en Soria firmó un acuerdo de paz con Sancho de Pamplona que incluía el matrimonio del pamplonés con Sancha, su otra hija. Para consolidar su relación de vasallaje, Sancho fue armado caballero por el propio emperador. Ser yerno de Alfonso de León reforzaría su posición frente al impertinente de Ramón Berenguer, aunque como contrapartida tuvo que aceptar la presencia de tropas leonesas en Artajona, Larraga y Cebor, plazas situadas en el mismo corazón del reino de Pamplona, para garantizar la autoridad leonesa sobre las villas cedidas por su padre, el rey García Ramírez, a su segunda esposa Urraca.

Alfonso de León se encontraba en el salón principal del castillo de Soria acompañado por sus hijos Sancho y Fernando, el conde Manrique Pérez de Lara y el mayordomo mayor Gutierre Fernández de Castro. El rey Sancho regresó a Pamplona poco después de haber sido armado caballero. La boda con Sancha se celebraría a finales de julio en Carrión. Había mucho trabajo por hacer y muy poco tiempo.

—Dudo mucho que Sancho llegue a viejo en el trono de Pamplona —observó Gutierre Fernández de Castro.

—Tiene numerosos detractores entre la nobleza. Demasiados —confirmó Manrique Pérez de Lara.

—Debemos consolidar nuestra influencia en Pamplona antes de que Ramón Berenguer se nos adelante —intervino el emperador—. Hablad con los nobles pamploneses descontentos. Ofrecedles tierras y títulos en León a cambio de su vasallaje.

—¿Tenéis pensado invadir Pamplona?

Alfonso de León negó con la cabeza y respondió:

—Estaré muy atento al desempeño de Sancho como rey. Si cumple con mis expectativas, le permitiré reinar. Pero todos conocemos al príncipe de Aragón y sabemos que no pierde ocasión para ensanchar sus fronteras a costa de los reinos vecinos. He de trasladarle el mensaje de que no toleraré que ataque Pamplona. Enviaré tropas para proteger las villas pamplonesas propiedad de mi hija Urraca y llenaré el reino de notables afines a León. Ramón Berenguer deberá entender que atacar Pamplona será como atacar León.

—Hablaré con el conde Ladrón Íñiguez de Guevara —propuso el infante Sancho—. Es buen amigo. Me escuchará.

Ladrón Íñiguez de Guevara, señor de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa, era uno de los notables más prestigiosos e influyentes del reino de Pamplona. Tras la muerte de Alfonso I *el Batallador*, fue uno de los primeros que apoyó la candidatura de García Ramírez, el padre de Sancho. Como muestra de gratitud, el nuevo rey le ofreció la tenencia de Aibar. Fue uno de los principales consejeros del rey pamplonés. Pero en 1136 el emperador Alfonso de León penetró en Álava y lo capturó. Ladrón Íñiguez se sometió al vasallaje del leonés y su señorío fue anexionado por el imperio. En 1139, Pamplona y León firmaron la paz y sus territorios regresaron a la corona pamplonesa. Desde entonces, actuó como embajador en la Corte leonesa. Con el tiempo labró una buena amistad con el infante Sancho y asistió a su boda con Blanca en 1151.

—Es un noble poderoso y con gran influencia entre los pamploneses. —El emperador asintió varias veces muy satisfecho por la propuesta del infante—. Sí, habla con él. Persuádele para que te rinda vasallaje como rey de Nájera. Será menos reacio a ofrecer pleitesía a un amigo que a un emperador. A cambio, ofrécele la tenencia de Grañón y nuestra protección ante un eventual ataque por parte del rey de Pamplona.

—¿Pero comprar la voluntad de los notables pamploneses no generará aún más desconcierto y división en el reino? ¿O incluso un conflicto con Pamplona? —preguntó Fernando, receloso de que la propuesta de su hermano Sancho hubiera sido del agrado del emperador.

—Que haya división o no entre los nobles pamploneses es un asunto que tendrá que resolver Sancho —respondió Alfonso de León—. Nuestra prioridad es proteger los intereses del imperio en Pamplona y contener las ambiciones expansionistas de Ramón Berenguer. Y para ello necesito la adhesión a León de un gran número de notables pamploneses. El pacto firmado aquí, en Soria, cumple de sobra mis expectativas y estoy seguro de que también las de Sancho; le permito reinar y protejo sus fronteras, ¿qué más puede desear? —alzó las palmas de las manos y sonrió—. Quizá no le agrade perder a algunos notables y que sus posesiones pasen a formar parte del imperio. Es comprensible. Será el sacrificio que tendrá que aceptar si desea sostener sobre su cabeza la corona de Pamplona.

—Hemos negociado la paz con Sancho y al mismo tiempo pretendemos arrebatársela a sus nobles —observó confuso Fernando.

—Se llama política, hijo mío —apostilló Alfonso de León—. Los nobles son libres de desnaturalizarse y de servir al señor que consideren oportuno. Hay nobles que son leales —desvió la vista hacia Manrique y Gutierre— y otros que solo velan por sus intereses y que no dudarán en rendirme homenaje si confían en que sus señoríos estarán más protegidos de las ambiciones de Ramón Berenguer conmigo que con Sancho.

—¿Y si Sancho no cumpliera con vuestras expectativas? —preguntó Manrique Pérez de Lara—. ¿Y si fuera desobediente e incontrolable?

Alfonso de León se encogió indiferente de hombros.

—En tal caso, reactivaré el pacto de Tudején firmado con Ramón Berenguer y nos repartiremos su reino. El príncipe de Aragón sería el hombre más feliz del mundo. Conquistar Pamplona es una de sus ambiciones.

—La otra es hacerse con parte del Sharq al-Ándalus... —afirmó Sancho.

Alfonso de León asintió. Ese asunto sí que lo preocupaba. Logró persuadir a Ramón Berenguer para que aplazara su interés por el reino de Muhammad ibn Mardanis, pues le aseguró que lo necesitaban para contener a los almohades, pero el príncipe de Aragón codiciaba los productivos y estratégicos puertos de Valencia. A sus oídos habían llegado los buenos tratos que el emir de Murcia había firmado con genoveses y pisanos, y el catalán deseaba hacerse con ese lucrativo negocio. ¿Cuánto tiempo podría contener la ambición de Ramón Berenguer? Lo desconocía. Pero de lo que estaba seguro era de que no podría defender a su vasallo musulmán en el caso de que el catalán rompiera sus acuerdos y cruzara sus fronteras. El papa de Roma lo excomulgaría por defender a un emir infiel de los legítimos derechos de conquista de un príncipe cristiano. Alfonso de León tomó un cubilete y bebió un sorbo de vino.

—Sancho no es un asunto que me preocupe especialmente. Cosa bien distinta son las aspiraciones del príncipe de Aragón.

En ese instante irrumpió en el salón el alferez Ramiro Froilaz. Respiraba aceleradamente y estaba sucio de sudor y polvo. Su aspecto revelaba que era portador de apremiantes y aciagas noticias.

—¡Mi señor, Málaga se ha rendido a los almohades!

Murcia, septiembre de 1153

Mardanís sostenía entre sus manos una carta del califa almohade Abd al-Mumin, en la que lo conminaba a aceptar el tawhid, a rendirle obediencia y a desprenderse de su humillante vasallaje al emperador Alfonso de León, *el pequeño califa*, como lo llamaban con sorna al otro lado del Estrecho. Abd al-Mumin se deshacía en elogios hacia el emir de Murcia, a quien consideraba un buen musulmán y un formidable soldado. Incluso lo felicitaba por evitar que Guadix cayera en manos cristianas. Pero también le reprochaba su vergonzoso sometimiento al emperador y el hecho de haberse aliado con los infieles para luchar contra sus propios hermanos musulmanes. Le recordaba cómo Ramón Berenguer le había usurpado sus territorios del valle del Ebro y el pacto de Tudején, por el cual, el príncipe de Aragón se repartía con Alfonso de León el Sharq al-Ándalus. Hasta Marrakech habían llegado los tergiversados ecos del tratado. Con palabras amables le advertía que estaba siendo mal aconsejado por visires corruptos e impíos, al tiempo que lo exhortaba para que se desprendiera de toda influencia cristiana y regresara al Islam, de donde jamás debió haberse alejado. El califa no pudo encontrar mejor ocasión para enviar la carta, pues los almohades acababan de tomar posesión de Málaga. Acosado por los africanos, el emir malagueño al-Husayn ibn Hassun suplicó el auxilio del emperador. Este le envió tropas, pero exigió un alto precio por su ayuda. Para afrontar los pagos acordados, el emir subió los impuestos. Los malagueños no aceptaron de buen grado los tratos de su señor con el emperador de los cristianos y mucho menos tener que sufragarlos con sus ya mermadas bolsas. No tardaron los imanes más exaltados en lanzar terribles proclamas contra Hassun. Incluso un *jatib* se atrevió a invocar el nombre del califa almohade en la predicación del viernes. La población, asfixiada por los impuestos y soliviantada por alfaquíes e imanes, atacó la alcazaba. El emir, sintiéndose acorralado, intentó envenenar a sus mujeres e hijas para evitar que cayeran en manos de la enfervorecida muchedumbre, pero estas se encerraron en sus aposentos y atrancaron la puerta con muebles y enseres. Entre lágrimas y completamente desesperado, Hassun bebió veneno justo antes de que la turba cruzara las puertas del alcázar. Los sublevados tomaron su cuerpo y lo arrojaron por una ventana entre un ensordecedor y salvaje clamor. Las terribles muertes de Ibn Qasi en Silves y de al-Husayn ibn Hassun en Málaga estaban muy presentes en la memoria de Mardanís. Él también había pedido ayuda a los cristianos. Él también había subido los impuestos. Él también había recibido terribles proclamas de los imanes. Valencia fue ejemplo de ello. Fue capaz de someter a los insurrectos, pero el peligro de la sublevación aún permanecía latente tanto en Valencia como en el resto del Sharq al-Ándalus. Unos rescoldos que alimentados convenientemente con el fanatismo y el descontento podrían alimentar el más devastador de los fuegos. Y más aún cuando el poder almohade iba en aumento en al-Ándalus. La toma de Málaga incrementó el número de reyezuelos andalusíes que marcharon con urgencias a Marrakech para rendir pleitesía al califa africano. Solo el Sharq, Granada y Mallorca se resistían a someterse al todopoderoso califa almohade. Pero el precio que Mardanís tenía que pagar por mantener su autonomía era abrumador. Las cuantiosas parias que le exigía Ramón Berenguer, la contratación de mercenarios y la fortificación de los castillos fronterizos costaba una auténtica fortuna. Las fábricas de seda y papel habían comenzado a producir sus valiosas mercancías y su venta a los comerciantes itálicos estaba siendo singularmente rentable. Pero no era suficiente. Mardanís tuvo

que subir los impuestos para contratar más mercenarios cristianos con los que defenderse de los africanos. Un escalofrío recorrió su cuerpo al advertir el terrible paralelismo entre la situación que había vivido Hassun, que culminó con su muerte, y la suya. ¿Sufriría su mismo destino? Volvió a mirar la carta del califa. Sus condiciones eran de lo más razonables; solo le exigía su sometimiento al tawhid y su obediencia absoluta. Él sería el emir del Sharq al-Ándalus como hasta ahora y ocuparía un lugar destacado entre los miembros del consejo almohade. El califa no tenía ningún interés en destruir su reino, sino todo lo contrario. Abd al-Mumin deseaba un Sharq fuerte, grande y poderoso, que lo ayudara a combatir a sus verdaderos enemigos; los cristianos.

—¿Qué le vas a responder? —le preguntó el juez militar al-Hayy, distrayéndolo de sus pensamientos. Ambos se encontraban solos en el *maylís* del alcázar.

La pregunta sorprendió al emir de Murcia.

—¿Cómo que qué le voy a responder? —lo interpeló a su vez irritado—. Solo hay una cosa que he de decirle al califa.

Mardanis miró con determinación al-Hayy. Que dudara sobre cuál sería su respuesta despertó en su interior cierto sentimiento de desconfianza y cautela. Lo contempló durante unos instantes hasta que finalmente le preguntó:

—¿Qué harías tú en mi lugar? ¿Qué harías tú si fueras el emir del Sharq al-Ándalus? ¿Te rendirías al tawhid o te mantendrías firme en la lucha perpetua contra el invasor africano? Dime, juez militar, ¿qué harías tú?

Al-Hayy leyó en los ojos del emir que lo estaba poniendo a prueba. Tenía la lengua pastosa y las palabras no brotaban con facilidad de sus labios. Tragó saliva, pero la garganta la tenía seca. ¿Qué debía aconsejarle? ¿Recibiría el emir su recomendación de buen grado? El poder almohade en al-Ándalus era arrollador, imparable. ¿Cuánto tiempo más podrían resistir? ¿Cinco, diez, veinte años quizá? ¿Podría confiar en recibir ayuda de los cristianos cuando los almohades se encontraran a las puertas de Murcia? El juez militar lo dudaba. Los cristianos solo se ayudaban entre ellos. Y en muchas ocasiones ni eso. No, por mucho que el emir se empeñara, no podían depositar sus esperanzas en el auxilio del emperador Alfonso de León. En el momento de enfrentarse a los almohades, lo harían solos. Completamente solos. Entonces sería el fin. Estas eran sus reflexiones, pero el juez militar se cuidó mucho de expresarlas. Mardanis se había vuelto extremadamente receloso y desconfiado desde la sublevación de Valencia. Dudaba de la lealtad de sus consejeros y visires. Incluso de los más cercanos. Él mismo estaba siendo estrechamente vigilado por hombres de Hamusk, a pesar de su inquebrantable lealtad. Los había descubierto ocultos en las esquinas o entre el gentío que abarrotaba los mercados y las mezquitas. Le dolía que Mardanis hubiera ordenado al señor de Segura vigilar sus movimientos, aunque en cierto modo lo entendía. Los emires eran de común depuestos o asesinados por familiares o por sus más estrechos colaboradores. Confiar en exceso en la gente que los frecuentan es un error que solía pagarse con la vida. Al-Hayy no tenía nada que ocultar, pero el emir no necesitaba pruebas para ordenar cualquier ejecución. Corrían tiempos difíciles donde no bastaba con ser leal; era imprescindible parecerlo. Si le aconsejaba arrodillarse ante Abd al-Mumin y aceptar el tawhid lo consideraría un intolerable acto de traición, pues para Mardanis, quien no combatía con vigor al almohade se convertía en su cómplice. Así pues, se aclaró la garganta y contestó lo que sin lugar a duda el emir quería escuchar, aunque con su respuesta posiblemente estuviera condenando al desastre a todo el reino.

—Todos los días doy gracias a Alá por alejarme de tan grave responsabilidad. Ser el dueño de la vida de miles de personas es una pesada losa que solo los grandes hombres son capaces de soportar —hizo una leve pausa, para comprobar si había captado la atención del emir. Este lo

miraba con interés—. Me preguntas qué respondería yo al califa Abd al-Mumin si fuera el emir. —Mardanis asintió algo impaciente—. Pues bien, yo le diría al califa que, si desea que su reinado sea próspero y largo, así como el de sus hijos, ordene a sus tropas que regresen cuanto antes a África y fortalezca su imperio lejos, muy lejos de al-Ándalus, donde solo encontrará derrotas y muerte. Le diría que observe con atención lo que les ha sucedido a los almorávides. Que aprenda de su experiencia. Un imperio que prometía perdurar más de mil años apenas ha sobrevivido unos decenios. Si permite que le domine la ambición, su imperio será destruido. Sus descendientes solo heredaran la arena del desierto y las rocas de las montañas. O quizá ni eso. Esta, mi señor Mardanis, sería mi respuesta a Abd al-Mumin. Y si el califa fuera un hombre prudente, seguiría mi recomendación.

Al-Hayy intentó que sus palabras sonaran contundentes y sinceras a oídos del emir de Murcia.

—Es una buena respuesta —reconoció Mardanis—, pero ¿realmente crees que podremos contener a los africanos?

—Estoy convencido, mi señor —respondió, fijando la mirada en el emir—. Con la ayuda de Alá y del emperador Alfonso de León.

Mardanis se mesó dubitativo la barba y preguntó:

—¿Y sin la ayuda del emperador?

—Entonces, mi señor, nos tendríamos que conformar con la ayuda de Alá.

El emir rompió en carcajadas y dijo:

—No es poca ayuda, ¿verdad?

—No, no lo es —confirmó al-Hayy, uniéndose a las risas, al tiempo que rogaba al propio Alá que jamás se presentara ocasión de ponerlo a prueba.

—Me alegro de que opinemos lo mismo.

Mardanis tomó un cálamo, hundió la punta en un tintero, escribió en un papel de morera blanca de Játiva del que se sentía tan orgulloso y le dio el documento al juez militar. Este lo leyó en silencio y luego en voz alta mirando al emir.

—No.

Fue la breve y precisa respuesta de Muhammad ibn Mardanis a la propuesta de sumisión del califa almohade Abd al-Mumin.

Toledo, septiembre de 1154

El conde Ladrón Íñiguez de Guevara y otros muchos notables pamploneses se desnaturalizaron de Sancho de Pamplona y juraron vasallaje al emperador. Entre ellos se encontraba Pedro Ruiz de Azagra. El noble pamplonés estaba casado con Toda Pérez, hija de Pedro Arazuri, señor de Artajona y Tudela, otro de los muchos nobles que se había enajenado de la obediencia a Sancho. Pedro Ruiz de Azagra era el segundo hijo de Rodrigo Pérez de Azagra, por lo que quedaba excluido de la herencia. Sin posibilidad de medrar en Pamplona, había acudido a Toledo en busca de lo que todo noble sin propiedades y herencia ansía; prestigio, títulos y oro. Pamplona carecía de fronteras con los musulmanes y era objeto de persistente vigilancia por parte de León y de Aragón. El rey Sancho se sentía engañado por su suegro, Alfonso de León. No solo perdía el vasallaje de los nobles, sino también sus propiedades, que inmediatamente formaban parte de León, como sucedió con Álava y Vizcaya. Sancho encontró refugio en el obispo de Pamplona, quien le prestó una ingente cantidad de dinero para comprar la voluntad de los nobles indecisos y armar un ejército con el que defenderse de una más que probable invasión de los reinos vecinos.

El emperador recibió a Pedro Ruiz de Azagra en el alcázar y lo aceptó a su servicio de buen grado. Necesitaba a su lado jóvenes valientes y ambiciosos. Y más si estos eran pamploneses. Todo lo que debilitaba al rey Sancho lo fortalecía. Alfonso de León se encontraba sentado en el trono en el salón principal del alcázar. Lo acompañaban sus hijos Sancho y Fernando, el mayordomo Gutierre Fernández de Castro y el conde Manrique Pérez de Lara. Frente a él, Pedro Ruiz de Azagra le había compartido su deseo de desnaturalizarse de Sancho de Pamplona y rendirle homenaje. Alfonso de León paseó la vista por el pamplonés. Se trataba de un joven resuelto de cabellos largos y castaños, ojos oscuros de mirada cristalina, y rostro afeitado y agradable a la vista. El emperador conocía a su padre Rodrigo, a quien intentó persuadir para que se apartara de Sancho y le jurara vasallaje, pero Rodrigo Pérez de Azagra era ya un anciano poco amigo de los cambios y las aventuras. A pesar de que carecía de títulos, Pedro Ruiz de Azagra aportaba un buen puñado de caballeros ávidos de oro y aventuras que le serían de gran utilidad para defender las fronteras leonesas o para cruzar las de los reinos vecinos si se terciaba la ocasión.

—Se auguran tiempos complejos, llenos de incertidumbres y amenazas —comenzó a explicar el emperador—. Tiempos que necesitarán de hombres valientes y atrevidos —se detuvo y lo inspeccionó con la mirada, explorando si el pamplonés pudiera ser uno de ellos. Pedro Ruiz de Azagra lo miraba fijamente a los ojos, sin amedrentarse, sin bajar la vista asustado como había visto decenas de veces. Eso le gustó—. ¿Eres tú uno de esos hombres valientes y atrevidos que tanto necesita el imperio?

—Lo soy, mi señor —confirmó Pedro Ruiz de Azagra—. Y ardo en deseos en juraros lealtad y poner mi espada a vuestro servicio para demostrároslo.

Alfonso de León asintió satisfecho.

—Bien, si tan impaciente estás por servirme, mañana recibiré tu juramento en la iglesia de Santo Tomás Apóstol.

El joven inclinó la cabeza agradecido.

—Será un honor y un privilegio servirlos, mi señor.

—¿Qué más puede hacer por ti el emperador de León? —preguntó Alfonso de León—. Aprovecha la ocasión —dijo con una sonrisa amable—. Me siento especialmente dichoso, pues mi esposa Riquilda ha dado recientemente a luz a una preciosa niña, a la que, por cierto, bautizaremos con el nombre de Sancha —añadió, mirando con una sonrisa su hijo Sancho.

—Os felicito, mi señor, deseo una pronta recuperación a vuestra esposa, la emperatriz Riquilda, y un futuro lleno de salud y prosperidad a la pequeña Sancha. Me siento más que agradecido y honrado porque me hayáis acogido en vuestro servicio, pero...

El pamplonés desplazó la vista hacia el emperador y el resto de los notables presentes en la sala y se detuvo. De pronto se sintió intimidado y las palabras se negaron a brotar de sus labios.

—¿Pero? —preguntó el emperador con el ceño fruncido—. Me has causado muy buena impresión Pedro Ruiz de Azagra, te ruego que no la malogres con balbuceos y dudas. Di lo que tengas que decir, o regresa a Pamplona.

Pedro Ruiz de Azagra había hecho un viaje muy largo para callar ahora. Además, lo último que pretendía era defraudar al emperador y que tuviera una idea muy errónea sobre su valor y carácter. Asintió y se aclaró la garganta antes de hablar.

—El conde de Urgel murió en junio y, según tengo entendido, su hijo primogénito, que servía a las órdenes de Mardanis, ha marchado a Urgel para ocuparse de sus propiedades y haciendas —explicó Pedro de Azagra, quien estaba al tanto de la generosidad del emir para con los caballeros cristianos que estaban bajo su servicio, la suntuosidad de sus palacios y los excesos de sus banquetes y fiestas—. Quizá, mi señor, pueda seros de utilidad si me permitís sustituir a Armengol de Urgel y ponerme al servicio del emir del Sharq al-Ándalus.

El emperador soltó una carcajada que resonó en las paredes de la sala.

—Así que era eso; no te entusiasma servir en León, sino en el Sharq al-Ándalus, donde sin duda encontrarás mejor clima, más entretenimiento y tus servicios serán mejor recompensados.

—Mi señor yo...—El pamplonés intentó explicarse, pero el emperador le detuvo con un movimiento de mano sin dejar de reír.

—Nada has de decir. Si yo tuviera tu edad y tus responsabilidades, posiblemente no encontraría mejor lugar donde desenfundar mi espada que en el Sharq —desvió la vista hacia sus consejeros y estos asintieron. Mardanis necesitaba soldados y la muerte del conde de Urgel le había privado de los servicios de Armengol. Necesitaba una suerte de sustituto y Pedro Ruiz de Azagra se ofrecía a ocupar su lugar—. Si este es tu deseo, por mi parte no encontrarás ningún inconveniente.

—Mi único deseo es servir, mi señor y creo que donde mejor puedo hacerlo es protegiendo las fronteras del emir Muhammad ibn Mardanis.

Alfonso de León sonrió. Conocía muy bien el corazón de los hombres. Los anhelos del pamplonés iban mucho más allá de servir al emperador de León. La exótica Corte andalusí era un irresistible reclamo para jóvenes cristianos ávidos de oro, aventuras y, como no, de participar en los fastuosos banquetes y entretenidas fiestas que con tanto entusiasmo organizaba el emir.

—Proteger las fronteras del Sharq al-Ándalus es proteger las fronteras del imperio y de toda Hispania —aceptó el emperador—. Redactaré las cartas que has de entregar a Mardanis.

Pedro Ruiz de Azagra asintió con una media sonrisa asomando en sus labios. Había escuchado tantas historias maravillosas sobre el Sharq al-Ándalus, que se daba por más que satisfecho con que la mitad fueran ciertas.

—Pero has de entender que el Sharq al-Ándalus no es solo un lugar donde solo abunda el lujo y el esparcimiento como muchos jóvenes erróneamente os imagináis —el tono del emperador se volvió grave—. El Sharq, querido Pedro, es la primera frontera con los almohades.

Si los africanos logran cruzarla, todos los reinos cristianos quedarán expuestos a sus lanzas y espadas —hizo una pausa para que sus palabras se asentaran en la mente del navarro—. En el Sharq tendrás tiempo de disfrutar de los entretenimientos, el vino y los placeres con los que Mardanis agasaja a sus capitanes, pero también se te presentará la ocasión de luchar con los unitarios. Y entonces, Pedro, cuando te enfrentes cara a cara con esos fanáticos, ten la certeza de que no estarás luchando por mi buen amigo Mardanis, ni siquiera por mí, tu emperador. Lucharás por preservar la Cruz de Cristo e Hispania de esas hordas salvajes vomitadas por África.

—Por la Cruz y por Hispania, mi señor —repitió el pamplonés con determinación—. No lo olvidaré.

Alfonso de León asintió y lo despidió con un movimiento de mano. Tenía la certeza de que el joven pamplonés serviría con absoluta entrega y lealtad al emir de Murcia.

Toledo, septiembre de 1154

El infante Fernando paseaba con Teresa por los jardines del alcázar seguido a una discreta distancia por varias damas de compañía. Nuño Pérez de Lara se encontraba en Montoro, ciudad fronteriza que había conquistado a los musulmanes en febrero y de la cual el emperador le había concedido la tenencia. Aunque el infante y Teresa de Traba mantenían sus encuentros amorosos, en público se comportaban de forma discreta.

—Lo ha confirmado —dijo el infante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Teresa.

—Mi padre nos ha comunicado que el imperio será dividido tras su muerte. Lo hará público en el próximo Concilio. A Sancho le entregará Castilla y a mí León —se detuvo y la tomó de la mano. Teresa miró en rededor incómoda—. Seré rey, querida mía, y tú podrías ser mi reina.

—No digas tonterías, ya estoy casada —replicó Teresa rechazando con delicadeza la mano del infante—. Te felicito, futuro rey de León —dijo retomando el paseo.

—No debiste casarte con Nuño.

—Fue mi padre y el conde de Lara quienes lo decidieron, no yo. No me culpes.

—Pero no pareces infeliz.

—No lo soy. Nuño es un buen hombre. Me quiere y me respeta. Pero te equivocas —detuvo el paseo y fijó sus ojos marrones en el infante—. Soy infeliz, porque le estoy traicionando, porque le hago daño, porque soy injusta con un hombre que me ama, que me protege, que me cuida —volvió a mirarlo a los ojos—. Fernando, no es justo lo que hacemos. Nuño no se lo merece.

—Nadie dijo que la vida fuera justa. Tú y yo nos amamos. Lo demás no importa.

—Sí que importa y ahora más que nunca si vas a heredar un reino. El emperador te buscará una esposa, posiblemente la hija de un rey hispano o europeo. Un hombre poderoso con el que afianzar alianzas. Las mujeres somos monedas de cambio de las que se sirven nuestros padres para satisfacer sus propios intereses —retomó el paso seguida del infante—. En mis palabras no hay lamento, tan solo reflejan la simple realidad. Mi padre me casó con Nuño para consolidar la relación con los Lara, la familia más poderosa de Castilla y tu padre, el emperador, te buscará una esposa que se ajuste a sus intereses y ambiciones.

—Podemos pedirle al papa que anule tu matrimonio. ¡Serías la reina de León! —exclamó tomándola de ambas manos—. Tu padre estaría encantado.

—¿Con qué argumento? A Nuño y a mí no nos une ningún lazo de parentesco. Ambos acudimos al altar voluntariamente y en buen uso de nuestras facultades. El papa no puede hacer nada y ni mucho menos nosotros solicitárselo. Sería un escándalo que delataría nuestra relación.

—No le has dado hijos. Nuño podría repudiarte. Es un motivo más que válido para que el papa anule vuestro matrimonio.

Aunque no fue intención del infante, sus palabras causaron un terrible daño en Teresa. Como esposa de un noble, su máxima obligación era darle hijos y después de dos años de matrimonio aún no lo había conseguido. Y eso que también yacía con Fernando. Sus ojos se velaron por las lágrimas, pues concluyó que ella era la responsable.

—Lo siento, no pretendía...

Fernando intentó disculparse, pero Teresa le detuvo con un movimiento de mano.

—No importa —le dijo, pero sus ojos expresaban lo contrario.

—Hablaré con Nuño. Le ofreceré tierras y oro y títulos en León. Es un hombre sensato. Aceptará —insistía atropelladamente el infante arrastrado por la desesperación.

—¡No! —exclamó Teresa—. ¡No hablarás con nadie! ¡Prométemelo! —. Teresa hablaba en un tono más alto del que dictaba la prudencia. En la distancia, las damas apartaban las miradas azoradas e incómodas. Bien que conocían la relación de su señora con el infante, pues en no pocas ocasiones actuaron como mensajeras, custodias y confidentes, pero tampoco les agradaba que sus amoríos llegaran a oídos inapropiados. Nuño Pérez de Lara era un hombre rico y poderoso. Un hombre de honor que no toleraba la traición—. Soy la esposa de Nuño y así seguirá siendo.

—¿Y nosotros? ¿Qué será de nosotros?

—Tú serás rey. Será conveniente que vayas buscándote una reina.

Teresa se marchó apresuradamente seguida por sus damas, antes de que Fernando percibiera que sus ojos estaban anegados por las lágrimas. El infante contempló cómo se marchaba y se perdía entre las sombras del pórtico que rodeaba el jardín. De buen grado hubiera sacrificado el reino de León y todo el imperio si fuera preciso por estar con ella, pero el destino los había conducido por diferentes caminos. Pero quizá, ese mismo destino caprichoso que ahora les era adverso volvería a unirlos en el futuro. Un futuro en el que él sería rey de León. Todo cambia y adquiere una perspectiva bien distinta cuando uno está sentado en un trono. Sonrió. Desde el poder absoluto se pueden conseguir todo. Absolutamente todo. Incluso un amor imposible.

—¿Todo bien, mi señor?

El infante estaba tan absorto en sus pensamientos que no había reparado en la llegada de Fernando de Castro.

—Todo bien —se limitó a repetir.

—El emperador ha anunciado que el concilio se celebrará en febrero —dijo el Castro.

Fernando desvió la mirada hacia el noble castellano y asintió.

—¿Dónde?

—En Valladolid.

El infante asintió complacido y dijo:

—Ha llegado el momento de formar parte de la historia.

Siguiendo las recomendaciones de Ahmad al-Hallal, Muhammad ibn Mardanis comenzó a frecuentar con más asiduidad la mezquita aljama, especialmente los viernes a mediodía para escuchar la *jutba*. Desde la macsura^[25] prestaba atención el sermón del *jatib*, intentando descifrar si entre aleyas y prédicas se ocultaba algún mensaje que encendiera la llama de la sublevación entre los feligreses, pero el imán, un alfaquí joven y prudente, invocó, como era preceptivo, el nombre del emir, manifestando de forma inequívoca a quien pertenecía el gobierno de Murcia. Luego alabó a Alá, y le agradeció el feliz nacimiento de Ganím, el último vástago del emir con su esposa Zobayda. Posteriormente enumeró con detalle y especial entusiasmo los logros y virtudes del emir. Su sermón era correcto, sensato, cargado de adulaciones y carente de toda crítica a su gobierno o a sus costumbres tildadas de licenciosas por sus enemigos. El imán había sido advertido por Ahmad al-Hallal de que el emir asistiría a la *jutba* y le había compartido instrucciones precisas sobre los asuntos de los que debía tratar su sermón si en algo valoraba su vida. Y el alfaquí tenía mucho apego a la vida. Así pues, ajustó su discurso a los intereses del juez supremo. Mardanis escuchaba la prédica acompañado por al-Hallal y Ali ibn Obaid. Le pareció un sermón quizá demasiado halagador y lisonjero, pero era preferible a las terribles arengas que en su contra pronunciaron algunos imanes durante la sublevación de Valencia. Los alfaquíes disfrutaban de un formidable poder e influencia sobre la población musulmana. Resultaba más conveniente que se deshicieran en elogios a que profirieran terribles mentiras e insultos desde los almimbres. Mardanis aún tenía muy presente el terrible destino del emir de Málaga al-Husayn ibn Hassun, quien fue empujado al suicidio por la furiosa oposición de los alfaquíes malagueños. Debía de tenerlos vigilados, pero al mismo tiempo era conveniente permitirles cierta sensación de independencia y autoridad que los disuadiera de tomar complicadas decisiones. Los alfaquíes valencianos le acusaron de vestir y hablar como un cristiano, de adoptar sus costumbres y de subir los impuestos a los buenos musulmanes para llenar los bolsillos de sus mercenarios cristianos. Sus orígenes muladíes tampoco lo ayudaban a granjearse las simpatías de los religiosos. Quizá el juez supremo tuviera razón. Se hacía necesario mostrarse más creyente y devoto ante su propio pueblo. Incluso cambió su habitual vestimenta de almófar y loriga por un *qamis* y una humilde túnica de lino blanco. Sin armas ni protecciones se sentía incómodo, vulnerable. Tal vez ese era uno de los motivos por los que frecuentaba tan poco las mezquitas.

El sermón se le estaba haciendo largo y aburrido a pesar de que estaba lleno de alabanzas y elogios hacia su persona, la grandeza de sus obras y la justicia de sus leyes. Mardanis frunció el ceño. Su padre lo advirtió de que huyera de zalameros y aduladores, pues en sus almiaradas palabras siempre se encuentra el más letal de los venenos. Después de varios minutos que al emir se le hicieron interminables, el imán, tras agradecer de nuevo a Alá su misericordia y su generosidad hacia sus siervos musulmanes y ensalzar al emir de Murcia por su sabiduría y prudencia, dio por concluida la *jutba*.

—¿Has tenido tú algo que ver en este sermón? —preguntó Mardanis a Ahmad al-Hallal.

—Es el mismo que se ha pronunciado hoy en todas las mezquitas de Murcia.

—¿Y los alfaquíes están de acuerdo?

—No se ha dicho nada que no sea cierto —los labios de al-Hallal esbozaron una sonrisa.

Mardanis soltó un largo suspiro y negó con la cabeza.

—Tanta adulación resulta empalagosa —refunfuñó.

Los fieles comenzaron a abandonar la mezquita. Mardanis descendió de la macsura acompañado por Ahmad al-Hallal y Obaid y se dirigió hacia el patio porticado. Como era costumbre, los feligreses se congregaron en torno al emir. Inclínaban sus cabezas, le tomaban de las manos y rogaban a Alá que le concediera una vida larga y próspera llena de hijos sanos y fuertes con los que perpetuar la estirpe de los banu Mardanis. Al emir le encantaba sumergirse en ese baño de multitudes. Lo consideraba una muestra de cariño y respeto, incluso una forma de devoción casi mística. Él saludaba y exhibía la más amable de sus sonrisas al tiempo que caminaba hacia la salida del patio. Mezclarse con el vulgo lo hacía más accesible, humilde y humano. Los feligreses se agolparon a su alrededor. Se sucedieron empujones y riñas entre ellos para acercarse al emir. Alguien lo empujó por la espalda. Se giró. Estaba rodeado de fieles que lo saludaban y lo tocaban con efusividad. Ese día el fervor de los andalusíes estaba desbordado. Obaid empezó a preocuparse y abrió paso al emir entre el gentío a base de insultos y empujones. Avanzó varios pasos hasta que se dio cuenta de que estaba solo. Mardanis se había quedado atrás. Un grito espantoso cargado de negros presagios se elevó sobre el patio de la mezquita aljama.

—¡Alá es grande! ¡Alá es grande! ¡Muerte al hipócrita! ¡Muerte al falso musulmán! —un hombre de aspecto abandonado alzaba hacia los cielos un puñal ensangrentado.

—¡Han acuchillado al emir! —Se oyó gritar una voz entre la multitud.

—¡Cogedlo! ¡Atrapad al asesino del emir! —aulló otro feligrés.

Se originó un enorme tumulto donde se encontraba el agresor. Varios hombres lo desarmaron y lo sujetaron con fuerza. Una mano oculta entre la multitud cogió el puñal del suelo y acuchilló al agresor varias veces hasta que se aseguró de que estaba muerto. Luego arrojó el arma al suelo y se desvaneció en medio de un terrible caos y confusión.

A Obaid se le heló la sangre de las venas. Corrió hacia el tumulto. Los fieles habían formado un círculo en torno Mardanis. A su lado yacía el hombre que lo había atacado. El emir se encontraba de rodillas con la túnica empapada de sangre. Nadie lo asistía. Lo contemplaban en un profundo silencio a cierta distancia. Tenían miedo. Cualquiera que estuviera próximo a Mardanis podría ser acusado de estar involucrado en el atentado.

—¡Mi señor! —exclamó Obaid agachándose a su lado.

El rostro del emir de Murcia se contrajo en una mueca de dolor. Sus manos estaban manchadas de sangre y sudaba profusamente. El temor de la muchedumbre a ser arrestado fue superior a su curiosidad y primero lentamente y luego a toda prisa los fieles que atestaban el patio de la mezquita aljama corrieron hacia la salida sin preocuparse del estado en el que se encontraba el emir.

—¡Llamad a la guardia! ¡Llamad a la guardia! —gritaba Ali ibn Obaid.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Ahmad al-Hallal, quien había aparecido entre la multitud que abandonaba el templo.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Obaid—. ¡Han intentado matar al emir! ¿Dónde está la maldita guardia? —gritaba desesperado.

El semblante de al-Hallal se alteró y su rostro palideció invadido por un profundo temor. Se tocó su agitado pecho con ambas manos, al tiempo que miraba alternativamente a Mardanis y a su atacante; un hombre con aspecto de vagabundo que yacía en el suelo sobre un charco de

sangre. El emir estaba lívido y sudoroso. La cuchillada debió de haber sido muy profunda. Una docena de soldados acudió a la llamada del arráez. Desenfundaron sus espaldas y formaron un círculo en torno al emir.

—Llévémoslo al alcázar. Allí el médico lo atenderá —sugirió al-Hallal con voz temblorosa y desgarrada.

—¡No! —exclamó Obaid, quien había visto heridas semejantes en decenas de batallas—. No debemos moverlo o perderá aún más sangre. ¡Hay que buscar al médico al-Sulami!

Ahmad al-Hallal permanecía inmóvil con la mirada fija en el cetrino rostro de Mardanis; sus ojos, exhaustos y desorientados, anunciaban que no tardaría en perder el conocimiento o quizá la vida... Las manos del juez supremo comenzaron a sudar e inconscientemente se lamió los labios con la lengua. Respiraba agitadamente dominado por una furiosa tempestad que se abatía en su interior. Un aciago pensamiento había brotado en su mente y se sintió desfallecer.

—¡Ahmad!

El grito del arráez lo arrastró de nuevo al presente. Al-Hallal miró en rededor con ojos desvaídos, como si desconociera donde se encontraba. Tras unos instantes de indecisión se dirigió a dos oficiales. Ali ibn Obaid lo miraba con ojos entornados invadido por la sospecha.

—¿Qué hacéis aquí estúpidos? —Al-Hallal les gritó, intentando recomponerse del estado de ansiedad y turbación que dominaba su ánimo—. ¡Id a buscad al médico!

Los oficiales saludaron al juez supremo y se marcharon con celeridad a cumplir el mandato.

—No me fio de esos imbéciles, iré a buscarlo personalmente —dijo al-Hallal.

Ali ibn Obaid contempló cómo el juez supremo se marchaba. Su mente bullía de dudas y desconfianza. ¿Dónde se encontraba cuando el emir fue atacado? ¿Por qué se comportaba de forma tan extraña? Muhammad ibn Mardanis soltó un lamento cargado de dolor, desvaneciéndose al instante los sombríos pensamientos del arráez. Ya tendría tiempo de recuperarlos más adelante. Ahora sus preocupaciones eran otras: el emir del Sharq al-Ándalus había sido acuchillado en el patio de la mezquita aljama y se debatía entre la vida y la muerte.

León, enero de 1155

El infante Sancho contemplaba en silencio el sinuoso baile de las llamas que ardían en la chimenea de sus aposentos en las Torres de León. En el exterior llovía con intensidad y el viento soplaba por fuerza. En tres meses se celebraría el concilio de Valladolid, donde el emperador haría público lo que ya era bien conocido en todo León: a su muerte, el imperio sería dividido entre sus hijos Sancho y Fernando. Aunque su padre ya le participó su voluntad cuando lo proclamó rey de Nájera, Sancho aún tenía confianza en que con el tiempo cambiaría de opinión. Muchos eran los desafíos que tenía que afrontar el imperio como para dividirlo. La relación con su hermano siempre había sido distante y le preocupaba cómo se desarrollaría cuando ambos fueran reyes y dispusieran de ejércitos. La división solo genera desconfianzas, sospechas y guerras. Intentó persuadir a su padre para que reconsiderara su decisión, pero fue del todo imposible.

—No entiendo por qué he de compartir el imperio con mi hermano. No tiene sentido —dijo Sancho, rompiendo el silencio que envolvía la estancia.

Su esposa Blanca Garcés, hija del rey García Ramírez y hermana del rey Sancho de Pamplona, alzó la vista. Se encontraba a su lado, tejiendo un bordado, sentada en una silla de tijera. Era una joven hermosa, de mejillas sonrosadas, ojos azules y cabellos castaños. Esperó paciente a que su marido tradujera sus pensamientos en palabras.

—Esta división generará problemas —prosiguió el infante con gravedad, sin apartar la vista del fuego, como si su mente anticipara funestos acontecimientos.

—¿Por qué el emperador ha decidido dividir el imperio? —preguntó Blanca.

—Considera que es demasiado grande para ser gobernado por un único emperador. Dos reinos con dos reyes y sus respectivas Cortes son más manejables y pueden hacer frente con mayor agilidad al peligro africano. Estos son sus argumentos, pero estoy seguro de que hay otras razones.

—¿Y cuáles son? —preguntó su esposa con interés.

—Gutierre Fernández de Castro afirma que son muchos los nobles gallegos y leoneses que no aceptarían de buen grado a un emperador criado en Castilla.

—¿Por qué?

—Desde muy pequeño quedé a cargo de Gutierre, quien me alejó de la Corte de León para educarme en sus propiedades castellanas de Castrojeriz. Fueron años tumultuosos y complicados, llenos de alborotos y sublevaciones. Mi padre tuvo que enfrentarse a un buen número de nobles rebeldes. Yo era su único heredero y debía protegerme, pues si caía en manos de sus enemigos, podrían utilizarme para forzar al emperador a aceptar sus exigencias.

—¿Qué conflictos fueron esos?

—La sublevación prendió cuando el emperador destituyó al conde Gonzalo Peláez de Oviedo de la alferecía y nombró a Ramiro Froilaz en su lugar. Mi padre había sido informado de que el conde Gonzalo estaba organizando una hermandad con otros nobles asturianos y gallegos para promover la secesión del reino de Portugal del imperio de León.

—La nobleza se mueve con soltura en el conflicto y la división —observó Blanca—. Los

nobles rehúyen de la paz y la prosperidad. Solo los mueve la guerra y el continuo enfrentamiento, pues donde unos encuentran desolación y muerte, otros alcanzan prestigio y consiguen títulos y riquezas.

Sancho asintió ante lo cierto de las palabras de su esposa y prosiguió:

—Así es; el beneficio de unos suele ir acompañado de la ruina de otros. El caso es que el emperador despojó a Gonzalo Peláez de todos sus títulos, posesiones y honores, y fue condenado al destierro. Pero el conde de ningún modo aceptó la condena. Armó un ejército y se parapetó en sus propiedades en espera de la llegada de mi padre. La resistencia del conde fue brutal. El emperador permaneció dos años en Oviedo. Tiempo, he de decir, que fue aprovechado por mi padre para mantener una relación con Gontroda, la hija de Pedro Díaz, un magnate asturiano leal al imperio. Fruto de estos amoríos nacería mi tía Urraca...

—Esa historia la conozco —interrumpió Blanca con una sonrisa—. Recuerda que Urraca fue la segunda esposa de mi padre. Tengo entendido que quedó al cuidado de tu tía, la infanta Sancha, quien la trató como a una hija en sus tierras del Infantado. —Sancho asintió con una sonrisa—. Tras la muerte de mi padre —prosiguió Blanca—, Urraca regresó a Asturias y el emperador la concedió el título de reina. Supongo que a tu madre Berenguela no agradarían los amoríos de tu padre por las Asturias...

—Poco sé de eso, pues es un asunto del que mi madre siempre ha eludido hablar, pero imagino que se pondría furiosa cuando mi padre regresó de la guerra con una niña en el regazo.

—Ambos se amaban con locura. Debió ser duro para ella —observó Blanca.

—El amor verdadero todo lo supera, incluso algún que otro desliz —dijo Sancho con una sonrisa.

—Un desliz que engendró a una criatura inocente. —Blanca lo miró con el ceño fruncido. No era tan condescendiente con el emperador como lo era su hijo.

—Bueno, eso fue una cuestión que tuvieron que resolver entre ellos y que resolvieron, pero volviendo al conde Gonzalo Peláez —los amoríos extramatrimoniales de su padre eran un asunto incómodo para Sancho, así que prefirió retomar el tema de conversación—, en 1133 mi padre regresó a Asturias con un nutrido ejército y acompañado por los condes Rodrigo Martínez y los hermanos Suarío y Rodrigo Bermúdez. La rebelión duraba ya dos años y amenazaba con extenderse por todo el imperio. Además, mi padre no deseaba perder más tiempo en asuntos domésticos, cuando por el sur los almorávides sometían con sorprendente facilidad a las taifas andalusíes. Debía contener a los africanos antes de que fuera demasiado tarde. La guerra se intensificó y se produjeron escenas de extrema dureza y crueldad. Las villas rebeldes fueron arrasadas y mi padre ordenó la amputación de manos y pies de los nobles capturados. Era necesario darles un escarmiento y enviar un claro mensaje al resto de los sublevados. Y estas medidas tan contundentes para con los rebeldes surtieron efecto; el conde Gonzalo Peláez se rindió y le entregó a mi padre las plazas exigidas.

—Supongo que el castigo que le impuso el emperador fue durísimo.

El infante Sancho sonrió.

—Mi padre le perdonó e incluso lo nombró teniente del castillo de Luna.

—Fue muy indulgente con un noble que llevaba años sublevado —observó Blanca extrañada por la benevolencia del emperador ante un rebelde que había regado con sangre las tierras de Asturias.

—Pero era muy poderoso y ejercía una gran influencia sobre los notables asturianos y gallegos —negó con la cabeza—. Con este gesto de generosidad, mi padre intentó apaciguar los ánimos de sus contrarios. Pero se equivocó. En su ingenuidad, no calibró bien la fortaleza del

traidor del conde Gonzalo Peláez. Perdonar sus desmanes fue un terrible error.

—¿Un error?

—La clemencia de mi padre fue correspondida con ingratitud y deslealtad. El conde Gonzalo Peláez volvió a rebelarse al año siguiente, pero por fortuna fue derrotado por los nobles leales a mi padre y lo encerraron en el castillo de Aguilar, de donde solo salió para partir al destierro de Portugal. Este fue un nuevo error. En Portugal se unió a Alfonso Enríquez, otro que ya se encontraba en evidente rebeldía contra mi padre y que ansiaba independizar Portugal del imperio de León. A ellos se unieron otros nobles rebeldes como Gómez Núñez y Rodrigo Pérez. La guerra de Asturias se trasladó a Portugal. El conde Gonzalo Peláez fue derrotado en 1135, pero el conflicto con Portugal no encontró solución hasta que, en 1143, según lo acordado en el tratado de Zamora, mi padre reconoció a Alfonso Enríquez como rey de Portugal a cambio de rendirle homenaje. El portugués era vasallo de mi padre, pero actuaba como rey independiente.

—Realmente eran tiempos complicados. El emperador hizo bien en alejarte de León y enviarte a Castilla.

—Y allí crecí, rodeado de notables castellanos. En cambio, Fernando se crio en Galicia al cuidado de los Traba —dijo Sancho—. A los notables gallegos y leoneses les preocupa perder influencia y poder si yo accedo al trono del imperio. Mi padre jamás lo reconocerá, pero teme que, si yo soy emperador de León, estalle una guerra entre los partidarios de mi hermano y los míos. Una guerra civil tendría consecuencias devastadoras para el imperio y sin duda sería bien aprovechada por el califa Abd al-Mumin.

—Tanto a los notables castellanos como a los leoneses les interesa la división del imperio —apostilló Blanca—. Aumentan sus posibilidades de medrar, ya sea en un reino o en otro. No te engañes, esposo mío, la inmensa mayoría de los nobles antepone sus intereses personales al porvenir del imperio.

Sancho asintió ante la lucidez de su joven y bella esposa. Era cierto que su matrimonio formó parte del acuerdo de paz firmado en 1140 en el Rincón de Soto por Alfonso de León y García Ramírez de Pamplona, pero desde el primer instante que la vio, quedó prendado de su belleza y en su interior nació un amor que no hizo más que crecer alimentado por su inteligencia, sagacidad y ternura.

—Dicen que fueron Fernando de Traba y Manrique de Lara quienes convencieron a mi padre para que dividiera el imperio —afirmó el infante.

—Un gallego y un castellano...

—Un gallego y un castellano —repitió con tristeza Sancho.

—A los nobles no les preocupa el imperio, ni los almohades. Ni siquiera defender la fe de Cristo. Los nobles solo se preocupan por ellos —concluyó con crudeza Blanca, recordando las dificultades que tuvieron que afrontar su padre García Ramírez y su hermano Sancho con la voluble, interesada y levantisca nobleza pamplonesa—. Cuídate de los nobles, ya sean leoneses, gallegos o castellanos, si pretendes disfrutar de un reinado largo y tranquilo cuando te alces con el trono de Castilla.

Sancho observó cómo las mejillas de Blanca se sonrosaban al calor de la chimenea. Sintió un ardor delicioso recorrer su cuerpo. En la estancia estaban los dos solos. El mundo había dejado de importar. Se acercó a ella y besó sus labios rojos y carnosos. Que su padre hubiera dividido el imperio, despojándolo de la mitad de su herencia pasó de pronto a un segundo plano. Él tenía algo infinitamente más importante y valioso. Él tenía a Blanca Garcés.

Muhammad ibn Mardanis se encontraba tumbado en el lecho. Un aparatoso vendaje le oprimía el torso. Tenía el gesto torcido por el intenso dolor, pero sobrevivió al atentado. Habían pasado unas semanas desde que fue atacado en la mezquita. Había perdido mucha sangre y unas fiebres terribles amenazaron con arrebatarlo del mundo de los vivos. Pero gracias a los esmerados cuidados del al-Sulami y de Zobayda pudo recuperarse de la cuchillada y de unas fiebres aún más preocupantes y peligrosas. Junto a él se encontraban Zobayda, Hamusk y Obaid. Lo contemplaban con una tranquilizadora sonrisa. Ya había pasado lo peor. Al-Sulami les había asegurado que sobreviviría. Ahora solo debía descansar y recuperar fuerzas. Zobayda se acercó a Mardanis, le tomó la mano y le besó la frente. Se alegró de que ya no estuviera caliente, como había sucedido en los últimos días.

—Ya estás casi recuperado —le dijo con una hermosa sonrisa asomando a sus labios.

—Aún faltan algunos días para quitarme este vendaje, pero sí, sobreviviré, para lamento de mis enemigos y felicidad de mis amigos y seres queridos —afirmó el emir.

—Hablando de enemigos —intervino Hamusk—, hemos identificado al hombre que te atacó.

—¿Y bien? —preguntó interesado el emir.

Hamusk miró a al-Sulami. El médico comprendió que el señor de Segura se disponía a desvelar una información delicada. Era conveniente que abandonara la cámara. Él tampoco estaba interesado en escuchar conversaciones que no eran de su incumbencia.

—Mi señor, regresaré en unas horas. —Al-Sulami se despidió de los allí presentes con una leve inclinación de cabeza y salió de la estancia.

—Es un pordiosero de nombre Ibrahim ibn al-Salam —explicó Hamusk, nada más cerrar el médico la puerta a sus espaldas—. Es asiduo a la mezquita del barrio de los curtidores. Vive de las limosnas y de las pocas monedas que le dan por limpiar la mezquita. Según he podido averiguar, se trata de un hombre taciturno, apocado y corto de entendederas, pero también de un ferviente creyente.

—¿Por qué un vagabundo tendría interés en matar al emir? —preguntó Ali ibn Obaid.

—Quizá alguien lo haya convencido para que lo haga —sugirió Hamusk.

—¿El que lo acuchilló en la mezquita? —preguntó Zobayda.

—Podría ser —respondió Hamusk.

Mardanis asintió y dijo:

—Sí, sí que podría ser. Lo asesinaron para evitar que delatase a quienes están detrás de esta conjura —miró al señor de Segura—. Tienes que dar con él. Quien mató a ese vagabundo nos puede conducir al resto de los conspiradores —torció el gesto al sentir un dolor en su costado—. Murcia está llena de traidores como en su día lo estuvo Valencia —prosiguió, una vez se hubo recuperado—. ¡Tienes que capturarlos! ¡Quiero saber quiénes son!

—Los encontraremos. Te lo prometo.

—Mis enemigos han intentado deshacerse de mí por la calumnia, y como no lo han

conseguido, lo están intentando por otros medios como la traición y el asesinato.

Muhammad ibn Mardanis era un *tagrí*, un soldado. Estaba destinado a encontrar una muerte honrosa en el campo de batalla, con la espada en la mano, enfrentándose a un implacable enemigo, no a ser asesinado en una mezquita por un menesteroso después de escuchar la *jutba*. Habría sido un final humillante para el emir del Sharq al-Ándalus. En su mente brotaron las muertes de Ibn Qasi en Silves y de al-Husayn ibn Hassun en Málaga. Uno fue asesinado por una turba enfurecida y el otro bebió veneno para evitar sufrir el mismo destino. ¿Estaban los emires andalusíes condenados a morir de forma indigna y vergonzosa? No, él no moriría a manos de un sicario, de una muchedumbre violenta o a consecuencia de un veneno. Él estaba llamado a lograr grandes proezas. Él no era ni Ibn Qasi ni al-Husayn ibn Hassan. Alá le había permitido sobrevivir al atentado porque tenía reservado para él importantes y gloriosos proyectos. Mardanis no era hombre que se amedrantara ante situaciones críticas. Fijó la mirada en el señor de Segura y le preguntó:

—¿Qué más se sabe de ese al-Salam?

Hamusk arrugó los labios y se encogió de hombros.

—Poco más. No tenía ni casa ni amigos ni familia. Dormía en el pórtico de la mezquita y pedía limosna en la puerta.

—Intentar asesinar a un emir en una mezquita, rodeado de feligreses, después de haber escuchado la *jutba*, solo puede ser obra de un fanático o de un loco —observó Zobayda.

—¿Acaso no es lo mismo? Los fanáticos ven el mundo con los ojos velados por el odio y la intransigencia —apostilló Mardanis—. Quienes han dirigido mano de Ibrahim ibn al-Salam manipulan la verdad. La pervierten en sus enfermas mentes, convirtiéndola en un amasijo absurdo, deforme y falso. Ese hombre bien pudiera ser un fanático o un desequilibrado al que han manipulado para asesinarme, pero no es más que una pieza, la más simple y prescindible de una perversa conspiración.

—¿Quién es el imán encargado de la mezquita de curtidores? —preguntó Ali ibn Obaid.

Hamusk arrugó las cejas como si hiciera memoria y dijo:

—Lo desconozco, pero lo averiguaré.

—Sería interesante saberlo. Si ese vagabundo frecuentaba esa mezquita, es posible que haya sido manipulado por el imán —observó Mardanis.

—Los traidores que frecuentan el barrio de curtidores han podido entablar contacto con ese al-Salam —dijo Zobayda.

—Es cierto, detrás de este atentado podría estar cualquiera, no solo los alfaquíes o ulemas —afirmó Ali ibn Obaid—. El poder de los almohades no hace más que aumentar en al-Ándalus. No sería de extrañar que sus ramificaciones llegaran hasta las mismísimas entrañas de Murcia, como ya sucedió en Valencia.

—Todos los consejeros y notables están siendo estrechamente vigilados —informó Hamusk.

—¿Incluso Ahmad? —preguntó el emir. Obaid lo había puesto en antecedentes de su peculiar comportamiento durante el atentado y le había transmitido sus sospechas de que quizá estuviera detrás de la conspiración para asesinarlo.

—Llevo meses vigilándolo tal y como tú me ordenaste. No hay nada sospechoso en sus movimientos.

—Quizá debería destituirlo y encerrarlo hasta que se aclare todo este asunto —meditó Mardanis en voz alta.

—Sin suficientes pruebas sería un error —repuso el señor de Segura—. Si lo destituyes y lo encarcelas sin un juicio justo, muchos consejeros y notables, aunque sean inocentes, recelarán y

huirán del Sharq temiendo sufrir tu ira. Es mejor dejar las cosas como están. A Ahmad lo vigilaremos como al resto de consejeros. Si está detrás de este atentado lo averiguaremos y entonces será juzgado y ejecutado, pero hemos de ser estrictos con la ley. Nadie deberá tener duda de que el emir de Murcia siembre actúa con justicia.

—¿Creéis realmente que Ahmad pudiera estar involucrado en la conspiración? —preguntó Zobayda preocupada.

—No tenemos motivo para sospechar de él, salvo que desapareció justo en el momento en el que el emir fue atacado —respondió Hamusk.

—Pero había mucha gente en la mezquita. Incluso Obaid fue separado de Muhammad por la muchedumbre. No puedo creer que el juez supremo esté implicado en este asunto.

—No solo no se encontraba con el emir cuando este fue atacado —intervino Obaid—, sino que su comportamiento fue muy extraño cuando vio al emir herido en el suelo.

—Quizá le costó sobreponerse al miedo o la impresión de ver al emir empapado en sangre —apostilló Zobayda—. No me interpretéis mal. No intento justificarlo. Si es culpable deberá sufrir la condena que le corresponda por su traición, pero si él está involucrado, lo podría estar cualquiera.

—Y no solo eso —matizó Mardanis—. Ahmad no estaría solo, sino que en la conspiración habría varias personas más y todas ellas probablemente sean nobles y religiosos de calidad. Ahmad no se arriesgaría a involucrar en este asunto a la peor chusma que pudiera encontrar en los barrios más sórdidos de Murcia. Matar a un emir requiere de la participación de gente con recursos.

Un denso silencio envolvió la cámara del emir. Estuviera al-Hallal involucrado o no en el atentado, lo cierto era que personas de importancia deseaban la muerte del emir. Que el menesteroso que intentó asesinar al emir fuera acuchillado en el patio de la mezquita anulaba la posibilidad de que se tratara del ataque aislado de un fanático religioso. ¿Quién o quiénes deseaban ver muerto al emir? ¿Sería al-Hallal uno de ellos?

—De momento deberías evitar acudir a los mercados y a la mezquita hasta que capturemos a los traidores. Exponerte a la multitud resulta peligroso —propuso Hamusk.

Mardanis negó con la cabeza.

—¿Y que el pueblo considere que soy un cobarde? ¿Que me escondo como un gazapo asustado? De ningún modo. Tan pronto me recupere volveré a retomar mis costumbres y una de ellas es escuchar el sermón de los viernes en la mezquita aljama. Mis enemigos deben entender que no los tengo miedo, sino todo lo contrario; los perseguiré con saña hasta que los capture.

—Es por tu propia seguridad —insistió Hamusk.

—El emir que no se siente seguro en su reino no merece ser emir —afirmó Mardanis sin dar lugar a la réplica—. Captura a los conspiradores —insistió con férrea determinación—. Quiero verlos crucificados en las puertas de Murcia.

Valladolid, febrero de 1155

En el Concilio de Valladolid, ante los más destacados notables y obispos de Galicia, Castilla y León, el emperador hizo público su deseo de dividir el imperio entre sus hijos Sancho y Fernando tras su fallecimiento. Sancho sería proclamado rey de Castilla y Fernando de León. El nuevo reino de Castilla se haría con una parte importante del territorio leonés como Ávila, Segovia, Toledo y las villas al este de la Ruta de Plata, además de Tierra de Campos, Sahagún y las Asturias de Santillana. Las tierras del Infantado, ahora en posesión de la infanta Sancha, hermana del emperador, pasarían a formar parte del reino de Castilla tras su muerte. Al reino de León le correspondía Toro, Zamora, Salamanca y el reino de Galicia. Los notables leoneses protestaron, pues el reino leonés había sido gravemente cercenado, quedando reducido a algo más que un simple condado. En cambio, los nobles castellanos como los Lara se felicitaron por la decisión del emperador. Castilla había sido la gran beneficiada del reparto del imperio y se erigía como el reino más fuerte y poderoso de Hispania.

El infante Fernando se hallaba en sus aposentos, devorado por una furia incontenible. No entraba en sus cálculos que su padre fuera a mutilar de forma tan brutal su herencia. Le había legado un territorio similar en extensión a Portugal. Un reino pequeño que, además, tendría que contener las ambiciones expansionistas de sus codiciosos vecinos: el portugués Alfonso Enríquez al oeste, los almohades al sur y una Castilla fortalecida por capricho del emperador al este. Era un cordero solitario rodeado por una manada de lobos. Un escenario que de ningún modo había previsto.

—Han sido los Lara.

Con el infante se hallaba Fernando de Castro, quien siempre encontraba en los Lara un buen recurso al que culpar de todos los males y desgracias que se cernían sobre León.

—Manrique es un zorro manipulador. Seguro que ha convencido al emperador para que fortalezca Castilla a costa de León —prosiguió—. Sancho se ha criado en Castilla de la mano de mi tío Gutierre y bajo la constante influencia de los notables castellanos como Manrique y Nuño. Han sido ellos, los Lara, los responsables de este desastre. Tenlo bien en cuenta.

El infante Fernando alzó la vista y miró al Castro. Él también era castellano, como lo era su tío, el mayordomo mayor Gutierre Fernández de Castro, o Manrique y Nuño Pérez de Lara, pero siempre le había servido con sincera lealtad. Su rivalidad con los Lara lo había distanciado de Sancho y de Castilla, acercándolo a León y a su servicio.

—Mi padre ha mermado injustamente mi futuro reino —rezongó el infante—. ¿Cómo pretende que haga frente a los almohades si he de preocuparme de portugueses y castellanos?

—Este absurdo reparto traerá complicaciones.

El infante asintió.

—Sin duda, sobre todo a mí y al reino de León.

—Habla con tu hermano —le sugirió el Castro—. Tienes que convencerlo para que te devuelva Ávila, Salamanca, Tierra de Campos y el Infantado. Que se quede con el reino de Toledo si le place, pero el Infantado debe regresar a León cuando fallezca tu tía Sancha. Es lo justo.

—Castilla no puede ser más poderosa que León. No tiene sentido —se quejaba el infante.

—Un reino de León tan debilitado tampoco beneficia a Sancho.

El infante Fernando negó con la cabeza.

—No estoy tan seguro —repuso—. Los almohades y los portugueses no tardarán en atacarnos si nos consideran débiles. Y entonces, ¿qué hará Sancho? ¿Acudirá a nuestro auxilio o nos invadirá para evitar que todo el reino caiga en manos extranjeras? Tengo la sensación de que el emperador nos ha entregado en sacrificio.

—¿En sacrificio? ¿A quién?

—No lo sé, quizá a la propia Castilla.

Fernando de Castro asintió varias veces con los labios apretados. En su mente bullían las últimas palabras del infante.

—No ha sido el emperador, han sido los Lara —el Castro persistía en verter todo tipo de acusaciones sobre la familia castellana—. Ahora lo entiendo. Persuadirán a Sancho para que invada León cuando el emperador fallezca. Seguro que no esperarán a que su cadáver se enfríe. Envenenarán sus oídos con mentiras y falsedades. Le dirán que, en justicia, le corresponde a él gobernar todo el imperio y que debe obtener por las armas lo que el emperador le ha negado por herencia. Y para conseguir sus propósitos necesitan que Castilla sea fuerte y poderosa. De ahí, este reparto tan abusivo e injusto. Todo cobra sentido.

El infante Fernando lo miró con ojos entornados, asimilando sus palabras.

—Escúchame bien —el Castro se acercó al infante y le habló en apenas un susurro, como suelen comunicarse los conspiradores—, cuando el emperador muera, deberás acudir lo más rápido posible a León para ser ungido rey en la catedral. Lo más rápido posible. No lo olvides. Inmediatamente, arma un ejército que proteja las fronteras con Castilla. Solo así podrás mantener la corona de León sobre tu cabeza. Debemos ser más rápidos y astutos que los Lara.

El infante Fernando asintió ante el razonamiento del Castro. Quizá no fueran más que meras elucubraciones, pero tenían su lógica y cuando hay una corona en juego, lo más sensato es no correr riesgos.

—Hablaré con Sancho —dijo al fin—. Negociaré con él un reparto más justo de los territorios. Si se niega, haré lo que dices.

—Si se niega, la guerra será inevitable —aseguró el Castro con rotundidad, casi con esperanza. En cierto modo, deseaba encontrar un pretexto para enfrentarse a los Lara, aunque era consciente de que León posiblemente saldría muy mal parado de una guerra con Castilla.

El infante Fernando bebió un trago de vino y guardó silencio. El negro presagio del Castro gravitaba sobre su cabeza. La guerra con Castilla era una posibilidad que no podía desechar. Pero al infante no solo le preocupaban Sancho y Castilla. A la muerte del emperador heredaría un reino mutilado y rodeado de peligrosos enemigos. Alfonso Enríquez, rey de Portugal, estaría frotándose las manos ante el succulento pastel que le aguardaba cuando el emperador falleciera. Era un hombre ambicioso, hábil y capaz. Virtudes que hacían de él un enemigo implacable. Había logrado emancipar su condado del imperio de León y ser reconocido como rey. Ahora no solo se le presentaba la ocasión de extender su reino por el sur, a costa de los musulmanes, sino también por el este, arrancándole territorio a León. Se erigía como una amenaza formidable. Su hermano Sancho había sido el gran beneficiado por el reparto, pero era el primogénito, por lo tanto, por muy grande que fuera Castilla, siempre consideraría que el emperador lo había privado de heredar todo el imperio. Castilla no sería suficiente. Posiblemente Sancho lo quería todo. Y, según Fernando de Castro, los Lara no cejarían en su empeño para recordárselo, persuadiéndolo para que consiguiera por la fuerza los territorios leoneses y gallegos que el emperador le había

negado. Hablaría con él. Debía explorar la posibilidad de negociar un reparto distinto de territorios y descubrir cuáles eran sus verdaderas intenciones para con León. Y mientras los reinos cristianos eran divididos y probablemente acabarían enfrentándose entre ellos, los almohades no dejaban de extenderse por al-Ándalus. ¿Cuánto tardarían en hostigar las fronteras leonesas? ¿Podría contenerlos cuando debía ocupar gran parte de sus ejércitos en proteger su reino de portugueses y castellanos? El infante Fernando exhaló un largo suspiro. Tras la muerte del emperador, auguraba al reino de León un complejo futuro lleno de desafíos.

Ahmad al-Hallal regresó a su almunia después de visitar al emir del Sharq al-Ándalus al alcázar. Su corazón se agitaba nervioso en su pecho al recordar el encuentro. En la cámara, acompañando a Muhammad ibn Mardanis, se encontraban Hamusk y al-Hayy. El señor de Segura y el juez militar lo miraban con recelo y desconfianza. El emir procuró ser amable, pero entre sus palabras percibió un halo de sospecha. Preguntó por el curso de las investigaciones, pero el señor de Segura se mostró reacio a compartir información. La responsabilidad de la investigación sobre el atentado debería haber recaído sobre el juez supremo, pero Mardanis delegó en su suegro el esclarecimiento del delito y la captura de los conspiradores. Al-Hallal aceptó con resignación y un profundo temor la decisión del emir, pues revelaba que Mardanis dudaba de él. El hombre que pretendió asesinar al emir se llamaba Ibrahim ibn al-Salam, un mendigo carente de sesera que frecuentaba la mezquita del barrio de los curtidores. Al-Hallal negó con la cabeza; la misma mezquita donde su hermano Ali ejercía como imán. Tragó saliva y se frotó nervioso las manos. Temía que sus peores presagios fueran ciertos, pero evitó contactar con su hermano para que lo liberara de las dudas que lo atormentaban, pues llevaba meses siendo estrechamente vigilado y, de momento, lo más prudente era estar lo más alejados posible el uno del otro. Por fortuna, Ali tampoco intentó contactar con él. Si se confirmaban sus peores temores, los soldados de Hamusk no tardarían en caer sobre él como buitres hambrientos sobre un animal muerto. En lo más profundo de su interior, confiaba en estar equivocado, que sus miedos no fueran más que elucubraciones sin sentido, pero que uno de los feligreses de Ali intentara asesinar al emir en cierto modo involucraba a su hermano en ese turbio asunto. Y si sospechaban de su hermano, también lo harían de él. ¿Cuánto tiempo tardará Hamusk en descubrir que Ali era el imán de la mezquita del barrio de los curtidores? Posiblemente ya estuviera al tanto y de ahí su mirada de sospecha cuando fue a visitar al emir al alcázar. Él era el juez supremo, pero Mardanis lo había apartado de las investigaciones. Resultaba evidente que recelaba de él. Y de la sospecha a la condena y a la ejecución, hay un trecho extremadamente corto. Minutos antes de dirigirse al alcázar, reflexionó si sería prudente visitar al emir, pues temía ser apresado por los soldados de Hamusk y conducido a los calabozos. Pero era el juez supremo. No visitarlo despertaría aún más sospechas. Y él no tenía nada que ocultar. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Confundió el miedo con el frío y alimentó la chimenea con un leño de encina. En el exterior de la almunia comenzó a llover con intensidad. El juez supremo se movía de un lado a otro de la estancia con las manos entrelazadas en la espalda. Escuchaba la lluvia repiquetear sobre el tejado, mientras intentaba organizar sus ideas. Exhaló un largo suspiro. Su mente se ahogaba en un mar de dudas y temores. Maldijo a su hermano mil veces, aunque desconocía si realmente estaba involucrado en el atentado. Por un instante pensó en huir de Murcia y refugiarse en Granada o incluso en Sevilla, donde gobernaban los almohades. ¿O quizá debería hablar con su hermano y salir así de una maldita vez de dudas? Sería su fin si Ali estuviera relacionado con el atentado. Lo detendrían y lo entregarían al torturador hasta que confesara su crimen. ¿Y cuántos inocentes se han declarado culpables después de sufrir horas de tormento? Incluso su hermano podría acusarlo de estar implicado en el atentado si con su confesión logra eludir los métodos del torturador. Asintió

con la cabeza. Entendió que todo estaba perdido. Ya no importaba que su hermano fuera o no culpable. En los ojos del emir, de Hamusk y de al-Hayy advirtió que ya había sido condenado y que pronto se ejecutaría la sentencia. Su mente no albergó duda alguna. Se acercó a una ventana. Las nubes cubrían el cielo de Murcia y la lluvia encharcaba los campos. Pronto anochecería. No era buen momento para huir. Debía tener paciencia y esperar a la mañana siguiente. Marcharía lejos de Murcia hasta que se aclarase la relación de Ali en el atentado al emir. Si es que había alguna. Esgrimiría alguna excusa que justificara su ausencia. Marcharía a Játiva, donde envió a Abu ibn Abbas como juez cuando este le pidió que lo alejara de Murcia y de las peligrosas intenciones de Ali. Tal vez él tenía que haber hecho lo mismo. Negó de nuevo con la cabeza. Se estaba volviendo loco. Quizá su hermano no tenía nada que ver en el atentado y no hacía más que darle vueltas y más vueltas a un asunto que carecía de importancia. Pero si se marchaba, si huía de Murcia, despertaría el instinto depredador de Hamusk, que no tardaría en perseguirlo. Que el juez supremo abandonara Murcia sin permiso del emir, cuando se investigaba su intento de asesinato, no sonaba bien ni siquiera en su mente. Tomó asiento en un escabel frente al fuego de la chimenea. Por primera vez en su vida, al-Hallal, juez supremo del Sharq al-Ándalus, no sabía qué hacer.

El infante Fernando observaba con gesto contrariado cómo su hermano rechazaba una tras otra sus propuestas de división del imperio. Ni siquiera aceptó que el Infantado formara parte del reino de León una vez hubiera fallecido su tía Sancha. Estaban sentados en torno a una mesa en una estancia reservada del castillo. Por una estrecha ventana entraba tenue la luz del atardecer. La cámara era el despacho del alcaide de la fortaleza. Era un espacio sobrio y húmedo que desprendía cierto olor a rancio. Fernando bebió un trago de vino que le supo a hiel en la garganta. Su hermano mayor actuaba con prepotencia y extremada soberbia. Era el máximo beneficiado por el reparto. Castilla relegaba a León a desempeñar un papel secundario entre los reinos cristianos de Hispania. Bien era cierto que Sancho podría haber heredado todo el imperio, pero tomada la decisión de dividirlo, no tenía ningún sentido debilitar un territorio a costa del otro. Ambos reinos, fuertes y equilibrados, podrían hacer frente con mayor éxito a los enormes desafíos y riesgos que estaban obligados a resolver.

—El primogénito de un rey ha de recibir todo el reino o al menos los territorios más extensos y prósperos —comenzó a explicar Sancho, una vez Fernando dejó de anunciar sus peticiones—. Con este reparto, que a ti te parece injusto y desproporcionado, el emperador, nuestro padre, ha procurado compensarme por tener que compartir contigo lo que en justicia me pertenece. Pero sea, lo acepto, pues ha sido su voluntad y ante su voluntad no podemos hacer más que arrodillarnos —hizo una pausa y bebió un trago de vino, luego dejó el cubilete sobre una mesa y mirando a su hermano con decisión, prosiguió—: Sinceramente, no entiendo tu malestar. En verdad no deberías tener queja alguna, pues vas a heredar un reino cuando no deberías heredar nada. Absolutamente nada.

Fernando se disponía a replicar, pero Sancho, su hermano mayor, lo detuvo con un gesto de mano. No había terminado de exponer sus argumentos.

—No, no deberías heredar nada —prosiguió—, pero en cambio vas a ser el rey de León, el reino más antiguo de las Hispanias y origen de la resistencia al moro. ¿He de recordarte que en su capital se proclaman a los reyes y emperadores, y que en Compostela reposan los restos del apóstol Santiago, faro que ilumina la cristiandad? ¿Cómo te atreves a considerar que el emperador ha sido injusto contigo? No desprecies el reino que un día gobernarás ni insultes a tus vasallos. —Sancho se detuvo un instante para que su hermano fuera asimilando su razonamiento—. ¿Y qué decir de los notables que formarán tu Corte? —prosiguió—. Serás aconsejado por los magnates más ilustres y prestigiosos del imperio. A tu servicio estarán el alférez Ramiro Froilaz, el conde Fernando Pérez de Traba, el conde Osorio, Ponce de Minerva y Bermudo Pérez entre otros muchos reconocidos y respetados nobles. ¿Realmente consideras que tienes motivo para sentirte maltratado por nuestro padre? Piensa muy bien tu respuesta hermano, medítala con sensatez y entenderás que a quién no debería corresponderle nada, debería sentirse satisfecho y agradecido por poco que se le concediera y más si este poco es todo un reino.

Fernando asintió levemente con los labios apretados. Su hermano había sufrido una enorme transformación desde que se casó con Blanca Garcés de Pamplona. Ya no era aquel joven apocado y tímido al que costaba intervenir en los consejos del reino. Ahora se mostraba más confiado y seguro de sí mismo. Hablaba con una autoridad desconocida. Comprendió que, al

igual que le había sucedido a él, las enseñanzas de su padre, sus continuos viajes y las reuniones de la curia, le habían ayudado a fortalecer el carácter. Fernando hubo de reconocer que, si se hubiera encontrado en lugar de Sancho, tampoco le habría agradado que lo hubieran arrebatado parte de su herencia. El reino de León había sido cercenado, pero su hermano tenía razón: En León se encontraban la capital del imperio y Compostela, el sagrado santuario donde descansaban los restos del Apóstol Santiago. Y también Galicia, primer reino donde gobernó su padre, el emperador Alfonso de León. Quizá había sido un tanto injusto y debía conformarse con... ¿un reino? No era mal consuelo. Pero aún no lo daba todo por perdido. Quizá todavía existía la oportunidad de incrementar su legado, aunque fuera con un puñado de tierra fronteriza.

—Si no me cedes ningún territorio de los que te he pedido, mi reino quedará a merced de los almohades o de Alfonso de Portugal. Cédeme al menos el Infantado cuando nuestra tía Sancha muera.

Sancho se encogió indiferente de hombros y le dijo:

—Ya te he dicho que no debes quejarte por lo que te ha dejado nuestro padre en herencia. Es mucho más de lo que te debería haber correspondido.

Fernando comprendió que su hermano no iba a transigir. No le cedería ni un palmo de Castilla. La conversación discurría por un camino tan tortuoso como estéril.

—¿Tengo al menos tu palabra de que no invadirás León cuando tú y yo seamos reyes? —le preguntó resignado.

—Mis enemigos, nuestros enemigos —se corrigió—, son los almohades. No lo olvides. Combatir a los africanos, expulsarlos de Hispania es la labor que hemos heredado de nuestro padre junto con nuestros títulos y reinos. Nunca te atacaría sin motivo. Jamás. Esto tenlo por seguro.

—Entonces entiendo que si me atacan los unitarios acudirás en mi ayuda.

—Por supuesto, jamás permitiré que los africanos crucen tus fronteras. Y espero que tú hagas lo mismo. Ambos debemos defender la cristiandad de la amenaza africana.

El infante Fernando asintió repetidas veces. Que su hermano le confirmara que no atacaría León no garantizaba que no lo hiciera, pero debía confiar en él. De niños su padre les inculcó que el verdadero enemigo del imperio eran los musulmanes, no los notables y reyes cristianos a los que solo combatió cuando se rebelaron contra su autoridad. Este sentimiento estaba muy arraigado en Sancho. No tanto en Fernando, mucho más pragmático y laxo en asuntos de alianzas.

—¿Y si me atacara Alfonso de Portugal? —preguntó Fernando. Tan peligrosa era la amenaza castellana como la portuguesa. Saber si podía contar con el apoyo de su hermano en el caso de una agresión por parte de Alfonso Enríquez, lo ayudaría a distribuir sus ejércitos hacia una parte u otra de la frontera.

El gesto de Sancho se endureció.

—Alfonso Enríquez es un traidor. Aprovechó un momento de debilidad de nuestro padre para emancipar Portugal del imperio. Acogió en su seno a sublevados y rebeldes, depredó las fronteras leonesas y anexionó a su reino territorios que no le correspondían argumentando tratados tan antiguos como confusos —se incorporó de la silla, y mirando a Fernando con gélida determinación, le dijo—: Escúchame, hermano, no solo te apoyaré con oro y tropas si Alfonso de Portugal se atreve a cruzar tus fronteras, yo mismo comandaré mis ejércitos y los conduciré hasta Lisboa si fuera necesario para derrocarlo.

—¿Derrocarías a Alfonso Enríquez?

—Con sumo agrado y luego, querido hermano, nos repartiríamos su reino entre los dos. ¿Qué

te parece mi propuesta? —Fernando asintió con una sonrisa—. Eso es lo que haría si el portugués se atreviera a atacarte —y con la más persuasiva y conciliadora de sus voces, añadió—: Hermano, entiende que no puedo cederte nada de lo que me pides, pues este reparto ha sido voluntad de nuestro padre. Cualquier cesión podría ser malinterpretada tanto por mis nobles como por los tuyos, que fácilmente podrían envalentonarse y atacar alguna de mis villas fronterizas. Recuerda que muchos de nuestros nobles compartirán territorios a ambos lados de la frontera. En muchos aspectos, no debería sentirse la división del imperio salvo en que existirán dos reinos y dos reyes. Es voluntad de nuestro padre que protejamos a la cristiandad del peligro almohade. Y cuando sea rey, no me guiará más propósito que combatir al africano. Te prometo que no atacaré ningún reino cristiano sin motivo.

—Por mi parte, procuraré no dártelos —afirmó Fernando, no muy convencido de las palabras de su hermano.

—No eres tú quien me preocupa —repuso Sancho, recostándose en la silla—. Ten bien atados a tus nobles, que yo tendré bien vigilados a los míos.

El infante Fernando entendió a qué se refería Sancho. La rivalidad de Fernando de Castro con la familia Lara podría arrastrar a ambos reinos a la guerra. Debía contener el ímpetu beligerante del Castro.

—Sabes muy bien que los nobles tienen sus propios intereses y no siempre convergen con los de su rey —prosiguió Sancho.

—Mantendré el orden en mi reino. No tengas duda de ello.

—Entonces ya está todo resuelto y aclarado. Ahora roguemos porque nuestro padre disfrute de una vida larga y próspera. Quizá toda esta conversación resulte inútil y el emperador nos entierre a los dos.

Sancho alzó su copa y brindó con su hermano Fernando. El infante no había conseguido su propósito de que Sancho le concediera alguno de los numerosos territorios que pertenecían históricamente a León, pero al menos, le había arrancado su promesa de que no atacaría León... sin motivo... Este último matiz lo inquietaba. Su hermano podría justificar la guerra con la excusa más insignificante o absurda. De momento, tendría que conformarse con su palabra. ¿Sería suficiente? Lo dudaba.

Murcia, febrero de 1155

Ali al-Hallal caminaba por las intrincadas calles del barrio de los curtidores sumido en sus pensamientos. Se lamentaba de la poca pericia de Ibrahim ibn al-Salam en el intento de asesinato de Muhammad ibn Mardanis. Por suerte, al-Sayqal, otro de los conjurados, cumplió con su cometido y apuñaló a Ibrahim ibn al-Salam aprovechando la confusión que se desató cuando el vagabundo proclamó voz en grito la muerte del emir. Ali al-Hallal fue testigo del suceso en la distancia. Pudo advertir el cuchillo ensangrentado que exhibía al-Salam entre la multitud. Su corazón brincaba de júbilo en su pecho. Al-Sayqal mató al mendigo aprovechando el desconcierto y la confusión de un vulgo conmocionado. El estúpido pordiosero no habría tardado un instante en delatarlos en cuanto hubiera caído en manos de los soldados del emir. La más férrea lealtad se quiebra con facilidad ante la horrible visión de los instrumentos de tortura. Muerto daría menos problemas. Pero el muy necio fracasó. El emir seguía vivo y sus soldados interrogaban a los feligreses que frecuentaban su mezquita. Pronto hablarían con él. De hecho, se preguntaba por qué todavía no había recibido la visita de los soldados. Quizá ser el hermano del juez supremo lo liberaba de toda sospecha. El recuerdo de Ahmad brotó en su memoria. Hacía semanas que no mantenían contacto. Se distanciaron cuando le compartió su propósito de conspirar contra el emir. Lo lamentaba, pero un piadoso alfaquí debe anteponer a Alá por encima de todo, incluso de la propia familia. El atentado había sido un rotundo fracaso, pero Ali al-Hallal estaba tranquilo. Nada lo vinculaba con Ibrahim al-Salam, salvo que este limpiaba y pedía limosna en la mezquita que estaba a su cargo. Pero eran cientos los feligreses que acudían puntualmente a sus prédicas. Conocerlos y relacionarse con ellos no lo convertía en cómplice de sus actos o pensamientos. Además, se preocupaba de glorificar en sus sermones al emir y de maldecir con violenta saña a sus enemigos. Nadie podría sospechar de su lealtad y obediencia. Si algo alteraba a Ali al-Hallal era lo cerca que había estado de lograr su propósito. Estaba a punto de llegar a su casa cuando, de repente, sintió una mano que lo agarraba con firmeza del brazo.

—Han capturado a al-Sayqal —le dijo al oído Abu Marwan, el último de los cuatro conspiradores.

Abu Marwan tenía unos ojos oscuros y pequeños, enmarcados en un rostro anguloso y serio. Una barba oscura y cuidadosamente recortada confería cierto aire de distinción a su apariencia. Se había criado en Córdoba y Sevilla. Era almocrí^[26] y poeta. Enseñó árabe y literatura en Marrakech en tiempos de los almorávides durante varios años. Luego regresó a Almería hasta que se afincó en Murcia como *jatib* y almocrí de su mezquita. Era un hombre inteligente y piadoso. Censuraba con vehemencia las costumbres licenciosas del emir y su amistad con los infieles cristianos. Persuadido de que el califa Abd al-Mumin se haría pronto con todo el al-Ándalus, había participado en la conjura con la esperanza de liberar al reino de Murcia de la corrupción, el pecado y la maldad con la que el falso musulmán de Mardanis lo había infectado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ali al-Hallal con los ojos muy abiertos por el espanto.

Abu Marwan lo arrastró del brazo hacia un callejón sombrío. Allí hablarían con más seguridad.

—Lo acabo de ver. Varios soldados lo sacaban a rastras de su casa. Lo golpearon y lo ataron

antes de llevárselo.

—¿Adónde lo llevan?

—¿Crees que soy tan estúpido como para seguirlo? —respondió—. Supongo que ahora se encontrará en los calabozos militares, donde lo interrogarán hasta que revele todo lo que sabe del atentado al emir. No tardará en pronunciar nuestros nombres. Lo sabes. Será nuestro fin. ¿Me oyes, Ali? ¿Me oyes? ¡Nos matarán! —le espetó, visiblemente alterado, zarandeándolo con ambas manos—. Maldita sea, Ali, no sabes cómo me arrepiento de haberte escuchado. Nos dejamos embaucar por tus palabras y nos has arrastrado a la ruina y quien sabe si a la muerte.

—Vuestra fue la decisión de participar en este asunto —repuso Ali al-Hallal—. Conspirar contra un emir es arriesgado. Todos lo sabíais salvo al-Salam, claro, él debía ser sacrificado. Tus miedos, Abu Marwan, son mis miedos. Ahora yo también estoy expuesto a ser apresado.

—No, Ali, no es lo mismo. Tú eres el hermano del juez supremo. Él sabrá como librarte de este terrible aprieto. En cambio, al-Sayqal, posiblemente, esté siendo martirizado mientras nosotros hablamos y yo sufriré su mismo destino, si no logro escapar de Murcia y refugiarme en los dominios de los almohades.

—¿Te vas de Murcia? —preguntó Ali al-Hallal.

La situación era demasiado compleja como para entrar en discusiones sobre privilegios y responsabilidades. Todos los conjurados eran adultos y sabían que él era el hermano del juez supremo. Sin embargo, esto no implicaba que estuviera exento de toda responsabilidad si lo capturaban. Sino todo lo contrario. Si era apresado y condenado, posiblemente arrastraría a su hermano en su desgracia. Este pensamiento turbó aún más su atribulado ánimo. Tragó saliva, pero engulló miedo.

Abu Marwan asintió, mirando con ojos asustados a su alrededor.

—Me dirigía a mi casa cuando te he visto —respondió—. Sinceramente, estuve a punto de ignorarte, pero sentí el impulso de advertirte. Lo cierto es que tampoco me conviene que te capturen —lo miró con unos ojos henchidos de reproche y añadió—: Ya estás avisado. Yo me voy de la ciudad. Por tu bien, te aconsejo que hagas lo mismo.

Sin añadir palabra, se giró y se perdió a toda prisa entre las callejuelas del barrio de los curtidores. Ali al-Hallal estaba paralizado por el miedo. Al-Sayqal era el hijo de un bruñidor. Un joven exaltado, firme defensor de las tradiciones y coleccionista de hadiz^[27]. Fue fácil persuadirlo para que se uniera a la conjura. Los jóvenes de su edad son unos necios engreídos, fácilmente manipulables. Pero ¿por qué lo habían detenido? ¿Habrían descubierto que era uno de los conspiradores? No lo consideraban un simple testigo si los soldados que lo arrestaron se lo llevaron a rastras y lo golpearon y lo maniataron. Lo llevaban preso a los calabozos. Y a los presos los solían interrogar con despiadada dureza. Si al-Sayqal era sometido a tormento, revelaría hasta el último detalle de la conjura. El miedo y, sobre todo, el más espantoso dolor, desata las lenguas más herméticas. Los torturadores eran diestros en su oficio y recibían generosos regalos cuando cumplían con su cometido. Un sudor frío recorrió su cuerpo. ¿Cuánto tardaría al-Sayqal en confesar? Abu Marwan determinó que muy poco, pues había decidido abandonar Murcia inmediatamente. Ali al-Hallal calculó que aún disponía de algunas horas. Pensó en ir a su casa a por dinero y luego escapar de Murcia, como había planeado Abu Marwan, pero ya tenía cierta edad, no le agradaban los caballos, viajar en carro lo enervaba y sus piernas rechonchas y pequeñas se cansaban con facilidad. No era hombre proclive a las fugas. Entonces pensó en su hermano. Quizá pudiera ayudarlo o protegerlo de algún modo. Era el juez supremo, la dignidad más destacada del Sharq al-Ándalus después del mismísimo emir. Seguro que encontraba alguna solución. Lo había decidido; recurriría a Ahmad.

Ibrahim ibn Hamusk contemplaba con labios asqueados el amasijo de carne sanguinolenta que reposaba sobre una mesa fabricada expresamente para causar dolor. Las paredes del calabozo eran frías y húmedas, y rezumaban una mezcla de moho y suciedad. El suelo, cubierto de paja en descomposición, estaba empapado en sangre, orina y agua estancada. Los grilletes y argollas oxidadas colgaban de las paredes como testigos mudos del sufrimiento de los prisioneros. El señor de Segura se desprendió del lienzo que protegía su nariz, se había acostumbrado al hedor que emanaba del dolor ajeno. Se acercó a al-Sayqal. Aún estaba vivo. Un testigo lo había señalado como el asesino de Ibrahim ibn al-Salam, el mendigo que atentó contra Muhammad ibn Mardanis. Un acto que podría interpretarse como la venganza impulsiva y visceral de un ferviente partidario del emir. Sin embargo, lo que generó sospechas fue su comportamiento posterior; tras acuchillarlo, arrojó el puñal y se escabulló entre la muchedumbre. Era preciso aclarar el extraño proceder del hijo de un insignificante bruñidor.

—¿Y bien? —preguntó el señor de Segura al torturador, un hombre delgado, de baja estatura, mirada siniestra y sonrisa desdentada y repulsiva.

—Ali al-Hallal planeó la conspiración —comenzó a explicar el torturador. Su torso, desnudo y huesudo, chorreaba ríos de sangre. Vestía zaragüelles sucios de mugre y sangre acumulada de varios días. A los de su oficio no les solía faltar trabajo—. Incitó a Ibrahim ibn al-Salam para que asesinara a nuestro emir Muhammad ibn Mardanis.

Hamusk sonrió complacido. No tardó en averiguar que Ali al-Hallal era el imán de la mezquita del barrio de los curtidores. Desde entonces, fue uno de sus principales sospechosos. Lo había puesto bajo vigilancia con la esperanza de que lo guiara hacia conjurados de mayor enjundia. La confesión de al-Sayqal confirmó sus sospechas. Ahora era momento de indagar sobre el atentado y capturar al resto de los conjurados.

—¿Cuál era el papel de al-Sayqal en todo este asunto? —preguntó el Señor de Segura, mucho más sosegado al haber resuelto la conspiración.

—Él y un tan Abu Marwan...

—¿Abu Marwan? —interrumpió Hamusk entornando los ojos. Era sumamente interesante que el nombre de un nuevo conspirador saliera a la luz.

—Es un almocrí o un poeta o quizá un escritor, algo así. No lo pude entender bien. Los prisioneros no suelen expresarse con claridad cuando son sometidos a tormento —el torturador rio lo que pretendía ser una gracia. Hamusk lo fulminó con la mirada y después de un par de carraspeos, prosiguió—: Al-Sayqal dice que estudió en África con los almorávides.

—Debe tratarse de otro de esos fanáticos amigo de los almohades —observó Hamusk—. ¿Dónde se encuentra?

—Vive en el barrio de los curtidores, pero es posible que haya huido de Murcia. A al-Sayqal le pareció verlo cuando lo traían a los calabozos.

Hamusk se acercó a la pequeña y enrejada ventana de la puerta y ordenó al guardia que se encontraba en el exterior que enviaran patrullas a la captura de Abu Marwan. No podían perder un minuto si pretendían evitar que escapara.

—Al-Sayqal y Abu Marwan tenían la misión de eliminar a Ibrahim ibn al-Salam una vez que

este hubiera asesinado al emir —prosiguió el torturador. Como era costumbre en su gremio, disfrutaba compartiendo la información que había reunido a base de arrancar dolor y sufrimiento de las partes más sensibles de sus desdichadas víctimas—. Según al-Sayqal, el mendigo era un necio falto de entendimiento. Debían eliminarlo para evitar que pudiera delatarlos, pues tenía la costumbre de detenerse a hablar con todo el mundo que acudía a la mezquita. Y haber asesinado al emir era un tema demasiado jugoso como para dejarlo pasar.

—Entonces, en la conspiración están implicados Ali al-Hallal, Ibrahim ibn al-Salam, al-Sayqal y Abu Marwan —enumeró Hamusk.

—Así es, mi señor.

—¿No ha revelado ningún otro nombre? —preguntó contrariado el señor de Segura.

—No, señor. No hay nadie más implicado en el atentado contra el emir —afirmó con rotundidad el torturador.

—¿Estás seguro?

El torturador levantó el mentón con semblante ofendido y le espetó:

—Nadie puede resistirse a mi método, señor.

Hamusk desvió la vista hacia los restos de al-Sayqal y se acarició pensativo la barba. Quizá Ahmad no llegó a participar en la conspiración, pero aún era demasiado pronto para saberlo. Realmente poco importaba. Para Hamusk ya era culpable. De entre su túnica sacó una bolsa llena de morabetinos y se la lanzó al torturador, quien la cogió en el aire con la habilidad que solo concede la costumbre.

—Sigue trabajando en él —le dijo, señalando a al-Sayqal con la barbilla—. Insístele en preguntarle si el juez supremo Ahmad al-Hallal está involucrado de algún modo en la trama. No importa en qué grado. Necesito saber que al menos estaba al corriente de que su hermano pretendía atacar contra el emir. Consigue que al-Sayqal confiese, y te recompensaré con generosidad.

—Si el juez supremo está metido en este asunto, no dudes de que al-Sayqal lo dirá.

—Creo que no me has entendido —Hamusk se acercó al torturador, que instintivamente dio un paso hacia atrás—: No saldrás de este apestoso agujero hasta que al-Sayqal pronuncie su nombre.

El torturador asintió. Su oficio consistía en hacer hablar a sus víctimas. Que sus confesiones fueran ciertas o estuvieran deformadas por el miedo y el sufrimiento era un asunto que no le concernía. El señor de Segura era un cliente generoso; digno del más esmerado y diligente de los servicios.

—Disculpame, señor, he sido un necio, pues te has explicado con claridad. Enviaré a buscarte en cuanto al-Sayqal confiese —desvió la vista hacia el prisionero—. Le dejaré descansar una hora, luego me pondré manos a la obra. A ninguno de los dos nos interesa que se muera antes de tiempo.

Las palabras del torturador despertaron una leve sonrisa en los labios de Hamusk. Echó una última mirada a al-Sayqal, antes de abandonar aquel maldito calabozo impregnado con olor a muerte.

Murcia, febrero de 1155

Ali al-Hallal, invadido por un incontenible miedo, se arrojó a los pies de su hermano Ahmad nada más entrar en el patio de la almunia. Se disponía a confesar su horrible crimen, cuando el juez supremo lo detuvo, lo tomó de los hombros y lo llevó al interior de la casa. Llamó a los sirvientes y los envió a Murcia a comprar alimentos que no necesitaba. Temía que su hermano pudiera ser escuchado por los espías de Hamusk, que sin duda lo habían visto entrar en la casa, o por sus propios criados. Y en una sobria estancia, aislada en la zona más apartada de la casa, Ali al-Hallal confesó. Ahmad al-Hallal lo escuchaba con semblante espantado y ojos desorbitados, sin dejar de negar con la cabeza. No podía creer lo que su hermano le estaba revelando.

—¡Tienes que ayudarme, hermano! ¡Tienes que ayudarme! —le suplicó, una vez hubo concluido de referir todos los detalles de la conjura para asesinar al emir de Murcia.

Ahmad al-Hallal le hizo un gesto para que bajara el tono de voz. Era improbable que pudiera ser escuchado, pero Hamusk tenía oídos en cada esquina del Sharq al-Ándalus.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? Has llevado a la familia a la ruina —le espetó Ahmad. En su mente aún resonaba el absurdo plan de su hermano. Había convencido a un exaltado con escasa inteligencia para que, aprovechando que el emir se encontraba en la mezquita aljama, lo matara con un puñal oculto en la manga de la túnica. Le dijeron que lo ayudarían a escapar a África, donde sería acogido con regocijo por el mismísimo califa, Abd al-Mumin, que agradecería su colosal hazaña colmándole de oro y bellas esclavas. El pobre desgraciado cumplió su parte del plan, pero desconocía que los conjurados tenían reservado para él un final muy distinto, pues no podían permitirse dejarlo libre y que pudiera caer en manos de Hamusk. Era necesario encontrar a alguien fácilmente manipulable y que no fuera particularmente sagaz. Y lo encontraron.

—Lo siento, hermano, lo siento... —Ali al-Hallal se arrodilló y abrazó las piernas de Ahmad con los ojos anegados de lágrimas—. Eres el juez supremo. Encontrarás la forma de ayudarme. ¡Debes hacerlo!

—Baja el tono de voz —le dijo furioso entre dientes—. Por Alá. Has intentado matar al emir. ¿Cómo pretendes que te ayude?

—Somos familia —gimoteaba Ali—. Soy tu hermano. Tu único hermano. Te lo ruego, ayúdame. No permitas que Mardanis me ejecute.

Ahmad se zafó del agarre de Ali y comenzó a pasear por la pequeña cámara. Hablaban casi a oscuras. La única ventana de la estancia estaba tapada con un grueso tapiz y solo un pequeño haz de luz entraba por la puerta ligeramente abierta. El juez supremo negaba constantemente con la cabeza sin dar crédito a lo que su hermano le acababa de referir. Entonces recordó que los hombres de Hamusk lo habrían visto entrar en su casa. Una circunstancia nada extraña o sospechosa hasta ahora, pues Ali era su hermano, pero su visita le traería muchos y graves problemas si lo consideraban sospechoso de haber participado en el intento de asesinato del emir. Algo del todo probable, pues era el imán de la mezquita que frecuentaba el mendigo que intentó asesinarlo. Su hermano no solo había buscado su ruina, sino también la suya.

—Hemos discutido numerosas veces sobre el emir y sus políticas —comenzó a decir Ahmad

—, y me has compartido tus profundas discrepancias con muchas de sus decisiones, pero conspirar contra su vida...

—Somos muchos los descontentos con este reinado impío y corrupto —comenzó a explicar—. Mardanis ha regalado los territorios del valle del Ebro al conde de Barcelona, sus ejércitos están contaminados con mercenarios trinitarios, ha rendido vasallaje a un rey cristiano. Es un perro muladí. Un borracho fornicador. No debería convivir con los buenos musulmanes, sino con esos infieles cristianos con los que se rodea y que tanto le agradan. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Ese no es el asunto. El crimen que has intentado consumir es de extrema gravedad y sus consecuencias son espantosas —le espetó Ahmad al-Hallal señalándolo con el dedo, reacio a dar su opinión sobre los hábitos y costumbres del emir de Murcia.

—Mi corazón bailó de gozo en mi pecho cuando los valencianos se rebelaron. Expulsaron de Valencia a Yusuf ibn Mardanis y dominaron la ciudad durante meses, pero finalmente fracasaron. Estuvo tan cerca... —se lamentó, negando con la cabeza. Alzó la vista y miró a su hermano—. Sabes que llevo años considerando matar al emir. La voz de Alá resuena en mi cabeza cada noche y me recrimina que Mardanis siga vivo.

—Te pedí que abandonaras esa absurda idea y tú aceptaste.

—Lo intenté, pero mi conciencia me impide ignorar la corrupción y la miseria con la que Mardanis contamina los corazones de los buenos musulmanes.

—¿Persististe en tus propósitos a escondidas?

—No quería involucrarte en este asunto. Era demasiado arriesgado...

—¿Para ti o para mí?

Ali seguía de rodillas, con la vista fija en el suelo. Se sentía avergonzado, pero el miedo a ser ejecutado lo exhortó a sincerarse.

—No compartí mis intenciones contigo porque temí que me denunciaras. Eres el juez supremo.

Ahmad asintió. Era lo que imaginaba.

—Pero ahora no tienes tantos reparos.

—Hermano, estoy desesperado.

—Y situaciones desesperadas requieren de medidas desesperadas, y a ti no se te ha ocurrido mejor idea para salvarte que implicar al juez supremo del Sharq al-Ándalus en el intento de asesinato del emir.

—No era mi intención implicarte...

—Pues lo has hecho, maldita sea. —Ahmad apretaba con fuerza la mandíbula para no gritar, para no expulsar de su interior toda su rabia, toda su ira, toda su frustración por la comprometida situación a la que la insensatez de su hermano lo había arrastrado.

—Necesito tu ayuda —gimoteaba Ali.

Ahmad hubiera deseado golpearlo con todas sus fuerzas hasta dejarlo sin sentido. Su arrebato de violencia no hubiera cambiado la situación, pero habría sido un magnífico desahogo. Miró a su hermano, respiró profundamente y algo más sosegado le preguntó:

—¿Quiénes están involucrados en la conspiración?

—Ya te lo he dicho; al-Sayqal y Abu Marwan.

—¿Dónde están ahora?

Ali al-Hallal tragó saliva. La respuesta no le iba a gustar a su hermano.

—Abu Marwan ha huido de Murcia y creo que... creo que al-Sayqal fue capturado por los soldados y conducido a los calabozos.

—¿¡Qué?! —exclamó Ahmad levantando a Ali de los hombros. Tenía los ojos abiertos por el espanto.

—No estoy seguro...

Ahmad soltó a su hermano y comenzó a andar por la pequeña estancia. Que al-Sayqal estuviera en manos de los soldados del emir lo cambiaba todo. No tardaría en desmoronarse ante la terrorífica visión de las ensangrentadas herramientas del torturador. El joven no solo nombraría uno por uno a todos los conjurados, sino a cualquiera por quien el torturador le preguntara con la vana esperanza de eludir su tormento. Al-Sayqal era hombre muerto, si no lo estaba ya. Lo que el juez supremo desconocía era cuántos nombres pronunciaría antes de expirar su último aliento, pero de lo que no tenía ninguna duda era que Ali sería uno de ellos. Y si capturaban a su hermano, luego irían a por él. Y su hermano estaba en su casa, confesándole su horrendo crimen. Y los espías de Hamusk lo habían visto entrar...

—Sois unos estúpidos —le espetó, mirándolo con desesperación—. ¿Cómo un pordiosero, el hijo de un bruñidor, un almocrí y un alfaquí pretendíais conspirar contra el emir de Murcia? ¿Cómo? —y señalándolo con un dedo acusador, prosiguió—: ¿Cómo podríais ni siquiera imaginar que vuestro crimen podría salir bien? ¿Estabais borrachos cuando ideasteis este absurdo plan? ¡Imbéciles!

—Contamos con el favor de Alá —repuso Ali, como si este argumento fuera suficiente para justificar su crimen—. Él siempre protege a los suyos.

—Alá solo protege a los poderosos, estúpido —replicó Ahmad con el tono de voz resignado y condescendiente de quien se limita a revelar una realidad incuestionable a un párvulo ignorante y tozudo.

El juez supremo caminaba por la estancia con las manos entrelazadas en la espalda. Su mente bullía buscando una solución, ya no para salvar a su hermano, sino para salvarse a sí mismo.

—Mardanis es un borracho, un traidor a la fe de Muhammad, el vasallo de un rey cristiano —se justificaba Ali al-Hallal, atenazado por un miedo horrible e incontrolable—. Bajo su gobierno, el Sharq al-Ándalus ha sido entregado a la herejía, al vino, al fornicio y solo Alá sabe a qué horribles abominaciones más. Lo hemos hecho por salvar nuestra patria, por liberar nuestra fe de la perversidad y el pecado. Hermano, somos héroes, no traidores.

—Sois imbéciles, eso es lo que sois. ¿Cómo se os ha ocurrido cometer tal absurdo desatino?

—Habrà alguna solución... —gimoteaba Ali.

Ahmad se detuvo y giró la vista hacia su hermano. Sí, quizá hubiera una solución, pero esta no le iba a gustar. Miró hacia la puerta como si esperara la abrupta llegada de los soldados. ¿De cuánto tiempo disponía?

—Sí, hermano, sí que la hay. Cuidaré de ti y te protegeré. Como siempre he hecho, ¿verdad?

Ali cabeceó afirmativamente repetidas veces.

—Saldremos de este infierno —afirmó Ahmad. Encaminó sus pasos hacia su hermano con los brazos abiertos. Ali cerró los ojos invadido por un infinito alivio. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sabía que encontrarías una solución. Lo sabía.

Ambos se fundieron en un fuerte abrazo. Ahmad cerró los ojos, esforzándose sin éxito por contener las amargas lágrimas que ya bañaban sus mejillas. Con suavidad, liberó un puñal que siempre guardaba oculto en la manga de su túnica. Lo apretó con fuerza, intentando convencerse de que no tenía otra opción. Su hermano, aunque lo sentía palpar entre sus brazos, estaba muerto. Murió en el mismo instante en el que los soldados capturaron a al-Sayqal. El juez supremo maldijo en silencio a su hermano y rogó a Alá porque no abriera la tierra bajo sus pies,

condenándolo a ser engullido por el abismo de los infiernos. Pero no encontró otra alternativa. Debía sacrificar a su hermano si pretendía tener una posibilidad, aunque fuera remota, de salvar la vida.

—Lo siento —le susurró al oído.

Antes de que Ali pudiera comprender, sintió un pinchazo en la espalda. Y luego otro y otro más. Intentó zafarse de Ahmad, pero este lo aferraba en su pecho con fuerza. Un nuevo pinchazo le obligó a doblar las rodillas. Alzó la vista y se encontró con los ojos sumergidos en lágrimas y el gesto transformado por un insondable dolor de su hermano.

—Lo siento, Ali, lo siento...

Ali al-Hallal cayó al suelo. Miraba a su hermano con ojos confusos, perdidos. No entendía qué había pasado. Quien le había asegurado que lo cuidaría y protegería, lo había acuchillado por la espalda. Sus ojos se velaron mientras se revolvía en su propia sangre.

—Lo siento, lo siento... —Ahmad se había arrodillado junto a su hermano. Lloraba desconsolado, dominado por el remordimiento y la culpa.

De pronto, un ruido de pisadas apresuradas lo distrajo. Giró la vista y se encontró frente a la mirada sorprendida de Ibrahim ibn Hamusk.

Murcia, marzo de 1155

Muhammad ibn Mardanis estaba sentado sobre unos cojines en el *maylís* del alcázar. Bebió un trago de vino, degustó su dulzor en el paladar y desvió la vista hacia Ahmad al-Hallal. El juez supremo estaba encadenado, con la túnica sucia de mugre y orines. Su rostro demacrado y sus ojos hundidos revelaban su angustia y desesperación. Llevaba dos semanas encerrado en los calabozos, pero aún no había sido entregado a tormento. El emir confiaba en que confesara su implicación en la conjura que pretendió acabar con su vida sin llegar a esos extremos. Era el juez supremo del Sharq al-Ándalus y merecía ser tratado con cierta consideración. Pero Ahmad al-Hallal persistía en su inocencia. Abu Marwan fue localizado por una patrulla de jinetes a pocas leguas de Murcia. Anticipando el triste y doloroso destino que le aguardaba, decidió poner fin a su vida acuchillándose el estómago. Peor suerte tuvo al-Sayqal. Murió en el calabozo poco después de que confesara que al-Hallal había participado en la conspiración, pero expiró entre agónicos jadeos antes de proporcionar más detalles de su implicación. Mardanis estaba acompañado en el *maylís* por el juez militar al-Hayy; los cristianos Álvarez Rodríguez y Pedro Ruiz de Azagra, el juez de Valencia Abi Yamra y el señor de Segura, Ibrahim ibn Hamusk.

—Mataste a tu propio hermano para salvar tu miserable existencia —le espetó el emir de Murcia—. Pretendías evitar que te incriminara en el atentado para asesinarme. Alá tiene en el infierno un lugar reservado para los criminales como tú.

Dos soldados sostenían a Ahmad al-Hallal de los brazos. Apenas podía aguantarse en pie por el cansancio, la falta de alimento y el intenso miedo.

—Confiesa tu crimen y acaba con tu agonía —intervino Abi Yamra, quien había sido llamado por el emir para participar en la investigación a al-Hallal. A quien se iba a juzgar era la segunda persona más poderosa del Sharq al-Ándalus y era conveniente que disfrutara de todas las garantías jurídicas.

—No participé en la conjura —musitó Ahmad al-Hallal en un hilo de voz.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Hamusk.

—No, no participé en la conjura —respondió de nuevo el juez supremo intentando alzar la voz.

—Al-Sayqal te señaló como uno de los conspiradores y asesinaste a tu hermano para evitar que te delatara. ¿También lo vas a negar? —le preguntó el señor de Segura—. Te recuerdo que cuando te capturé, todavía sostenías entre tus manos el puñal ensangrentado con el que lo mataste.

—Todos conocemos los métodos que habitualmente se utilizan para conseguir información de los prisioneros —comenzó a decir al-Hallal, mirando a Hamusk con unos ojos hundidos en cuencas macilentas. La piel del rostro estaba pegada a los pómulos y cubierta por una barba blanquecina, rala y sucia—. El dolor y el sufrimiento son amigos de la falsedad y la mentira. Cualquier inocente es capaz de confesar haber cometido el crimen más monstruoso, si con ello evita que sus carnes sean abiertas por las herramientas del torturador.

—¿Niegas tu implicación en la conjura? —le preguntó Mardanis.

—No tuve nada que ver.

—¿Por qué mataste a tu hermano? —insistía Hamusk.

Ahmad al-Hallal cerró los ojos y una lágrima amarga como la hiel se deslizó por su mejilla. La muerte de Ali le produjo un profundo dolor, pero no tenía otra alternativa. La ruda irrupción de Hamusk en la almunia le confirmó que, de ningún modo, podría evitar ser apresado y torturado. Su hermano lo había arrastrado a la ruina y la desgracia. Lo mató para evitarle sufrir horribles tormentos, pero también con la esperanza de poder eludir su mismo destino.

—Mi hermano me confesó que había conspirado contra el emir y que al-Sayqal había sido capturado —explicó el juez supremo—. Su conjura había fracasado. Que fuera apresado y sometido a un cruel interrogatorio era cuestión de tiempo. Le concedí una muerte rápida para evitarle el sufrimiento y la agonía que le esperaba en los calabozos.

—¡Mentira! —le espetó Hamusk, incorporándose de los cojines y señalándolo con el dedo—. ¡Asesinaste por la espalda a tu hermano para que no te delatara! ¡Confiésalo!

—No, no tuve nada que ver —afirmaba al-Hallal negando constantemente con la cabeza.

—¿Estabas al corriente de sus intenciones? —le preguntó Abi Yamra—. ¿Hablasteis en algún momento de ese asunto?

Ahmad al-Hallal intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca. Su corazón golpeaba sus costillas con furia desatada.

—No, jamás —mintió.

—¿Ni de su afecto por los almohades?

—Mi hermano era un piadoso musulmán, el respetado imán de una mezquita pequeña y humilde. Observaba las enseñanzas del Profeta con sabiduría y moderación. Despreciaba a los unitarios y su doctrina podrida y envilecida por las mentiras y la manipulación.

—Como juez supremo, tienes la obligación y el deber de investigar toda corriente subversiva contra nuestro emir y señor, y perseguir y denunciar a quienes confiesen sus simpatías por los almohades —le recordó Abi Yamra.

—Conozco muy bien cuáles son mis obligaciones —afirmó al-Hallal—. Mi hermano nunca se ha mostrado contrario al emir. En sus sermones ensalzaba sus virtudes y políticas, al tiempo que condenaba a los almohades y a sus seguidores —hizo una pausa para tomar un poco de aire. Estaba exhausto—. Siempre he intentado obrar con diligencia y justicia. Soy leal a la familia banu Hallal, pero antes lo soy al Sharq al-Ándalus y a Muhammad ibn Mardanis.

Álvar Rodríguez intercambió una mirada con el pamplonés Pedro Ruiz de Azagra, se acercó a él y le susurró al oído:

—No sé cómo funcionáis en Pamplona, pero a este en León ya lo habríamos decapitado.

Pedro Ruiz de Azagra asintió y dijo:

—No entiendo a qué se debe tantos miramientos. Estos musulmanes son muy protocolarios para resolver ciertos asuntos.

—Cierto, pero es innegable que estos interrogatorios resultan entretenidos —apostilló el conde de Sarria con una sonrisa.

—¿Aseguras entonces que Ali nunca te compartió sus intenciones de asesinar al emir ni sus inclinaciones por los africanos? —preguntó el juez de Valencia, ajeno a la conversación de los cristianos.

—Jamás —respondió Ahmad al-Hallal con manos sudorosas.

Abi Yamra intercambió una mirada con Mardanis y este le asintió.

—El emir del Sharq al-Ándalus, en su infinita generosidad, te concede una última oportunidad para que confieses tu implicación en esta desleal y perversa trama. Si lo haces, tu muerte será rápida y tus restos recibirán la sepultura que un juez supremo merece. Nadie sabrá

jamás que confabulaste con traidores y almohades para asesinarlo y quebrar así la paz del reino. Tu nombre y el de tu familia se mantendrán al margen de todo este asunto. Tu traición permanecerá oculta y te acompañará por toda la eternidad en la oscuridad de tu tumba. Pero si persistes en tu inocencia, si continúas afirmando que desconocías las intenciones de Ali y su fascinación por la doctrina almohade, si insistes en sostener que no has tenido nada que ver en este horrendo y traidor crimen, te garantizo que toda la ira y la justicia de nuestro emir caerá sobre ti y sobre los banu Hallal. Seréis proscritos, malditos, borrados de cualquier documento. Desapareceréis como si jamás hubierais existido. La decisión es tuya.

El semblante de Ahmad al-Hallal quedó definitivamente destruido por la fatiga, el miedo y el deshonor. Había asesinado a su hermano, y aunque intentaba justificar su crimen, alegando que lo había hecho para evitarle una muerte horrible y llena de tormentos, en el interior de su ser, era consciente de que al eliminar a Ali, únicamente pretendía salvar su propia vida. Había matado a su hermano para salvarse él. No había en la faz de la tierra nadie más mezquino y despreciable. Ni si quiera una postrera confesión podría borrar este crimen. Y el apego del juez supremo a la vida era fuerte y poderoso. Había iniciado un viaje sin retorno. No había más opción que continuar por el tortuoso sendero de la mentira.

—Soy inocente de los crímenes de los que se me acusa —comenzó a decir Ahmad al-Hallal—. Por Alá, que soy inocente. No he tenido nada que ver en el atentado a nuestro señor el emir, desconocía las intenciones de mi hermano y también que fuera seguidor de los almohades. Pero me declaro culpable de haber asesinado a mi hermano. Mis motivos eran nobles y ya los he explicado, pero debía ser el emir quien decidiera el destino de Ali, no yo. Caiga sobre mí toda la responsabilidad de este crimen —añadió, levantando sus brazos cargados de grilletes y cadenas.

—Y te caerá. No te quepa la menor duda de que te caerá. De ese crimen y de los otros. —Abi Yamra hizo un gesto a uno de los soldados que custodiaban la entrada al *maylís*, y este salió inmediatamente.

Ahmad al-Hallal giró un rostro demudado por la preocupación y el temor. Sus más oscuros presentimientos se confirmaron cuando, Abu ibn Abbas, juez de Játiva y compañero de confianzas, entró en el gran salón del alcázar de Murcia.

Sobrado, La Coruña, noviembre de 1155

El fallecimiento de Fernando Pérez de Traba^[28] congregó a buena parte de la nobleza gallega y leonesa en su funeral, celebrado en el monasterio de Santa María de Sobrado. Así pues, al sepelio acudieron los hijos del conde y de la condesa-viuda Sancha González; María, Urraca y Gonzalo, así como las hijas ilegítimas que Fernando Pérez de Traba tuvo con Teresa de León; Sancha y Teresa. Esta última llegó acompañada por su marido Nuño Pérez de Lara. Álvar Rodríguez, conde de Sarria, también acudió a los funerales, pues estaba casado con Sancha. Fueron numerosos los obispos que asistieron al funeral. Entre ellos se encontraban el de Mondoñedo, León, Compostela, Tuy y Lugo. También acudió el infante Fernando acompañado del alférez Ramiro Froilaz, Fernando de Castro, Ponce de Minerva, el conde Osorio y Pedro Balzán entre otros muchos magnates que ya se habían posicionado en torno al heredero al trono de León.

Los notables y principales del imperio de León se encontraban en el palacio de los Traba en Sobrado. Se trataba de un tosco edificio de tres plantas, gruesos muros y ventanas estrechas. No había dejado de llover durante todo el día. El frío y la lluvia acompañaron un día triste y gris. Una enorme chimenea, alimentada con gruesos troncos de fresno, calentaba el gran salón del palacio donde se celebraba el banquete en honor al difunto conde.

—Es una lástima que el infante Sancho no haya podido asistir al entierro de tan noble y admirado gallego —dijo Fernando de Castro a Nuño Pérez de Lara.

—El infante se encuentra en Soria, esperando el nacimiento de su primer hijo, su heredero al trono de Castilla —explicó Nuño.

—El emperador Alfonso de León aún no ha fallecido, no tengas tanta prisa por dividir el imperio —refunfuñó el Castro.

—Cierto, pero es un hecho que a su muerte el imperio será dividido entre sus hijos. Ni siquiera los Castro con todo vuestro poder e influencia podéis revertir esta decisión —a Nuño tampoco le agradaba la división del imperio, pero era lo que había determinado el emperador y él era fiel a sus decisiones.

—Nosotros aconsejamos al emperador, no manipulamos su voluntad como hacéis los Lara.

Nuño Pérez de Lara se incorporó de la mesa con los puños apretados y los ojos centelleantes de ira.

—Ha fallecido mi padre —terció Teresa de Traba, tomando del brazo a su marido—. Nos hemos congregado en Sobrado para honrar su memoria, no para provocar disputas entre familias. Os ruego que os calméis y respetéis esta casa.

Nuño mantuvo la mirada fija en el Castro durante unos instantes, pero finalmente volvió a tomar asiento. En los labios de Fernando de Castro asomó una sonrisa ladina y victoriosa. Le divertía la situación. Se moría de ganas de levantarse de la mesa y revelar la relación adúltera que Teresa mantenía con el infante Fernando. Habría supuesto un inimaginable placer, pero se limitó a asentir sin apartar la mirada de la esposa del Lara. Teresa sintió un estremecimiento recorrer todo su cuerpo. En los ojos brillantes y mezquinos del Castro percibió una maldad aterradora, de aquellas que envilecen el alma. Su mirada revelaba una oscuridad siniestra y

profunda, capaz de corromper el corazón más puro.

—Teresa tiene razón —intervino el infante Fernando—. No confundamos el motivo de este encuentro y honremos a quién me acogió como a un miembro más de su familia. Doy gracias a la condesa Sancha, que con tanto cariño y desvelos me cuidó —inclinó levemente la cabeza y la condesa lo acompañó con una suave sonrisa—. Fue como una madre para mí. Mi padre, con buen criterio, responsabilizó a los Traba de mi cuidado y crianza. Y creo que hicieron un magnífico trabajo —su comentario suavizó el tenso ambiente—. En Monterroso disfruté de mis primeros años de existencia —miró con descaro a Teresa—. Aún guardo en mi memoria muy gratos recuerdos de aquellos maravillosos años.

Teresa bajó la vista azorada.

—Si me disculpáis. Estoy un poco cansada. Iré a mi cámara a echarme un rato —dijo.

—No te preocupes, hija mía —le dijo la condesa Sancha, quien había tomado un gran cariño tanto por ella como por Sancha, a pesar de ser ambas fruto de los amoríos de su esposo con Teresa de León—. Han sido muchas las emociones vividas en los últimos días.

Teresa mostró una sincera sonrisa de agradecimiento a su madrastra y salió de la estancia. El corazón le latía con fuerza en su pecho. Encontrarse tan cerca del infante, su amante, y de su marido le había trastornado los nervios. Y Fernando de Castro no dejaba de mirarla con ojos desafiantes. Le repugnaba tanto ese hombre. Al menos, le constaba que había dejado de maltratar a Constanza. Ahora simplemente la ignoraba. Con eso, su amiga se daba más que satisfecha. Caminaba por los pasillos del palacio de los Traba cuando escuchó una voz que la llamó a sus espaldas.

—¡Teresa!

Se detuvo con el corazón agitándose enloquecido. Las manos le temblaban de puro miedo. Quedó inmóvil. Temía girarse. Entonces sintió cómo la tomaban del brazo, la daban la vuelta y la besaban con una pasión ardiente y desbordante que solo en el infante lograba reconocer.

—¡No! —dijo Teresa intentando zafarse del infante—. Nos pueden ver...

—¿Y qué más da? Estoy cansado de esconder nuestro amor.

Volvieron a besarse. Teresa luchaba por apartarse del dulce sabor de sus labios, pero no podía. No tenía fuerzas. Bebió de sus labios con el ansia del sediento que, desfallecido, encuentra en su camino un inesperado lago de aguas dulces y cristalinas. Y en su desesperación, se sumerge en su interior, saciando su sed sin detenerse a pensar si tal vez esas aguas estén envenenadas.

—Tengo que verte antes de regresar a León —le suplicó el infante, tomándole su bello rostro entre sus manos—. Te necesito.

Teresa bajó la vista hundida en un mar de dudas. Se sentía despreciable por haber traicionado a su esposo, por ser frágil y débil, por no luchar con el suficiente vigor con el impulso que una y otra vez la arrastraba al lecho del infante. Pero ante la fortaleza del amor, no cobra sentido alguno ofrecer resistencia, sino que es preciso entregarse a una rendición completa e incondicional. Alzó la vista y asintió.

—Y yo a ti —le dijo, y volvió a fundir sus labios con los de Fernando.

Mientras los impetuosos enamorados daban rienda suelta a su pasión, en el salón del palacio de los Traba, Nuño Pérez de Lara se disponía a marcharse. Fernando de Castro conocía muy bien los motivos que habían llevado al infante a abandonar la estancia poco después de Teresa. Sospechaba que la habría perseguido y que posiblemente en esos mismos instantes estaría hablando con ella o quizá, haciendo algo más excitante. La posibilidad de que Nuño los sorprendiera era muy sugerente, pero también peligrosa. La reacción de un esposo despechado es

siempre imprevisible. Nuño se había incorporado y se disponía a despedirse de los allí presentes, cuando Fernando de Castro, haciendo uso del tono más cordial que su bronca y áspera voz era capaz de modular, le dijo:

—Mi señor Nuño, discúlpame si te he ofendido con mis palabras. Te ruego tomes de nuevo asiento y compartas conmigo una copa de vino —escanció vino y le hizo un gesto con la mano invitándolo a tomar asiento—. Estoy seguro de que estarás interesado en conocer el estado de salud de nuestro buen amigo y aliado Muhammad ibn Mardanis después de haber sido salvajemente atacado por un fanático en las puertas de una mezquita —miró a Álvaro Rodríguez y lo animó a intervenir con un gesto con la cabeza.

A Nuño le pareció una descortesía abandonar el salón cuando el Castro lo había invitado a una copa de vino en un burdo intento de reconciliación, pero era un hombre sensato que solía rehuir de los enfrentamientos estériles. Tomó asiento y aceptó la copa de manos de Fernando de Castro.

—Como bien sabéis, el emir de Murcia fue acuchillado en el patio de la mezquita después de escuchar la *jutba*, el sermón musulmán de los viernes —explicó el conde de Sarria—. Por fortuna, ya está completamente recuperado de sus heridas.

—Algo hemos oído, claro, pero tú eres miembro de su séquito, seguro que podrás arrojar algo de luz en ese oscuro asunto —lo animó el Castro.

Álvar Rodríguez asintió, impaciente por narrar unos hechos de los que había sido testigo.

—El responsable fue un fanático corto de entendederas que murió allí mismo, acuchillado por otro de los compinches con el mismo puñal con el que intentó matar al emir.

—Entiendo que capturaron a todos los traidores —dijo la condesa.

—Así fue. En la conspiración hubo varios implicados, entre ellos uno de los miembros más destacados del gobierno andalusí; el juez supremo Ahmad al-Hallal.

—Explicanos con todo detalle esa conjura para matar al emir —intervino el Castro—. La condesa Sancha y el resto de los aquí presentes ardemos en deseos de conocerla.

Álvar Rodríguez bebió un generoso trago de vino y se aclaró la garganta.

—El encargado de asesinar al emir fue un andrajoso a quien el hermano de Ahmad al-Hallal, el imán Ali al-Hallal, había persuadido para que cometiera el crimen. Otros dos cómplices, de cuyos nombres no me acuerdo, tenían el cometido de eliminarlo para evitar que los delatara, pues se trataba de un vagabundo charlatán que tenía por costumbre emplear su ocioso tiempo en conversar con todo feligrés que acudía al templo. Y era muy probable que en alguna de esas charlas dijera algo inapropiado. ¡Ah, sí! —recordó de pronto—. Uno de ellos se llamaba al-Sayqal. Del otro no me acuerdo, pero de lo que estoy seguro es que se quitó la vida antes de ser capturado.

—¿Cuál fue el papel de Ahmad al-Hallal en la trama? —preguntó Nuño Pérez de Lara.

—Tuve la suerte de asistir a su interrogatorio en el alcázar de Murcia —alardeó Álvaro Rodríguez henchido de orgullo.

—¡Cuéntanos! —exclamó Fernando de Castro, satisfecho de que la historia que se disponía a relatar el conde de Sarria entretuviera por unos minutos a Nuño.

—Empezaré por el principio. —Álvar Rodríguez bebió un trago de vino y recorrió la vista por los allí presentes, que lo miraban con impaciente interés. Eso le agradó. Aguardó un instante antes de comenzar a hablar, logrando mantenerlos en tensión—. Ali al-Hallal, el hermano del juez supremo, Ahmad al-Hallal, había reunido a un grupo de musulmanes con la intención de conspirar contra el emir Muhammad ibn Mardanis. Uno de ellos fue el mendigo que intentó asesinarlo y, como he dicho, fue ajusticiado en la misma mezquita por otro de los compinches;

al-Sayqal. Este lo mató momentos después del frustrado atentado. Luego huyó con el otro cómplice, ese de quien no recuerdo el nombre, pero que se suicidó cuando los soldados del emir se disponían a capturarlo. Ibrahim ibn Hamusk se encargó de las investigaciones y no tardó en averiguar que el mendigo era asiduo a pedir limosna en la mezquita donde Ali al-Hallal pronunciaba sus sermones. Hamusk lo puso de inmediato bajo vigilancia, pues con buen criterio sospechaba que podría conducirlo al resto de los conjurados. Mientras tanto, sus soldados interrogaron a los andalusíes que ese día acudieron a la mezquita. Uno de ellos reveló que vio a al-Sayqal asesinar al vagabundo y huir poco después. Hamusk ordenó que fuera detenido y conducido a los calabozos, donde sería interrogado. Los métodos utilizados durante el interrogatorio resultaron muy eficaces, pues al-Sayqal no tardó en confesar el nombre de todos los implicados, incluido el del juez supremo.

—Mardanis debe tener graves problemas internos si un alto cargo de su gobierno está involucrado en una conjura para asesinarlo —observó Nuño Pérez de Lara.

—Hace cuatro años, Valencia se sublevó y entregó el poder a un partidario de los almohades. Mardanis solo logró sofocar la revuelta cuando recibió ayuda de nuestro emperador y del príncipe de Aragón —afirmó el alférez Ramiro Froilaz—. Ahora sus propios ministros intentan matarlo. El Sharq al-Ándalus es un gigante con los pies de barro condenado a sucumbir. Mardanis es un infiel. No lamentaré su suerte —arrugó los labios con desprecio y bebió un trago de vino.

—Te puedo asegurar que sí que la lamentarás —le espetó el conde de Sarria—. Mardanis es un aliado formidable. Lo necesitamos para combatir al califa y a su salvaje horda de perros africanos.

—Si los almohades tienen al califa, nosotros tenemos a Santiago, que además de soldado, es un apóstol enviado a Hispania por Nuestro Señor —le espetó el alférez Ramiro Froilaz.

—No distraigamos el tema, por favor, y continúa detallándonos el asunto de la conspiración —rogó la condesa Sancha, una señora de edad avanzada, mirada bondadosa y sonrisa melancólica. Sobre sus espaldas hubo de soportar en soledad los largos años de infidelidad de su esposo el conde y la crianza de sus hijos. Era una mujer fuerte, amable y siempre leal al hombre que tanto dolor la había ocasionado.

Álvar Rodríguez asintió visiblemente molesto por las palabras del alférez. Sentía un sincero afecto y respeto por el emir de Murcia y le dolía el desprecio con el que era tratado por buen número de los notables cristianos. Los muy necios se sentían superiores por el simple hecho de honrar a otro Dios.

—Bien, como decía —prosiguió el conde de Sarria, apartando de su mente las insidiosas palabras del alférez—, al-Sayqal reveló los nombres de todos los conjurados, incluido el del juez supremo, Ahmad al-Hallal.

—Supongo que el emir ordenó su captura inmediata —dijo Nuño Pérez de Lara.

Álvar Rodríguez asintió.

—Hamusk acudió a su casa de recreo para capturarlo. Lo que allí se encontró lo dejó completamente atónito —hizo una pausa dramática y prosiguió—: Ahmad al-Hallal acababa de asesinar a su hermano Ali con sus propias manos.

Fernando de Castro rompió en carcajadas y espetó:

—¡El muy zorro mató a su hermano para evitar que lo delatara!

—¿Mató a su hermano? —preguntó la condesa Sancha.

—Para salvarse así mismo —insistía divertido Fernando de Castro.

—Eso pensábamos todos —dijo Álvar Rodríguez—, pero cuando fue interrogado en el

maylís, aseguró que su crimen fue un acto de compasión, pues pretendía evitarle una muerte lenta y dolorosa a manos de los torturadores.

—Y así se aseguraba de que no lo denunciaría. Los muertos no tienen la costumbre de hablar. —Fernando de Castro rio su propia gracia visiblemente afectado por la ingesta de vino.

—Pero Ahmad al-Hallal estaba implicado en el atentado, ¿verdad? —preguntó el conde Osorio, ignorando a su yerno, a quien no soportaba y por quien albergaba un odio intenso y tenaz, pues estaba bien informado por su hija Constanza, de sus palizas, insultos y vejaciones. Se arrepentía de corazón por haber concertado su matrimonio con Gutierre Fernando de Castro. Más de una vez estuvo tentado de rescatarla de su sufrimiento, pero Constanza se lo impidió. Había asumido su desgracia como una suerte de redención, una penitencia que la facilitaría alcanzar el reino de los Cielos.

—En todo momento lo negó —respondió Álgvar Rodríguez—, incluso aseguraba que desconocía las intenciones de su hermano y sus simpatías por los unitarios.

—Pero ese tal al-Sayqal lo denunció —observó Nuño Pérez de Lara.

—Sí, cierto, pero lo hizo bajo horribles tormentos y no llegó a explicar los detalles de su implicación, porque murió en la mesa de tortura.

—¿Entonces estaba implicado o no? —preguntó la condesa.

—Lo negó durante todo el interrogatorio hasta que apareció en escena un personaje inesperado —Álgvar Rodríguez volvió a hacer una pausa de esas a las que era tan aficionado para captar la atención de una entregada audiencia—: Abu ibn Abbas.

—¿Quién demonios es ese Abu ibn Abbas? —preguntó Fernando de Castro.

—Un amigo de los hermanos al-Hallal —respondió el conde de Sarria—. El juez supremo lo nombró juez de Játiva.

—¿Qué relación tenía en todo esto? —preguntó la condesa.

—Abu ibn Abbas fue testigo de algunos encuentros en los que Ali al-Hallal manifestó, delante de su hermano, Ahmad, su afinidad con los almohades y su intención de asesinar al emir.

—¡Lo dije! —exclamó Fernando de Castro entre carcajadas—. ¡Os dije que el juez supremo mató a su hermano para evitar que lo denunciara!

—Canalla —musitó la condesa—. Matar a su propio hermano...

—Recuerdo la expresión de desolación de Ahmad al-Hallal cuando su mirada se cruzó con Abu ibn Abbas —prosiguió Álgvar Rodríguez—. Se derrumbó. Cayó de rodillas al suelo y, ahogado en lágrimas, hundió el rostro entre sus manos.

—Abu ibn Abbas revelaría por fin que el juez supremo estaba implicado en el intento de asesinato del emir, ¿verdad? —preguntó la condesa.

—No, solo confesó que Ali al-Hallal meditó asesinar al emir. Desconocía si Ahmad al-Hallal también estaba implicado, pero lo dudaba. Realmente, salvo la confesión de al-Sayqal, no había prueba alguna que lo incriminara en la conspiración —explicó el conde de Sarria—, pero después de la declaración de Abu ibn Abbas, de lo que ya no había ninguna duda era que Ahmad al-Hallal estaba al corriente de las simpatías de su hermano hacia los almohades y de su propósito de asesinar al emir. Como juez supremo, estaba obligado a denunciarlo, pero calló.

—¿Qué ha sido de él? —preguntó Nuño Pérez de Lara.

—El emir ordenó que lo enviaran preso a Onda en espera de ser juzgado.

—¿Juzgado? —preguntó Fernando de Castro—. ¿Qué necesidad tiene de ser juzgado un criminal que apesta a traición? En Castilla habría sido ejecutado en ese mismo instante y sus restos arrojados a los perros. Pero claro, en Castilla sabemos cómo tratar a los traidores.

—En el Sharq al-Ándalus hasta los peores criminales gozan de ciertos derechos y garantías.

—El pueblo que protege a criminales y malhechores está condenado a desaparecer. Es más; debe desaparecer —espetó el Castro soltando un estruendoso eructo que provocó las risas del alférez Ramiro Froilaz.

—¿Y Abu ibn Abbas? —preguntó Nuño Pérez de Lara—. ¿Qué fue de él?

—Ha sido apartado de su cargo de juez de Játiva y encerrado en los calabozos de Murcia en espera de que se aclare su relación en todo este turbio asunto.

—¿Qué tal se encuentra de ánimo Mardanis? —preguntó con sincera preocupación Nuño Pérez de Lara—. No ha debido ser grato para él descubrir cómo en su más cercano entorno cuestionan sus políticas y conspiran para asesinarlo.

—No, no ha sido agradable —respondió Álvaro Rodríguez—, pero el emir de Murcia nunca ha disfrutado del afecto de los alfaquíes y religiosos andalusíes. Esta conjura es prueba de ello. Ahora deberá vigilarlos con más tenacidad si pretende evitar nuevos sustos. En cuanto a su ánimo, está completamente recuperado. Es un hombre fuerte, acostumbrado a resolver graves dificultades. Aguarda con impaciencia en Murcia a que el emperador lo reclame a su servicio.

Nuño se incorporó de la silla y dijo:

—Me alegro de que el emir del Sharq al-Ándalus haya apresado a los conspiradores y esté listo para la guerra. Al igual que tú, pienso que el imperio está más seguro con el andalusí conteniendo a los unitarios en el sur de Hispania. Ahora disculpadme, estoy cansado y me gustaría retirarme a mi cámara.

Fernando de Castro desvió la vista hacia la puerta del salón. El infante aún no había regresado. ¿Seguiría con Teresa de Traba? Debía evitar que el Lara abandonara la estancia antes de que el infante regresara o este se encontraría en serios apuros de consecuencias imprevisibles.

—Amigo Álvaro, ¿es cierto eso que cuentan que Mardanis organiza fastuosos banquetes donde los invitados acaban borrachos y yaciendo con hermosas mujeres?

Sancha de Traba, mujer del conde de Sarria, fijó en su esposo una mirada asesina. Este carraspeó incómodo y mirando a su mujer de soslayo respondió:

—Mentiras sin ningún fundamento.

Nuño Pérez de Lara volvió a tomar asiento. La conversación había captado de nuevo su interés.

—Fernando, no creo que ese sea un tema adecuado en el homenaje a mi esposo fallecido —le reprobó con severidad la condesa Sancha.

—¡Lo siento, lo siento! —Fernando de Castro alzó los brazos con una sonrisa burlona—. Simplemente quería confirmar si esos rumores eran ciertos, pero si el noble Álvaro Rodríguez asegura que no son más que habladurías, pues seguro que así será. Mis disculpas, condesa.

—Lo son —repitió con aspereza Álvaro Rodríguez.

En ese instante, el infante Fernando regresó a la sala con semblante satisfecho y cabellos revueltos. Tomó asiento y compartió con el Castro una sonrisa cómplice que no requería de más explicaciones. Bebió un trago de vino y preguntó:

—¿Qué me he perdido?

—El conde de Sarria nos ha descrito con detalle el atentado que hace unos meses sufrió el emir de Murcia —respondió Fernando de Castro.

—Ah, es un asunto interesante —observó el infante—. Por fortuna, los culpables fueron apresados y, según tengo entendido, el emir se ha restablecido de la puñalada.

—Es como decís, mi señor —confirmó el conde de Sarria.

—Pero la agresión delata que la amenaza almohade no se limita a África o a los reinos andalusíes sometidos, parece bastante arraigada en el propio Sharq al-Ándalus —afirmó con

preocupación Nuño Pérez de Lara.

—Es cierto, Mardanis ya tuvo que hacer frente a una sublevación en Valencia, y ahora ha sufrido un intento de asesinato en su propia casa; Murcia —observó el infante—. Los almohades se extienden por Hispania como una hambrienta plaga de langostas.

—Hace unos días nos llegaron rumores inquietantes procedentes de África —anunció Álgvar Rodríguez—. Según los espías que Mardanis tiene diseminados por el Magreb, el califa ha capturado Urgel, Bugía y la Qala —hizo una pausa y paseó la vista por los nobles allí congregados—. Si estas noticias son ciertas, Ifriqiya está bajo su poder.

—Ahora Abd al-Mumin dispone de tropas para cruzar el Estrecho... —Nuño Pérez de Lara verbalizó los lúgubres pensamientos de los nobles y clérigos reunidos en el salón.

Álgvar Rodríguez asintió con gesto preocupado y añadió:

—Los unitarios están reuniendo tropas en Salé y Rabat, una ciudad que el califa Abd al-Mumin ha mandado construir como campamento militar, desde donde desplegar sus ejércitos hacia las costas de Hispania.

—¿El emperador conoce esta noticia? —preguntó preocupado Nuño.

—Comparto toda la información con el emperador —respondió visiblemente molesto el conde de Sarria.

—Pues haría bien Mardanis en cuidarse de los africanos —intervino Fernando de Castro con indiferencia. La perspectiva de que los musulmanes se mataran entre ellos lo entusiasmaba. No encontraba distinción entre los andalusíes de Mardanis y los africanos de Abd al-Mumin—. Es seguro que esas tropas irán contra Murcia.

—O contra el imperio... —objetó el infante con gesto de preocupación, anticipando futuras desgracias. Su voz se perdió en el vacío profundo que envolvió de pronto el gran salón del palacio de los Traba.

El infante Sancho se movía de un lado al otro del pasillo con las manos en la cabeza. Sentía cómo su corazón latía con furia descontrolada en su pecho. Respiraba agitadamente. Intentaba serenarse, pero todo esfuerzo resultaba inútil. Con él se encontraban Gutierre Fernández de Castro y el conde Manrique Pérez de Lara. Ambos lo contemplaban en silencio con gesto serio y preocupado. Sancho se detuvo frente a la puerta de la cámara donde Blanca Garcés de Pamplona estaba dando a luz. Los gritos de dolor de su esposa resonaban cargados de negros presagios hasta en el último rincón del castillo. Sancho los escuchaba con expresión desolada. Habían pasado varias horas. El recién nacido se había atrincherado en el vientre de su madre, negándose a salir de sus entrañas, como si sospechara que lo aguardaba un destino lleno de odios, guerras y sufrimiento. Dentro de su madre estaba cómodo y protegido, aislado del despiadado mundo exterior.

—Todo saldrá bien —deseó Gutierre Fernández de Castro, poniéndole la mano sobre el hombro.

Pero Sancho no lo escuchaba. A sus oídos solo llegaban los lamentos de la mujer que amaba. Posó con suavidad la palma de la mano en la puerta. Tuvo la tentación de entrar. No podía permanecer fuera impotente al sufrimiento de Blanca. Algo tenía que hacer para aliviar su dolor, aunque solo fuera sostener sus manos o limpiar el sudor que posiblemente empapara su frente. Blanca tenía que saber que él estaba allí, con ella, asistiéndola en su aflicción. Cualquier cosa le parecía más sensata que permanecer fuera atormentado por sus gritos de angustia y dolor. Entonces, de pronto, los gritos cesaron. Sancho buscó una explicación al silencio que llenó el pasillo en los ojos de los notables que lo acompañaban, pero estaban tan confusos y desconcertados como él. Una insoportable angustia se apoderó del infante. El sombrío silencio le causó más desazón que los desgarradores quejidos de Blanca. No podía soportar más una terrible incertidumbre empeñada en destrozarle los nervios. Se disponía a entrar cuando el vigoroso llanto de un niño inundó el aire. Volvió a mirar a los notables. Estos sonrieron más sosegados. El parto por fin había terminado y el llanto del recién nacido presagiaba que era fuerte y sano. Pero ¿y Blanca? La puerta de la cámara se abrió y una de las comadronas invitó a Sancho a entrar con un gesto de mano. Un bebé lloraba en brazos de otra comadrona. Sancho miró a Blanca. Estaba pálida y sudorosa. Se acercó a ella y la tomó de la mano.

—Amor mío —le dijo besando sus manos.

Blanca sonrió. Su debilidad la impedía articular palabra.

—Es un niño —anunció una comadrona con labios sonrientes. Su gesto cansado y el sudor que perlaba su frente revelaban la dificultad del parto.

—Enhorabuena, mi señor —felicitó Gutierre Fernández de Castro.

—Un niño, un heredero. Felicidades, mi señor —dijo satisfecho el conde de Lara.

Pero Sancho no los escuchaba. Su mirada estaba fija en Blanca. Su rostro níveo y sudoroso captaba toda su atención. Tenía los ojos cerrados. Se había entregado a un sueño reparador.

—La señora debe descansar —se atrevió a sugerir la comadrona que había franqueado la entrada a Sancho en la cámara, una mujer menuda, entrada en carnes, de rostro redondo y afable.

Pero Sancho seguía aferrado a las manos de Blanca, sintiendo su calor, su fragilidad. Ni siquiera escuchaba los llantos del recién nacido.

—Se recuperará —aseguró la comadrona.

La frente de Blanca ardía por la fiebre y el color había desaparecido de sus mejillas. Sancho estaba seriamente preocupado.

—¿Estás segura? —preguntó, sin apartar la mirada de su esposa.

La mujer tragó saliva. Tenía larga experiencia como comadrona. Había asistido a numerosos partos y no todos concluyeron con éxito. En muchos casos falleció la madre, en otros el recién nacido y no eran poco comunes los partos en los que morían ambos. Un nacimiento era un asunto complicado no exento de graves riesgos. Blanca estaba muy débil, pero había sobrevivido al nacimiento de la criatura. Todo un logro. Era una mujer fuerte, sana y noble. Y ser noble y rica ayuda a sobreponerse a un buen número de adversidades, incluido un parto complicado.

—Ha sido un nacimiento difícil, pero se recuperará —repitió, intentando transmitir toda la confianza de la que fue capaz, pero su labio inferior la delataba. ¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro?

La comadrona que llevaba al recién nacido de los brazos se acercó y se lo mostró, esbozando una gran sonrisa. Era más joven que la otra comadrona, pero su rostro rollizo y anchas caderas la delataban como su hija. Estaba aprendiendo el oficio. El pequeño había dejado de llorar, sumergiéndose en el placentero universo de los sueños. Era un hermoso bebé de piel arrugada y rojiza.

—Tenéis ante vos al futuro rey de Castilla —dijo Gutierre Fernández de Castro.

Sancho tocó el rostro del pequeño y sonrió. Sí, era su hijo, su heredero. Y Blanca se recuperaría. Así se lo había asegurado la comadrona. Habían sido horas de sufrimiento y temor, pero todo había terminado. Y gracias a Dios con buen término. No había motivo para la preocupación, sino para sentirse terriblemente dichoso. Pero su corazón se agitaba nervioso y sus entrañas estaban siendo devoradas por el fuego del miedo y la incertidumbre. Desvió de nuevo la mirada hacia Blanca. Rogó al Altísimo por ella. No podría soportar perderla.

—¿Cómo lo vais a llamar? —preguntó Manrique Pérez de Lara, distrayéndolo de sus temores.

Tan inmerso estaba en sus inquietudes que Sancho no había reparado en ese detalle hasta ese mismo momento. ¿Cómo lo llamaría? Lo cierto es que no tardó mucho tiempo en decidirlo. Más bien, el nombre apareció de pronto en su mente. Sonrió.

—Alfonso, se llamará Alfonso —y sin apartar la mirada del rostro del recién nacido, añadió —: Será rey de Castilla y os puedo asegurar, queridos amigos, que estará llamado a protagonizar grandes proezas.

Murcia, enero de 1156

Mardanis se llevó instintivamente la mano al costado, justo al lugar donde hacía un año un pordiosero le clavó un puñal. Había participado en decenas de batallas, combatido a temibles y experimentados guerreros, pero tuvo que ser un insignificante vagabundo el que casi acabara con su vida. El destino de los hombres se conduce en ocasiones de forma extraña y caprichosa. Pero sobrevivió. El frustrado intento de asesinato lo animó a vigilar con más ahínco a sus contrarios y oponentes. Ahmad al-Hallal fue enviado a Onda para alejarlo de sus parciales y numerosos clientes. Y en sus oscuros, fríos e insalubres calabozos fue interrogado por los torturadores que, con su pericia habitual, le arrancaron de las entrañas la confesión que todos querían escuchar. Mardanis negó con la cabeza y bebió un trago de vino. Se encontraba en el *maylís* del alcázar de Murcia. Reflexionaba en una absoluta soledad. Se había vuelto una persona esquiva y solitaria desde que sufrió el atentado. En muy pocas personas depositaba ahora su confianza. Ahmad al-Hallal, el juez supremo, confesó su implicación en la trama. Él y su hermano desarrollaron el absurdo plan de asesinarlo. Odiaba al emir y todo lo que él representaba. Quería liberar al Sharq al-Ándalus de su perversa influencia y entregar el poder al califa Abd al-Mumin. Esto fue lo que declaró al juez que supervisó el interrogatorio. El emir negó con la cabeza. ¿Qué no sería capaz de admitir un hombre sometido a tortura? El dolor y el sufrimiento extremos llevan a cualquiera a asumir crímenes que no han cometido, a traicionar a sus amigos y familiares, a proporcionar información falsa. Todo con el propósito de poner fin a su tormento. La veracidad de las declaraciones de un prisionero en manos de un habilidoso y experimentado torturador se vuelve cuanto menos cuestionable. Pero de lo que Muhammad ibn Mardanis no tenía ninguna duda era que Ahmad al-Hallal conocía las intenciones de su hermano y su afinidad con la causa almohade. El juez supremo tenía un gran número de amigos, protegidos y clientes en Murcia. ¿Cuántos de ellos estarían al corriente de los planes de Ali al-Hallal? No era conveniente asumir ningún tipo de riesgo. Y la purga dio comienzo; a al-Faras lo relegó de sus responsabilidades y lo confinó en su domicilio, al juez al-Asfar, al jurista Muhammad ibn Yahya y al médico al-Salawi los envió a prisión donde ya se encontraba otro traidor, el juez de Játiva Abu ibn Abbas. Todos eran altos cargos de la administración y destacados miembros de la sociedad andalusí. Sus labios dibujaron una amarga sonrisa, cuando comprendió que se sentía más seguro en el campo de batalla rodeado por el enemigo que en el interior de las murallas de Murcia. Al menos, en el campo de batalla al enemigo se le identificaba con precisión.

El señor de Segura irrumpió de pronto en el *maylís*, rescatando al emir de sus tumultuosos pensamientos. Sus pasos apresurados y sus semblante severo anticipaban malas noticias.

—Mi señor, el gobernador de Granada, Yaddar al-Lamtuni, ha rendido la ciudad al príncipe almohade Abu Said Utman —anunció Hamusk sin más preámbulos.

—¿Se conocen los detalles de cómo se produjo la rendición?

—No, lo único seguro es que no se ha librado ninguna batalla.

Muhammad ibn Mardanis asintió con los labios muy apretados. Era una noticia que esperaba. Quizá se había producido antes de lo que hubiera deseado, pero estaba convencido de que tarde o temprano ocurriría. Yaddar al-Lamtuni era un anciano. El último gobernador almorávide de al-

Ándalus. Una anomalía condenada a corregirse. Era del todo comprensible que el viejo gobernador se hubiera rendido a la incontenible marea almohade. Una noticia terrible, pero que a nadie sorprendía. Desconocía cómo se había producido la claudicación de Granada, pero estaba persuadido de que el príncipe almohade Abu Said Utman tuvo mucho ver para que el viejo de al-Lamtuni entregara su amada ciudad sin ofrecer resistencia. Posiblemente el *sayyid* le habría prometido el amán; el perdón a los granadinos a cambio de aceptar la doctrina del tawhid. Aquellos que no la reconocieran tendrían que elegir entre abandonar Granada o ser ejecutados. La elección era sencilla. El anciano almorávide estaba cansado de tanta lucha y resistencia. Solo los necios y los locos se negaban a reconocer lo que parecía una realidad incontestable; tarde o temprano el califa Abd al-Mumin se haría con todo el al-Ándalus y solo Alá sabía si también con la Hispania cristiana. Pero Mardanis no era ni un loco ni un necio, sino un andalusí que había tomado la determinación de derramar hasta la última gota de su sangre antes de ser testigo de cómo el reino que había forjado con tanto amor, esfuerzo y sufrimiento sucumbía al imperio del terror. Mardanis bebió un sorbo de vino. Su sabor se había vuelto amargo en sus labios y ácido en el estómago. Chasqueó los labios en un gesto de desagrado y preocupación. No solo los africanos eran ahora dueños de una de las ciudades más ricas y prósperas de al-Ándalus, sino que tenían Almería a su merced. Y si Almería caía... Mardanis negó con la cabeza intentando apartar de su mente tan lúgubre pensamiento. No lo necesitaba. Los más aciagos acontecimientos suelen presentarse por sí solos sin necesidad de ser invitados.

—¿Algún día seremos bendecidos con buenas noticias? —rezongó.

—No podemos cambiar los hechos, mi señor, pero está en nuestra mano decidir cómo afrontarlos.

Mardanis asintió ante la acertada observación de su suegro. Frente a la adversidad, hay quienes se lamentan y quienes actúan para revertir el curso de los acontecimientos. El emir era de estos últimos.

—La toma de Granada por los africanos agitará los ánimos de los partidarios de los almohades que se esconden en el Sharq como ratas traicioneras —comenzó a decir—. Refuerza la vigilancia de alfaquíes, imanes y ulemas. Y no dudes en arrestar a cualquiera que despierte la más mínima sospecha. A cualquiera —insistió, mirando a su suegro con gélida determinación—. Mantenme informado de toda detención. Quizá yo mismo presencie los interrogatorios.

Los labios del señor de Segura dibujaron una siniestra sonrisa.

—¿Cuándo se rindió Yaddar al-Lamtuni? —preguntó Mardanis.

—En noviembre o diciembre —respondió Hamusk.

—No hace mucho. Eso nos beneficia —susurró para sí mismo Mardanis. Calculaba mentalmente cuánto tardaría el califa en enviar un ejército para tomar Granada, una ciudad de vastas dimensiones que precisaba de un nutrido número de soldados para ser adecuadamente protegida.

—Los almohades son lentos moviendo ejércitos —observó Hamusk, como si leyera sus pensamientos.

Mardanis asintió. La lentitud del califa a la hora de tomar decisiones y armar sus ejércitos jugaba a su favor.

—No es tarea sencilla reunir y desplazar miles de soldados de cabilas y tribus tan dispares.

—El emperador Alfonso de León ha tomado en los últimos meses Pedroche, Santa Eufemia y Andújar —le recordó Hamusk—. No son todo malas noticias. Estas conquistas contendrán los ánimos de los almohades.

Mardanis negó con la cabeza.

—El califa lleva meses reuniendo tropas en África y ahora Granada se ha rendido. — Mardanis se incorporó y comenzó a pasear por el salón. Se acercó a una ventana y contempló su ciudad, su reino. El cielo estaba gris pero no llovía—. Esos fracasos que tu mencionas no lo distraerán de sus verdaderos propósitos —prosiguió—. Pronto cruzará el estrecho con sus ejércitos. Lo que no sabemos es cuándo.

—Tampoco sabemos cuál será su objetivo —repuso Hamusk con el ceño fruncido.

—Te equivocas —se giró y miró al señor de Segura con preocupación—. La rendición de Granada ha desvelado esa incógnita; el propósito del califa Abd al-Mumin es Almería.

Toledo, febrero de 1156

El invierno estaba siendo especialmente desapacible, gélido y duro. El viento, la lluvia y el frío se habían adueñado de Toledo y obligaban a sus habitantes a buscar refugio en sus casas. Incluso la nieve hizo acto de presencia y cubrió de blanco los tejados y las calles de la ciudad. El emperador se encontraba sentado frente a la chimenea envuelto en una gruesa manta de lana. Temblaba de frío a pesar de que el fuego estaba bien alimentado con gruesos troncos de encina. Los físicos le habían recomendado guardar reposo, pero el sosiego, el descanso eran lujos que un emperador no se podía permitir. Ramiro Froilaz estaba sentado a su lado compartiendo una jarra de vino. El emperador y el alférez contemplaban en silencio cómo las llamas saboreaban la madera que, a modo de protesta, chisporroteaba y lanzaba pavesas incandescentes que ascendían caprichosas por el tiro de la chimenea. El alférez le había compartido noticias procedentes de Murcia. Ambos las evaluaban mentalmente con la mirada concentrada en el fuego.

—Entonces dice Mardanis que el califa pretende invadir Almería —dijo el emperador con voz ronca y cavernosa, resultado de un resfriado que no terminaba de curarse.

—Cree que los planes de Abd al-Mumin eran otros, pero la rendición de Granada lo ha obligado a reconsiderar sus objetivos. Os aconseja que enviéis a Almería tropas de apoyo que disuadan al califa. Y estoy de acuerdo. Tiene todo el sentido que el almohade intente arrebataros una ciudad tan estratégica e importante —afirmó el alférez.

El emperador asintió un par de veces y tosió con intensidad, emitiendo un sonido ronco y áspero desde lo más profundo de su garganta. Ramiro Froilaz se incorporó presto a acercarle un cubilete de agua, pero Alfonso de León lo detuvo con un movimiento de mano. Tomó un trago de vino y volvió a desviar la mirada hacia el fuego. El alférez lo contemplaba de pie, sosteniendo el vaso de agua rechazado por su señor. Estaba preocupado. El aspecto físico del emperador había desmejorado ostensiblemente en los últimos meses. Sus cabellos se habían vuelto canos y ralos, y las mejillas le colgaban flácidas y arrugadas a ambos lados de la boca. Tenía poco más de cincuenta años, pero aparentaba diez o quizá veinte años más. Era como si todas las responsabilidades del egregio cargo que ocupaba le hubieran pasado factura de golpe. Languidecía a la luz de la chimenea. El Concilio de Valladolid resultó especialmente agotador para él. La mayoría de los notables le recriminaron que a su muerte dividiera el imperio entre sus hijos. Incluso sus propios herederos le cuestionaron su decisión, aunque por motivos diferentes. Sancho le recordó que él era el primogénito y que en justicia debería haber heredado todo el imperio y no solo una parte. Fernando, en cambio, le reprochaba que hubiera cercenado el reino de León para favorecer a Castilla. Alfonso de León tuvo que hacer uso de su autoridad para cerrar todo debate sobre la sucesión. Pero fue abrumador. Para distraer a los nobles, emprendió las campañas de Andújar, Pedroches y Santa Eufemia. Fueron todo un éxito, pero el emperador acabó exhausto. Hacía tiempo que había dejado de ser el incansable y aguerrido soldado que comandaba con energía y valor los ejércitos leoneses. Y el imperio lo necesitaba ahora más que nunca, pues el califa Abd al-Mumin se disponía a invadir Hispania con un ejército descomunal de fanáticos guerreros africanos para quienes asesinar infieles era una obligación y morir en combate un privilegio. ¿Cómo combatir a un enemigo que no teme a la muerte? El alférez dejó el

cubilete en una mesa y volvió a tomar asiento. Su semblante mostraba una profunda preocupación.

—Desde Granada podrá dirigir sus huestes hacia Almería —comenzó a decir el emperador con voz ronca—, un objetivo siempre apetecible, pues dispone de un magnífico puerto donde reunir tropas y pertrechos de África, o enviar naves que hostiguen las ciudades y villas costeras andalusíes o cristianas.

—O que asalten los barcos de los comerciantes itálicos —observó el alférez.

—Ese fue uno de los motivos por el que la conquistamos hace... —hizo memoria—... ¡Casi diez años! ¡Dios Santo, cómo pasa el tiempo! —El emperador negó con la cabeza. De pronto se sintió aún más viejo y cansado. El ineludible paso del tiempo, con sus experiencias y amarguras, va dejando huellas imborrables en el cuerpo y en el espíritu que tarde o temprano se manifiestan. Pero en el caso del emperador, brotaron en muy poco espacio de tiempo.

—Los genoveses estaban hastiados de que sus naves fueran asaltadas por los piratas musulmanes.

—No era bueno para el negocio —afirmó Alfonso de León con una media sonrisa.

—Debemos evitar que los africanos tomen Almería y vuelvan a sembrar el terror en los mares —afirmó con determinación el alférez—. Perderla sería un desastre de proporciones incalculables.

—Almería es el muro de contención que protege el Sharq al-Ándalus de los unitarios —apostilló Alfonso de León—. Si se derrumba, una riada de salvajes africanos se derramará sobre el reino de mi buen amigo Mardanis —desvió la vista hacia el alférez—. Estoy de acuerdo contigo; debemos proteger Almería.

—¿Cuáles son vuestras órdenes, mi señor? —preguntó Ramiro Froilaz, incorporándose de la silla. Albergaba la esperanza de que el emperador hubiera recuperado parte del vigor que lo caracterizaba en tiempos pasados y que tanto necesitaba el imperio para poder arrostrar con garantías el incierto futuro que lo aguardaba.

Alfonso de León miró a las llamas y meditó durante unos instantes antes de responder.

—No podemos enviar todos nuestros ejércitos a Almería, pues si nos equivocamos, dejaremos desprotegido al resto del imperio —comenzó a explicar. El alférez asintió mostrando su conformidad—. Además, seguro que mi primo Alfonso de Portugal aprovecha el desconcierto provocado por los africanos para importunarme en Galicia o León. Es molesto e insoportable como un tábano —chasqueó la lengua disgustado. Pensar en su primo lo enardecía—. No, lo más sensato es que sea Mardanis quien vigile a los almohades y me informe de sus movimientos. Nuestra fronteras son extensas y mis ejércitos limitados.

—¿No enviaréis tropas en auxilio de Almería? —preguntó el alférez con un timbre de voz cargado de decepción.

—Almería no necesita ser socorrida —replicó el emperador.

—Pero los informes del emir de Murcia anuncian que es el objetivo de los almohades —insistió el alférez.

El emperador desplazó la vista hacia Ramiro Froilaz y le preguntó:

—¿Y si no lo fuera? ¿Y si los almohades se dirigen a Calatrava, Jaén o al Sharq al-Ándalus? Abd al-Mumin es muy astuto. Quizá pretenda confundirnos al desvelarnos con insultante evidencia sus intenciones.

—Se siente tan poderoso e invencible que no tiene reparo alguno en invitarnos a la batalla.

—Bien, en tal caso acudiré al encuentro. No soy de los que rechazan una invitación. —Alfonso de León sufrió un nuevo ataque de tos y se tapó la boca con un lienzo. Cada vez que

exhalaba aire emitía un leve pitido procedente de sus pulmones.

—¿Llamo al físico? —se ofreció el alférez con gesto preocupado.

—No es necesario —rehusó el emperador con voz trémula, sin apartar la vista del fuego. Estaba cansado y débil. No le agradaba que el alférez fuera testigo de su extrema fragilidad. En cierto modo se sentía avergonzado. El rey más poderoso de Hispania no se podía permitir dar muestras de flaqueza. Con un movimiento de mano lo invitó a abandonar la cámara. La reunión había terminado.

El alférez permaneció un instante con la mirada fija en el emperador. Estaba arrebujaado en la manta, temblando de frío y siendo atacado por una tos persistente e incontenible. Y ese pitido que emitían sus pulmones no auguraba nada bueno. El califa estaba armando en África un poderoso ejército que pronto cruzaría el Estrecho. Mientras tanto, el emperador se hallaba enfermo y confuso, a expensas del enemigo. Alfonso de León había olvidado que en la guerra quien ataca primero suele cobrar ventaja. Inmerso en sus temores y preocupaciones, Ramiro Froilaz se despidió del emperador y abandonó la estancia. Con pasos apresurados, se dirigió hacia el cuerpo de guardia del alcázar. Había un mensaje urgente que enviar a Muhammad ibn Mardanis. El emir de Murcia era de los pocos que había calculado con precisión la magnitud del espantoso peligro que se cernía sobre Hispania.

Nájera, La Rioja, septiembre de 1156

Blanca Garcés de Pamplona no superó las dificultades del parto y después de un año de padecimientos y dolores, murió en Nájera el 12 de agosto de 1156. Fue sepultada con los honores de una reina en el monasterio de Santa María la Real de Nájera. Las campanas repicaron durante semanas, llenando la villa con el lúgubre sonido de la muerte y la desgracia. Sancho permaneció con ella hasta el último instante, cuando sus ojos se cerraron y no volvieron a abrirse. Tuvo que ser apartado de su lecho por sus notables de confianza; Gutierre Fernández de Castro y Manrique Pérez de Lara. Solo ellos lograron separarlo de la mujer que amaba. Estaba hundido, roto, destrozado. Ni siquiera la presencia del pequeño Alfonso, de casi un año, mitigaba, aunque fuera en parte, el terrible sufrimiento que marchitaba un corazón destrozado. Después del funeral se recluyó en una sombría estancia del castillo de Nájera. Y allí permaneció días, semanas, alejado de todo y de todos. Sin Blanca nada le importaba. Nada tenía sentido.

Gutierre Fernández de Castro y Manrique Pérez de Lara paseaban por el exterior del castillo. El sol se ocultaba tras el horizonte, alargando las sombras de los pinos y tiñendo el cielo de una tonalidad anaranjada.

—El emperador ha convocado a los nobles en Toledo —comenzó a explicar Gutierre Fernández de Castro—. Muhammad ibn Mardanis asegura que la invasión almohade es un hecho.

Manrique Pérez de Lara asintió. Estaba al corriente de la noticia.

—¿Qué tal se encuentra de salud el emperador? —preguntó.

—Parece que se ha recuperado de su enfermedad, aunque mucho me temo que no volverá a ser el mismo —respondió con pesar, torciendo el gesto.

—Mal momento para que el emperador y Sancho no se encuentren en plenas facultades.

Gutierre Fernández de Castro se detuvo y miró al conde de Lara con determinación.

—El infante ha de resolver el estado de tristeza y melancolía en el que se haya hundido. Tiene que recuperar las ganas de luchar, de vivir, de gobernar. Es el heredero al trono de Castilla. Tiene responsabilidades que no debe obviar. Castilla, el imperio, lo necesitan.

—Está sumido en la nostalgia. Necesita tiempo para asimilar la muerte de Blanca.

—¡Maldita sea! —exclamó más preocupado que enfadado el mayordomo—. ¡Tiempo es lo que no tenemos! Al otro lado del Estrecho, Abd al-Mumin está reuniendo un poderoso ejército. ¡Granada ha caído en su poder! Se avecinan tiempos complicados y debemos estar preparados para afrontarlos.

El conde de Lara retomó el paseo y fue seguido por el mayordomo mayor. A sus oídos llegaba el lejano y cadencioso repicar de las campanas del monasterio de Santa María la Real, donde Blanca Garcés fue enterrada, recordando su triste fallecimiento.

—Ese sonido no ayudará al infante a recuperarse de la pérdida —observó el conde con preocupación.

—Hay que llevarlo a Toledo, donde se encuentran el emperador y su hermano Fernando con el resto de los notables del imperio. Alfonso de León nos ha convocado y es nuestra obligación obedecerlo.

—No es la convocatoria lo que te preocupa, ¿verdad?

Gutierre apretó los labios.

—No, no es solo la convocatoria —respondió.

—¿Entonces?

—Es cierto que el emperador se ha recuperado de la enfermedad, pero aún está débil y, según Ramiro Froilaz, sus decisiones en referencia a la posible invasión almohade son, digamos, cuestionables. Pero lo que realmente me preocupa es que en Toledo hace tiempo que se encuentra el infante Fernando con su Corte al completo, incluido mi sobrino Fernando. —Gutierre negó con pesar. Cada día estaba más distanciado de su sobrino, quien seguía gestando en su interior un odio visceral hacia los Lara.

—Temes que el infante Fernando se aproveche de la debilidad de Sancho en el caso de que el emperador fallezca.

—No lo temo, estoy convencido. Fernando es ambicioso. Todos sabemos que no quedó satisfecho con la parte que le correspondió de la división del imperio. Sus airadas discusiones con el emperador se escucharon en todo Valladolid y fueron muy comentadas durante el Concilio. Ante la intransigencia del emperador, acudió a Sancho con quien intentó negociar otro reparto, pero el infante también se negó. Tenía sus motivos, pues él es el primogénito y a quien en verdad debería haber correspondido la totalidad del imperio —aquí se detuvo y miró a Manrique Pérez de Lara con severidad. El conde y Fernando Pérez de Traba tuvieron mucho que ver en la determinación de Alfonso de León de dividir el imperio, pero este asunto estaba cerrado y no era conveniente abrirlo. A pesar de sus diferencias, era preciso que los nobles castellanos permanecieran unidos—. A pocos sorprendería que el infante Fernando pretendiera tomar por las armas lo que considera que se le ha negado por herencia.

—Sería la guerra —observó Manrique, pasando por alto su responsabilidad en el asunto de la división del imperio.

—La debilidad del emperador y de Sancho no hacen más que alimentar esa posibilidad —se detuvo y tomó al conde de los hombros—. El infante debe despertar cuanto antes de su letargo o cuando lo haga, no solo habrá perdido a su esposa, sino también el reino.

Manrique Pérez de Lara asintió. El infante Fernando se había rodeado de ambiciosos notables gallegos y leoneses, entre los que, efectivamente, se encontraba el castellano Fernando de Castro, una anomalía provocada por su rivalidad con los Lara. Nobles poderosos con un nutrido número de peones y caballeros a su cargo. Si Sancho no reaccionaba y se dejaba dominar por la melancolía, podría perder villas fronterizas, incluso Tierra de Campos o el Infantazgo. O tal vez la corona de Castilla, como oportunamente temía el mayordomo mayor. La ambición es un vendaval incontenible, como muy bien sabía Manrique Pérez de Lara.

—Ruego a Dios porque el infante Sancho reaccione a tiempo o no serán los almohades por los únicos que deberá preocuparse —sentenció el conde de Lara, engendrando en su ánimo terribles presagios.

Murcia, mayo de 1157

El pequeño Hilal arremetía contra su padre con una espada de madera en uno de los patios del alcázar. Con algo más de cinco años, no le faltaba valor ni osadía. Mardanis esquivaba sus movimientos con una finta o bloqueaba sus ataques con un palo. Le divertía jugar con su hijo, su heredero. Pocos eran los momentos que sus abrumadoras obligaciones le permitían compartir con la familia. Zobayda los contemplaba divertida acompañada de Zaida y Saffira, sus otras hijas.

—Levanta esa espada, niño —le reprendió con severidad Hamusk, quien acababa de unirse a la escena familiar.

Hilal miró a su abuelo, alzó la espada y cargó contra su padre, que lo esquivó con un rápido movimiento de cintura y lo empujó por la espalda haciéndole caer al suelo.

—Mucho tendrás que mejorar si quieres evitar ser ensartado por un almohade o por un cristiano —refunfuñó el señor de Segura con los brazos cruzados.

—No confundas a Hilal; los cristianos son nuestros aliados —apostilló Mardanis, ayudando a su hijo a incorporarse.

—¡Y tampoco va a ser ensartado! —protestó Zobayda—. No lo asustes.

—Lo estás haciendo muy bien, hijo. Estoy muy orgulloso de ti —lo animó el emir.

Los labios de Hilal se ensancharon en una gran sonrisa. Miró a su abuelo Ibrahim ibn Hamusk y le hizo una simpática burla. Lo adoraba, pero a veces era excesivamente duro con él.

—En el campo de batalla no estará tu padre dándote mimos y carantoñas —insistía Hamusk con gesto severo. Esa mañana parecía estar especialmente malhumorado—. Allí solo encontrarás a un enemigo impaciente por enviarte con Alá.

—¡Padre! —exclamó indignada Zobayda.

—Descansa un poco hijo. —Mardanis besó en la frente a Hilal y lo contempló hasta que este se perdió entre las sombras del pórtico que rodeaba al patio, acompañado de las cuidadoras. Luego miró a su suegro con un gesto de reprobación—. ¿Todo bien Ibrahim?

—No, nada va bien —espetó por fin el señor de Segura, impaciente por soltar todo el veneno que consumía su interior—. Mientras tu juegas a los soldados con Hilal, Alfonso de León y Ramón Berenguer están pactando repartirse el reino de Pamplona.

—Pero Pamplona y Aragón están en guerra, ¿el emperador ha tomado partido por el catalán? —preguntó confuso Mardanis.

—Eso no importa —respondió encogiéndose de hombros—, lo cierto es que los cristianos se matan entre ellos ante la risas y mofas del príncipe de los cabreros. Debe estar disfrutando de lo lindo en su palacio de Marrakech mientras esos imbéciles le ahorran trabajo —escupió al suelo un gargajo lleno de rabia y frustración—. Los pamploneses se matan con los aragoneses y quien debía terciar en el conflicto para alcanzar la paz, se reparte con uno de ellos el reino del otro. Ese es tu amigo el emperador.

—Tendrá sus motivos para tomar tal determinación. —Mardanis se acercó a una mesa auxiliar y se sirvió agua con limón en una copa de vidrio. Aún no era media mañana, pero el sol caía implacable sobre la capital del reino andalusí.

—No entiendo por qué siempre lo defiendes —le espetó Hamusk con los brazos en jarras—. Incluso lo justificaste cuando se repartió el Sharq al-Ándalus con ese maldito conde que nos robó Lérida y las fértiles villas del valle del Ebro.

—Tuvo el coraje de explicarme sus motivos y no tenía por qué hacerlo, pues yo soy su vasallo y Alfonso de León el emperador, pero lo hizo y se lo agradezco —Mardanis alzó los brazos y miró a su alrededor—. ¿Ves leoneses o aragoneses por aquí? No, ¿verdad? En aquellos tiempos, estábamos a merced de Ramón Berenguer, quien, como no dejas de recordarme, nos había arrebatado numerosas villas de la frontera norte. El pacto del emperador con el catalán contuvo sus ambiciones expansionistas. Y este —señaló con el dedo el suelo que pisaba—, este es el resultado; el Sharq al-Ándalus sigue siendo libre e independiente.

Hamusk negaba con la cabeza. No se fiaba más de Alfonso de León que de un alacrán que corretea por los eriales con sus patas pequeñas y su largo aguijón, siempre presto a atacar a una cándida y confiada presa. Todos los cristianos eran unos renegados. Estaban tan habituados a traicionarse entre ellos que habían perdido la capacidad de diferenciar al amigo del enemigo. Pero Mardanis estaba convencido de que dependía de ellos para preservar su reino de los almohades. Y quizá fuera así, pero ¿qué sucederá cuando los cristianos se liberen de la amenaza almohade? Su ambición era insaciable y el Sharq al-Ándalus era un apetecible reino lleno de molestos musulmanes. ¿Cuánto tiempo tardarían en fijar su mirada en Murcia y Valencia? ¿Qué burda excusa esgrimirían para atacar a quien había sido su aliado más leal? Hamusk no se fiaba de los cristianos. No podía fiarse. Los conocía muy bien, pero su yerno era ciego ante lo evidente.

—Vamos a enfrentarnos prácticamente solos al ejército más poderoso que jamás haya invadido estas tierras. Esta es la única realidad que advierten mis ojos —le dijo.

—Te olvidas del emperador y de sus hijos Sancho y Fernando.

—¿El emperador? —preguntó con desdén—. Está enfermo y acabado. Dudo mucho que sobreviva a la llegada del califa africano y de su ejército de cabreros, y en cuanto a los infantes —soltó un bufido—, esos se matarán entre ellos en cuanto Alfonso de León expire su último aliento.

—El emperador se ha recuperado de su enfermedad —replicó Mardanis—. Con nuestros ejércitos y los suyos podemos hacerles frente —persistía Mardanis.

—No podemos vencer al califa sin la participación de aragoneses y pamploneses.

Mardanis tomó a su suegro de los hombros y mirándolo a los ojos con férrea determinación le dijo:

—Lo venceremos. Si Abd al-Mumin cruza el Estrecho lo arrojaremos al mar. A él y a su ejército de cabreros —hizo una pausa miró a su suegro—. Ibrahim, podemos prescindir del pamplonés y del catalán —arrugó los labios con indiferencia—. Que se maten entre ellos si les place, pero no puedo prescindir de ti. Te necesito en esta guerra —fijó la mirada en los ojos de Hamusk—. ¿Puedo contar contigo?

El señor de Segura apretó los labios. Odiaba a los cristianos y a ese emperador a quien nadie, salvo su yerno, hacía el mínimo caso, pero era un buen soldado y leal al emir de Murcia, al padre de sus nietos.

—Maldita sea, yerno. ¡Pues claro que puedes contar conmigo! Te acompañaría hasta el mismísimo infierno si me lo pidieras. De hecho, creo que es precisamente donde me vas a arrastrar por tu insana costumbre de seguir al emperador de los cristianos.

El emir de Murcia lo abrazó en un gesto de gratitud. Sabía que era mucho lo que le pedía. Su suegro era un hombre arisco, de trato difícil, de los que dicen lo que piensan sin anticipar las

consecuencias de sus palabras, pero no solía faltar a la verdad ni quejarse sin motivo. Pero lo necesitaba y necesitaba también que confiara en la victoria frente a los almohades, pues las dudas y el miedo de los oficiales se contagian con extrema facilidad entre las tropas. Una moral alta es más valiosa que mil lanzas.

—Derrotaremos al califa africano —le aseguró Mardanis con una confiada sonrisa en los labios.

En ese instante Ali ibn Obaid cruzó el patio y se dirigió hacia ellos.

—Mi señor, han llegado informes de Granada —anunció el arráez.

—¿Y bien? —preguntó Mardanis con los brazos cruzados y un pronunciado gesto de impaciencia marcado en el rostro.

—Abu Said Utman se ha puesto en marcha.

—¿En marcha? ¿Hacia dónde? —preguntó Hamusk.

—Hacia Almería.

—¿Almería? —preguntó confuso Mardanis—. ¿Sin esperar a las tropas del califa?

—Son miles de hombres reclutados en el al-Ándalus sometido a los almohades —respondió Obaid.

—¿Cuántos? —Mardanis necesitaba un informe más preciso.

—Unos veinte mil, tal vez veinticinco mil entre peones, lanceros y jinetes.

—Quizá sea una avanzadilla en espera de la llegada de su padre desde África —observó Hamusk.

—Veinte mil soldados es algo más serio que una simple avanzadilla; es un ejército —repuso Mardanis.

El emir se mesó su barba castaña con semblante pensativo. Meditaba la verdadera dimensión de la noticia. Veinte mil soldados eran muchos, pero entre el emperador y él podrían reunir un número similar de hombres. Lo que no entraba en sus cálculos era que Abu Said Utman hubiera emprendido la campaña sin esperar los refuerzos de su padre. ¿Tendría algo que demostrarle? ¿Habría disensiones entre los hijos del califa? Negó con la cabeza. Divagaba. Lo cierto era que, por fin, los almohades habían descubierto sus planes y marchaban hacia Almería con un ejército numeroso, pero no invencible.

—Envía mensajeros a Almería advirtiéndoles de la llegada de los almohades —ordenó a Obaid—. Diles que el emperador de las Hispanias y el emir del Sharq al-Ándalus acudiremos en su ayuda. Que aguanten, que resistan a los africanos hasta que lleguemos con nuestros ejércitos. No los abandonaremos.

—Sí, mi señor.

—Y envía otro mensajero al emperador. Le esperaremos en Guadix con seis mil soldados. Desde allí marcharemos juntos en auxilio de los almerienses.

El arráez inclinó la cabeza y se marchó raudo a dar cumplimiento a la orden recibida. No había un segundo que perder.

—Ya tienes tu guerra —observó Hamusk, contemplando cómo Ali ibn Obaid se marchaba dando largas zancadas—. Ahora comprobaremos si tu emperador está a la altura.

Lérida, mayo de 1157

Mientras el califa Abd al-Mumin reunía a sus ejércitos en África y nombraba a su hijo Abu Said Utman gobernador de Granada, los reinos de Pamplona y Aragón se enzarzaban en una guerra salvaje y devastadora. El emperador Alfonso de León intentó mediar en el conflicto, e incluso les recordó a Sancho de Pamplona y a Ramón Berenguer su sometimiento y vasallaje para hacerse obedecer. El príncipe de Aragón aceptó su mediación en la guerra, pero Sancho se negó, pues durante meses suplicó su intervención para que Ramón Berenguer cesara su hostigamiento y se retirara de las ciudades pamplonesas de Borja, Tauste y Fontellas, y aunque esta última la pudo recuperar, el coste en recursos y soldados fue colosal. Los aragoneses no dudaron en quemar cosechas, arrancar árboles y depredar la comarca en su huida, condenando a morir de hambre a los que habían sobrevivido a sus lanzas y espadas. La paciencia de Sancho de Pamplona se había agotado. Dirigió una implacable campaña de saqueo que lo llevó hasta las mismísimas puertas de Zaragoza. A pesar de su precario estado de salud, Alfonso de León viajó a Lérida y envió mensajeros al rey Sancho, conminándolo a negociar en la ciudad catalana un tratado de paz entre Aragón y Pamplona, advirtiéndole de que los reyes cristianos debían permanecer unidos, pues sobre Hispania se cernía la larga y siniestra sombra del califa almohade. Pero Sancho rehusó presentarse en Lérida. Para él, los africanos suponían una amenaza lejana e incierta. Mucho más peligrosas y cercanas eran las ambiciones del príncipe de Aragón. Ante los inútiles intentos de Alfonso de León por reconducirlo a la senda de la reconciliación y la paz, firmó un tratado con Ramón Berenguer para repartirse el reino de Pamplona. Para afianzar los lazos de unión entre ambos reinos, concertaron el matrimonio de la infanta Sancha, hija del emperador con Riquilda de Polonia, con el infante Alfonso de Aragón, un niño de apenas dos meses, pero destinado a gobernar sobre aragoneses y catalanes.

El emperador se encontraba en sus aposentos del castillo de Lérida. El viaje desde Toledo había sido largo y fatigoso, y luego tuvo que enfrentar las arduas jornadas de negociación y los infructuosos esfuerzos para que Sancho de Pamplona entrara en razón y firmara la paz con Ramón Berenguer. Alfonso de León estaba enfadado, decepcionado, exhausto. Era fundamental que esos dos necios firmaran la maldita paz. ¿Acaso no eran conscientes del peligro que llegaba del otro lado del Estrecho? Pamploneses y aragoneses se mataban entre ellos mientras el califa Abd al-Mumin organizaba desde África la invasión de Hispania. El emperador negaba con la cabeza furioso y frustrado. Sentado frente a una chimenea apagada, bebió un trago de vino para apaciguar sus enardecidos ánimos. Ramón Berenguer puso de su parte para llegar a un entendimiento, pero se negó a facilitarle tropas. Aseguraba que las necesitaba en su guerra contra Pamplona. El príncipe de Aragón era astuto como un zorro y resbaladizo como una anguila. De él no esperaba traición alguna, pero tampoco su auxilio. En cuanto a Sancho de Pamplona, con veinticuatro años era demasiado joven e insensato para comprender la magnitud del peligro que se cernía sobre Hispania. Se consideraba seguro y protegido al estar alejado centenares de leguas de las tropas almohades. Además, el reino de Aragón se interponía entre él y el califa. Incluso puede que deseara que por fin los africanos desembarcaran en las costas de Hispania y la emprendieran contra el catalán. Todo lo que debilitara a Aragón beneficiaría a Pamplona. No

entendía que solo podrían vencer a los unitarios si todos los reyes de Hispania luchaban unidos y que, si Aragón caía, la siguiente en sucumbir sería Pamplona. Abd al-Mumin llegaría hasta el corazón de Europa si no lograban detenerlo. Los almohades ya habían aplastado a los almorávides, ¿qué les hacía suponer que no podrían hacer lo mismo con unos reyes hispanos que luchaban entre ellos con mayor saña y violencia que con los africanos? Exhaló un suspiro cargado de impotencia y desesperación. Enfrascados pamploneses y aragoneses en sus guerras, el emperador solo podía contar con Muhammad ibn Mardanis para hacer frente al ejército almohade. ¿Sería suficiente? Sintió de pronto un fuerte dolor en el pecho. Respiró lentamente, intentando encontrar la serenidad que apaciguara sus turbados ánimos. Así permaneció unos instantes, hasta que el dolor se desvaneció completamente. Esos pinchazos lacerantes eran cada vez más frecuentes, más intensos, más dolorosos. Se manifestaban en momentos de nerviosismo y tensión, luego desaparecían dejándolo atemorizado y agotado. Bebió otro trago de vino. Se sentía viejo, cansado, ignorado. Él, que se vanagloriaba de ser el primero de entre los reyes hispanos, era incapaz de unirlos frente a un enemigo común. Solo Mardanis, solo un musulmán, escuchaba sus órdenes y actuaba con absoluta lealtad. Sonrió con tristeza. Confiaba más en el emir musulmán que en todos los reyes cristianos de Hispania juntos. ¿Cuándo dejarían de matarse entre ellos? ¿Cuándo acabaría ese sinsentido? El emperador estaba sumido en oscuros pensamientos, cuando se abrió la puerta e hizo entrada en la cámara el alférez Gonzalo Rodríguez de Marañón.

—Mi señor, hay noticias de Mardanis.

Alfonso de León giró la cabeza y miró al alférez. Era un noble pamplonés de poco menos de cuarenta años, fornido, de mentón prominente, nariz ancha y labios finos ocultos en una espesa barba negra. Sustituyó en la alferecía a Nuño Pérez de Lara cuando este la dejó para hacerse cargo de la tenencia de Montoro. El otro alférez, Ramiro Froilaz, se encontraba en Toledo con el infante Fernando, mientras que los castellanos Gutierre Fernández de Castro y el conde Manrique Pérez de Lara acompañaban a Sancho. Los nobles ya habían tomado posiciones a favor de uno u otro de sus herederos.

—¿Noticias? —preguntó inquieto.

—El príncipe Abu Said Utman marcha hacia Almería con un ejército de unos veinte mil hombres.

El emperador asintió repetidas veces.

—Almería sí, era lo esperado. ¿Y el califa? ¿Se sabe algo del califa?

—No, mi señor.

Alfonso de León desvió la vista hacia la chimenea apagada y la fijó en un grueso leño mal quemado que reposaba sobre rescoldos y cenizas. Muy audaz debía ser ese Utman para emprender la conquista de una ciudad tan bien protegida como Almería con sus propios recursos. Dentro de la gravedad de la situación, esta podría haber sido mucho más alarmante si a las tropas del príncipe africano se hubieran unido las del califa.

—El emir de Murcia ha informado a los almerienses de la llegada de los almohades y os esperará en Guadix con seis mil soldados —prosiguió el pamplonés.

El emperador inspiró profundamente y dijo:

—No tenemos nada más que hacer aquí. Sancho es un estúpido y Ramón Berenguer solo se preocupa de sí mismo. Nos enfrentaremos sin su ayuda al príncipe almohade —miró al alférez—. Mañana al alba regresamos a Toledo. Envía mensajeros a los notables y concejos del imperio. Que reúnan peones, lanceros y caballeros con toda su impedimenta y aguarden mi llegada a Toledo. Desde allí marcharemos a Guadix y nos uniremos a Mardanis. El Sharq al-Ándalus y el

imperio de León nos bastamos para vencer a los unitarios.

Guadix, junio de 1157

Fue un movimiento fulminante, demoledor, implacable. El *sayyid* almohade Abu Said Utman atacó Almería obligando a la población a refugiarse en la alcazaba. Una vez hubo sitiado la ciudad, construyó una enorme empalizada que impedía a los almerienses recibir ayuda del exterior. Pero ese muro no solo pretendía asfixiar a los almerienses. Utman estaba seguro de que el emperador acudiría en auxilio de la ciudad. Necesitaba igualmente protegerse del contrataque cristiano. Fue una maniobra audaz, pues no solo aislaba Almería, sino que erigía entre sus tropas y los refuerzos cristianos un colosal parapeto defensivo. Allí aguardaría pacientemente tanto la rendición de los sitiados como la llegada del emperador. No tenía prisa. El tiempo jugaba a su favor.

Los seis mil soldados andalusíes de Muhammad ibn Mardanis acamparon extramuros de Guadix en espera de la llegada del emperador. Las noticias procedentes de Almería eran desalentadoras, pero aún no estaba todo perdido. La alcazaba resistía, pero que Abu Said Utman hubiera levantado una empalizada alrededor de la ciudad revelaba que no tenía prisa por capturarla y, lo que era aún más preocupante, no temía la llegada del ejército del emperador. ¿Qué razones lo habrían conducido a sentirse tan seguro y confiado? Desde su montura, Mardanis oteaba impaciente el horizonte sumergido en un océano de inquietudes. El príncipe almohade tenía tan solo diecisiete años. Mucha confianza en la victoria debía tener el califa Abd al-Mumin para entregarle a un niño el mando de un ejército de veinte mil hombres. Sí, era un niño, pero no cabía duda de que era valiente, pues había aceptado el colosal desafío de enfrentarse a dos reyes. Abu Said Utman, el *sayyid* almohade, debía de ser un joven excepcional. Mardanis guardó ese nombre en un lugar privilegiado de su memoria. El emir confiaba que, cegado por su juventud o tal vez arrastrado por incontenibles deseos de agradar al califa, el príncipe africano hubiera sobrevalorado sus posibilidades o subestimado la de sus enemigos. Errores que solían conducir hacia el abismo de la derrota. Pero Utman no era un insensato. Ordenar construir una empalizada que rodeara la ciudad era una estrategia muy acertada, una maniobra admirable. Posiblemente, estuviera siendo asistido por alguno de los generales que tantas victorias había regalado al califa. Un imperio no se erige con incompetentes. Mardanis entornó los ojos. Le pareció distinguir una nube de polvo en la lejanía. Entonces aparecieron las primeras enseñas y lanzas. Respiró aliviado; el ejército del emperador había llegado. Los esperaba desde hacía varios días. Su demora ponía de manifiesto que Alfonso de León había encontrado serias dificultades para reclutar los soldados necesarios para enfrentarse a los almohades con garantía de éxito. El sol brillaba con todo su fulgor en un cielo azul sin mancha. El emir de Murcia se puso la mano en la frente a modo de visera y aguzó la vista para calcular cuántos soldados acompañaban al emperador. Eran unos quince mil. Chasqueó la lengua. Esperaba más. En total serían unos veintiún mil soldados frente a un número similar de almohades, pero estos se encontraban parapetados tras una alta empalizada y varias torres defensivas. Todavía contaban con la guarnición de Almería. Serían unos dos mil o tres mil hombres. Se habían protegido en la alcazaba. Esos soldados podrían serles de mucha utilidad. Apretó los labios mientras su mente desarrollaba estrategias y calculaba las posibilidades de

victoria. El ejército del emperador avanzaba lentamente, levantando una espesa nube de tierra y polvo a su paso. Al frente, cabalgaba Alfonso de León flanqueado por sus hijos Sancho y Fernando. Torció el gesto al advertir cómo detrás de los infantes se habían posicionado sus parciales. A Sancho lo seguían los Lara y Gutierre Fernández de Castro entre otros muchos notables castellanos, y a Fernando lo acompañaban el alférez Ramiro Froilaz, Fernando de Castro, Ponce de Minerva, el conde Osorio y los notables leoneses y gallegos. Sintió un estremecimiento al recordar las palabras de Hamusk, cuando afirmó que los infantes se matarían entre ellos en cuanto Alfonso de León falleciera. La evidente división en el seno del ejército imperial consolidaba sus argumentos. Pero el emperador aún estaba vivo y las urgencias de Mardanis ahora eran otras. Espoleó su montura y fue al encuentro de Alfonso de León seguido por una escolta de doce jinetes.

—Mi señor —saludó Mardanis nada más detener su montura frente al emperador.

—Mi buen amigo Mardanis, el rey Lobo.

El tono de voz de Alfonso de León sonó apagado y cargado de resignación en los oídos del emir de Murcia. La enfermedad había sido inclemente con él. Su rostro estaba ajado y sus ojos habían perdido el brillo de antaño. Tampoco lucía mejor aspecto el infante Sancho. La muerte de su joven esposa hacía menos de un año pesaba en su ánimo. En cambio, Fernando se mostraba confiado y seguro, como si aquella campaña no fuera asunto suyo. Y quizá tuviera razón, pues Almería formaba parte de la herencia de Sancho, no de la suya.

—¿Cuál es la situación en Almería? —preguntó Alfonso de León.

—Los almohades han construido una empalizada y varias torres defensivas alrededor de la ciudad. He enviado patrullas de reconocimiento y no han encontrado ninguna fisura entre las líneas enemigas. Una flota almohade bloquea el puerto impidiendo poder abastecerla por mar. He de reconocer que el príncipe Abu Said Utman ha hecho un magnífico trabajo.

El emperador asintió preocupado al escuchar el sobrio, pero preciso informe del emir.

—Podríamos pedirle a Ramón Berenguer que acuda con la flota aragonesa —sugirió Ramiro Froilaz—. Para la guerra con los pamploneses no necesita barcos.

Alfonso de León negó con la cabeza.

—Tardaría meses en preparar las naves y no podemos esperar —rehusó el emperador, quien además dudaba de que el catalán le facilitara sus naves de guerra. Armar una flota era extremadamente costoso.

—¿Cuántos soldados son? —preguntó el infante Sancho.

—No estamos seguros, pero posiblemente detrás de la empalizada nos aguarden más de veinte mil africanos —respondió Mardanis.

Los ejércitos eran semejantes en número, pero los almohades contaban con la ventaja de estar protegidos tras las empalizadas y las torres. Alfonso de León negó con la cabeza. Carecía de soldados suficientes para rodear a los almohades y se hallaba en una situación precaria para forzar un enfrentamiento frontal. Los africanos habían construido la empalizada para asfixiar Almería y resistir un ataque por la retaguardia. Y la flota les suministraría víveres y armas durante meses. Eso es lo que podrían aguantar; meses. Tiempo suficiente para que los almerienses rindieran la ciudad por hambre o el califa Abd al-Mumin acudiera desde África en ayuda del príncipe almohade.

—¿Alguna noticia del califa? —preguntó el emperador.

—No, ninguna —respondió el emir de Murcia.

—Es extraño —musitó confuso Alfonso de León. Prefería enfrentarse de una vez al califa que tener que soportar la agobiante incertidumbre de mirar constantemente a sus espaldas,

anticipando su llegada—. Bien, montemos el campamento y descansenmos —prosiguió después de unos instantes—. Mañana al amanecer partiremos a Almería.

Almería, agosto de 1157

El emperador Alfonso de León contemplaba con gesto tenso y preocupado la empalizada que cercaba la ciudad de Almería y las centenares de banderas y enseñas que ondeaban desafiantes y altivas, mecidas por el suave viento de poniente. Eran blancas, ajedrezadas, negras, verdes... de entre todas aquellas banderas enemigas, sobresalían por su número y por el temor que infundían, las blancas con aleyas bordadas en verde. El emperador tragó saliva. Hasta ese momento, no había tenido ocasión de enfrentarse a un ejército tan poderoso de almohades, aquellas tribus montaraces procedentes del norte de África que cruzaron el Estrecho y arrebataron casi todo al-Ándalus a los almorávides y a los reyezuelos andalusíes. Recordó cómo una por una, fueron cayendo en sus manos Cádiz, Badajoz, Sevilla, Málaga, Granada... y ahora, si no lo evitaba, también Almería se sometería a la doctrina del tawhid. El sudor se derramaba por su frente. El calor era asfixiante y los soldados, enfundados en un almófar y una loriga de anillas de metal, lo sufrían con silenciosa resignación. Alfonso de León tenía cincuenta y dos años, esos son muchos lustros de conflictos y guerras a sus espaldas. Quizá demasiados. Sintió un pinchazo en el pecho. Se llevó instintivamente la mano al origen del dolor y apretó los dientes. «Ahora no», rogó en un susurro. Era un dolor agudo que lo impedía respirar e inmovilizaba su brazo izquierdo. Respiró hondo, cerró los ojos e intentó serenarse. Asintió lentamente. El dolor remitía. Dio gracias al Altísimo en silencio mientras calculaba cuántos dolores como ese sería capaz de soportar antes de rendirle cuentas.

—¿Os encontráis bien, mi señor? —preguntó con sincera preocupación Mardanis.

—Estoy bien. —El emperador respondió con una sonrisa forzada, una mueca que en lugar de ofrecer consuelo, incrementó la inquietud del andalusí, pero este se limitó a cabecear afirmativamente.

A Mardanis, siempre atento a lo que sucedía a su alrededor, no le pasó desapercibido el gesto de dolor del emperador. Su rostro estaba pálido y por la frente arrugada corrían brillantes goterones de sudor. El andalusí estaba preocupado. No habían pasado muchos meses desde su último encuentro con Alfonso, pero su aspecto había desmejorado considerablemente. Estaba más delgado, con los ojos hundidos en cuencas macilentas y sus pómulos asomaban sobre unas mejillas ajadas y flácidas de las que colgaba una barba cana y rala. Apretó los labios y desvió la vista hacia la empalizada que habían construido los almohades para sitiar Almería y, a su vez, para protegerse del contraataque cristiano.

—Son muchos —observó.

Alfonso de León recordó cómo Almería cayó en su poder hacía diez años. En aquella ocasión, contó con el apoyo de genoveses, pisanos, aragoneses y pamploneses para arrebatarse la ciudad a los almorávides. Pero ahora las cosas eran bien distintas. Los pamploneses y aragoneses estaban enfrascados en sus absurdas guerras y solo podía contar con el apoyo del emir de Murcia.

El califa ordenó a su hijo, el *sayyid* Abu Said Utman, que tomara la ciudad. Y para ello no escatimó ni en soldados ni en naves. Más de veinte mil almohades conformaban el poderoso ejército que comandaba el hijo del príncipe de los creyentes. Ante la llegada de los unitarios, los

almerienses abandonaron la ciudad y se refugiaron en la alcazaba en espera de que el emperador acudiera en su auxilio como así sucedió. Almería era una plaza fundamental, pues hacía frontera con Murcia. Si los africanos la tomaban, hostigarían con ferocidad tanto al reino de Mardanis, como al imperio de León. El emperador contaba con quince mil hombres, a los que añadieron los seis mil jinetes de Mardanis. Lo acompañaban, entre otros muchos notables y clérigos del reino, sus hijos, los infantes Sancho y Fernando; el arzobispo de Toledo Juan de Segovia; los alféreces Ramiro de Froilaz y Gonzalo Rodríguez de Marañón; el conde Manrique Pérez de Lara y su hermano Nuño Pérez de Lara. Mardanis acudió al auxilio del emperador con su suegro Ibrahim ibn Hamusk, señor de Segura, el conde de Sarria, Álvaro Rodríguez, y el caballero pamplonés Pedro Ruiz de Azagra. Las tropas eran similares en número, pero el terreno en alto y la construcción de la empalizada favorecía a los almohades. Habían hecho un gran trabajo al rodear Almería con una enorme empalizada y un profundo foso, además, habían bloqueado su salida al mar con decenas de naves.

—Almería no puede caer en manos de los africanos —afirmó el emperador Alfonso de León.

—No podemos fallar a los almerienses —apostilló Mardanis, consciente de la terrible amenaza que se cerniría sobre la propia supervivencia del Sharq al-Ándalus si los pendones blancos de los almohades finalmente tremolaban en lo alto del alcázar de Almería.

—Y no lo haremos —aseguró el infante Sancho. Su voz vibró cargada de dudas y temores.

—Son tantos o más que nosotros —intervino el infante Fernando—. Han tomado esa loma —añadió, señalando la posición almohade con un dedo—. Su posición es muy ventajosa, están descansados y reciben suministros regulares desde las naves. En cambio, nosotros hemos cabalgado casi sin descanso durante días por el temor a llegar demasiado tarde.

—Pero hemos llegado a tiempo. Almería aún no ha caído —observó el emperador.

—Lo que no ha caído es la alcazaba. La ciudad ha sido devastada —se atrevió a matizar Fernando, señalando con un gesto de mano la humareda que aún se elevaba sobre las casas y los huertos, y la devastación que habían causado los almohades durante el saqueo. Su tono era relajado, como si liberar a los almerienses del asedio al que estaban siendo sometidos no fuera asunto suyo.

Aquel mar de banderas africanas y el colosal ejército que sitiaba Almería, despertaron las dudas en el emperador sobre si había obrado correctamente al repartir el imperio entre sus hijos tras su muerte. Solo un reino unido o, mejor dicho, solo unidos todos los reinos de Hispania, incluido el Sharq al-Ándalus del musulmán Muhammad ibn Mardanis, podría contener a los almohades. Y él había dividido su imperio... Había tomado una decisión. Ya no podía retractarse sin despertar la ira de Fernando. Un cambio de criterio arrastraría al imperio al desastre. Ambos hermanos se enzarzarían en una guerra fratricida, mientras que por el sur se propagaba sin control la peste almohade. Reinos cristianos destruyéndose los unos a los otros ante la atenta y divertida mirada de unos africanos siempre dispuestos a hacerse con los despojos. Errática o no, la decisión había sido tomada.

Mardanis observaba a los cristianos con gesto preocupado; era evidente que el emperador estaba enfermo y que la relación entre sus hijos no era precisamente cordial. ¿Qué futuro le aguardaba al imperio cuando Alfonso de León falleciera? ¿Qué sería del Sharq al-Ándalus si no podía contar con el apoyo de los cristianos en su resistencia contra el avance almohade? Negó con la cabeza e intentó desechar aciagos pensamientos que lo distraían de lo que era verdaderamente importante. Almería estaba siendo sitiada por los africanos y era preciso, vital, liberarla.

—¿Cuáles son las órdenes, mi señor? —preguntó el andalusí.

Alfonso de León estaba cansado y respiraba con dificultad. El calor era sofocante. Sus pulmones ardían con cada bocanada de aire. La inesperada irrupción de miles de almohades lo había impresionado. Pero debía proteger a sus hijos del peligro africano y para lograrlo era preciso salvar Almería. No podía abandonar este mundo sin haber resuelto el problema almohade, sin haber aplastado a aquellos feroces e implacables guerreros. Pero ese día debía descansar. Los almerienses habían visto sus enseñas ondear bajo el cielo azul del estío. Ahora sabían que estaba allí para socorrerlos, que no los abandonaría, que arrojaría a los africanos al mar. Los almerienses resistirían al menos un día más.

—Hoy descansaremos —respondió sin apartar la vista de la empalizada que rodeaba Almería—. Que los soldados levanten un palenque y caven fosos. No podemos permitirnos ninguna sorpresa —se dirigió a Gonzalo Rodríguez Marañón—. Organiza las guardias —el alférez asintió—. Al atardecer, nos reuniremos en mi real y acordaremos la estrategia a seguir.

Mardanís asintió ante la prudencia que emanaba de sus palabras. No solo el emperador, sino todo el ejército estaba agotado. Un día de descanso les vendría bien a todos. El andalusí desvió la vista hacia Sancho y Fernando. Sancho se advertía nervioso e incómodo en la montura, mientras que Fernando, erguido sobre un hermoso caballo negro, mostraba una gran confianza y seguridad. Como si la victoria fuera segura o como si no le importara lo más mínimo el resultado de esta. Su actitud lo desconcertaba. Detrás de los infantes tomaron posiciones los nobles y caballeros. Delataban sin pudor su inclinación por uno o por otro. Apretó los labios preocupado. Alfonso de León aún no había fallecido, pero el imperio ya estaba dividido.

Campamento almohade.

El *sayyid* Abu Said Utman contemplaba desde la empalizada al ejército leonés. Entre las numerosas banderas y estandartes que tremolaban mecidas por el viento, advirtió la estrella plateada de ocho puntas sobre un campo negro de los banu Mardanis. El blasfemo y traidor del emir de Murcia se encontraba entre los cristianos. El *sayyid* sonrió complacido. Era muy propio del hipócrita y falso emir de Murcia solazarse con los infieles. Su victoria será aún más memorable y gloriosa. Abu Said Utman era el tercer hijo del califa Abd al-Mumin. Su padre le había encomendado la captura de Almería y de ningún modo estaba dispuesto a defraudarlo. Antes se arrojaría a las lanzas cristianas que rendirse o ser derrotado. Sería una muerte honrosa que le garantizaba disfrutar de los placeres que Alá concede en la otra vida a los mártires de la *yihad*. Utman se consideraba más válido y capaz que sus hermanos mayores Muhammad y Abu Yaqub Yusuf. Y estaba impaciente por demostrarlo. A pesar de ser su tercer hijo, debía ser él quien sucediera a su padre el califa y no el borracho de Muhammad o el pusilánime de Yusuf, siempre más interesado en prodigar su tiempo con poetas y filósofos de dudosa reputación que con las bellas concubinas de su harén. Utman era un joven arrogante y ambicioso con la tez morena propia de su raza; la tribu bereber de los kumya. Tenía los cabellos largos, lacios y negros, nariz aguileña y ojos oscuros de mirada dura, impenetrable. El *sayyid* advirtió en la toma de Almería no sólo la conquista de una estratégica ciudad, sino la posibilidad de enfrentarse al poderoso rey Alfonso de León, al que los cristianos llamaban emperador y a su aliado el impío de Muhammad ibn Mardanis. Ahora no solo tomaría Almería, sino que derrotaría el rey cristiano y al sacrílego del andalusí. Utman estaba persuadido de que era el favorito del Dios Único, el futuro heredero del príncipe de los creyentes. Alá lo había designado para extender la *yihad* por aquellas tierras llenas de herejes cristianos y blasfemos andalusíes. El tawhid se propagaría por los reinos cristianos y andalusíes de Hispania con la fuerza imparable y devastadora de los enfurecidos vientos del desierto, arrasándolo todo a su paso, desafiando cualquier obstáculo que osara interponerse en su camino. El *sayyid* estaba llamado a cumplir la voluntad de Alá. Y contra su voluntad nada puede hacerse salvo arrodillarse o morir. El príncipe almohade fue criado en las inhóspitas montañas africanas del Atlas con una mano sobre el Corán y la otra aferrada a la empuñadura de la espada. A pesar de su juventud, estaba acostumbrado a sufrir carencias y penalidades, pues los ulemas le habían enseñado que el sufrimiento agradaba a Alá, endurecía el carácter y protegía a los buenos musulmanes de caer en los vicios de la carne y el vino, como les había sucedido a los almorávides, que permitieron que la pereza doblegara su voluntad y la perniciosa influencia de poetas y filósofos los arrastrara a una vida disoluta y regalada. Los ulemas manifestaban con ardor fanático, que renegar de la palabra del Dios Único solo conducía a la destrucción y la ruina, y ponían como ejemplo a los díscolos musulmanes del otro lado del Estrecho. Los labios de Utman volvieron a sonreír. Pero los ulemas también le enseñaron que la confianza excesiva es un error de consecuencias catastróficas y que jamás debía menospreciar al enemigo. «Durante el vendaval, reza a Alá, pero jamás olvides atar bien a tu montura», le

repetían los sabios del Corán. Desde la alcazaba, los sitiados vociferaban entusiasmados y esperanzados por la llegada del ejército del emperador, persuadidos de que sus semanas de penurias y sufrimiento habían llegado a su fin.

—Reforzad las guardias y vigilad bien las puertas de Almería —ordenó a un oficial masmuda—. Evitemos cualquier estúpido intento de ataque por parte de los almerienses. Están entusiasmados por la llegada de su rey. Su júbilo les durará bien poco. Seamos generosos, y permitamos que disfruten de él.

Su voz mostraba una autoridad impropia para un joven de su edad. El oficial no tardó en obedecer. Utman era hijo del califa y sus órdenes eran mandatos del mismísimo Alá.

Real del emperador Alfonso de León.

Mardanis organizó patrullas de exploración para vigilar los movimientos de los almohades y prevenir un ataque sorpresa. No le tranquilizó ver el ingente número de tropas enemigas que sitiaba Almería. Si no se lograba liberar la ciudad y finalmente caía en manos del príncipe Abu Said Utman, sin lugar a duda, el que más tenía que perder sería él. Mardanis montó en su caballo y comandó una patrulla.

—¿Puedo acompañarte? —le preguntó el infante Sancho.

A Mardanis le sorprendió la pregunta. Sancho era el hijo del emperador y, si se cumplía la ley natural que determina que los padres deben morir antes que sus hijos, sería el futuro rey de Castilla. No debía hacer ese tipo de peticiones. Un príncipe ordena, no pide permiso. El infante era demasiado correcto y comedido. Le faltaba arrojo y decisión. Era evidente que la muerte de su esposa Blanca Garcés aún pesaba en su ánimo. Pero a Mardanis le caía bien. Había coincidido en varias ocasiones con él y con su hermano Fernando, por quien Mardanis no sentía tantas simpatías. Fernando era poco reflexivo, se dejaba dominar por sus impulsos y en muchas ocasiones tomaba decisiones sin anticipar con precisión sus consecuencias. Por otro lado, era valiente y dispuesto para el combate. Dos hermanos con caracteres muy distintos llamados a gobernar reinos vecinos... Mardanis estaba condenado a entenderse con ambos o su reino sería devastado por los africanos.

El andalusí asintió y lo animó a acompañarlo con un gesto de mano. Sancho lo miró agradecido. Sentía una profunda admiración por Mardanis. Su aspecto y sus vestimentas eran cristianas, pero era el emir de Murcia, Castellón, Valencia... del Sharq al-Ándalus, un territorio inmenso colmado de riquezas que tanto almohades como aragoneses ambicionaban. Mardanis espoleó su montura y Sancho lo siguió. Doce jinetes bien armados custodiaban sus espaldas. Durante unos minutos permanecieron en silencio hasta que Sancho decidió al fin romper el silencio.

—En Guadix mi padre te llamó rey Lobo. Un nombre un poco extraño para un musulmán.

Mardanis arrugó las cejas algo desconcertado. Esperaba que la conversación con el infante girara en torno a la estrategia a seguir para liberar Almería del asfixiante cerco africano, centrándose en tácticas y movimientos militares. Sin embargo, el futuro rey de Castilla había decidido conversar sobre un tema más cercano y personal. Quizá una charla distendida y superficial los distrajera por unos instantes de sus preocupaciones.

—¿Nunca le has preguntado a tu padre el motivo?

—Alguna vez, pero siempre me ha respondido con ambigüedades, mencionando vagamente algo relacionado con uno de tus antepasados.

El andalusí asintió con una sonrisa en los labios.

—Hay quienes consideran que mis orígenes proceden de un cristiano llamado Lope Martínez, de ahí el nombre de Lobo. El emperador también me llama rey Lobo, en reconocimiento a mi ferocidad y astucia al combatir a los almohades. Lo cierto es que desconozco si algún antepasado mío se llamaba Lope, pero de lo que tengo certeza es que hubo un Martínez en mi familia.

—¿Tu nombre deriva de Martínez?

El andalusí asintió.

—Soy muladí y los nombres cristianos de los muladíes suelen evolucionar para tomar forma árabe. Es lo correcto, pues abrazamos el Islam. Lo mismo sucede con los judíos y musulmanes que se bautizan; mudan los nombres de sus ancestros por otros cristianos más acordes a su nueva fe. Ya ves, el origen de mi apodo de rey Lobo no es ni heroico ni romántico, simplemente es fruto de una ocurrencia del emperador.

El sol comenzaba a declinar por el horizonte alargando las sombras de la empalizada almohade. Pronto se celebraría el consejo de guerra en la tienda del emperador. Sancho disfrutaba de la conversación y como Mardanis parecía receptivo a sus preguntas, decidió hacerle una mucho más directa.

—¿Por qué no has aceptado el tawhid? ¿Por qué luchas en el mismo bando que los enemigos de tu fe?

El emir de Murcia detuvo la montura y desvió la vista hacia Sancho. En sus ojos no advirtió reproche ni hostilidad, solo la duda razonable de quién desconoce muchos misterios de la vida y que inocentemente considera que los cristianos deben luchar junto a los cristianos y los musulmanes junto a los musulmanes. No tardaría en comprender que la vida no era tan evidente ni sencilla.

—Mírame, querido Sancho, ¿qué es lo que ves?

El hijo del emperador se encogió de hombros sin entender la pregunta.

—Soy musulmán —continuó Mardanis—, pero visto y vivo siguiendo las costumbres cristianas. Bebo vino, me gusta la música, escucho a poetas y trovadores, y duermo con mujeres cuando me place. La única diferencia entre tú y yo es que rezamos a dioses distintos.

Mardanis espoleó la montura y la dirigió hacia el campamento cristiano.

—Mi pueblo es libre y feliz. En el Sharq al-Ándalus conviven en armonía musulmanes, judíos y cristianos —prosiguió—. Todos prosperan y se enriquecen, pues animo el emprendimiento y mis impuestos son razonables. Comercio con pisanos, genoveses e incluso con los aragoneses cuando no me están incordiando en la frontera norte. Las mujeres pueden caminar por las calles sin necesidad de ocultar el rostro o de ir acompañadas por sus maridos, padres o hermanos. Los andalusíes beben vino y disfrutan de la música, de la poesía y demás placeres que nos concede la vida. Las fiestas que celebro en mis palacios son fabulosas. No falta ni el buen vino ni las bellas mujeres, y están amenizadas por músicos, bailarinas, trovadores y poetas —miró a Sancho y con una sonrisa en los labios, añadió—: Espero que en el futuro tengas la ocasión de divertirme en alguna de mis... «reuniones».

Sancho sonrió con tristeza. Había oído hablar de los famosos banquetes que celebraba el emir del Sharq al-Ándalus y cómo solían concluir, pero la muerte de Blanca aún estaba demasiado fresca en su recuerdo como para pensar en solazarse con alguna de las exóticas bailarinas andalusíes que amenizaban sus veladas.

—Creí que esas costumbres son completamente contrarias a vuestras creencias —objetó Sancho.

—Cierto, y los imames y ulemas murcianos se arrancan los pelos de las barbas y se rasgan las vestiduras temerosos de que Alá castigue a nuestro reino por ello. Pero yo tengo mi propia interpretación de las palabras del profeta.

—¿No te preocupa lo que opinen de ti los ulemas?

Mardanis sonrió.

—Soy un *tagrí*, un guerrero de frontera. Mi destino, mi vida, está en manos de Alá. Los *tagríes* vivimos cada instante con intensidad, pues nuestra vida suele ser corta y azarosa. Por ello disfruto de los placeres que Alá nos regala con su infinita generosidad.

—Y los almohades son todo lo contrario... —observó Sancho.

La mirada del andalusí se ensombreció.

—Sevilla era una ciudad hermosa, llena de vida, de luz, de color. Los emires se preocuparon en favorecer las letras, el arte y la ciencia, y como resultado, a la ciudad acudió una multitud de filósofos, literatos, poetas y artistas, atraídos por la libertad de expresar sus pensamientos y sus obras sin temor a ser reprendidos o juzgados. Todo cambió cuando cayó en manos de los almohades. Ahora la música, la poesía y la filosofía solo existen para ensalzar el Corán o al califa. Nada se cuestiona, nada se discute. Las sagradas enseñanzas del Corán han sido manipuladas por los ulemas almohades, que han retorcido con asombrosa habilidad el significado de la *sharíá*^[29] para amoldarla a sus intereses. Exaltados religiosos patrullan ahora por sus calles y vara en mano golpean con saña a las mujeres que deambulan solas o muestran sus rostros, o a aquellos que rezan o se visten sin observar con precisión los dictados del tawhid. La otrora esplendida y fascinante Sevilla es ahora una ciudad triste, mustia, consumida por la aterradora sombra del fanatismo religioso. Este, querido amigo, no es el destino que deseo para el Sharq al-Ándalus.

Sancho asintió varias veces, comprendiendo plenamente los temores del emir. Definitivamente, almohades y andalusíes tenían poco en común, salvo la adoración a un mismo Dios, aunque incluso en la observancia de su fe diferían notablemente. De África había llegado una terrible plaga que amenazaba con devastar toda Hispania, con hundirla en una profunda sima de desolación y desesperanza de la que sería imposible escapar. Los reinos cristianos eran poderosos, pero estaban divididos y más desde que Alfonso de León decidió repartir el imperio entre sus hijos. Solo unidos, los reyes cristianos podrían derrotar a los almohades. En caso contrario, toda Hispania sería entregada a la desolación y la ruina. Sancho se preguntaba si los reyes cristianos estarían a la altura de las circunstancias. La imagen de su hermano surgió de pronto en su mente. Tragó saliva y negó preocupado con la cabeza.

Almería, agosto de 1157

Despuntaba el sol por el horizonte cuando las tropas combinadas del emperador Alfonso de León y del emir Muhammad ibn Mardanis marcharon hacia la empalizada almohade que rodeaba la ciudad de Almería. Los atabaleros africanos tocaron frenéticamente los timbales en señal de alarma. Abu Said Utman ascendió a la empalizada y contempló al ejército enemigo con ojos encendidos y ansia en el corazón. Por fin, había llegado el momento que tanto había estado esperando. Con solo diecisiete años se enfrentaría a dos reyes. No importaba cuál fuera el desenlace de la batalla, suya sería la gloria; o perecía como un mártir o aplastaba a los enemigos del Dios Único como un héroe. Alá estaría satisfecho. Calculó el número de enemigos que se aproximaba lentamente a la empalizada. Sonrió. Ambos ejércitos eran similares, pero él contaba con la protección de la empalizada y con un arma secreta.

—Que los arqueros se preparen —ordenó a un oficial masmuda, que no tardó en vociferar las instrucciones del *sayyid*.

Al momento, centenares de arqueros acudieron a sus puestos en la empalizada y armaron sus arcos. Utman echó un vistazo al muro de madera y asintió satisfecho. Su ejército era disciplinado y cumplía las órdenes con diligencia. Descendió de la empalizada y caminó dando largas zancadas hacia el campamento, donde un soldado ya le tenía preparada su montura. Utman montó de un salto en un caballo blanco, enjaezado de oro y plata que refulgía bajo los rayos del sol. Paseó la mirada por las tropas. Estaban formadas en cabilas, cada una de ellas bien diferenciadas con las vestimentas propias de su tribu. Hintatas, zanatas, ganfisas, sinhayas y varias decenas más de tribus procedentes del Atlas y del Magreb conformaban el variopinto ejército de Utman. Los guerreros almohades estaban dispuestos a ofrecer su vida por el compañero que tenían a su lado, pues era su padre, su hermano, su primo u cualquier otro pariente o amigo. Jamás lo dejarían a merced del enemigo. Lucharían hasta la extenuación por ellos, persuadidos de que sus compañeros harían lo mismo, y con la certeza de que tras su muerte les aguardaba el *Yanna*, el jardín destinado a los elegidos. La primera hilera estaba conformada por doscientos *ghuzat*, los voluntarios de la fe. Eran la fuerza de choque, los primeros en recibir las afiladas lanzas de la caballería cristiana. Se trataba de fanáticos religiosos que perseguían asesinar al mayor número de infieles posible antes de perecer en el campo de batalla. Ser mártires y alcanzar la gloria de Alá era su única aspiración. La poderosa y contundente caballería cristiana se lanzaría en tropel sobre ellos. Muchos serían ensartados por las lanzas o pisoteados por los cascos de los caballos, pero otros acuchillarían con saña a las monturas o las destriparían con las lanzas. Entonces se lanzarían sobre los jinetes caídos como bestias salvajes y hambrientas, acribillándolos a cuchilladas en una orgía de sangre y destrucción. Abu Said Utman los contempló. En sus ojos advirtió el brillo impaciente de quien sabe que no volverá a ver la luz del sol, porque habrá abandonado la tierra para disfrutar de los inimaginables placeres reservados solo para los mártires que han manchado sus manos con la sangre de los infieles. El *sayyid* podría haber esperado el avance de las tropas cristianas tras la seguridad de la empalizada, pero no había gloria en una victoria obtenida mediante flechas, lanzas y jabalinas. Sus hombres merecían la oportunidad de sacrificarse en nombre del Dios Único, de luchar contra los cristianos y falsos musulmanes del emir de Murcia. Abu Said Utman era el elegido. Contaba con el favor

de Alá. Era su voluntad que derrotara a los enemigos de la fe verdadera. Parapetarse tras la empalizada como un cordero asustado lo ofendería. Y él era un buen musulmán. Jamás cuestionaría la voluntad del Dios Único. Alzó la barbilla y con una voz imbuida en autoridad gritó:

—¡Abrid las puertas!

Inmediatamente, se abrieron las puertas de la empalizada. Utman espoleó su montura y abandonó la protección del campamento. Detrás lo siguió el ejército almohade, que en un ágil movimiento mil veces entrenado, formó en varias hileras. Primero los *ghuzat*; seguidos por varias hileras de jinetes masmudas; luego, los peones de las cabilas africanas; y cerrando el ejército, una sucesión de líneas de arqueros. El ejército almohade ya estaba dispuesto y preparado para presentar batalla.

Ejército del emperador Alfonso de León.

El sonido cadencioso de los timbales almohades resonó en los cielos de Almería, inundando de temor los corazones de los soldados cristianos y andalusíes. El emperador Alfonso de León contemplaba desde su montura el movimiento del ejército almohade. Su mirada se detuvo en el *sayyid*. Se le advertía tranquilo y confiado en la primera línea de combate. El emperador hubo de reconocer que no le faltaba valor al muchacho, pues decidió presentar batalla en campo abierto en lugar de esperarlo tras la protección de la empalizada. Pero ¿era auténtico valor o simplemente arrogancia lo que exhibía el *sayyid* almohade? Las ansias propias de la juventud habían disipado cualquier rastro de prudencia en su mente. El emperador exhaló un suspiro de alivio. La impulsividad y la desmedida confianza en la victoria del príncipe unitario lo estaba conduciendo a tomar decisiones extrañas. La batalla adquiriría un nuevo cariz si los africanos decidían no aprovechar la ventaja de la empalizada. Alfonso de León examinó detenidamente las tropas enemigas con las que estaba a punto de enfrentarse. Fijó la vista en la primera hilera del ejército musulmán. Estaba conformada por un grupo variopinto de soldados. Vestían turbantes y túnicas sencillas, con una pequeña rodela como única protección. Iban armados con lanzas y espadas, formando una suerte de turba indisciplinada. Más que una ayuda, serían un elemento de desconcierto para el ejército unitario. No serían oposición para la fuerza de su caballería. Detrás se encontraba la caballería masmuda, bien armada con lanzas y espadas. Vestían yelmos, almófares y lorigas, y se protegían con adargas. Desde la distancia, presentaban una apariencia formidable. Deberían tener mucho cuidado con ellos. Después formaba la infantería. Era igual de variopinta que los guerreros que ocupaban la primera hilera. Estaba formada por grupos que vestían ropajes de distintos colores. Llevaban túnicas y sayas verdes, blancas, negras... Su armamento también era muy dispar; lanzas, espadas, azagayas, arcos... Más parecían campesinos reclutados a la fuerza que guerreros. Este pensamiento tranquilizó al emperador. Y por último formaban los arqueros. Se encontraban en la última hilera y sobre la empalizada. Su apariencia no era tan amenazadora como la de los arqueros cristianos y andalusíes. Alfonso de León respiró más sosegado. El ejército almohade no resultaba tan intimidante como esperaba.

—Exceptuando a los jinetes, el resto de los africanos no parece muy experimentado en el oficio de la guerra —observó el emperador. Desvió la vista hacia Mardanis, en espera de que el andalusí confirmara sus palabras.

—Este ejército ha exterminado a los almorávides del Magreb y ha conquistado el al-Ándalus. No conviene que nos dejemos confundir por su apariencia —repuso el andalusí.

—Y tienen la ventaja de la altura y la empalizada —intervino acertadamente Hamusk—,

donde encontrarán refugio seguro si la batalla se les complica.

El emperador desvió de nuevo la vista hacia las tropas almohades. Los atabaleros incrementaron la cadencia de los timbales. Pretendían amedrentarlos con su ritmo frenético. Un ejército asustado es proclive a la derrota. Cautivados por el hipnótico sonido de los timbales, los almohades alzaron sus armas a los cielos, profiriendo aullidos aterradores.

—¿Qué están gritando? —preguntó Alfonso de León, conteniendo de las riendas a su inquieta montura.

—Lo desconozco, mi señor —respondió Mardanis—. Los almohades son bereberes. Vociferan en su idioma.

—Posiblemente estén pronunciando alabanzas a Alá, al tiempo que le prometen que nos exterminarán de la faz de la tierra. Estos africanos son poco creativos —apostilló Hamusk.

Los cristianos sonrieron, aliviando un poco la tensión que les atenazaba los nervios.

—Bien, pues no hagamos esperar a nuestros amigos por más tiempo —dijo Alfonso de León—. Como hemos planeado; Hamusk comandará el ala izquierda con la caballería andalusí, mientras que Gonzalo Rodríguez Marañón se ocupará de la derecha. Los hermanos Lara encabezarán la carga de la caballería, seguidos por mis jinetes y por los del emir del Sharq al-Ándalus. Sancho y Fernando protegerán la retaguardia y evitarán cualquier movimiento envolvente por parte de los africanos. Ocupad vuestras posiciones.

Los interpelados asintieron y se encaminaron a los lugares que el emperador había determinado. El viento cambió de dirección. Ahora soplaba de levante, elevando torbellinos de polvo de la reseca tierra almeriense.

Ejército almohade de Abu Said Utman.

El príncipe almohade observaba con atención el predecible movimiento de las tropas cristianas y andalusíes. Había sido instruido meticulosamente sobre su estilo de combate por los venerables jeques Abu Hafs Umar Inti y Yusuf ibn Sulayman. Miró el cielo azul. El viento de levante refrescó ligeramente su frente perlada de sudor. Los timbales cesaron y el imán invocó a Alá, el clemente, el misericordioso. Le expresaba su profundo agradecimiento, al otorgarles la oportunidad de exterminar a los infieles y los falsos musulmanes, o de perecer como mártires de la fe única y verdadera, si este era su deseo. Cuando el imán concluyó la oración, el *sayyid* espoleó su montura y se retiró al grueso del ejército almohade, comandando las hileras de jinetes masmudas. Los *ghuzat* se ocuparían de recibir la embestida de la caballería cristiana.

Ejército del emperador Alfonso de León.

Los jinetes castellanos armaron sus lanzas y las enfilaron hacia los almohades. Los caballos bufaban nerviosos, impacientes, contagiados por el temor y la inquietud de sus dueños. Manrique Pérez de Lara y su hermano Nuño intercambiaron una mirada y asintieron. Estaban listos. Los mensajeros cristianos cabalgaban de un lado a otro del ejército trasladando órdenes y confirmando a sus superiores la correcta disposición de las tropas.

—Los soldados están preparados, mi señor —informó un oficial al emperador.

Alfonso de León asintió, rezó una breve oración y se santiguó. Desenfundó la espada y alzándola a los cielos gritó:

—¡Adelante!

Los hermanos Lara espolearon sus monturas, alzaron sus lanzas y dando aterradores gritos se

lanzaron a por los peones almohades, levantando espesas nubes de polvo y tierra a su paso. El suelo temblaba bajo los cascos de sus caballos. Los arqueros almohades lanzaron sus flechas y azagayas, y un enjambre de madera y hierro surcó el cielo azul en una parábola de muerte y destrucción. Los jinetes se protegieron con sus escudos, pero muchos fueron derribados, siendo aplastados por los cascos de los caballos que los seguían. Hombres y monturas rodaron por el suelo, quedando envueltos en un velo de polvo y tierra. Muchos de ellos yacían muertos o malheridos, pero la mayoría logró sortear las flechas almohades y ya encaraban con aplomo la primera hilera de *ghuzat*.

—¡Adelante! —gritaba Manrique Pérez de Lara, enfilando con su lanza al primer almohade que tendría el privilegio de reunirse con su Dios.

El impacto fue contundente, brutal, demoledor. Los *ghuzat* saltaron por los aires embestidos por la implacable carga de la caballería cristiana. Poca resistencia podía ofrecer con sus rodela y sus espadas cortas, frente a los caballos acorazados y las afiladas lanzas cristianas. Si lo que pretendían era reunirse con su Dios, lo habían conseguido. Los jinetes cristianos pasaron por encima de ellos como si cruzaran un arroyo poco profundo. Los lanzaban por los aires, los ensartaban con sus lanzas o los aplastaban con los cascos de sus monturas. Los cristianos abrían surcos entre las filas almohades como segadores en el campo. Una marea incontrolable que ahogaba a los africanos en un océano de madera y hierro.

Ejército almohade de Abu Said Utman.

El *sayyid* contemplaba con serenidad cómo los voluntarios de la fe eran aplastados con extrema violencia por la caballería cristiana. Azagayas y flechas habían resultado poco efectivas. Era lo esperado. Había llegado el momento de poner en acción su arma secreta.

—Que ataque la caballería árabe por los flancos —ordenó a un oficial.

Los cristianos habían pasado por encima de los *ghuzat* y ahora se encontraban frente a la caballería masmuda. Se trataba de aguerridos soldados con amplia experiencia en África. Los masmudas detuvieron en seco a los jinetes cristianos, dando inicio a un terrible combate. Los pocos *ghuzat* que habían sobrevivido se deslizaban por debajo de las monturas y las destripaban con sus afilados cuchillos curvos. Luego se lanzaban como fieras sanguinarias sobre el jinete derribado, acuchillándolo con saña hasta que lo convertían en un amasijo de carne sanguinolenta.

—Que los arqueros vacíen sus aljabas y luego se unan al combate —ordenó Utman a un jinete, que asintió y espoleó su montura perdiéndose entre las filas masmudas.

El príncipe almohade inspiró con intensidad y cerró los ojos. Sentía cómo su corazón palpitaba con fuerza en su pecho, mientras a sus oídos llegaba el sonido confuso y desgarrador de la batalla. Su garganta estaba seca y sudaba copiosamente. Tenía miedo. Eso era bueno. Solo los insensatos o los locos no tienen miedo frente al peligro. Y el *sayyid* no estaba loco ni estaba especialmente interesado en convertirse en mártir. Superaría el miedo que le mordía las entrañas, pues en eso precisamente consiste la valentía. Desenfundó la espada, exhaló el aire que hinchaba sus pulmones y profiriendo aterradores gritos cargó contra un jinete cristiano.

Ejército del emperador Alfonso de León.

El emperador observaba cómo su caballería aplastaba las primeras hileras de desarrapados *ghuzat* y ahora se enfrentaba a la experimentada caballería almohade. Desde la empalizada, los arqueros seguían disparando sus flechas con desigual fortuna. La batalla se desarrollaba según lo

previsto. Entonces, presencié cómo, de ambos lados de la empalizada, surgían dos numerosos grupos de jinetes montados en caballos de corta alzada, bellamente enjaezados. Galoparon a sorprendente velocidad hacia los flancos y arrojaron sus flechas, causando estragos entre los jinetes liderados por Hamusk y el alférez Gonzalo Rodríguez de Marañón. Cuando percibieron que no podían causar más daño entre las tropas cristianas y andalusíes, se retiraron. Esta misma acción la repitieron dos, tres veces, liberando la presión a la que los cristianos estaban sometiendo el centro del ejército almohade.

—Esos jinetes están destrozando nuestros flancos —observó el emperador—. Nos atacan y luego huyen en sus veloces caballos.

—Los Lara se están encontrando con dificultades —confirmó a su lado Mardanis—. Mi señor, creo que debemos apoyarlos antes de que sea demasiado tarde.

Alfonso de León asintió.

—¡Debemos deshacernos de esos malditos jinetes! —El emperador miró a un oficial y le ordenó—: Que Hamusk y el alférez los persigan. Hemos de alejarlos de la batalla.

El oficial asintió y espoleó su montura para transmitir las instrucciones. Alfonso de León exhaló un largo suspiro, se santiguó y le dijo a Mardanis:

—Reza a Alá, querido amigo. ¡Por Santiago! ¡Por la victoria! —exclamó, alzando su espada a los cielos.

—¡Por Alá! ¡Por la victoria! —lo siguió el emir de Murcia.

El grito se extendió entre las tropas cristianas y andalusíes como el fuego por un pajar. Alfonso de León espoleó su montura y cargó contra los almohades seguido por Muhammad ibn Mardanis y las tropas cristianas y musulmanas.

Flanco derecho del ejército del emperador Alfonso de León.

Los jinetes árabes descargaron sus flechas y se retiraron, pero en esta ocasión fueron seguidos por los jinetes del alférez Gonzalo Rodríguez de Marañón. Pero las monturas árabes eran más ligeras, rápidas y manejables que las cristianas, de mucha mayor alzada y protegidas en la testuz y el pecho con escamas de metal. Los árabes se replegaron hacia una pequeña colina, siendo perseguidos por los jinetes del alférez. En el flanco derecho, Hamusk se zafaba con dificultad de un masmuda cuando sintió el impacto en el escudo de una flecha árabe. Logró desprenderse del masmuda con un tajo en el vientre y cargó contra los árabes. Sus movimientos ágiles y sus disparos precisos estaban diezmado a sus hombres. Debía acabar con ellos tal y como el emperador le había ordenado.

—¡Seguidme! —gritó alzando al cielo su ensangrentada espada.

Espoleó su montura con violencia. Miró a sus espaldas y advirtió cómo lo seguían todos los jinetes. Sonrió. Eran muchos más que esos malditos almohades. Los aplastaría y regresaría a la empalizada. Los árabes, persuadidos de que no podrían hacer frente a la caballería del andalusí, se retiraron a toda velocidad y se ocultaron en un bosque cercano. Hamusk dudó. Temía caer en una celada. Detuvo la montura. Había conseguido apartar a esos malditos jinetes de la lucha, pero tampoco podría permanecer en la linde del bosque vigilándolos, en espera de que regresaran. Sus tropas eran necesarias en la empalizada. Miró a sus espaldas. Observó cómo el alférez seguía con sus tropas a otro grupo de almohades y se perdía detrás de una elevación coronada por retamas y encinas. Mientras tanto, Alfonso de León y Mardanis cargaban contra la caballería masmuda. Ya no habría más órdenes. La suerte estaba echada. El instinto de supervivencia de Hamusk lo advertía que fuera prudente. Adentrarse en aquel bosque no parecía

buena idea. Pero tampoco lo era permanecer allí, alejado del fragor de la batalla. Sus soldados eran más útiles en la empalizada. Perseguiría a esos incómodos jinetes cuando se volviera a presentar la ocasión.

—¡Regresamos a la empalizada! —exclamó. Giró la montura y la dirigió al centro de la batalla.

Ejército almohade de Abu Said Utman

Los masmudas eran unos soldados formidables de tez oscura y mirada asesina. La élite del ejército almohade. Muchos eran orgullosos miembros de la tribu de los hargha y presumían por tanto de ser parientes del *Mahdi*, Ibn Tumart, el fundador del movimiento almohade. Se consideraban los elegidos del Profeta, el brazo ejecutor del Dios Único. No temían a la muerte, sino que la abrazaban con júbilo e impaciencia. Eran los más temidos y peligrosos de todos los guerreros almohades. Sobre sus lorigas, vestían túnicas blancas de algodón y cubrían sus cofias de malla con turbantes. Portaban largas y afiladas lanzas con las que resquebrajaban sin dificultad las lorigas de metal y abrían las carnes de sus enemigos. Las tropas de Alfonso de León y de Mardanis se enfrentarían ahora a unos guerreros expertos en su oficio.

A pesar de su juventud, el *sayyid* Utman repartía mandobles, pinchaba los estómagos y abría las cabezas del enemigo con la habilidad de un experimentado guerrero. Pero el esfuerzo era brutal y sus músculos comenzaban a sentirse fatigados. La garganta la tenía seca y le costaba respirar. El sol observaba desde lo más alto del firmamento el desarrollo de la batalla. Un espectador privilegiado e imparcial, que se divertía arrojando sus implacables y abrasadores rayos sobre aquellos humanos empeñados en matarse. Utman se deshizo de un andalusí, rajándolo la garganta con un hábil movimiento de su espada. Desconocía cuántas horas llevaba luchando. Jadeaba dando grandes bocanadas. Miró a su alrededor. El frente estaba sumido en un caos total. Los muertos se amontonaban en el suelo y eran pisoteados por caballos e infantes. La tierra reseca era incapaz de absorber tanta sangre y empezaron a formarse pequeños charcos. A sus oídos llegaban los desgarradores gritos de dolor, de angustia, de temor tanto de almohades como de cristianos y andalusíes. Olía a sangre, sudor, orina, heces... el nauseabundo olor de la muerte se impregnaba en los ropajes de los soldados. Utman torció el gesto y escupió, pero su boca estaba seca. Buscó con la mirada a la caballería árabe, pero no la encontró. Negó preocupado con la cabeza y miró hacia la empalizada. Algunos arqueros contemplaban desde las alturas el desarrollo del combate. Habían vaciado sus aljabas de flechas, pero remoloneaban indolentes sin atreverse a abandonar la seguridad que les brindaba la empalizada. Guardó sus rostros en su memoria. Su falta de valor sería debidamente recompensada. ¿Dónde están los árabes? Se preguntaba inquieto, regresando a la realidad del enfrentamiento. Desde la primera línea de combate, carecía de perspectiva sobre el curso de la lucha. Aguzó la vista. Parecía igualada. Pero esto no era suficiente. Necesitaba que la caballería árabe cumpliera con precisión la tarea que le había sido encomendada. De ellos dependía el desenlace de la batalla.

Flanco izquierdo del ejército del emperador Alfonso de León.

Cristianos y andalusíes arremetieron con furia desbocada contra la caballería masmuda. Ruido de sables, entrechocar de escudos, gritos de furia y miedo, relinchos de caballos nerviosos o heridos. El frente de batalla era una confusión de hierro, cuero y carne. Ambos ejércitos luchaban en un palmo de terreno. Hombro con hombro, escudo con escudo, caballo con caballo. Hombres y

bestias estaban aprisionados entre el enemigo que tenían delante y la caballería que los apoyaba por la retaguardia. Más gritos y más sangre. Alfonso de León luchaba con un masmuda. Era grande, de tez negra y barba larga. Sus ojos blancos inyectados en sangre resaltaban en un rostro sucio de polvo y sangre reseca. Entonces cayó una flecha. Y luego otra. Un andalusí fue herido en el pecho y luego un cristiano fue alcanzado por otra flecha en el rostro. Alfonso de León logró zafarse del masmuda y se retiró. Necesitaba saber qué estaba sucediendo. Fue suficiente con apartarse unos pocos pasos de la primera línea de combate para entender; su flanco izquierdo había sido tomado por la caballería almohade y ahora les lanzaban flechas sin oposición. ¿Dónde estaba el alférez? Miró hacia su derecha, temiendo que esos demonios a caballo también hubieran superado a Hamusk, pero se encontraba demasiado lejos. Desconocía qué sucedía en aquel flanco. Lo cierto era que estaban siendo masacrados por los arqueros a caballo almohades.

—¡Al flanco izquierdo! ¡Al flanco izquierdo! —gritó el emperador, intentando hacerse oír entre la terrible barahúnda.

Alfonso de León espoleó su montura y se dirigió hacia los jinetes almohades que estaban destrozando su ejército. Ahora pudo verlos de cerca. Vestían sayas cortas de color azul, cubrían sus cabezas con turbantes y ocultaban su rostro con un *litam*, dejando visibles solo sus tenebrosos ojos negros. Eran hábiles jinetes y certeros arqueros. Se mantenían a cierta distancia de la lucha, apuntaban con sus armas y disparaban las flechas acertando casi siempre en el blanco. Evitaban a los caballeros cristianos alejándose del campo de batalla, para regresar poco después. Un oficial árabe advirtió la llegada del emperador. Hizo un gesto a sus soldados y se alejaron a toda velocidad. Alfonso de León no pudo evitar la tentación de seguirlos. Su caballo era más grande y pesado, y estaba mejor protegido, pero precisamente su peso y alzada lo hacían más lento, menos manejable. Los caballeros cristianos montaban a la brida sobre una silla de arzón alto, embrazando la lanza en una posición concebida para desatar una devastadora carga contra el enemigo. Sin embargo, esta postura resultaba completamente ineficaz cuando se trataba de perseguir a hábiles jinetes montados en caballos pequeños y resistentes. Los árabes montaban a la jineta, con las piernas dobladas y pegadas a la silla, lo que les permitía un mayor control sobre sus caballos.

—¡Al ataque! —gritaba el emperador con la lanza fija en el oficial musulmán, que lo observaba desde la distancia, caracoleando con su montura, como si dudara sobre si huir o enfrentarse al rey de los cristianos.

—¡Deteneos, mi señor! ¡Deteneos!

Los gritos llamaron la atención del emperador. Por su derecha, cabalgaba el alférez Gonzalo Rodríguez de Marañón. Tenía el rostro descubierto y ensangrentado, la loriga desquebrajada y la túnica sucia de polvo y sangre. Cabalgaba hacia el emperador con un puñado de caballeros cristianos.

—¡Es una trampa! ¡Debéis deteneos!

Las palabras del alférez llegaron a los oídos de Alfonso de León entre el ensordecedor bullicio de gritos, golpes, alaridos y choques. Alzó la mano y detuvo la marcha. El alférez fue a su encuentro.

—Es una trampa —comenzó a explicarse casi sin resuello—. Te provocan para que los persigas y cuando los has alcanzado, se giran con sus pequeños caballos y te lanzan todo lo que tienen a mano; dardos, flechas, azagayas, jabalinas... todo, mi señor. ¡Debemos alejarnos de ellos como si fueran el mismo demonio!

—¡Pero están destrozando nuestro flanco! —protestó Alfonso de León. Estaba tan preocupado como asustado—. ¡Debemos detenerlos o nos rodearán!

—¡Han acabado con casi todos mis hombres! —El alférez negaba insistentemente con la cabeza—. Nunca nos hemos enfrentado a ese tipo de maniobras. ¡Nunca! ¡No estamos preparados!

El emperador desplazó la mirada hacia el jefe musulmán. Sintió cómo le atravesaba con su mirada mientras le aguardaba. El sarraceno caracoleaba con su caballo, amagaba con atacarlo y luego movía su montura de un lado a otro, como si ambos danzaran al ritmo del fragor de la batalla. Alfonso de León asintió. El alférez tenía razón. El oficial africano lo estaba provocando. Detrás, unos treinta jinetes musulmanes esperaban atentos el movimiento de las tropas cristianas.

—¿Y Hamusk? —preguntó Alfonso de León, recordando que también había ordenado al señor de Segura que persiguiera a aquellos endemoniados jinetes azules.

—Por lo que pude ver desde la colina, fue más astuto que yo y detuvo su persecución cuando los sarracenos se ocultaron en el bosque —respondió el alférez—. Creo que está vivo.

El emperador cerró los ojos y agradeció al Altísimo la noticia. La derrota resultaría inevitable si también hubieran perdido el flanco derecho de Hamusk. Pero la caballería árabe no sería el último desafío que el emperador tendría que afrontar ese día.

—¡Mi señor! —exclamó Gonzalo Rodríguez de Marañón señalando con el dedo el frente de batalla.

Los jinetes masmudas cargaron con sus largas lanzas y abrieron una brecha descomunal entre las apretadas filas de la caballería cristiana y andalusí. El ejército del emperador había sido dividido en dos. La infantería almohade se abalanzó sobre los jinetes caídos, hundiendo sus dagas en los rostros y las ingles, allí donde sus cuerpos estaban desprotegidos. Los gritos de los cristianos reverberaron en el cielo de Almería cargados de dolor, muerte y derrota.

—¡Maldita sea! —Alfonso de León gritó palabras cargadas de rabia y frustración.

Su ejército había sido superado por el enemigo africano. Ya poco podía hacer salvo evitar un desastre aún mayor.

—¡Retirada! ¡Retirada!

La orden se propagó con celeridad entre las tropas cristianas y andalusíes, que obedecieron de buen grado, pues les permitía abandonar con vida una batalla que se anticipaba perdida. Una retirada a tiempo les concedía la oportunidad de sobrevivir para luchar otro día.

Ejército almohade de Abu Said Utman.

Los ejércitos cristiano y andalusí se retiraron, dejando tras de sí una nube de polvo que ocultaba un mar de cadáveres. Los almohades comenzaron a ulular, a gritar jubilosos, agradeciendo a Alá su generosidad al concederles un aplastante triunfo sobre los infieles trinitarios y los falsos musulmanes. Los atabaleros redoblaron sus esfuerzos y entonaron con fervor los acordes de la victoria. Utman estaba exhausto, pero feliz; había derrotado al ejército de dos reyes. Su popularidad traspasaría las fronteras de al-Ándalus, cruzaría el Estrecho y llegaría a Marrakech, a oídos de su padre, el califa Abd al-Mumin. El mismísimo Alá estaría orgulloso de su hazaña. Ese día, había enviado a un nutrido número de cristianos y andalusíes al más profundo de los infiernos. Alzó gozoso su ensangrentada espada y se unió al ensordecedor clamor que envolvía al victorioso ejército almohade.

Sierra Morena, agosto de 1157

Recuperar Almería era imposible. Los almohades habían destrozado a las tropas cristianas y andalusíes, y para mayor desolación del emperador, corrían rumores que alertaban del inminente desembarco de un colosal ejército almohade en las costas de Gibraltar al mando del califa Abd al-Mumin. Era un sinsentido enviar soldados a ensartarse una y otra vez contra las flechas y lanzas africanas, o enfrentarse a los misteriosos y diestros jinetes azules. El consejo de guerra se celebró en el real del emperador. La decisión había sido tomada; Almería estaba perdida. Abandonar a su suerte a los almerienses le partía el alma al emperador Alfonso de León, pero no había lugar para la esperanza. Cometieron el terrible error de subestimar al enemigo. Su ejército no fue suficiente para doblegarlo. Y ahora estaban sufriendo las consecuencias. Sus capitanes y Muhammad ibn Mardanis aceptaron la decisión. Era lo más sensato. El emir de Murcia tenía ahora al enemigo a las puertas. Y era un enemigo terrible, formidable, invencible. Pero la pérdida de Almería no amenazaba solo al andalusí. Plazas como Guadix, Baena, Baeza y Úbeda estaban ahora expuestas a la voracidad africana. La derrota de Almería fue un pequeño anticipo de lo que les aguardaba. El emperador ordenó levantar el campamento. Regresaban a Toledo. Era preciso convocar la curia, hacer un llamamiento a todos los obispos y notables del imperio. Hacía falta dinero y tropas. Mucho dinero y muchas tropas. Mardanis acompañó al emperador durante parte del trayecto. Necesitaba sondear su ánimo y el de los notables cristianos. Las derrotas nunca son gratas, pero por fortuna pocas veces son definitivas. Almería había supuesto un serio contratiempo, pero tanto cristianos como andalusíes podrían recuperarse. La pérdida de Almería no entraba ni en los planes del emperador ni en los del emir de Murcia, pero no siempre las cosas se desarrollan como uno espera. Es la templanza del ánimo y la fortaleza del corazón, lo que impulsa a los hombres a superar cualquier adversidad, por terrible que esta sea. Pero Mardanis solo advirtió preocupación y fracaso en los ojos del emperador y en los de los notables que lo acompañaban. Eran miles de soldados que regresaban a su reino envueltos en el espeso silencio que de común acompaña a las derrotas. Habían perdido Almería y abandonado a su suerte a los almerienses. ¿Qué sería de ellos? Se preguntaba el rey Lobo. Si tenían suerte, quizá les perdonasen la vida si abrazaban el tawhid. Luego los esperaría una vida de sumisión, miedo y oscuridad, pero al menos vivirían. En caso contrario, si se negaban a reconocer la doctrina almohade, serían ejecutados después de sufrir horribles tormentos o serían enviados a Marrakech para ser vendidos como esclavos. Sea como fuere, el futuro que los aguardaba no era nada envidiable. Mardanis paseó la vista por las tropas. Lo que leyó en la mirada de aquellos hombres no era solo desánimo y derrota. Sus ojos reflejaban el miedo que sentían en sus corazones. En su primer enfrentamiento serio con los almohades, habían sido derrotados. Y con sorprendente contundencia. Dos reyes habían sucumbido ante un *sayyid* almohade de diecisiete años... Cuando el miedo aflora en el corazón del soldado, la espada pierde su filo, el escudo se torna más pesado, y la vista se desvía constantemente hacia la retaguardia. El miedo es una pesada carga y culpable de más derrotas que las espadas y lanzas del enemigo. Y aquel ejército estaba cargado de miedo. De miedo y de vergüenza.

El sol del tórrido verano andalusí caía inclemente sobre los yelmos y lorigas de los exhaustos

soldados, que arrastraban los pies dejando una reseca polvareda a su paso. Marchaban por un estrecho desfiladero flanqueado por un espeso bosque de encinas, pinos y alcornoques. En el cielo sobrevolaban atentos los buitres, como si anticiparan otra batalla y con ella otro succulento festín. El insoportable ruido de las cigarras acompañaba la triste marcha del ejército. Nadie hablaba. Solo el sonido de las pisadas de hombres y caballos compartía sintonía con las cigarras. El emperador Alfonso de León estaba cansado. Sus fuerzas flaqueaban. Su mente lo atormentaba con la imagen recurrente del ejército almohade. Se preguntaba qué sería de su imperio cuando él faltase. ¿Serían capaces Sancho y Fernando de contener a aquellos demonios? ¿De devolverlos a África? Desplazó la vista hacia Mardanis. Cabalgaba en silencio a su lado. Su rostro no reflejaba ninguna emoción. El rey Lobo sabía guardar a buen recaudo sus pensamientos y temores. Lo peor que puede hacer un rey es expresar miedo e inseguridad, pues sus dudas se contagian con extrema celeridad sobre el resto de la tropa, perturbando su ánimo y arrastrándolo hacia el abismo de la derrota. En la guerra, la moral y la confianza en la victoria son tan importantes como el número de lanzas. Los labios del emperador esbozaron una amarga sonrisa. Se alegró de tenerlo a su lado. Su presencia lo reconfortaba. Le estaba terriblemente agradecido por no ceder a los almohades, por no arrodillarse ante el tawhid y por haber sido siempre tan cercano y leal. Mardanis no era solo su aliado; era su amigo. Muy al contrario que el rey de Pamplona o el príncipe de Aragón, con los que había sufrido numerosos desencuentros. Con Mardanis jamás. El rey Lobo siempre había acudido presto a su lado cuando se lo había reclamado. El emperador se encontraba sumido en sus reflexiones cuando sintió un agudo pinchazo en su pecho. Su gesto se contrajo de dolor.

—Mi señor... —dijo Muhammad ibn Mardanis, percibiendo el malestar del emperador.

Alfonso de León no respondió. Las fuerzas lo abandonaban. Incapaz de sostenerse en su montura, cayó al suelo, quedando sumido en un mar de tinieblas. Deambuló entonces perdido en la más intensa oscuridad, con un insoportable dolor atravesando su pecho. ¿Dónde estaba? ¿Cómo podía escapar de aquella negra y aterradora noche? Un lejano rumor resonó en aquel vacío lúgubre y frío; eran voces confusas y alborotadas que lo llamaban. No podía moverse. Las voces se aproximaban. Ahora las escuchaba con más claridad. Era su hijo Sancho. Logró alzar su brazo derecho. La niebla que lo envolvía se fue desvaneciendo. Abrió los ojos. Estaba tumbado en el suelo y rodeado por los notables. Su brazo izquierdo estaba inmóvil. Apenas podía respirar. La garganta la tenía seca y su pecho le dolía como si uno de esos malditos almohades lo hubiera atravesado con una lanza. Mardanis lo sostenía por la espalda y Sancho le ofrecía un odre con agua. Bebió un poco y aclaró la garganta. Miró aquellos hombres que lo observaban con ojos preocupados.

—Fernando, Sancho. —El emperador llamó a sus hijos en un hilo de voz casi inaudible.

—Padre —dijo Sancho.

—Mi señor. —Fernando se arrodilló a su lado.

Alfonso de León tomó a sus hijos de las manos.

—Hijos míos, ahora sois reyes... —comenzó a hablar con extrema dificultad. Cada palabra que pronunciaba le suponía un esfuerzo titánico. Una mueca de dolor cruzó su rostro. Respiró varias bocanadas de aire y continuó—: Sobre vuestras espaldas reposa la responsabilidad de defender vuestros reinos y la fe de Jesucristo del peligro almohade. Ya habéis visto cómo son, cómo luchan. Su ejército es incalculable. Son fanáticos impacientes por morir por su Dios. Tendréis que descubrir cómo vencer a un enemigo que no teme a la muerte. Y solo unidos podréis hacerlo. Escuchadme bien, hijos míos, escuchadme bien —apretó las manos de los infantes con las pocas fuerzas que aún reservaba—. Solo unidos con los reyes de Pamplona y

Portugal, con el príncipe de Aragón —desplazó la mirada hacia Mardanis— y con el emir del Sharq al-Ándalus podréis detener a los africanos. Todos los reyes de Hispania deberán luchar unidos bajo un mismo ejército, bajo una misma bandera. Solo así, hijos míos, solo así, los venceremos.

—Os prometo que lucharemos juntos contra los almohades y los derrotaremos. Los devolveremos a África, de donde jamás deberían haber salido —aseguró Sancho sin mucha convicción. Aún pesaba en su ánimo el espantoso estrago causado por los africanos del *sayyid* Abu Said Utman en las tropas cristianas.

—No permitáis que los almohades profanen nuestra sagrada tierra —prosiguió el emperador entre dientes, con el gesto contraído por el dolor.

—Jamás, mi señor —afirmó Fernando.

Alfonso de León cerró los ojos por un instante y asintió. El arzobispo de Toledo, Juan de Segovia, acudió raudo a su lado y le administró la extremaunción. El emperador sonrió agradecido al clérigo. Había puesto en orden sus asuntos con Dios. Estaba preparado para acudir a su encuentro. Tomó una bocanada de aire que ardió en su pecho como si hubiera tragado brasas incandescentes. Buscó con la mirada a Mardanis, quien se había apartado para dejar paso a los infantes y al arzobispo de Toledo.

—Mardanis, amigo mío, ¿dónde estás? —el emperador lo llamó alzando la mano. No tardó en sentir cómo el andalusí la aferraba con fuerza entre las suyas. Sintió su calor, su vigor, su energía. Percibir su contacto lo sosegó—. En ocasiones, he sido injusto contigo y, aun así, siempre me has servido con sincera lealtad.

—Y siempre lo haré, mi señor.

El emperador cerró los ojos con un leve asentimiento.

—Y ahora me atrevo a pedirte, a suplicarte —se corrigió— que sirvas con esa misma lealtad a mis hijos Sancho y Fernando. Son jóvenes e inexpertos y el enemigo al que han de enfrentarse es monstruoso. Sus ejércitos son inmensos y su destreza en combate admirable. Tenías razón, Mardanis, no debemos dejarnos engañar por su apariencia. Han exterminado a los almorávides de África y si no lo evitáis, también os exterminarán a vosotros. Dios me ha llamado a su presencia antes de tiempo, y no seré testigo de la cruenta guerra que se cierne en tierras de Hispania. Solo unidos podréis vencer a los almohades. Solo unidos.

—Lo sé, mi señor —confirmó el andalusí. Lo que inquietaba al emir era si los nobles cristianos compartían esa misma certeza.

—Prométeme que jamás te rendirás al califa —prosiguió el emperador, sacando fuerzas de lo más profundo de su interior, desgastándose el alma para pronunciar unas últimas palabras, un último deseo, una última suplica. Apretó la mano del emir con todas las fuerzas que su imparable debilidad le permitía—. Prométeme que jamás te arrodillarás ante su doctrina, que no consentirás que las banderas blancas de los africanos ondeen victoriosas en las murallas de Murcia. Prométemelo, amigo Mardanis. Te ruego que, con tu inmerecida generosidad, me regales un último sosiego antes de que abandone este mundo.

El emir de Murcia contempló con ternura los ojos vidriosos y suplicantes del emperador. Se esforzó por contener el llanto, pero no pudo evitar que una solitaria lágrima se desplazara por sus mejillas.

—Jamás me rendiré, mi señor, jamás me arrodillaré ante el califa Abd al-Mumin. El Sharq al-Ándalus siempre será libre. La tierra reseca del Sharq se alimentará con mi sangre derramada antes que permitir que sea mancillada por los sucios pies de los unitarios —declaró Mardanis con firmeza. Su voz resonó en el desfiladero como un juramento solemne e inquebrantable. La

quietud del paisaje pareció suspenderse ante sus palabras, como si la misma naturaleza se inclinara en respetuoso silencio. Luego, acercándose al emperador, en un susurro añadió—: Os prometo, mi señor, guerra eterna al almohade. Tenéis mi palabra de que lucharé contra los africanos lo que dure la eternidad. Esta es mi promesa. Esta es mi palabra y ahora os pertenece.

Alfonso de León sonrió, evocando tiempos ya lejanos y casi olvidados, cuando fue su palabra la que le entregó al andalusí. En aquel entonces, le dijo que la palabra era lo más valioso que podía ofrecer un rey. Y, ahora, en respuesta, Mardanis le había entregado la suya. El emperador no tenía ninguna duda de que el emir cumpliría con su promesa. Muhammad ibn Mardanis jamás se rendiría a los africanos. Este pensamiento apaciguó el atribulado ánimo del emperador. Había abrazado su destino con dignidad, pero le perturbaba las sombrías amenazas que se cernían en el horizonte de Hispania.

—Nobles gallegos, castellanos, leoneses —comenzó a decir, casi entre jadeos—. Valientes soldados andalusíes. Velad todos por León y por Castilla. Velad por el Sharq al-Ándalus de mi fiel amigo el emir Muhammad ibn Mardanis, el rey Lobo. Y velad por mis bienamados hijos. Os lo ruego, velad por Sancho y por Fernando. No consintáis que las semillas de la discordia y la confrontación encuentren terreno fértil en sus corazones —y con sus últimas fuerzas logró concluir una última súplica—: A Dios encomiendo mi alma —cerró los ojos y no volvió a abrirlos.

—El emperador... el emperador ha muerto —balbuceó Juan de Segovia con los ojos sumergidos en lágrimas y la preocupación por el destino del imperio pesando como una insostenible losa en su ánimo.

Muhammad ibn Mardanis cerró los ojos y tragó saliva. Sintió un intenso dolor. A sus oídos llegaban los tristes lamentos del arzobispo de Toledo y de los notables cristianos. Soltó un largo suspiro lleno de negros presagios. No solo lamentaba la muerte de un amigo, sino también la de su más firme aliado. Su muerte dejaba al Sharq al-Ándalus, a toda Hispania, a merced de los almohades. Pamploneses y aragoneses se mataban entre ellos, el imperio de León sería dividido entre los infantes Sancho y Fernando, y un muchacho de diecisiete años los había derrotado con sorprendente contundencia frente a las murallas de Almería. Y si un chiquillo había logrado tal proeza, ¿qué no sería capaz de hacer el califa Abd al-Mumin con su incontable ejército de fanáticos africanos? La derrota en Almería y la muerte del emperador habían dejado al Sharq al-Ándalus en una situación terriblemente comprometida. ¿Podría contar con el auxilio de los reyes de León y Castilla? ¿O se enzarzarían en guerras inútiles como era costumbre entre los cristianos? ¿Y Ramón Berenguer? ¿Respetaría el príncipe de Aragón los acuerdos firmados ahora que el emperador había fallecido? Las dudas asediaban el corazón de Muhammad ibn Mardanis, pero de algo estaba convencido; había susurrado al oído del emperador una promesa de resistencia y lucha, sellando así un vínculo de lealtad y honor inquebrantable. Y el rey Lobo siempre cumplía su palabra. Siempre. Hasta el último aliento, hasta la última gota de sangre; guerra eterna al almohade.

Alfonso Solís

Si te ha gustado el libro, por favor, escribe una reseña en [Amazon](#). Vuestra opinión es fundamental para los escritores independientes.

Muchísimas gracias.

PERSONAJES HISTÓRICOS

Abd al-Mumin	(1095-1163)	Califa almohade
Abi Yamra	(1124-1202)	Presidente del Consejo Consultivo del reino de Murcia con Mardanis
Abu Hafs Umar Inti	(1100-1175)	Gran jeque almohade y miembro del Consejo de los Diez
Abu ibn Abbas	(¿?-1168)	Juez de Játiva. Maestro de hadiz y derecho
Abu Marwan	(1096-1155)	Almocrí, gramático y poeta
Abu Yaqub Yusuf	(1138-1184)	<i>Sayyid</i> almohade. Hijo de Abd al-Mumin
Ahmad al-Hallal	(1105-1159)	Juez supremo del Sharq al-Ándalus
Alejandro III	(1105-1183)	Papa de Roma del 1159 hasta su muerte
Alfonso Enríquez	(1108-1185)	Primer rey de Portugal
Alfonso II de Aragón	(1157-1196)	Rey de Aragón
Alfonso VII de León	(1105-1157)	Emperador de León
Al-Asfar	(¿?-1168)	Juez de Játiva y Orihuela.
Al-Faras	(1107-1172)	Juez de Valencia
Al-Hayy	(1118-1175)	Juez militar del Sharq al-Ándalus
Al-Husayn ibn Hassun	(¿?)	Emir de Málaga
Al-Malik ibn Silban	(¿?)	Líder de la revuelta de Valencia
Al-Salawi	(1117-1168)	Afaquí, literato y medico. Era amigo de Ahmad al-Hallal
Al-Salimi	(¿?-1163)	Intelectual, literato, poeta y médico. Fue secretario de Mardanis
Ali al-Hallal	(¿?- 1153)	Alfaquí e imán. Hermano de Ahmad al-Hallal
Ali ibn Obaid	(¿?)	Primo de Muhammad ibn Mardanis
Álvar Rodríguez	(1129-1167)	Conde de Sarria
Amin ibn Milhan	(¿?)	Emir de Guadix
Armengol de Urgel	(1125-1184)	Conde de Urgel
Blanca Garcés	(1137-1156)	Esposa del infante Sancho
Constanza Osorio	(¿?)	Hija del conde de Osorio y esposa de Fernando de Castro
Eugenio III	(1088-1153)	Papa desde 1145 hasta su muerte

Fernando de Castro	(1125-1181)	Noble castellano al servicio del infante de Fernando
Fernando de León	(1137-1188)	Hijo del emperador Alfonso VII y rey de León
Fernando Pérez de Traba	(1090-1155)	Conde de Trastámara y Traba
García Ramírez	(1100-1150)	Rey de Pamplona
Ganím ibn Mardanis	(1154-¿?)	Hijo de Mardanis
Gonzalo Rodríguez de Marañón	(1120-1179)	Noble navarro. Fue alférez de Alfonso VII
Gutierre Fernández de Castro	(1100-1167)	Noble castellano. Mayordomo mayor de Alfonso VII y ayo del infante Sancho
Hilal ibn Mardanis	(1155-¿?)	Hijo de Muhammad ibn Mardanis
Ibn Tufail	(1110-1185)	Médico, sabio y poeta al servicio de Amin ibn Milhan
Ibrahim ibn Hamusk	(1110-¿?)	Señor de Segura y suegro de Mardanis
Juan de Segovia	(¿?-1166)	Arzobispo de Toledo
Manrique Pérez de Lara	(1118-1164)	Conde de Lara
Muhammad	(¿?)	Primer hijo del califa Abd al-Mumin
Muhammad ibn Tumart	(1180-1130)	Fundador del movimiento almohade
Muhammad ibn Yahra	(¿?-1220)	Almocrí y experto en dictámenes jurídicos. Amigo de Ahmad al-Hallal
Nuño Pérez de Lara	(1122-1177)	Alférez de Alfonso VII
Osorio Martínez	(1106-1160)	Conde de Osorio y suegro de Fernando de Castro
Otto de Bonvillano	(¿?)	Representante genovés en el gobierno de Almería tras su conquista en 1147
Pedro Ruiz de Azagra	(¿?-1187)	Noble navarro al servicio de Alfonso VII
Petronila de Aragón	(1136-1173)	Reina de Aragón y condesa de Barcelona
Ponce de Cabrera	(1100-1162)	Conde al servicio de Alfonso VII
Ponce de Minerva	(¿?-1170)	Conde de Minerva y alférez real al servicio de Alfonso VII
Ramiro de Aragón	(1086-1157)	Rey de Aragón
Ramiro Froilaz	(1120-1169)	Alférez real de Alfonso VII
Ramón Berenguer	(1113-1162)	Conde de Barcelona y príncipe de Aragón tras su boda con Petronila de Aragón
Riquilda de Polonia	(1140-	Segunda esposa de Alfonso VII

	1185)	
Saffira	(1153-¿?)	Hija de Mardanis
Sancho de Castilla	(1133-1158)	Hijo de Alfonso VII y rey de Castilla
Sancho VI de Pamplona	(1133-1197)	Rey de Pamplona
Sayf al-Dawla	(¿?-1146)	Zafadola para los cristianos. Emir de al-Ándalus aliado de Alfonso VII
Teresa de León	(1080-1130)	Hija ilegítimas de Alfonso VI de León. Madre de Alfonso I de Portugal
Teresa de Traba	(1125-1180)	Hija de Fernando Pérez de Traba y Teresa de León. Esposa de Nuño Pérez de Traba
Yahya ibn Ganiya	(¿?-1148)	Último gobernador almorávide de al-Ándalus
Yusuf ibn Hamid	(¿?)	Se reveló contra Mardanis en Valencia
Yusuf ibn Hilal	(¿?-1147)	Primo de Mardanis. Se sublevó contra tu poder, pero fue sometido. Murió en prisión
Yusuf ibn Sulayman	(¿?-1165)	Gran jeque almohade y miembro del Consejo de los Diez.
Zaida	(1149-¿?)	Hija de Mardanis
Zobayda	(1131-¿?)	Esposa de Mardanis

Información procedente de la Real Academia de la Historia y de otras fuentes.

Otras novelas de Alfonso Solís disponibles en Amazon

[O rey o Nada](#)

«Un rey sin heredero, un reino sin rey».

Cuando en 1406, el rey Enrique III de Castilla muere, su hijo Juan, de apenas un año, es proclamado rey. Para proteger a su sucesor, Enrique III había determinado en su testamento que su esposa, la reina Catalina de Lancaster, y el infante don Fernando de Trastámara fueran los regentes hasta que el rey-niño tuviera edad suficiente para gobernar. Sin embargo, pronto surgirán graves desavenencias entre ambos regentes. Doña Catalina pugnaré por la custodia de su hijo y don Fernando será alentado por parte de la nobleza castellana para hacerse con todo el poder.

Una nueva guerra con el reino de Granada unirá los intereses de los regentes de Castilla en un objetivo común: combatir a los musulmanes. Don Fernando comandará las tropas castellanas en busca de un prestigio y una fortuna que afiance su poder en la Corte castellana.

Será en Granada, durante el asedio a la ciudad de Antequera, cuando don Fernando reciba la noticia de la muerte de su tío, el rey Martín de Aragón, quien había fallecido sin precisar el nombre de su sucesor. El trono de Aragón estaba desierto. Era su oportunidad de reclamar sus derechos de sucesión y satisfacer así sus ambiciones de ser rey. Pero varios serán los candidatos que competirán con el infante de Castilla por el trono de Aragón.

La muerte sin heredero de don Martín desatará una terrible lucha entre los pretendientes a la corona. El dinero, el poder y las armas serán argumentos tan valiosos como el derecho y la justicia para determinar quién debe sentarse en el trono de Aragón.

[De Reyes y Bastardos](#)

26 de marzo de 1350, el rey Alfonso de Castilla muere de peste durante el asedio a Gibraltar. Con él se encuentran sus hijos bastardos don Enrique de Trastámara, don Fadrique y su amante, doña Leonor de Guzmán. Mientras el rey combatía al moro, su esposa, la reina María de Portugal y don Pedro, su hijo y heredero, permanecían en el alcázar de Sevilla, abandonados, olvidados por el rey y la nobleza. Pero tras la muerte de don Alfonso, doña María de Portugal advertirá una magnífica oportunidad para vengarse de la concubina y de los nobles que durante largos años le habían despreciado.

Se desatará así un enfrentamiento entre los bastardos y el rey Pedro I. Un conflicto que durará todo su reinado en un incesante juego de alianzas y traiciones. Una trepidante partida de ajedrez, donde Castilla será el inmenso tablero y cuyos jugadores perseguirán con engaños, pactos y conspiraciones, derrotar al enemigo.

[Vikingo, las crónicas de Haakon el Cobarde](#)

El joven Haakon disfruta de una vida tranquila y apacible en la aldea noruega de Vestfold, pero al cumplir los catorce años debe desprenderse de la inocencia que envuelve a la niñez, para convertirse en un temible vikingo: ese día, un importante acontecimiento cambiará su vida. Su padre, Gunnjorn, el jefe de la aldea, le exige, ante la presencia de poderosos guerreros nórdicos, que sacrifique a un esclavo en honor a Odín. Es su skapraun, su prueba de carácter, el día que debe comenzar a labrarse la reputación que lo acompañará el resto de su vida.

Escrita de manera ágil y atractiva, esta novela nos conducirá a la Escandinavia del s. IX d.C., una tierra inhóspita habitada por los temidos hombres del Norte, los vikingos, unos intrépidos navegantes cuya mayor gloria es forjarse una inmortal reputación y regresar a sus hogares con los langskip cargados de plata y riquezas. Eran implacables guerreros, pero también experimentados granjeros y hábiles comerciantes. Este fascinante pueblo no dejará indiferente al lector.

Conjura en Toledo

El rey godo Wamba se encuentra en el ocaso de su reinado, pero aún cuenta con el suficiente vigor y energía, para aventurarse en ambiciosos proyectos que afectarán a los intereses tanto de la nobleza, como del clero. Ideas descabelladas para unos, propósitos encomiables para otros, al que no le faltarán tanto detractores como seguidores, que verán en ellos una excelente oportunidad, para prosperar en una corte enfrentada y dividida.

Conjura en Toledo es un recorrido histórico de los últimos años en la vida del rey Wamba, monarca que sofocó revueltas y conspiraciones durante la mayor parte de su reinado. Describe con rigor las luchas de poder entre los nobles y la influencia del clero en la política y en la sociedad de Hispania.

Roma invicta est

En el año 451 d.C. Roma se encuentra hostigada por decenas de tribus bárbaras y amenazada por las huestes de Atila, el azote de Dios. El general romano Aecio, aliado con los visigodos y con otros *foederati*, se enfrenta al rey de los hunos en una inmensa llanura situada al Norte de la Galia. En aquellas tierras combaten dos formidables ejércitos, pero también dos formas de entender la civilización, la cultura y la religión: el mundo de la luz, encarnado por Roma, frente al mundo de las tinieblas y lo desconocido, el mundo de Atila.

Guiado por Salvio Adriano, un joven recluta procedente de Tarraco y protagonista involuntario en la transcendental batalla, el lector será testigo de la implacable decadencia que asola a un Imperio que agoniza, pero que se resiste a sucumbir ante las constantes acometidas bárbaras.

Salvio Adriano, acompañado por sus amigos Sextilio Arcadio y Lucio Calero, descubrirá el significado de la amistad, de la lealtad y del honor en una convulsa época impregnada con la infamia de la corrupción, la codicia y la traición. Entretanto, la irrupción de Lughdyr, un anciano druida y, sobre todo, de Alana, una enigmática y bella sueva, marcarán su destino, envolviendo su vida en un halo de magia y misterio.

Escrita de forma trepidante y atractiva, «**Roma invicta est**» nos conduce a los últimos años del Imperio Romano, describiendo con rigor los acontecimientos que favorecieron la invasión de Hispania por parte de los pueblos godos y, posteriormente, la caída de Roma.

Tierra de Godos, el rey destronado

Santiago de Albistur es un noble cántabro a quien el príncipe godo Witiza, ha arrebatado su familia y sus tierras, obligándole a huir de Hispania y buscar refugio en Tierra Santa. Acompañado por su primo Germán y su tío Simón, viajará a Jerusalén, donde servirá como guardia personal de un rico mercader sarraceno, convirtiéndose en un hábil y valiente guerrero. En Tierra Santa vivirá sus años más felices, pero también los más aciagos, pues conocerá el lado más amargo del amor. Tras la muerte de Witiza, regresará a Hispania para reclamar los títulos y posesiones injustamente arrebatados. Pero a su regreso, se encuentra un reino dividido entre los partidarios de Agila, hijo de Witiza, y los del nuevo rey, Roderico. Santiago tomará partido por Roderico, y se convertirá en miembro de su guardia personal, sirviendo bajo las órdenes de Pelagio, capitán de los espatarios del rey. Pero la guerra civil se cierne sobre la tierra de los godos y la aparición de una bella cortesana precipitará los acontecimientos.

Tierra de Godos es un recorrido histórico de los últimos años del reino visigodo en Hispania. A través de Santiago de Albistur, seremos testigos de las luchas de poder, la ambición desmedida y la traición, que favorecieron la invasión musulmana del año 711 d.C.

El designio de los dioses

Kalam, un joven médico procedente de la ciudad de Assur, emigra con su esposa Damkira y su hijo Nabui a Nínive, capital del imperio asirio. Gracias a sus habilidades médicas, salva la vida del todopoderoso rey Assarhaddon curándole de una grave enfermedad. El rey, como agradecimiento, le nombra su médico personal y Kalam se traslada con su familia al palacio real. Pero poco le dura la felicidad al joven médico. Assarhaddon se encapricha de Damkira e intenta alejarle de ella enviándole a la guerra contra los temibles cimerios. Comienza así un largo peregrinaje que le llevará desde el Egipto de los faraones hasta el Kushan de los yuezhi. El odio y los deseos de venganza guiarán sus pasos de nuevo hasta Nínive, con el objeto de hacer justicia y asesinar al hombre que le había separado de su amada familia.

El designio de los dioses es una novela histórica ambientada en la Asiria del siglo VII a.C. Es una historia de guerras, una historia de venganza, pero sobre todo, una historia de amor. Nos sumerge en una época de extrema crueldad y ambición, donde la superstición se confunde con la religión y la ciencia lucha por abrirse paso en un mundo sumido en la más profunda oscuridad.

[1] Velo que cubría la nariz y la boca.

[2] Albacete. Al-Basit significa «el llano» o «la llanura».

[3] Socovos, Albacete.

- [4] Velo que usaban las mujeres para cubrirse la cabeza.
- [5] Capa con o sin capucha. Habitualmente era de lana. Es el origen del actual albornoz.
- [6] Antigua aldea próxima a Chinchilla, Albacete.
- [7] Zafadola para los cristianos.
- [8] La parte oeste de al-Ándalus.
- [9] Vestido largo de mujer.
- [10] Guerra civil entre musulmanes. En este caso hace referencia la guerra de secesión de los andalusíes para expulsar a los almorávides del Sharq al-Ándalus.
- [11] Demonio musulmán, semejante a Satanás.
- [12] Jurisconsulto musulmán cuyas decisiones se consideraban leyes.
- [13] Unidad de medida equivalente a 500 metros cuadrados.
- [14] Musulmán que pronuncia la jutba durante la oración del viernes.
- [15] Es el sermón (jutba) que pronuncia el jatib los viernes antes de la segunda oración del día.
- [16] Despoblado de Oreja
- [17] Mahoma para los cristianos.
- [18] Tapiz, esterilla o alfombra para la oración.
- [19] Hospital.
- [20] Código basado en la Escuela Maliki y el sunismo que regula la vida familiar, el matrimonio, el divorcio, la herencia y la crianza de los hijos entre otros muchos asuntos domésticos.
- [21] Recinto acotado delante del mihrab, reservado al emir/califa y a su séquito.
- [22] Estudiantes del libro de Ibn Tumart que después de acabar sus estudios desempeñaban funciones administrativas y militares.
- [23] Averroes.
- [24] Nombre con el que los cristianos se referían a los musulmanes nacidos en la Península.
- [25] Recinto privado delante del mihrab, reservado al emir y a su séquito. Suele estar constituido por una celosía de madera.
- [26] Lector del Corán en la mezquita.
- [27] Compendio de textos que comprenden los dichos, las enseñanzas, el comportamiento y las aprobaciones silenciosas del profeta Mahoma.
- [28] No está bien determinada la fecha de su muerte. Para algunos historiadores fue en 1155 y para otros en 1161
- [29] La ley islámica